



PHILIPPE
CLAUDEL
El informe
de Brodeck *se*

Apenas ha transcurrido un año desde el final de la guerra cuando una muerte rompe la tranquilidad de un pequeño pueblo perdido en las montañas. El único extranjero del lugar, a quien llaman Der Anderer —el Otro, en alemán—, ha sido asesinado y todos los hombres de la localidad se confiesan autores del crimen. Todos menos Brodeck, quien recibe el encargo de redactar un informe sobre lo sucedido «para que quienes lo lean puedan comprender y perdonar».

Considerado actualmente uno de los mejores novelistas franceses de su generación, Philippe Claudel renueva su exploración de los recodos más sombríos del ser humano y sus complejos mecanismos. Los escasos detalles sobre el lugar y el tiempo de la acción, el pausado relato del narrador y su peculiar voz, al límite de la ingenuidad, otorgan a la novela la dimensión de una parábola de enorme eficacia e intensidad, a la vez sombría y llena de esperanza.



Philippe Claudel

El informe de Brodeck

ePub r1.3

Titivillus 29.04.2019

Título original: *Le rapport de Brodeck*
Philippe Claudel, 2007
Traducción: José Antonio Soriano Marco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*Para aquéllos y aquéllas
que creen no ser nada.*

*Para mi mujer y mi hija,
sin las que no sería gran cosa.*

No soy nada, lo sé; pero completo mi nada con un poco de todo.

VICTOR HUGO, *El Rín*

1

Me llamo Brodeck y no tuve nada que ver.

Necesito decirlo. Tiene que saberlo todo el mundo.

Yo no hice nada y, cuando me enteré de lo que acababa de pasar, me habría gustado no hablar nunca de eso, maniatar mi memoria, tenerla bien sujeta en sus ligaduras para que estuviera tranquila, como una garduña en una jaula de hierro.

Pero me obligaron: «Tú sabes escribir —me dijeron—, tienes estudios». Les respondí que eran unos estudios de nada, unos estudios que ni siquiera terminé y que no me dejaron gran poso. No quisieron escucharme: «Tú sabes escribir, conoces las palabras y sabes cómo utilizarlas, cómo decir las cosas. Eso bastará. Nosotros no sabemos. Nos haríamos un lío. En cambio, tú hablarás y te creerán. Además, tienes la máquina».

Es una máquina muy vieja. Con varias teclas rotas. No tengo dinero para arreglarla. Es caprichosa. Está cansada. A veces se bloquea sin avisar, como si se encabritara. Pero eso no lo dije, porque no quería acabar como el Anderer.

No me pregunten su nombre; nunca lo supimos. Enseguida empezaron a llamarlo con mote inventados en dialecto: *Vollaugä*, Ojos Llenos, porque le sobresalían un poco; *De Mürmelnër*, el Murmurador, porque apenas hablaba y siempre con una vocecilla que parecía un suspiro; *Mondlich*, Lunar, porque era como si estuviera y no estuviera con nosotros; *Gekamdörhin*, El que vino de allí.

Pero para mí siempre fue *De Anderer*, el Otro, quizá porque, además de venir de no se sabía dónde, era diferente, y de eso yo sí que entendía; a veces, debo confesarlo, incluso tenía la sensación de que éramos la misma persona.

En cuanto a su verdadero nombre, ninguno de nosotros se lo preguntó nunca, aparte del alcalde en una ocasión, pero creo que no obtuvo respuesta. Ahora ya no lo sabremos. Es demasiado tarde y seguramente así es mejor. La verdad puede cortarte las manos y dejar tajos con los que no puedes seguir viviendo, y la mayoría de nosotros lo que queremos es vivir. Lo menos dolorosamente que podamos. Es humano. Estoy seguro de que ustedes serían como nosotros si hubieran vivido la guerra, lo que produjo aquí y sobre todo lo que siguió a la contienda, esas semanas y esos pocos meses, en especial los últimos, durante los que ese hombre llegó a nuestro pueblo y se instaló, así, de repente. ¿Por qué eligió este pueblo, con la de pueblos que hay en las estribaciones de la montaña, posados entre los bosques como huevos en sus nidos, y la mayoría iguales que el nuestro? ¿Por qué eligió precisamente el nuestro, un pueblo perdido, tan lejos de todo?

Todo lo que cuento, el momento en que dijeron que querían que fuera yo, ocurrió en la fonda Schloss hará unos tres meses. Justo después... justo después del... no sé cómo llamarlo, digamos el suceso, o el drama, o el incidente. A no ser que diga el *Ereigniës*: ésta es una palabra curiosa, llena de brumas, espectral, y significa más o menos «lo que ha ocurrido». Sin duda, es mejor definirlo con una palabra tomada del dialecto local, que es una lengua sin serlo, pero que está pegada a la piel, al aliento, al alma de quienes vivimos aquí. El *Ereigniës*, para calificar lo incalificable. Sí, yo diría el *Ereigniës*.

Así pues, acababa de suceder. Salvo dos o tres viejos que se habían quedado junto al brasero, y por supuesto el cura Peiper, que estaría durmiendo la mona en algún rincón de su pequeña iglesia de muros tan anchos como la envergadura de un águila, todos los hombres estaban allí, en la fonda, que es como una gran cueva un poco oscura llena de humo de tabaco y humo de chimenea, desconcertados, abrumados por lo que había pasado, y al mismo tiempo... cómo lo diría... aliviados, porque aquello tenía que acabar, fuera como fuese. No podíamos más.

Cada cual parecía encerrado en su silencio, aunque en la fonda había cuarenta personas y estaban apretadas como sardinas en lata, ahogándose, oliendo los olores de los otros, los alientos, los pies, el hedor acre de su sudor, de su ropa húmeda, de la lana vieja y el paño impregnados de polvo, de bosque, de estiércol, de paja, de cerveza y de vino, sobre todo de vino. Y no es que todos estuvieran borrachos, no; la excusa de la borrachera sería demasiado fácil. Borraría de un plumazo cualquier atrocidad. Demasiado sencillo. Sencilísimo. Voy a tratar de no simplificar lo complejo. Complejo y difícil. Voy a intentarlo. No prometo nada.

Que no se me malinterprete; lo repito, habría podido callarme, pero ellos me pidieron que lo contara, y cuando me lo pidieron la mayoría tenía los puños apretados o las manos en los bolsillos, y yo las imaginaba aferrando los mangos de las navajas, las mismas que acababan de...

Es mejor que no me precipite, aunque resulta difícil, porque ahora percibo a mis espaldas cosas, movimientos, ruidos, miradas. Desde hace unos días me pregunto si poco a poco no estoy convirtiéndome en presa, con una partida al completo pisándome los talones y perros que me husmean. Me siento espiado, vigilado, acosado, como si ahora siempre hubiera alguien a mis espaldas para observar todos mis gestos y leer mis pensamientos.

Volveré sobre lo que hicieron las navajas. No me queda más remedio. Lo que quería decir es que negarse a lo que te piden, en un ambiente especial donde todo el mundo sigue pensando en violencia y sangre, no es posible, es incluso muy peligroso. Así que acepté, aunque me pesara. Sencillemente, estaba en la fonda en el momento equivocado, minutos después del *Ereigniës*, en ese instante de estupor, que es un momento de equilibrios e indecisión, en que la gente se agarrará al primero que asome por la puerta para convertirlo en un salvador o para hacerlo pedazos.

La fonda Schloss es el bar más grande de nuestro pueblo, que tiene otros cinco, así como una oficina de correos, una mercería, una ferretería, una carnicería, una tienda de ultramarinos, una casquería, una escuela, una oficina de la notaría de S., sucia como una cuadra y donde reinan los seniles quevedos de Siegfried Knopf, al que todos llaman «señor notario», aunque no es más que un pasante, y el pequeño despacho de Jenkins, que hacía las veces de policía pero murió en la guerra. Recuerdo que cuando Jenkins se marchó, el primero de todos, él, que casi nunca sonreía, estrechaba la mano a todo el mundo riendo, como si fuera a su propia boda. Estaba desconocido. Cuando dobló la esquina de la serrería Möberschwein empezó a agitar el brazo y lanzó la gorra al aire, en una despedida jubilosa. No volvimos a verlo. No lo han sustituido. Los postigos de su

oficina siguen cerrados. Un poco de musgo sella el umbral. La puerta se halla cerrada con llave, y no sé quién tiene esa llave. Nunca lo he preguntado. He aprendido a no hacer demasiadas preguntas, así como a adoptar el color de las paredes y el polvo de las calles. No es tan difícil. No me parezco a nada.

La fonda Schloss se convierte en tienda cuando la viuda Bernarht baja la persiana metálica del ultramarinos al anochecer. También es el bar más concurrido. Tiene dos salas: la grande, delante, con las paredes de madera renegrida y el suelo cubierto de serrín, en la que al entrar es fácil caerse porque hay que bajar dos escalones altos, tallados en la misma piedra y desgastados en el centro por las pisadas de los miles de bebedores que han pasado por allí; y la de atrás, más pequeña, que nunca he visto. Ésta, separada de la otra por una elegante puerta de alerce en la que hay grabada una fecha, 1812, se halla reservada a unos cuantos que se reúnen allí una vez por semana, el martes por la noche, y beben, fuman tabaco de sus campos en pipas de porcelana con el tubo de madera tallada y puros baratos hechos a saber dónde. Hasta se han dado un nombre, *De Erweckens'Bruderschaft*, lo que significa poco más o menos «la Hermandad del Despertar». Un nombre curioso para una hermandad curiosa. No se sabe exactamente cuándo se creó, ni para qué, ni cómo se ingresa en ella, ni quiénes son sus miembros, sin duda los grandes granjeros y puede que el señor Knopf, el propio Schloss y por supuesto el alcalde, Hans Orschwir, que es el más rico de por aquí. Tampoco se sabe lo que tramán ni de qué hablan cuando se reúnen. Algunos aseguran que allí se toman decisiones importantes, que se sellan extraños pactos, que se hacen promesas. Otros sospechan que simplemente se remojan el gaznate con aguardiente y juegan a las damas o a las cartas fumando y bromeando. Hay también quienes afirman haber oído música al otro lado de la puerta. Quien tal vez lo supiera era Diodème, el maestro, que siempre estaba rebuscando en los papeles y en la cabeza de la gente, y que tenía una sed insaciable de saber las cosas del derecho y del revés. Pero ahora el pobre ya no puede contarle.

Yo no voy casi nunca a la fonda Schloss, porque debo confesar que Dieter Schloss me pone nervioso con esa mirada de topo socarrón, la frente siempre sudada bajo el cráneo mondo y sonrosado, y esos dientes emnegrecidos, que huelen a vendaje sucio. La otra razón es que, desde que volví de la guerra, no busco la compañía de la gente. Me he acostumbrado a la soledad.

La noche del *Ereigniës*, fue la vieja Fédorine quien me mandó a la fonda por la mantequilla que necesitaba. Quería hacer unos mantecados. Normalmente, es ella quien se encarga de los recados. Pero aquella noche siniestra, mi Poupchette estaba en cama con fiebre alta y Fédorine, a su cabecera, contándole la historia del pobre sastre Bilissi, mientras Emélia, mi mujer, tarareaba muy bajito la tonada de su canción.

Después, he pensado muchas veces en esa mantequilla, ese pequeño trozo de mantequilla que faltaba en la fresquera. No nos damos cuenta de lo mucho que puede depender el curso de una vida de detalles insignificantes, un trozo de mantequilla, un sendero que se abandona para tomar otro, una sombra a la que se sigue o de la que se huye, un mirlo al que se decide matar con un poco de plomo o dejar tranquilo.

Con los hermosos ojos ardiendo de fiebre, Poupchette escuchaba a la anciana, cuya voz yo había oído en otros tiempos, saliendo de la misma boca, la misma boca más joven, pero a la que ya le faltaban dientes. Poupchette me miró con aquellas dos relucientes canicas negras. Sus mejillas tenían el color de los arándanos. Me sonrió y extendió hacia mí las manos, que hizo chocar en el aire mientras gorjeaba como un polluelo de pato:

—¡Papá! ¡Vuelve, papá, vuelve!

Salí con el gorjeo de mi hija y el murmullo de Fédorine en los oídos:

—Ante la puerta de su choza, Bilissi contempló a tres caballeros con las armaduras bruñidas por el tiempo. Los tres llevaban una lanza rojiza y un escudo de plata. No se les veía la cara y tampoco los ojos, como suele ocurrir cuando es muy tarde.

La noche había extendido su manto sobre el pueblo como un carretero su capa sobre las últimas brasas de una hoguera de camino. Los tejados, recubiertos de largas escamas de madera de pino, soltaban lentas humaredas azules y recordaban a los rugosos lomos de viejos animales prehistóricos. El frío empezaba a llegar, un frío todavía leve pero al que ya no estábamos acostumbrados, porque aquellos últimos días de septiembre había hecho tanto calor como en un horno. Recuerdo que miré el cielo y, al ver todas aquellas estrellas tan apretujadas, como pajarillos asustados que buscan compañía, me dije que no tardaríamos en hundirnos de golpe en el invierno. Un invierno que aquí es largo como siglos ensartados en una larga espada y durante el cual la inmensidad del valle repleto de árboles dibuja a nuestro alrededor una extraña puerta de prisión.

Cuando entré en la fonda, casi todos los hombres del pueblo se encontraban allí, con una mirada tan sombría y una inmovilidad tan pétrea que adiviné al instante lo que había ocurrido. Orschwir volvió a cerrar la puerta detrás de mí y se me acercó. Temblaba levemente. Posó sus grandes ojos azules en los míos como si me viera por primera vez.

El estómago se me contrajo de tal modo que creí que iba a salirse por la boca. Clavé los ojos en el techo como para atravesarlo, para tratar de imaginar la habitación del Anderer, para intentar imaginármelo a él, al Anderer, con sus patillas, su fino bigote, su escaso pelo rizado que se le erizaba en las sienes, y su gran cabeza redonda de niño gordo y bueno.

—¿No lo habréis hecho...? —dije con voz muy débil; apenas era una pregunta, más bien una queja que brotó de mi interior sin pedir permiso.

Orschwir me cogió de los hombros con ambas manos, grandes como cascos de mula. Tenía la cara aún más violácea que de costumbre, y una gota de sudor, minúscula y brillante como un cristal de roca, le resbalaba por la nariz con una lentitud pasmosa.

Seguía temblando y, como me sujetaba, me hizo temblar también a mí.

—Brodeck... Brodeck...

Fue cuanto consiguió decirme. Luego retrocedió para unirse al grupo de hombres, que me miraban sin excepción, y fundirse con él.

Me sentí como un pobre renacuajo perdido en un gran charco de agua primaveral. Estaba anonadado. Y curiosamente pensé en la mantequilla que había ido a buscar.

—Sólo vengo por mantequilla, un trozo de mantequilla, eso es todo... —dije volviéndome hacia Dieter Schloss, que estaba tras la barra.

Schloss encogió sus estrechos hombros y se ajustó el pantalón de franela alrededor de la barriga; creo que fue entonces cuando Wilhem Vurtenhau, un campesino con cara de conejo, propietario de todas las tierras que van del bosque de Stei-nühe hasta la meseta de Haneck, avanzó un poco y me dijo:

—Tendrás toda la mantequilla que quieras, Brodeck, pero vas a contar la historia. Serás el escriba.

Abrí los ojos desmesuradamente. Me pregunté de dónde habría sacado Vurtenhau la palabra «escriba» —que pronunció mal: en su boca, la *ce* se convirtió en *te*—, porque es tonto de remate y seguramente no ha abierto un libro en su vida.

Ese oficio consiste en escribir historias; no es el mío, yo no redacto más que breves notas sobre el estado de la flora y los árboles, sobre los cultivos y la caza, el estiaje del río Staubi, la nieve y las lluvias, un trabajo sin importancia para la Administración, que de todas formas está muy lejos, a días y días de viaje, y no hace mucho caso. No estoy seguro de que mis informes sigan llegando a su destino, y menos de que los lean.

Desde la guerra, el servicio de correos funciona mal, y creo que pasará mucho tiempo antes de que se normalice. Ya casi no recibo dinero. Tengo la sensación de que se han olvidado de mí, o me creen muerto, o ya no me necesitan.

A veces Alfred Wurtzwiller, el cartero que cada quince días recorre a pie el trayecto de ida y vuelta a S. para el intercambio de correo —es el único que puede ir allí, porque tiene el *Genähmigung*, la autorización—, me anuncia que ha traído un giro para mí y me da unos cuantos billetes. Si le pregunto al respecto, él hace unos aspavientos que no sé interpretar y de su boca, fruncida por un gran labio leporino, empiezan a salir sonidos entrecortados como carne picada, sonidos que tampoco entiendo. Cojo el arrugado e ilegible impreso, que él sella con tres golpes de tampón, y el poco dinero que lo acompaña. Con eso sobrevivimos.

—No te pedimos una novela. —El que dijo eso fue Rudi Gott, el herrero. Pese a su fealdad (el casco de un caballo le aplastó la nariz y le hundió la mejilla izquierda), está casado con una mujer muy hermosa que se llama Gerde y que siempre está posando delante de la herrería, como si esperara eternamente al pintor que la retratará—. Cuentas las cosas, y ya está. Como en uno de tus informes.

Gott sujetaba su enorme martillo con la mano derecha. Sus hombros desnudos sobresalían del delantal de cuero. Estaba junto a la chimenea. El fuego le iluminaba la cara, y el acero de la herramienta brillaba como una hoz bien afilada.

—De acuerdo, lo contaré, lo intentaré, os prometo que lo intentaré... —respondí—. Lo redactaré en primera persona, como mis informes, porque no sé explicar las cosas de otra manera; pero, os lo advierto, eso significará todo el mundo. Todo el mundo, ¿entendido? Pondré «yo» como podría poner todo el pueblo y todas las granjas de alrededor, todos nosotros... ¿De acuerdo?

Se produjo un murmullo, un ruido de bestia de carga a la que le aflojan los varaes y gruñe de gusto.

—De acuerdo, hazlo así, pero procura no cambiar nada —dijeron luego—; tienes que ponerlo todo. Hay que ponerlo todo para que quien lea el informe comprenda y perdone.

«No sé quién lo leerá. Que comprenda, puede; que perdone es otro asunto». Eso no lo dije; sólo me atreví a pensarlo. Cuando acepté, se oyó un rumor en toda la fonda, como un suspiro de

alivio. Los puños se relajaron. Las manos salieron de los bolsillos. Tuve la sensación de que todas aquellas estatuas volvían a ser hombres. Y suspiré con fuerza. Había estado muy cerca de algo. Prefería no saber de qué.

Eso ocurrió a comienzos del pasado otoño. La guerra había acabado hacía un año. En los ribazos había cólquicos malva y, por la mañana, las primeras nieves solían dejar sobre la cresta granítica de los Prinzhornĭ, que bordean nuestro valle al este, su joven y pulverulenta blancura, que se fundía a las horas de pleno sol. Hacía tres meses, aproximadamente, que el Anderer había llegado al pueblo con sus enormes maletas, su ropa bordada, su misterio, su yegua baya y su asno.

—Se llama *Señor Sócrates* —había dicho señalando al borrico—. Y ésta es la *Señorita Julia*. Salude, por favor, *Señorita Julia*.

Y el hermoso animal había inclinado la cabeza dos veces, lo que había hecho retroceder y persignarse a las tres mujeres presentes. Aún me parece oír su vocecilla cuando nos había presentado a sus dos animales como si fueran humanos, dejándonos a todos sin habla.

Schloss sacó vino y vasos, copas, tazas y tazones para todos. Yo también tuve que beber. Como después de un trato. Pensé con terror en el rostro del Anderer, en la habitación en que se encontraba, una habitación que conocía un poco porque había estado en ella, invitado por él, tres veces, intercambiando palabras misteriosas mientras tomábamos un té negro muy raro, un té como jamás había bebido. Había libros grandes con títulos complicados, algunos en lenguas que no se escribían como la nuestra y debían de sonar a pedriscal y cencerreo, libros con dorados en las tapas o, por el contrario, desencuadernados, un juego de porcelana china que guardaba en un estuche de cuero claveteado, un ajedrez de hueso y ébano, un bastón con el pomo de cristal tallado y muchas otras cosas que seguían en sus maletas. Su cara siempre mostraba una amplia sonrisa, una sonrisa que solía reemplazar a las palabras, en las que era parco. Tenía los ojos muy redondos, de un hermoso verde jade y un poco saltones, lo que volvía su mirada aún más penetrante. Hablaba muy poco. Sobre todo, escuchaba.

Pensé en lo que acababan de hacer aquellos hombres a quienes conocía desde hacía años. No eran monstruos, sino campesinos, artesanos, peones de granja, guardabosques, humildes empleados... En definitiva, hombres como ustedes y yo. Dejé el vaso. Cogí la mantequilla que me tendía Dieter Schloss, un pedazo grueso envuelto en celofán, que sonó como el batir de alas de tórtola, salí de la fonda y eché a correr hacia casa.

Nunca he corrido tanto.

Nunca.

3

Cuando llegué, Poupchette estaba durmiendo y Fédorine daba cabezadas a su lado con la boca entreabierta, mostrando los tres dientes que le quedan. Emélia dejó de canturrear. Alzó los ojos hacia mí. Sonrió. No pude decirle nada. Me apresuré a subir la escalera que lleva a nuestra habitación. Me metí entre las sábanas como quien se sumerge en el olvido. Se me antojó una larga caída.

Esa noche dormí poco, y además mal. Di vueltas y más vueltas alrededor del *Kazerskwir*. Lo de *Kazerskwir* es por la guerra: pasé cerca de dos años lejos de nuestro pueblo. Me llevaron, como a miles de personas, porque teníamos nombres, caras o creencias distintas de las suyas. Me encerraron lejos, en un sitio en que toda humanidad había desaparecido y sólo quedaban animales sin conciencia que habían adoptado apariencia de hombres.

Fue un tiempo de total oscuridad. Me refiero a que tengo la sensación de que en mi vida hay un vacío muy negro y muy profundo —por eso lo llamo el *Kazerskwir*, el cráter—, al que todavía me arriesgo a asomarme algunas noches.

La vieja Fédorine nunca sale de la cocina. Es su reino. Pasa las horas nocturnas en su silla. No duerme. Dice que ya no tiene edad para dormir. Nunca he sabido sus años con exactitud. Ella misma asegura que no lo recuerda, y que de todas formas eso no le ha impedido nacer ni le impedirá morir.

También dice que no duerme porque no quiere dejarse sorprender por la muerte, sino mirarla a la cara cuando llegue. Con los ojos cerrados, canturrea, zurce historias y recuerdos, teje tapetes con sueños muy gastados, con las manos apoyadas en las rodillas, unas manos secas surcadas de venas torcidas y arrugas rectas como filos de cuchillo, manos en las que puede leerse su vida.

A Fédorine le he hablado del tiempo que pasé lejos de nuestro mundo. Cuando volví, fue ella quien me cuidó; Emélia todavía estaba demasiado débil. Fédorine se ocupó de mí como cuando era pequeño. Recuperó los gestos de entonces. Alimentó mi boca rota con la cuchara, vendó mis heridas, devolvió poco a poco la carne a mis mundos huesos, me veló cuando la fiebre era demasiado alta y deliraba y tiritaba como si me hubieran metido en una gamella llena de hielo. Así fueron pasando las semanas. No me hizo preguntas. Esperó a que mis palabras brotaran por sí solas. Y luego escuchó largamente.

Lo sabe todo. O casi todo.

Sabe lo del vacío negro que siempre reaparece en mis sueños. Lo de mis paseos inmóviles al borde del *Kazerskwir*. A menudo me digo que ella debe de darlos parecidos, que probablemente también tiene grandes ausencias que la obsesionan y persiguen. Todos las tenemos.

No sé si Fédorine conoció la juventud. Siempre la he visto torcida y encorvada, arrugada como un níspero olvidado en la bodega durante tres estaciones. Hasta cuando era niño y me recogió, ya parecía una bruja deforme. Sus pechos sin leche colgaban bajo la blusa gris. Venía de muy lejos, de muy lejos en el tiempo y muy lejos en la geografía de los mundos. Había escapado del vientre podrido de Europa.

Eso ocurrió hace mucho. Yo me encontraba delante de una casa en ruinas que aún humeaba un poco. ¿Sería la de mis padres? Yo también tendría una familia. Contaba cuatro años y estaba solo. Jugaba con los restos de un aro medio devorado por el fuego. Era al principio de otra guerra. Fédorine había pasado tirando de su carreta. Me vio. Se detuvo. Rebuscó en su alforja y sacó una hermosa y reluciente manzana roja. Me la tendió. Comí la fruta como un muerto de hambre. Fédorine me habló, me dijo palabras que no entendí y me hizo preguntas a las que no supe responder. Me acarició la frente y el pelo.

Seguí a la anciana de las manzanas como a un flautista. Ella me subió a la carreta y me colocó entre los sacos, las tres cacerolas y la paca de heno. También había un conejo de ojos castaños muy bonitos, pelo pardo y un vientre muy suave y caliente. Recuerdo que lo acaricé y se estuvo quieto. También recuerdo que Fédorine se paró en un recodo bordeado de retamas y me preguntó en mi idioma cómo me llamaba, me dijo su nombre —«Fédorine»— y me pidió que mirara abajo y viera lo que quedaba de mi pueblo.

—Míralo bien, pequeño Brodeck. Vienes de allí y nunca volverás, porque pronto no quedará nada. ¡Abre bien los ojos!

Así que miré con toda intensidad los animales muertos con la barriga hinchada, los graneros abiertos a los cuatro vientos y las paredes derrumbadas. En las calles también había peleles tumbados con los brazos en cruz o el cuerpo ovillado. Peleles grandes, aunque con la distancia parecían diminutos. Luego, cuando lo miré de frente, el sol me vertió oro fundido en los ojos e hizo desaparecer la imagen de mi pueblo.

Daba vueltas y más vueltas en la cama. Notaba que Emélia dormía tan poco como yo. Cuando cerraba los ojos, veía la cara del Anderer, sus ojos del color de un lago, sus pómulos llenos y como pintados de amaranto, su escaso pelo rizado... Oía su perfume de violetas.

Emélia se movió. Sentí que su aliento me rozaba la mejilla y se deslizaba por mis labios. Abrí los ojos. Tenía los párpados cerrados y parecía muy tranquila. Es tan hermosa que a menudo me pregunto cómo logré que un día se fijara en mí. Si en su momento no me había hundido, fue gracias a ella. Durante mi confinamiento era en Emélia en quien pensaba a cada instante.

Los que nos vigilaban y golpeaban repetían continuamente que sólo éramos excrementos, menos que mierdas de rata. No teníamos derecho a mirarlos a la cara. Había que mantener siempre la cabeza gacha y recibir los golpes sin rechistar. Todas las tardes echaban la sopa en los comederos de sus perros guardianes, dogos de color miel que enseñaban las fauces y cuyos ojos supuraban unas lágrimas rojizas. Debíamos ponernos a cuatro patas, como los perros, y comer utilizando solamente la boca, como los perros.

La mayoría de los que estaban encerrados conmigo se negaron a hacerlo. Están muertos. Yo comía como los perros, a cuatro patas y con la boca. Y sigo vivo.

A veces, cuando los guardias estaban borrachos o aburridos, se divertían poniéndome un collar y una correa. Tenía que gatear así, con el collar y la correa. O ponerme en pie, girar sobre mí mismo, ladrar, sacar la lengua, lamerles las botas... Los guardias ya no me llamaban Brodeck,

sino Perro Brodeck. Y reían a carcajadas. La mayoría de los que estaban conmigo se negaron a hacer el perro, y murieron, de hambre o por los golpes que les propinaban los guardias.

Ningún prisionero me dirigía la palabra desde hacía mucho tiempo.

—¡Eres peor que quienes nos vigilan, eres un animal, eres una mierda, Brodeck!

Como los guardias, me repetían que ya no era un hombre. Están muertos. Todos. Yo sigo vivo. Puede que no tuvieran ningún motivo para sobrevivir. Puede que no tuvieran ningún amor en lo más profundo de su corazón o esperándolos en su pueblo. Sí, puede que no tuvieran ningún motivo para vivir.

Los guardias acabaron atándome a una estaca por la noche, cerca de la perrera de los dogos. Dormía en el suelo, entre el polvo y el olor a pelaje, aliento y orín de perro. Sobre mi cabeza estaba el cielo. No muy lejos, las garitas, los centinelas, y más allá el campo, aquellos trigales que, por el día, veíamos ondular al viento con una insolencia irreal, las manchas de los bosquecillos de abedules y el murmullo del gran río, cuya corriente de plata serpenteaba a poca distancia de allí.

En realidad, yo me hallaba muy lejos de aquel sitio. No estaba atado a una estaca. No llevaba un collar de cuero. No estaba tumbado semidesnudo junto a los dogos. Me encontraba en nuestra casa, en nuestra cama, pegado al cálido cuerpo de Emélia, no en el polvo. Estaba caliente y sentía su corazón latiendo contra el mío. Oía su voz diciéndome todas las palabras de amor que tan bien escogía en la penumbra de nuestra habitación. Por eso volví.

El Perro Brodeck regresó a su casa vivo, con su Emélia, que lo esperaba.

4

A la mañana siguiente del *Ereigniës* me levanté muy temprano. Me afeité, vestí y salí de casa sin hacer ruido. Poupchette y Emélia seguían durmiendo, y Fédorine dormitaba en su silla sin dejar de murmurar. Decía palabras sin ilación ni lógica que formaban una extraña cháchara, hilvanada en varias lenguas.

La luz apenas empezaba a desteñir el cielo, y el pueblo seguía rendido al sueño. Cerré muy despacio. Delante de casa, la hierba estaba perlada de rocío blanquecino, casi lechoso, que temblaba y goteaba de las hojas de trébol. Hacía frío. Las crestas de los Prinzhornî parecían más altas y puntiagudas. Sabía que era una señal de mal tiempo y me dije que seguramente la nieve no tardaría en caer sobre el pueblo, en envolverlo, en aislarlo aún más.

—*¡Zehr mogenhilch*, Brodeck!

Di un respingo, como si me hubieran pillado in fraganti. Sabía que no había hecho nada ni nada tenía que reprocharme, pero aun así salté como un cabritillo llamado al orden por la vara del cabrero. No había reconocido la voz. Era Göbbler, nuestro vecino.

Estaba sentado en el poyo de piedra que hay junto a la entrada de su casa, con las manos apoyadas en un bastón. No lo había visto sentado en aquel sitio más que un par de veces, alguna de esas raras noches de verano pesadas y sofocantes en que el aire desaparece de las calles del pueblo y con él, el frescor.

Es un hombre que ha superado la sesentena, con un rostro muy poco refinado. Nunca sonríe y habla aún menos. Una telilla blanca ha ido abriéndose paso en sus ojos y ya no ve a más de cinco metros. La guerra lo devolvió al pueblo, porque durante años ocupó un puesto en S., en una oficina de la Administración, según dicen, aunque no se sabe exactamente cuál ni creo que nadie se lo haya preguntado. Ahora vive de la pensión y de su gallinero. No en vano ha acabado pareciéndose a sus gallos. Mueve los ojos de la misma manera, y la piel que le cuelga del cuello dibuja rojeces sanguíneas. Su mujer, bastante más joven que él, se llama Boulla. Es gorda y parlanchina. Huele a trigo y cebolla. Aseguran que tiene una hoguera en la entrepierna y que se necesitarían muchos cubos de agua para apagarla. Busca hombres como otros buscan el sentido de la vida.

—¡Sí, muy madrugador! —repitió Göbbler—. ¿Adónde vas?

Era la primera pregunta que me hacía en su vida. Dudé. Me aturullé. Las palabras se agolparon en mi boca y tropezaron unas con otras, como guijarros en un torrente. Con la punta del bastón, Göbbler rechazó un caracol que se acercaba a él tranquilamente y luego lo volteó. Era un caracolillo de concha amarilla y negra y cuerpo fino y delicado, lleno de gracia inocente. Un poco

sorprendido, el animal tardó un instante en retraer el cuerpo y los frágiles cuernos en la concha. De pronto, Göbbler levantó el bastón y lo estrelló sobre el caracol, que reventó como una nuez.

—Ten cuidado, Brodeck... —murmuró acto seguido sin apartar la vista de los restos del caracol, que ya no era más que un amasijo ocre y viscoso—. Ten cuidado, ya ha habido bastantes desgracias —añadió.

Sus ojos volvieron a posarse en mí. Sonrió y entreabrió los labios. Era la primera vez que lo veía sonreír de verdad, enseñando los dientes, que eran grises y puntiagudos, muy puntiagudos, como si se hubiera pasado noches enteras limándolos. No respondí. Iba a encogerme de hombros, pero me contuve. Un escalofrío me recorrió la espalda. Me encasqueté la gorra hasta las cejas, me bajé las orejeras y me alejé sin volver a mirarlo. Noté el sudor frío en la frente. Uno de los gallos de Göbbler cantó, seguido por el resto. Su guirigay resonó en mi cabeza. Una ráfaga de viento procedente del valle se arremolinó alrededor, envolviéndome en su hálito a resina, turba, brezo y roca mojada.

En la calle Püppensaltz, nuestra calle principal, el viejo *Ohnmeist* iba de puerta en puerta. Es un perro peculiar. Lo llaman así porque no tiene dueño y nunca ha querido tenerlo. Rehúye a los otros perros y a los niños, y se conforma con poco; se acerca a las ventanas de las cocinas y mendiga comida. Acompaña a quien quiere a los campos o los bosques, duerme al raso y, cuando hace demasiado frío, araña la puerta de los graneros, donde siempre le dan algo de heno y sobras. Es un gran perro castaño con manchas rojizas que tiene el tamaño de un grifón y el pelaje de un perdiguero, corto y tupido. Sin duda, su sangre es una mezcla de muchas sangres, pero vete a saber cuáles. Cuando se acercó a olisquearme, me acordé de que siempre que se encontraba con el Anderer soltaba dos o tres ladridos alegres y meneaba la cola. Entonces, el Anderer se paraba, se quitaba los guantes, unos guantes muy bonitos de cuero fino y muy flexible, y le acariciaba la cabeza. Y era muy extraño verlos a los dos, al perro, tranquilo y feliz, aceptando mansamente las caricias, cuando por lo general nadie podía acercársele de verdad, y menos aún tocarlo, y al Anderer, halagando al animal con la mano desnuda y mirándolo como si fuera una persona. Esa mañana, tenía los ojos brillantes y húmedos. Anduvo un rato a mi lado, lanzando un breve y melancólico gañido de vez en cuando. Iba con la cabeza gacha, como si de pronto se le hubiera llenado de ideas dolorosas y le pesara demasiado. Me dejó cerca de la fuente del Urbi y se alejó por la calleja que lleva al río.

En cuanto a mí, me movía una idea a la que había estado dando vueltas durante mi agitado duermevela: hablar con el alcalde Orschwir. Necesitaba verlo, que me dijera qué se esperaba de mí. Casi empezaba a preguntarme si había entendido bien las palabras de Göbbler, si no había soñado su presencia en el poyo y si la escena del día anterior en la fonda, aquella tenaza de cuerpos a mi alrededor, aquel torno de rostros, aquella petición y aquella promesa no estaban hechos de la misma materia que algunos de mis extraños sueños.

La casa de Orschwir es la única que se encuentra realmente pegada al bosque. También es la más grande del pueblo. Da sensación de holgura y fuerza, cuando en realidad no es más que una granja, una granja grande, antigua, próspera, tripuda, de enormes tejados y paredes en que el granito y la arenisca se mezclan en un damero irregular; pero la gente la considera una especie de palacio. Por lo demás, estoy seguro de que el propio Orschwir se toma a veces por un gran señor. No es mala persona, aunque sea más feo que una horda de bárbaros. Dicen que curiosamente era su fealdad lo que le facilitaba las conquistas cuando tenía edad de recorrer los bailes. La gente

habla mucho y a menudo para no decir nada. Lo cierto es que Orschwir acabó casándose con el mejor partido de la comarca, Ilde Popenheimer, cuyo padre poseía cinco serrerías y tres molinos. Además de esa herencia, su mujer le dio dos hijos, vivos retratos del padre.

El parecido era lo de menos. Hablo en pasado porque de todas formas murieron. Justo al comienzo de la guerra. Sus nombres están grabados en el monumento que el pueblo hizo erigir entre la iglesia y el cementerio, que representa a una mujer envuelta en grandes velos y arrodillada en el suelo, no está claro si rezando o tramando una venganza: «Günter y Gehrart Orschwir». Veintiún y diecinueve años. Mi nombre también estaba en el monumento, pero como volví, Baerensbourg, el pedrero, lo borró. Le costó lo suyo. Eliminar lo grabado en piedra siempre es peliagudo. Así que todavía consigo leer mi nombre de pila en el monumento. A mí me hace sonreír, pero a Emélia le produce escalofríos. No le gusta pasar por delante.

Se murmura que Orschwir llegó a alcalde gracias a la muerte de sus hijos. Sin embargo, esa muerte no tuvo nada de heroica. Se mataron en el puesto de vigilancia jugando con una granada, como dos críos. En el fondo, es cierto que todavía eran unos niños grandes que creían que la guerra los había hecho hombres de golpe. La explosión se había oído en el pueblo. Era la primera. Todos corrimos hacia el pequeño puesto de observación que habían construido en la carretera de la frontera, en medio del prado Schönbehe, en su parte más elevada, un montículo resguardado por una gran roca rojiza cubierta de líquenes del color del jade. No quedaba nada, ni de la garita ni de los chicos. Uno se apretaba el vientre con ambas manos tratando de sujetarse las tripas. El otro tenía la cabeza arrancada de cuajo y nos miraba fijamente. Los enterraron dos días después, en sábanas de lino blanco y ataúdes de roble que Fixheim, el carpintero, había ensamblado con mimo. Fueron nuestros primeros muertos. El padre Peiper, que en aquella época aún no bebía más que agua, pronunció un sermón en el que hablaba del azar y la liberación. Pocos lo entendieron, pero a la gente le gustó las palabras que había elegido, la mayoría raras o muy antiguas; las hacía resonar largo rato entre las columnas, las bóvedas, el humo del incienso, la suave luz de los cirios y las vidrieras de nuestra pequeña iglesia.

Entré en el patio de la granja, todavía desierto a esa hora. Es inmenso. Un verdadero país por sí solo, rodeado de hermosas montañas de estiércol. La entrada se halla coronada por un gran arco de madera torneada y pintada de rojo vivo con motivos tallados de hojas de castaño que enmarcan la leyenda *Böden und Herz geliecht*, que más o menos significa «Vientre y corazón unidos».

Muchas veces me he preguntado el significado de esa frase. Me explicaron que fue el abuelo de Orschwir quien la mandó grabar. Cuando digo «me explicaron», en realidad me refiero a Diodème, el maestro, que fue quien me habló del asunto. Era mayor que yo, pero nos entendíamos como dos amigos. Cuando tenía tiempo, le gustaba acompañarme en mis recorridos, y a mí me entretenía charlar con él porque era un hombre poco corriente que a menudo —no siempre, pero a menudo— demostraba sentido común y sabía muchas cosas, seguramente mucho más de lo que decía; sabía leer, escribir y contar, lo que motivó que el anterior alcalde lo nombrara maestro pese a no ser del pueblo, pese a haber venido de otro, a cuatro horas de marcha hacia el sur.

Diodème murió hace tres semanas, en circunstancias tan extrañas e imprecisas que desde entonces aún estoy más alerta respecto a los pequeños signos que percibo a mi alrededor, y que hacen que el miedo se incube calladamente en mí; tan extrañas que al día siguiente de su muerte inicié este relato, al margen de redactar el informe que los otros me pidieron. Escribo ambos a la vez.

Diodème pasaba la mayor parte de su tiempo libre en los archivos del pueblo. A veces veía su ventana iluminada a altas horas de la noche. Vivía solo encima de la escuela, en un piso exiguo, incómodo y polvoriento. Los libros, documentos y archivos de otros tiempos eran todo su mobiliario.

—Lo que querría es comprender —me había confesado un día—. Nunca comprendemos nada, o muy pocas cosas —había asegurado—. La gente vive un poco como los ciegos, y por lo general eso le basta. Incluso diría que es cuanto persigue, evitarse quebraderos de cabeza y complicaciones, llenarse la panza, dormir, meterse entre los muslos de su mujer cuando le hierve la sangre, hacer la guerra porque le dicen que hay que hacerla y luego morirse sin saber lo que hay después, pero esperando pese a todo que haya algo. A mí, desde muy pequeño, me gustan las preguntas y los caminos que llevan a las respuestas. Por lo demás, a veces acabo no conociendo más que el camino, pero eso no es tan grave: ya he avanzado.

Puede que Diodème muriera justo por eso, por querer comprenderlo todo, poner palabras y explicaciones en lo que no es explicable y siempre habría que ignorar. En su día, no supe qué responder. Creo que sonreí. Una sonrisa no compromete a nada.

Pero de Orschwir, el arco y la frase hablamos en otra ocasión, una tarde de primavera. Fue antes de la guerra. Aún no había nacido Poupchette. Estábamos sentados en la hierba rasa de las rastrojeras del Bourenkopf, en el punto de paso hacia el valle del Doura y, más allá, hacia la frontera. Antes de volver a bajar, descansamos un rato junto a un calvario que representa a Cristo con una cara curiosa, como de negro o mongol. El día tocaba a su fin. Desde donde estábamos, podíamos abarcar todo el pueblo, que nos habría cabido en la palma de la mano. Las casitas parecían de juguete. Un hermoso sol poniente doró los tejados, que la llovizna había hecho relucir. Todo exhalaba vaho, y, con la distancia, las suaves y lentas volutas se mezclaban con los temblores del aire, que enturbiaban el horizonte y lo hacían parecer casi vivo.

Diodème se sacó del bolsillo unos papeles y empezó a leerme las últimas páginas de la novela que estaba escribiendo. Las novelas eran su obsesión. Escribía al menos una al año, en hojas arrugadas, en envoltorios y etiquetas que se guardaba y no enseñaba a nadie. Yo era el único a quien, de vez en cuando, le leía pasajes. Me los leía sin esperar nada de mí. No me pedía opinión ni que le dijera lo que pensaba. Mejor. Habría sido incapaz de responderle. Siempre se trataba más o menos de las mismas historias complicadas con frases tortuosas que no acababan nunca y hablaban de complots, de tesoros enterrados en profundos hoyos y de jovencitas retenidas como prisioneras. Me gustaba Diodème. También me agradaba mucho su voz. Me adormecía y me daba calor. Miraba el paisaje y oía la música de sus palabras. Eran buenos momentos.

Nunca supe su edad. Unas veces me parecía muy viejo, pero otras habría asegurado que sólo me llevaba unos años. Tenía un rostro noble. Su perfil era el de un medallón griego o romano. Y el pelo, muy negro y rizado, que le llegaba casi a los hombros, me recordaba a los héroes de otros tiempos, ésos que duermen en las tragedias o las epopeyas y a quienes en ocasiones basta un sortilegio para despertarlos o hacerlos perecer definitivamente. O bien a uno de esos pastores de la Antigüedad que, como es sabido, suelen ser dioses disfrazados que visitan a los hombres para seducirlos, guiarlos o perderlos.

—*Böden und Herz geliecht*. Curioso lema... —había concluido Diodème mascando una brizna de hierba, mientras el sol se ponía poco a poco a nuestras espaldas—. Me pregunto de

dónde lo sacaría el viejo, si de su cabeza o de algún libro. A veces encuentras cosas tan raras en los libros...

Orschwir estaba sentado a la cabecera de la mesa de la cocina, una mesa de cuatro metros de longitud tallada en el tronco de un roble varias veces centenario, de los que crecen en el corazón del bosque de Tannäringen y parecen grandes señores. Junto a él había una criada joven que yo no conocía. No tendría más de dieciséis años. Su rostro, tan redondo como el de la Virgen en centenares de pinturas antiguas, era hermoso y pálido, pese al rosa de las mejillas, que le daba aspecto de peonía. Estaba tan quieta que parecía un maniquí o una muñeca de tamaño natural. Más tarde supe que era ciega, lo que resulta sorprendente, porque sus ojos, aunque demasiado fijos, daban la sensación de ver cuanto los rodeaba, y ella parecía desplazarse con normalidad, sin chocar con los muebles, las paredes ni los demás. Era una prima lejana de los Orschwir a quien habían recogido. Procedía de la región de Nehsaxen. Sus padres habían muerto, su casa había sido destruida y sus tierras, confiscadas. La gente la llamaba *Die Keinauge*, «la Sin Ojos».

Su primo la despidió con un silbido. Ella se fue en silencio. Luego, Orschwir me indicó que me acercara y sentara. Por la mañana se le veía un poco menos feo, como si el sueño le hubiera estirado la piel y borrado todas las imperfecciones. Aún iba en calzoncillos. Alrededor de su cintura, un cinturón de cuero esperaba los pantalones que lo acompañarían. Se había echado por los hombros un gabán de piel de cabra y ya llevaba puesto el gorro de nutria. Ante él, un gran plato de huevos con tocino humeaba lentamente. Comía con parsimonia, cortándose rebanadas de pan moreno de vez en cuando.

Me sirvió un vaso de vino, me miró sin mostrar la menor sorpresa y se limitó a decir:

—Bueno, ¿cómo va?

Sin esperar mi respuesta, empezó a cortar en pedazos regulares la última tajada de tocino, una gruesa loncha cuya grasa, casi translúcida tras la cocción, resbalaba por el plato como las lágrimas de cera por el cuerpo de una vela. Yo lo miraba, o más bien miraba la navaja, aquella navaja que esa mañana utilizaba con gran naturalidad para alimentarse aunque la noche anterior se hubiera clavado varias veces en el cuerpo del Anderer.

Siempre me ha costado un poco hablar y expresar lo que bulle en mi cerebro. Prefiero escribir. Escribiendo, tengo la sensación de que las palabras se vuelven dóciles, de que vienen a comer de mi mano como pajarillos y hago con ellas casi lo que quiero, mientras que cuando intento juntarlas en el aire se me escapan. Y la guerra no arregló las cosas. Me volvió aún más callado. Mientras estuve prisionero en el campo comprendí cómo se podían utilizar las palabras y lo que podía pedírseles. Además, antes leía libros, sobre todo de poesía. Fue el profesor Nösel quien me contagié esa afición en la época en que estudiaba en la capital, y la conservé como un tic

agradable. Cuando salía a hacer uno de mis recorridos, nunca olvidaba llevar en el bolsillo un libro, y a menudo, mientras alrededor se alzaba el gran espectáculo de las montañas, la muralla de los bosques y el damero de los prados, mientras, encima de todas las cosas, el cielo parecía vigilar y contentarse con su infinito estiramiento, yo iba leyendo versos en voz alta, releyéndolos cuando sentía que me provocaban una especie de agradable bordoneo, como un eco de cosas confusas que llevaba en lo más profundo pero no conseguía expresar.

Cuando volví del campo, metí todos los libros de poesía en la estufa y los quemé. Vi las llamas retorciendo las palabras, las frases, las páginas. El humo que ascendía de los poemas al arder no era mejor ni más noble, ni más bonito que cualquier otro. No tenía nada de particular. Más tarde, me enteré de que Nösel había sido detenido durante las primeras redadas, como tantos profesores y hombres cuyo oficio era conocer el mundo y explicarlo. Había muerto poco después en un campo parecido al mío, semejante a los cientos de campos que habían brotado en casi todas partes al otro lado de la frontera, como flores venenosas. La poesía no lo había ayudado a sobrevivir. Puede que incluso precipitara su muerte. Los miles de versos en latín, griego y otras lenguas que guardaba en su memoria como el mayor de los tesoros de nada le habían servido. Seguramente no aceptó hacer el perro. Sí, seguramente fue eso. La poesía no sabe de perros. Los ignora.

Orschwir rebañó el plato con el pan.

—Brodeck, Brodeck... Veo que casi no has dormido —empezó en un tono suave, un tono de leve reproche—. Yo en cambio hacía mucho, pero mucho tiempo que no dormía tan bien. Antes no pegaba ojo. Pero esta noche me he sentido como si volviera a tener seis o siete años. He puesto la cabeza en la almohada y, tres segundos después, estaba frito...

Ahora el sol había salido del todo, y su blanca luz penetraba en la cocina en forma de rayos oblicuos que bañaban el suelo embaldosado de escarlata. También se oían los primeros ruidos de la granja, de los animales, de los criados, chirridos de ejes, golpes indefinidos e intercambios de palabras.

—Quiero ver el cadáver.

Lo dije sin pensar. Me vino a la boca y lo solté. Orschwir pareció sorprendido y apenado. Le cambió la cara al instante. Se cerró como una concha sobre la que hubieran vertido tres gotas de vinagre. Sus facciones recobraron de golpe su gran fealdad. Se levantó la gorra, se rascó la cabeza, se levantó, me dio la espalda y se acercó a una ventana ante la que se quedó de pie.

—¿De qué te serviría, Brodeck? ¿No tuviste bastantes muertos durante la guerra? ¿Puedes decirme qué hay más parecido a un muerto que otro muerto? Debes dejar constancia de los hechos. Sin olvidar nada, pero tampoco añadiendo detalles inútiles que te desvíen de tu camino y puedan desorientar al lector, incluso irritarlo. Porque no olvides que te leerán, Brodeck; te leerán personas que ocupan puestos muy importantes en S. Sí, te leerán, aunque veo que no acabas de creértelo... —Se había vuelto y me miraba de hito en hito—. Te aprecio, Brodeck, pero tengo que ponerte en guardia, en mi calidad de alcalde y de... No te apartes del camino, por favor. Y no busques lo que no existe, o lo que ya ha dejado de existir. —Estiró el corpachón y los enormes brazos hacia el techo, mientras bostezaba—. Ven conmigo, voy a enseñarte algo.

Me sacaba más de una cabeza. Pasamos de la cocina a un largo pasillo que serpenteaba por toda la casa. Parecía que nunca fuésemos a salir de aquel pasillo, que me desorientaba y hacía

perder el aplomo. Sabía que la casa de Orschwir era grande, pero jamás la había imaginado tan laberíntica.

Es un edificio antiguo retocado muchas veces, testigo de un tiempo que no se preocupaba de la alineación ni de la lógica. Diodème me había contado que sus primeros muros tenían más de cuatro siglos y que en los archivos había encontrado un acta que probaba que el emperador había hecho un alto allí en otoño de 1567, cuando se dirigía a la marca de Carintia para encontrarse con el Gran Turco. Yo iba detrás de Orschwir, que andaba deprisa y removía mucho aire. Me sentía aspirado por él, por su olor a cuero, cama, tocino frito, barba y piel sucia. No nos cruzamos con nadie. De vez en cuando, subíamos unos escalones o bajábamos dos o tres. Me resultaría difícil precisar cuánto tiempo duró el paseo, si unos minutos o unas horas, porque aquel pasillo anulaba todos los puntos de referencia espaciales y temporales. Por fin, Orschwir se detuvo ante una gran puerta reforzada con una plancha de cobre y clavos cuadrados cubiertos de cardenillo. La abrió. Una luz lechosa me deslumbró. Tuve que permanecer unos instantes en la oscuridad de mis párpados cerrados para volver a enfrentarme a la claridad. Y ver.

Estábamos en la parte posterior de la casa, que nunca había visto salvo de muy lejos, cuando paseaba por las alturas de las crestas. Sabía que allí se encontraban las construcciones que albergaban toda la fortuna del alcalde y, antes de él, de su padre y del padre de su padre. Una sonrosada y ruidosa fortuna que se pasaba la vida retozando en el lodo. Una fortuna gruñona que durante el día armaba un alboroto demencial.

El capital de los Orschwir eran los cerdos. Desde hacía varias generaciones, la familia vivía de la carne de los gorrinos y prosperaba gracias a ella. No había ningún criador tan importante en cincuenta kilómetros a la redonda. Todas las mañanas, varios vehículos salían de la propiedad cargados de animales sacrificados, o que chillando como posesos se disponían a serlo, hacia los pueblos, mercados y carnicerías de los alrededores. Era un baile perfectamente orquestado que ni la contienda había conseguido parar. En época de guerra también se come. Al menos, algunos.

Cuando tres meses después del estallido del conflicto, tras ese largo momento de calma estupefacta durante el que todos mirábamos hacia el este aguzando el oído para captar el sonido de las botas de los invisibles *Fratergekeime* —así es como se conoce a los que vinieron aquí a extender la muerte y la destrucción, los hombres que me convirtieron en animal, hombres que se nos parecen, a quienes conocía bien, pues había estudiado en su capital durante dos años, hombres con los que en algunos casos teníamos trato, porque venían a menudo, atraídos por el comercio y las ferias, y hablaban una lengua que es hermana gemela de la nuestra y comprendemos sin dificultad—, los puestos fronterizos fueron barridos como flores de papel por el soplido de un niño, Orschwir no tuvo el menor problema: siguió criando, vendiendo y comiéndose sus cerdos. Su puerta se mantuvo inmaculada. En ella no apareció ningún dibujo obsceno. Los que se paseaban como vencedores por nuestras calles eran un poco responsables de la muerte de sus dos hijos, pero él no puso reparos en entregarles sus cerdos más rollizos a cambio de las monedas que se sacaban de los bolsillos a puñados, sin duda después de haberlas robado en algún sitio.

En el primer cercado que me mostró Orschwir, decenas de lechones de algunas semanas jugaban sobre la paja fresca. Se perseguían, chocaban y se hociaban lanzando alegres gruñidos. Orschwir les echó tres puñados de grano. Los cebones se abalanzaron sobre la pitanza.

En el siguiente corral, cerdos de ocho meses iban de aquí para allá empujándose y desafiándose. Se palpaba una violencia, una agresividad extraña, gratuita, que en apariencia nada

justificaba ni explicaba. Eran animales ya grandes, macizos, de orejas caídas y jetas feroces y brutales. Un hedor acre te colmaba la nariz. La paja en que se revolcaban estaba cubierta de excrementos. Los gruñidos repercutían en las paredes de madera y te destrozaban los tímpanos. No veía el momento de salir.

Más lejos, en el último cercado, dormitaban los cerdos adultos. Enormes. Pálidos. Con el lomo tan largo como una barca. Todos tumbados sobre el costado en un cieno negro y denso como melaza, jadeando con el hocico entreabierto. Algunos nos miraban con inmenso cansancio. Otros hurgaban en el suelo. Parecían gigantes transformados en animales, criaturas condenadas a una espantosa metamorfosis.

—Las edades de la vida —murmuró Orschwir, cuya presencia casi había olvidado y cuya voz me sobresaltó—. Primero has visto la inocencia; luego, el odio estúpido; y por último, aquí, la sensatez... —dijo, y tras una pausa prosiguió en un tono lento y muy bajo—: Pero a veces, Brodeck, la sensatez no es lo que parece. Lo que tienes delante son fieras. Auténticas fieras, con ese aspecto de ballenas terrestres, fieras sin corazón y sin alma. Y también sin memoria. Para ellos, la barriga es lo único que cuenta, lo único. No piensan más que en una cosa: en llenarla. — Se interrumpió y me miró con una enigmática sonrisa que contrastaba con las abotagadas facciones de su gruesa cara. Tenía el bigote adornado con migas de pan y sus labios conservaban parte del brillo que la grasa del tocino había dejado en ellos—. Podrían comerse a sus propios hermanos, a los de su propia sangre; eso no los detendría, no establecen esa diferencia. Mastican, engullen, cagan y vuelven a empezar, una y otra vez. Nunca están satisfechos. Y todo les gusta. Porque comen cualquier cosa, Brodeck, sin hacerse ninguna pregunta. De todo. ¿Comprendes lo que te digo? No dejan nada detrás, ninguna huella, ninguna prueba. Nada. Y no piensan, Brodeck. No conocen el remordimiento. Viven. El pasado les es desconocido. ¿No crees que son ellos los que tienen razón?

6

Intento acercarme de nuevo a esos momentos, cuando lo que me gustaría sería olvidarlos y luego huir, huir muy lejos, con paso ágil y una mente totalmente nueva.

Tengo la sensación de que no estoy hecho para mi vida. Me refiero a que me viene grande por todas partes, que no es de la medida de un hombre como yo, que se llena de demasiadas cosas, de demasiados hechos, de demasiadas miserias, de demasiados fallos. ¿Será culpa mía? ¿Será que no sé ser hombre? ¿Que no sé tomar y dejar, hacer elecciones? ¿O será a causa de este siglo en que vivo y que parece un enorme tonel donde se derrama todo lo que les sobra a los días, todo lo que se corta, araña, aplasta y cercena? A veces creo que la cabeza va a estallarme como una olla de pólvora.

Ese famoso día, el que siguió al *Ereigniës*, no está tan lejos. Sin embargo, se me escapa entre los dedos. No recuerdo más que algunas escenas y palabras muy precisas, muy nítidas, que se iluminan sobre el fondo de una profunda oscuridad. Y también recuerdo el miedo que sentí, sobre todo el miedo, como si desde ese día el miedo se hubiera convertido en mi ropa. Una ropa que todavía no he conseguido arrancarme; muy al contrario: me aprieta como si encogiera semana a semana. Lo más extraño es que, cuando estaba en el campo y me había convertido en el Perro Brodeck, no tenía miedo. Allí éste no existía; yo me encontraba mucho más allá de él. Porque el miedo todavía pertenece a la vida. Del mismo modo que las hienas dan vueltas alrededor de las carroñas, el miedo no puede prescindir de la vida. Ella es la que lo alimenta y mantiene. Pero yo estaba en los márgenes de la vida. Estaba ya en medio del río.

Cuando salí de la granja de Orschwir creo que vagué por las calles. Todavía era muy temprano. Seguía viendo la imagen de los cerdos revolcándose en el lodo y mirándome con ojos siniestros. Intentaba ahuyentar esa visión, pero era tenaz. Echaba en mí unas raíces que nunca conseguiría arrancar. Aquellos animales, sus enormes caras, sus hinchadas barrigas y sus ojos, aquellos ojos desvaídos que me escrutaban, y aquel hedor... Dios mío... Todo aquello —los cerdos y el tranquilo y confiado rostro del Anderer— acabó bailando una zarabanda en mi mente, un baile sin música, con la espantosa calma de Orschwir como único violín.

De pronto, me encontré ante el café de la tía Pitz, junto al viejo lavadero. Seguramente había ido hasta allí para tener la certeza de no toparme con nadie, al menos con ningún hombre. Sólo van ancianas que se reúnen allí a todas horas, pero sobre todo al final del día, alrededor de una infusión o unos vasitos de aguardiente mezclado con enebro y una pizca de azúcar; unos *Liebleich*, zalameros, los llamamos aquí.

En realidad, el de la tía Pitz no es un café. Es una habitación contigua a su cocina. Hay tres mesas pequeñas con tapetes de encaje y unas cuantas sillas alrededor, una estrecha chimenea que tira mal, plantas verdes en tiestos barnizados y, en una pared, una fotografía muy desvaída de un joven que sonríe al objetivo alisándose el bigote con dos dedos. La tía Pitz ha cumplido los setenta y cinco. Está totalmente encorvada, como doblada en ángulo recto. Cuando se la encuentran por la calle, los chicos la llaman *Die Fleckarei*, la Escuadra. Y el joven de la fotografía era su marido, Augustus Pitz, que lleva muerto medio siglo.

Debo de ser el único hombre que pone los pies en su café de cuando en cuando. A veces me ayuda. Por eso voy. Conoce todas las plantas de la montaña, hasta las más raras, de modo que si no las encuentro en mis libros voy a preguntarle y pasamos unas horas hablando de las flores y las gramíneas, de los senderos y los sotobosques, de los prados donde pacen las ovejas, las cabras, las vacas y el incansable viento, de todos esos sitios a los que ella ya hace mucho tiempo que no puede ir.

—Me han cortado las alas, Brodeck... En realidad, mi vida estaba allí arriba, en los altos pastizales, con los rebaños. En el pueblo me ahogo, el aire es demasiado denso. Aquí vives como las lombrices, arrastrándote por el suelo, comiéndote el polvo... En cambio, allí arriba...

Tiene los herbarios más hermosos que conozco. Todo un armario atestado de grandes libros con tapas de cartón gris oscuro en los que, durante años, ha ido colocando las flores y hierbas de la montaña. Debajo de cada espécimen ha apuntado con su esmerada caligrafía el lugar de recogida, el día, el aspecto del cielo, el aroma de la planta, sus colores exactos, su orientación, y a veces un pequeño comentario sin ninguna relación.

—Conque otra vez vienes por el Gran Libro de los Muertos y las Muertas, Brodeck...

Para ser exactos, dijo «*De Buch vo Stiller un Stillie*», en dialecto, lo que resulta menos trágico y más suave.

Así es como me recibió ese famoso día cuando empujé su puerta con cascabeles. Luego volví a cerrarla como si estuvieran siguiéndome, sin duda con la cara pálida y la rapidez de un conspirador, y fui a sentarme a la mesa que se halla más cerca del ángulo, que se encaja en él como si quisiera desaparecer. Le pedí algo muy fuerte y muy caliente, porque temblaba como una carraca vieja en Semana Santa. Estaba aterido. Sin embargo, el sol había acabado de encaramarse al cielo y se alzaba como dueño y señor.

La tía Pitz volvió enseguida con una taza humeante. Me indicó que bebiera. Obedecí como un niño. Cerré los ojos y dejé que el brebaje penetrara en mí. Me calentó la sangre, luego las manos y después la cabeza. Me desabotoné un poco el cuello de la chaqueta y el de la camisa. La tía Pitz me miraba. Las paredes se movían suavemente como hojas de álamo, y también las sillas, que parecían querer acercarse a ellas y sacarlas a bailar.

—¿Qué te pasa, Brodeck? ¿Has visto al diablo?

Tenía mis manos entre las suyas y la cara muy cerca de la mía. Sus ojos son grandes, verdes y muy hermosos, con pintas doradas alrededor del iris. Recuerdo que pensé que los ojos no tienen edad, que te mueres con los ojos del niño, con los ojos que un día se abrieron al mundo y del que ya no han despegado.

La anciana me sacudió un poco y me repitió la pregunta.

¿Qué sabía la tía Pitz y qué podía contarle? La tarde anterior, en la fonda Schloss sólo había hombres, y era con ellos con quienes había hecho un trato. Al volver a casa no había contado nada

a mis mujeres, y esa mañana había salido antes de que despertaran. Los demás, todos los demás, ¿no habrían hecho lo mismo con sus mujeres, hermanas, madres e hijas?

La tía Pitz seguía apretándome un poco las manos, como para sacarles la verdad. Las palabras se atropellaban en mi mente: «Nada. No ha pasado nada, tía Pitz, nada grave, lo normal. Ayer tarde, los hombres del pueblo mataron al Anderer. Ocurrió en la fonda Schloss, de un modo muy sencillo, como una partida de cartas o un acuerdo sobre una venta. Llevaba incubándose mucho tiempo. Yo llegué después, a comprar mantequilla. No participé en el asesinato. Simplemente me encargo del informe. Tengo que explicar lo que pasó desde su llegada y por qué no quedaba más remedio que matarlo. Eso es todo».

Las palabras no brotaron de mis labios. Se quedaron dentro. No querían salir. Sin embargo, lo intenté. La anciana se levantó, fue a la cocina y volvió con una pequeña cacerola esmaltada de rosa. Echó el resto del brebaje en la taza y me indicó que bebiera. Y yo bebí. Las paredes volvieron a oscilar. Sentí mucho calor. La tía Pitz se fue de nuevo. Y esta vez regresó con uno de sus grandes libros, un herbario. La etiqueta de la tapa rezaba *Blüte vo Mai und Heilkraüte vo June*, leyenda que podría traducirse como «Flores de mayo y simples de junio». Dejó el libro ante mí, se sentó a mi lado y lo abrió.

—Vamos, echa un vistazo a mis pequeñas *Stillies*, Brodeck. Eso te distraerá.

De pronto, como si esas palabras lo hubieran atraído, sentí que el Anderer se me acercaba por detrás, se ponía las gafas de montura dorada, como tantas veces le había visto hacer, y me sonreía con su redonda y bonachona cara de niño crecido demasiado deprisa, antes de inclinar la gran cabeza aureolada de rizos y contemplar las hojas secas y los pétalos dormidos del herbario de la tía Pitz.

Ya he dicho que él hablaba poco. Muy poco. A veces, al mirarlo, me recordaba la cara de algún santo. La santidad es muy curiosa. Cuando te topas con ella sueles confundirla con otra cosa, con algo totalmente distinto, la indiferencia, la ironía, la maquinación, la frialdad o la insolencia, quizá el desprecio. Te equivocas y, a continuación, te enfadas. Cometes una locura. Seguramente, por eso los santos suelen acabar como mártires.

Debo contar la llegada del Anderer al pueblo, pero tengo miedo: miedo a despertar fantasmas y miedo a los otros. A los del pueblo, que ya no se comportan conmigo como antes. Ayer, por ejemplo, Fritz Aschenbach, a quien conozco hace más de quince años, no respondió a mi saludo cuando nos cruzamos en la subida del Jornetz. Él venía de talar árboles y yo iba a ver si todavía podía encontrar niscalos. Se me cayó el alma a los pies. Me paré, me volví y le solté:

—¿Qué pasa, Fritz, ya no se saluda?

Pero él no aflojó el paso ni se volvió. Se limitó a lanzar un gran escupitajo de medio lado. Quizá iba tan absorto en sus pensamientos que ni me vio ni oyó. Pero pensamientos ¿sobre qué? ¿Sobre quién? No estoy loco. Ni estoy enloqueciendo. ¡Además, no hay que olvidar la muerte de Diodème! ¡Una muerte más! Y extraña. Pero ya hablaré de eso. Tras mi estancia en aquel campo, sé que hay más lobos que corderos.

El Anderer había llegado el 13 de mayo a media tarde, en primavera hará un año. Un día muy benigno y de tonos dorados. El atardecer se acercaba de puntillas, como si no quisiera molestar. En los campos que rodean el pueblo y en los prados altos, hasta donde alcanzaba la vista, no se veían más que olas blancas y amarillas. La hierba joven casi había desaparecido bajo la alfombra de dientes de león. El viento los balanceaba, los acariciaba o doblaba, según su humor, mientras en lo alto las presurosas nubes se alejaban en bandada hacia poniente y se hundían en la brecha del Prätze hasta desaparecer por completo. En los rastrojales, algunas manchas de nieve seguían resistiendo a los primeros calores, que las lamían y adelgazaban día tras día, y pronto las transformarían en fríos y cristalinos charcos.

Serían las cinco o cinco y media cuando Gunther Beckenfür, que estaba en la otra vertiente del Bourenkopf, arreglando el techo de su refugio de pastor, al mirar hacia la carretera que viene de la frontera, en la que desde que acabó la guerra nunca se ve a nadie, a la que ya nadie va ni a nadie se le ocurriría ir jamás, había observado una curiosa comitiva.

—Iba a una marcha más lenta, imposible.

Me lo cuenta él mismo, a mi petición, para que pueda apuntar todas sus palabras en una libreta. Todas sus palabras, digo bien. Estamos en su casa. Me ha servido un vaso de cerveza. Mientras escribo, chupetea el cigarrillo que acaba de liarse, mitad con tabaco mitad con liquen, y que impregna la habitación de una peste del demonio. Su anciano padre se halla sentado en un rincón; su madre murió hace años. El viejo habla solo, con el gorgoteo de unas mandíbulas en que no quedan más que dos o tres dientes, agitando continuamente su frágil cabeza de estornino como los angelotes articulados de las iglesias. Fuera cae la nieve. Es la primera nieve, la que regocija a

los niños con su blancura inmaculada y cegadora. De vez en cuando la vemos acercarse a la ventana, curiosa, como cientos de ojos clavados en nosotros, y volver a alejarse asustada hacia la calle a zancadas.

—Casi no avanzaba, como si acarreará todo un cargamento de mojones de granito. Incluso paré para mirar con atención, no fuera que estuviera soñando; pero no, no soñaba, veía algo, aunque aún no sabía qué. Animales perdidos, pensé al principio, o gente extraviada, o vendedores de Dios sabe qué, porque ahora me daba perfecta cuenta de que aquello era humano. Temblé, recuerdo que temblé, y no de frío, sino acordándome de la guerra, de la carretera de la guerra, aquella carretera de mierda que no nos trajo más que desgracias y miseria; y él, la silueta de hombre con dos animales que yo no sabía si eran vacas o caballos, estaba precisamente en esa carretera. No podía venir más que de allí, de donde los *Fratergekeime*, esos cabrones hijos de mala madre... ¿Te acuerdas de lo que hicieron a Cathor esos malnacidos? —Asentí. Cathor arreglaba cacharros de loza. También era el cuñado de Beckenfür. Cuando los *Fratergekeime* llegaron al pueblo quiso jugársela, y perdió. Puede que vuelva sobre el tema más adelante—. Estaba tan intrigado que dejé las lajas y la guadaña. Me froté los ojos, entorné los párpados e intenté ver lo más lejos posible. Era como una aparición de otra época. Me quedé boquiabierto. Un auténtico feriante, emperejilado como ya no se ve, avanzando al trote corto con sus monturas de circo, como si fuera a una cabalgata o se hubiera escapado de un teatro de marionetas.

Aquí, hace mucho tiempo que mataron a los caballos y se los comieron. Y cuando acabó la guerra nadie había pensado en reemplazarlos. Ya no los querían. Preferían los asnos y las mulas. Brutos, muy brutos, sin nada humano y sin memoria. Así que ver llegar a alguien a caballo significaba forzosamente que venía de muy lejos y nada sabía de nuestra región, de lo que había sucedido en ella, de nuestras desgracias.

No es sólo que ir a caballo resultase anticuado. Desde la guerra, es casi como si hubiéramos retrocedido en el tiempo; toda la miseria que sembró, germinó como las semillas en una primavera propicia. La gente sacó de los graneros útiles de otra época, apañados con lo que no había sido destruido o robado, carretas paticojas, carretones improvisados... Labran con arados forjados hace más de un siglo. Henifican a brazo. Todos hemos vuelto atrás, como si el tiempo de la humanidad hubiera soltado un gran hipido y propinado a los hombres una tremenda patada en el culo para hacerlos empezar casi desde cero.

La aparición avanzaba a paso de buey, mirando al parecer a derecha e izquierda mientras le acariciaba el cuello a su montura y le hablaba a menudo, pues movía los labios. El segundo animal iba atado al primero. Era un viejo asno, todavía fuerte y firme de cascos, que avanzaba con paso seguro, sin flaquear ni retrasarse, pese a acarrear tres grandes maletas que parecían muy pesadas, además de varios sacos que colgaban a ambos lados como ristras de ajos en las vigas de una cocina.

—Por fin, llegó a mi altura. Yo lo miraba como si fuera un genio o el *Teufeleuzeit*, del que cuando yo era pequeño, mi padre, para meterme miedo, contaba que vivía en las madrigueras del valle, con los zorros y los topos, y comía pajarillos y a los niños que se perdían. Se quitó el sombrero, un sombrero raro que parecía un hongo al que le hubieran cortado el ala, y me saludó muy ceremonioso. Luego, empezó a desmontar del caballo, un hermoso animal de pelaje negro y lustroso que tenía un aire muy distinguido. Se deslizó por la panza del animal, resoplando y frotándose la barriga, que era de lo más rolliza. Cuando estuvo en el suelo, se sacudió el polvo de

aquel traje de opereta, una especie de levita de paño y terciopelo llena de extraños perifollos y galones carmesíes. Su cara parecía una pelota, con la piel muy tersa y los pómulos muy rojos. El asno soltó un rebuzno. El caballo respondió agitando la cabeza, y fue entonces cuando el buen hombre sonrió y me soltó: «Vive usted en una región magnífica, caballero. Sí, una región magnífica...».

»Pensé que estaba tomándome el pelo. Los dos animales, tan finos como su dueño, no se habían movido ni para rozar con los belfos la estupenda hierba que tenían bajo las cabezas, como habría hecho cualquier otro sin dudarlo. Se limitaban a mirarse y decirse cosas de vez en cuando, cosas de animales. De pronto, su dueño sacó un reloj de bolsillo, pareció sorprenderse de la hora, lo que ensanchó su sonrisa, y haciendo un gesto con la cabeza en dirección al pueblo simplemente me dijo: “Tengo que llegar antes de que anochezca...”.

»No pronunció el nombre de nuestro pueblo. Sólo movió la cabeza en esa dirección y ni siquiera esperó mi respuesta. Sabía muy bien adónde iba. ¡Vaya si lo sabía! Y eso es en realidad lo más extraño, el hecho de que no fuera un hombre perdido en la montaña, sino alguien que venía aquí, que venía ex profeso.

Beckenfür calló y se echó al colete el quinto vaso de cerveza. Luego, miró alelado el tablero de la mesa, lleno de muescas y rayas que dibujaban extrañas figuras. Ahora, al otro lado de la ventana nevaba vertical y regular. A ese ritmo, en una noche podía acumularse un metro en tejados y calles. Y nosotros, que ya estábamos al margen del mundo, lo estaríamos aún más. A veces, eso es lo terrible: para algunos, estar solo no conduce más que a extrañas elucubraciones, a laboriosas y paticojas construcciones. Y sé de muchos que, jugando a ese juego, en unas cuantas noches de invierno se han convertido en grandes arquitectos.

En definitiva, aquel famoso día de primavera el Anderer habló tranquilamente y, sonriendo todo el rato, volvió a montarse en el caballo. Sin añadir nada, dejó a Gunther Beckenfür y se vino al pueblo. Beckenfür lo siguió con la mirada hasta que desapareció detrás de las peñas de los Kölnke.

Antes de llegar aquí tuvo que detenerse en algún sitio. Por fuerza. He cotejado las horas. Hay una laguna entre el instante en que Beckenfür lo perdió de vista y el momento en que cruzó la entrada del pueblo, bajo la mirada del mayor de los Dörfer, que no se atrevía a entrar en casa porque su padre, borracho como una cuba una vez más, aullaba que le iba a sacar las tripas. Una laguna que el cansino paso del caballo no puede justificar. Tras mucho pensarlo, creo que debió de hacer un alto cerca del río, junto al Baptisterbrücke, donde la carretera dibuja una curiosa serpentina en un prado de hierba tierna como la mejilla de un niño. No se me ocurre otra explicación. La vista es preciosa y, para quien no conoce nuestra tierra, es el sitio ideal a fin de palparla como una tela, porque se divisan los tejados del pueblo, se oye su rumor y, sobre todo, se embelesa uno con el río.

El Stubi no es un curso de agua a tono con el paisaje. Uno esperaría encontrar una lánguida corriente que se ensancha y desborda, que se extiende por los prados y enreda sus aguas en los ranúnculos de doradas cabezas, como lentas y blandas algas semejantes a cabelleras mojadas. En cambio, lo que tenemos es un torrente impetuoso y juguetón, que borbotea, ruge, arrastra los guijarros, rasca las rocas que afloran, las golpea y lanza al aire espuma y roción. Un salvaje río de la montaña, límpido y cortante como un cristal bajo el que relampaguean las grises truchas. Un río montaraz. Tanto en verano como en invierno su agua te hiela el paladar, y durante la guerra, al amanecer, a veces se veían allí criaturas distintas de los peces, completamente azules y con expresión asombrada, o con los ojos bien cerrados, como si las hubieran dormido por sorpresa y arropado con hermosas sábanas líquidas.

Habiendo hablado de algunas cosas con él, estoy seguro de que el Anderer se tomó su tiempo para admirar nuestro río. Stubi es un nombre curioso. No significa nada, ni siquiera en el dialecto. Se ignora de dónde viene. Ni el mismo Diodème encontró su origen ni su significado en todos los papeles que pudo remover y leer. Los nombres son muy extraños. A veces los repites constantemente y no sabes nada sobre ellos. En el fondo, son un poco como la gente, como esas personas con quienes nos cruzamos durante años pero a las que no conocemos, hasta que un día se nos muestran de pronto como jamás las habíamos imaginado.

No sé qué pensaría el Anderer cuando vio nuestros tejados y nuestras chimeneas por primera vez. Había llegado. Había acabado su viaje. Iba allí y a ningún otro sitio. Beckenfür lo pensó y lo comprendió, y a todos los demás nos pasó lo mismo, más tarde. No era un error. El Anderer venía aquí, sin la menor duda, por voluntad propia y tras haber preparado su aventura, llevándose cuanto necesitaba para ella, y no porque le diera una ventolera o fuese un capricho del azar.

Debía de haber calculado hasta la hora de llegada. Una hora de luz rasante, que realza las cosas, las montañas que resguardan el valle, los bosques y los pastos, los muros y los gabletes, los setos y las voces, volviéndolos más hermosos y majestuosos. Una hora que no es de plena claridad, que basta para conferir a cualquier hecho una pátina particular y a la llegada de un forastero una resonancia especial en un pueblo de cuatrocientas almas aficionadas a darle vueltas a las cosas incluso en tiempos normales. Pero también, a la inversa, una hora que, por el hecho de estar aún aferrada al día que muere, invita a la curiosidad y aún no al miedo. El miedo viene después, cuando se cierran los postigos y las ventanas, cuando el último tronco se introduce bajo la ceniza y el silencio extiende su dominio en lo más profundo de las casas.

Siento frío. Tengo la punta de los dedos tan ásperas y rígidas como si fueran de piedra. Estoy en el cobertizo, rodeado de maderas abandonadas, macetas, sacos de simientes, rollos de cordel, sillas desfondadas, de todo un baratillo medio inútil. Aquí se amontonan los desechos de la vida. Y aquí estoy yo. He venido adrede. Necesito aislarme para intentar ordenar esta terrible historia.

Llevamos casi diez años aquí. Dejamos la cabaña para mudarnos a esta casa cuando pude comprarla con lo que ahorramos de mi sueldo y la venta de los bordados de Emélia. Cuando firmé la escritura a mi nombre, el señor Knopf me había estrechado las manos calurosamente: «Bueno, ahora sí que estás en tu casa, Brodeck. Nunca olvides que una casa es como un país». Luego sacó unas copas y brindamos, él y yo, porque el vendedor rehusó la que le ofrecía el notario: se llamaba Rudolf Sachs, usaba monóculo y guantes blancos, había venido especialmente de S. y nos había mirado de arriba abajo como si él viviera en una nube inmaculada y nosotros entre estiércol. La casa había pertenecido a uno de sus tíos abuelos, al que nunca había conocido. La cabaña nos la habían dado cuando llegamos Fédorine, su carreta y yo, hace ahora más de treinta años. Veníamos del fin del mundo. Nuestro viaje había durado semanas, como una pesadilla interminable. Habíamos cruzado fronteras, ríos, paisajes, puertos, ciudades, puentes, idiomas, pueblos, bosques y campos. Yo iba sentado en la carreta como un pequeño rey, acurrucado entre los fardos al lado del conejo, que no apartaba de mí su mirada aterciopelada. Todos los días, Fédorine me alimentaba con pan, manzanas y tocino que extraía de grandes bolsas de tela azul, y también con palabras, las palabras que deslizaba en mis oídos y que yo debía volver a sacar por la boca.

Y un día habíamos llegado a este pueblo, que se convirtió en el nuestro. Fédorine detuvo la carreta ante la iglesia y me hizo bajar a estirar las piernas. En esa época, la gente todavía no temía a los forasteros, aunque fueran los más pobres entre los pobres. Nos rodearon. Unas mujeres nos trajeron de comer y de beber. También me acuerdo de los rostros de los hombres que, queriendo impedir que Fédorine hiciera más esfuerzos, tiraron de la carreta y la llevaron hasta la cabaña. Luego apareció el padre Peiper, todavía joven y rebosante de energía, cuando aún creía en lo que decía, y después el alcalde, un anciano con coleta y grandes mostachos blancos llamado Sibelius Craspach, que había sido oficial médico en el ejército imperial. Nos instalaron en la cabaña y nos dieron a entender que podíamos quedarnos una noche o años. Había una enorme estufa negra, una

cama de pino, un armario, una mesa, tres sillas y otra habitación vacía. Las paredes de madera eran de un suave y cálido color miel. Se estaba caliente. A veces, por la noche, se oía el murmullo del viento en las altas ramas de los cercanos abetos y el crujido de la madera, acariciada por el aliento de la estufa. Me dormía pensando en las ardillas, los tejones y los tordos. Era un paraíso.

Aquí en el cobertizo estoy solo. No es sitio para mujeres, ni jóvenes ni viejas. Por la noche, las velas proyectan sombras fantásticas. Las vigas interpretan una música seca. Tengo la sensación de estar muy lejos. Tengo la sensación, quizá equivocada, de que aquí nada puede molestarme ni alcanzarme, de que me encuentro a salvo de todo y de todos, cuando en realidad estoy en el centro del pueblo y rodeado por los otros, que lo saben todo sobre mí, lo que hago, lo que digo y si respiro.

He puesto la máquina en la mesa de Diodème. Cuando murió, Orschwir mandó tirar y quemar todo, su ropa, sus escasos muebles y sus novelas, con la excusa de que había que hacer sitio para el nuevo maestro. A Diodème lo sustituyó Johann Lüllli. Es de aquí. Tiene una pierna más corta que la otra y una mujer muy guapa que le ha dado tres hijos; el último aún lleva pañales. Lüllli no es una lumbrera, pero tampoco idiota. Antes redactaba escrituras en la alcaldía y ahora enseña a los niños, tras llenar la pizarra de letras y números. Él también estaba la noche del *Ereigniës*. Entre todas aquellas caras que me miraban, entreví su pelambreira rojiza y sus anchos hombros cuadrados, que dan la impresión de que se haya puesto la chaqueta sin retirar la percha.

En realidad, no necesitaba la mesa de Diodème, pero quería tener algo suyo, algo que hubiera tocado, utilizado. La mesa se le parece. Dos hermosos tableros de nogal encerado unidos directamente a cuatro sencillas patas, sin adornos ni perifollos. Un gran cajón cerrado con una llave de la que no dispongo. Tampoco he sentido tanta curiosidad como para forzarlo y ver si contiene algo. Si sacudo un poco la mesa, no se oye nada. Para mí que está vacío.

Estoy frente a la pared posterior del cobertizo. Tengo la máquina delante. Hace mucho frío. Los dedos no son lo único que se me ha quedado helado; la nariz también. Ya no la siento.

Cuando busco las palabras y alzo la vista, veo la pared y entonces me digo que quizá no debería haber arrimado la mesa a ella. Tiene demasiada personalidad. Está demasiado presente. Me recuerda al campo. Allí había una parecida a ésta.

Al llegar, todos pasábamos por la *Büxte*, la caja. Así llamaban los guardias a ese sitio, una exigua celda de piedra de metro cincuenta por metro cincuenta, donde no se podía estar ni de pie ni tumbado.

Nos sacaban de los trenes a golpes de porra, entre gritos. A continuación, teníamos que correr hasta el campo. Tres kilómetros de mal camino entre chillidos, ladridos y a veces mordiscos de los perros. A quienes caían los remataban allí mismo a porrazos. Estábamos débiles; no habíamos comido en seis días y apenas habíamos bebido agua. Teníamos el cuerpo agarrotado. Las piernas casi no nos sostenían.

A mi lado iba el estudiante Moshe Kelmar, que había viajado en el mismo vagón. Habíamos pasado seis días juntos, apretujados en aquella gran caja de metal que se arrastraba como una babosa por campos que ni siquiera veíamos, con las gargantas secas como la paja a finales de agosto, asfixiándonos entre una masa humana gimiente y llorosa. No había sitio ni aire. Allí había hombres, mujeres, ancianos, muchachas... Junto a nosotros, una joven madre sostenía a un niño de meses. Una madre muy joven y su hijo. Los recordaré toda mi vida.

Kelmar hablaba la lengua de Fédorine, la lengua milenaria que ella me había transmitido y que, de pronto y sin esfuerzo, volvía a mis labios. Kelmar sabía mucho de libros y también numerosos nombres de flores —incluido el de la «violeta de los barrancos», que es una flor casi legendaria en nuestra región—, pese a haber vivido siempre en la capital, es decir, muy lejos de nuestro pueblo, muy lejos de la montaña. Nunca había puesto los pies en ella, y su imaginación la embellecía. Tenía manos de chica, el pelo rubio y muy fino y facciones delicadas. Llevaba una camisa de excelente lino que había sido blanca, con chorreras en la pechera, una prenda para acudir a un baile o una cita amorosa.

Le había pedido noticias de la capital, que conocía de mis tiempos de estudiante. En esa época, la gente de nuestra provincia cruzaba la frontera para visitarla. Aunque la ciudad pertenecía al país de los *Fratergekeime*, nuestra región había estado vinculada a ella durante tantas décadas bajo el Imperio que todavía nos sentíamos en ella como en casa. Kelmar me habló de los cafés donde se reunían los estudiantes para tomar vino caliente y pasteles de canela con

semillas de sésamo; del paseo Elsi, que rodea un hermoso lago, donde en verano se invita a las chicas a pasear en barca y en invierno se patina; de la Gran Biblioteca de la calle Glockenspiel y sus miles de volúmenes con dorados en las cubiertas; de la taberna Stüpe, donde la oronda fra Gelicke nos trataba como una madre y nos llenaba el plato de estofado o sopa de salchichas. Pero, a mis preguntas sobre lugares que yo había frecuentado y recordaba con cariño, casi siempre respondía que no había estado desde hacía al menos tres años, desde el día en que él y todos los así llamados *Fremdër* habían sido confinados en la parte antigua de la capital, transformada en gueto.

Pero en ese barrio había un sitio al que Kelmar había ido mucho y del que me habló largo rato, un sitio que me era tan querido que el simple hecho de evocarlo de nuevo acelera un poco los latidos de mi corazón y hace que mi alma sonría. El pequeño teatro Stüpispiel tenía un escenario minúsculo y sólo cuatro filas de butacas. Seguramente, los espectáculos que se representaban en él eran los peores de la ciudad, pero el precio de la entrada resultaba irrisorio, y durante los fríos días de noviembre y diciembre la pequeña sala estaba caliente y era tan acogedora como un pajar.

Cierta noche, había ido en compañía de Ulli Rätte, un compañero de clase amante de la buena vida cuya continua risa sonaba como una cascada de monedas de cobre; Ulli estaba colado por una aspirante a actriz, una morenita un tanto metida en carnes que interpretaba un papelillo en una astracanada sin pies ni cabeza. Yo empezaba a dar cabezadas, cuando a dos asientos del mío se sentó una chica. Su vestido, demasiado fino para la estación, sugería que estaba allí por la misma razón que yo. Tiritaba un poco. Parecía un pajarillo, un frágil y vivaz herrerillo. Sus labios, ligeramente entreabiertos y de un rosa pálido, sonreían. Se sopló en las pequeñas manos, volvió la cabeza y me miró. Una vieja canción de la montaña dice que cuando el amor llama a tu puerta sólo queda la puerta: lo demás desaparece. Nuestros ojos estuvieron hablándose más de una hora. Cuando salimos del teatro, como autómatas, sólo el frío de la calle nos sacó de nuestro embeleso. Una nieve fina se posaba en nuestros hombros. Me atreví a preguntarle el nombre. Me lo dijo, y para mí fue el regalo más valioso del mundo. Esa noche no paré de murmurar su nombre, de decirlo y volver a decirlo, como si al repetirlo hasta el infinito pudiera lograr que ante mí apareciera el ángel de ojos avellana que lo llevaba:

—Emélia, Emélia, Emélia...

Kelmar y yo salimos del vagón a la vez. Echamos a correr protegiéndonos la cabeza con las manos. Los guardias ladraban. Algunos hasta conseguían reír simultáneamente. Podría haber pasado por un gran sainete, de no ser por los gemidos y el olor a sangre. Kelmar y yo estábamos sin aliento. No habíamos comido nada en seis días y apenas habíamos bebido. Las piernas no nos sostenían. Teníamos las articulaciones oxidadas. Corríamos como podíamos. Aquello no parecía tener fin. La mañana empezaba a arrojar su pálida luz sobre los prados circundantes, aunque el sol aún no había asomado. Acabábamos de pasar junto a un enorme y retorcido roble al que un rayo había calcinado parte del ramaje. Poco después, Kelmar se paró. De golpe.

—No seguiré, Brodeck.

Le dije que se había vuelto loco, que los guardias llegarían, se arrojarían sobre él y lo matarían.

—No seguiré. No podré vivir con lo que tú sabes... —repetió.

Lo agarré de una manga e intenté arrastrarlo. No hubo manera. Tiré con más fuerza. Me quedé con un trozo de su camisa en las manos. Los guardias notaron algo. Dejaron de hablar y miraron en

nuestra dirección.

—¡Vamos, deprisa! —le supliqué.

Kelmar se sentó tranquilamente en medio del camino.

—No seguiré —repitió en tono bajo y sereno, como quien se limita a expresar por fin una grave decisión que ha madurado en el silencio de su mente.

Los guardias empezaron a avanzar hacia nosotros, cada vez más deprisa y gritando.

—Kelmar... —murmuré—. Kelmar... ¡ven, te lo suplico!

Me miró y sonrió.

—Cuando vuelvas a tu tierra y encuentres la violeta de los barrancos, piensa en mí, piensa en el estudiante Moshe Kelmar. Y luego cuéntalo, dilo todo. Habla del vagón, habla también de esta mañana, Brodeck, habla por mí, por todos los hombres...

De pronto sentí un dolor abrasador en los riñones. El segundo porrazo me alcanzó en el hombro. Los dos guardias estaban junto a nosotros, aullando y golpeando. Kelmar cerró los ojos. Un guardia me empujó y me gritó que me fuera. El tercer golpe me partió un labio. La boca se me llenó de sangre. Volví a echar a correr llorando, no de dolor, sino porque pensaba en Kelmar, que había hecho una elección. Los gritos se alejaron. Me volví. Los dos guardias estaban ensañándose con Kelmar. El cuerpo del estudiante se agitaba de derecha a izquierda, como un pobre títere al que unos críos destrozan las articulaciones por diversión. En esos instantes creí revivir, en un resumen atroz, la *Pürische Nacht*, la Noche de la Purificación.

Nunca he encontrado la violeta de los barrancos en nuestras montañas. Sin embargo, la he visto en un libro, un libro precioso: es una flor no muy alta, de tallo fino y pétalos de un azul profundo que parecen soldados entre sí, como si nunca fueran a abrirse. Tal vez ya no crezca. Tal vez la naturaleza haya decidido retirarla para siempre de su gran catálogo y privar de ella a los hombres, privarlos de su belleza, porque ya no la merecen.

Al final del camino y de mi carrera, se alzaba la entrada del campo: un enorme portón de forja elegantemente trabajado, como la verja de un parque o un jardín público. Estaba flanqueada por sendas garitas pintadas de un rosa y un verde de lo más alegres, donde permanecían los guardias, y sobre el portón se veía un grueso y reluciente gancho, parecido a los de las carnicerías, donde cuelgan bueyes enteros. De éste colgaba un hombre, que se balanceaba con una soga al cuello, las manos atadas a la espalda, los ojos desorbitados y la hinchada lengua asomando entre los labios; un pobre diablo tan parecido a nosotros como si fuera nuestro hermano, con el esquelético pecho adornado con un letrero escrito en su lengua, la lengua de los *Fratergekeime*, que antaño había sido gemela de la nuestra, en el que podía leerse: «*Ich bin nichts*», no soy nada. El viento lo balanceaba un poco. Tres cornejas acechaban no muy lejos, observando los ojos del cadáver como si fueran un manjar.

A diario ahorcaban a un hombre en la entrada del campo. Al despertarnos por la mañana, todos los presos nos decíamos que quizá fuera nuestro turno. Los guardias nos sacaban de los barracones en que dormíamos hacinados en el suelo y nos obligaban a formar en filas y esperar de pie largo rato, hiciera el tiempo que hiciera, hasta que elegían a uno de nosotros, la víctima del día. A veces, lo decidían en tres segundos; otras, se lo jugaban a los dados o las cartas. Y nosotros teníamos que aguardar de pie frente a ellos, en hileras perfectas, totalmente inmóviles. Las partidas se eternizaban y, al acabar, el ganador tenía el privilegio de elegir a quien quisiera. Recorría las filas. Nosotros conteníamos la respiración. Cada uno trataba de volverse tan

insignificante como podía. El guardia se lo tomaba con calma. Por fin, se detenía ante un prisionero, lo tocaba con la punta del bastón y simplemente decía: «*Du*». En nuestro fuero interno, nosotros, todos los demás, sentíamos brotar una loca alegría, una felicidad abyecta que sólo duraría hasta la jornada siguiente, hasta la nueva ceremonia, pero que nos permitiría aguantar, seguir aguantando.

El *Du* se iba con los guardias. Llegaba al portón. Le mandaban subir al patíbulo. Debía descolgar al ahorcado del día anterior y luego bajarlo a hombros, cavar una fosa y enterrarlo. Después, los guardias le ordenaban colgarse el letrero «*Ich bin nichts*», le pasaban la soga alrededor del cuello, le hacían subir al taburete y esperaban a que llegara la *Zeilenesseniss*.

La *Zeilenesseniss* era la mujer del comandante del campo. Era joven y, sobre todo, de una belleza inhumana, hecha de un exceso de blancura y rubicundez. Se paseaba por el campo a menudo, y nosotros teníamos orden de no cruzar la mirada con la suya, so pena de muerte.

Nunca se perdía el ahorcamiento matutino. Llegaba caminando lentamente, fresca, con las mejillas todavía sonrosadas por el agua pura, el jabón y la crema; a veces, el viento nos traía su perfume, un aroma a glicinas, que desde entonces no puedo percibir sin vomitar y llorar. Llevaba ropa limpia. Iba vestida y peinada de manera impecable, y a unos cuantos metros, nosotros, mugrientos y malolientes, devorados por la miseria de nuestros harapos informes y descoloridos, el cráneo rapado y cubierto de roña y los huesos tensándonos la piel, pertenecíamos a un mundo distinto del suyo.

Jamás venía sola. Siempre traía en brazos a su hijo, un bebé de pocos meses envuelto en graciosos pañales. Lo acunaba serenamente, le hablaba al oído, le cantaba nanas... Una la recuerdo; decía así: «*Welt, Welt von licht / Manns hanger auf all recht / Welt, Welt von licht / Ó mein kinder so wet stillecht*». «Mundo, mundo de luz, / la mano de los hombres sobre todas las cosas. / Mundo, mundo de luz, / oh, mi niño, qué dulcemente reposa».

El bebé siempre estaba tranquilo. No lloraba. A veces dormía, pero ella lo despertaba con leves gestos muy tiernos, y cuando al fin abría los ojos, meneaba los bracitos y las piernecillas y bostezaba hacia el cielo, ella, con un simple movimiento de barbilla, indicaba a los guardias que la ceremonia podía empezar. Uno de ellos propinaba una fuerte patada al taburete, y el cuerpo del *Du* caía para quedar retenido por la cuerda al instante. La *Zeilenesseniss* lo miraba largo rato, y en sus labios afloraba una sonrisa. No perdía detalle de las sacudidas, de los ruiditos de la garganta, de los pies agitándose en el vacío en busca del suelo, del borboteo de los intestinos que se vaciaban y de la inmovilidad final, del enorme silencio. A continuación, depositaba un largo beso en la frente de su bebé, que a veces lloriqueaba, seguramente no de miedo sino porque tenía hambre y reclamaba su toma, y se iba tan tranquila. Las tres cornejas ocupaban sus puestos. No sé si todos los días serían las mismas. Eran idénticas. Los guardianes también se parecían, pero ellos no nos devoraban los ojos; se conformaban con nuestras vidas. Como ella. Como la mujer del comandante, a la que entre nosotros llamábamos la *Zeilenesseniss*, la Comedora de Almas.

Después, a menudo he pensado en ese niño, en su hijo. ¿Murió, como ella? Si vive, debe de tener la edad de mi pequeña Poupchette. ¿Cómo será ese niño que durante meses se alimentó todas las mañanas con la leche caliente de los pechos de su madre y el espectáculo de cientos de hombres ahorcados?

¿Qué sueña? ¿Qué dice? ¿Todavía sonríe? ¿Ha enloquecido? ¿Lo olvidó todo o revive en su joven cabeza las convulsiones de los cuerpos acercándose a la muerte, las quejas estranguladas,

las lágrimas que resbalaban por las macilentas y chupadas mejillas, los estridentes chillidos de los pájaros...?

Durante los primeros días en el campo, en la *Büxte*, no había parado de hablar con Kelmar, como si todavía estuviera vivo. La *Büxte* era una celda sin ventana. La luz se filtraba por debajo de la gruesa puerta reforzada con herrajes. Abría los ojos y veía la pared. Cerraba los ojos y veía a Kelmar y detrás, lejos, muy lejos, a Emélia, sus suaves y delicados hombros, y más lejos aún a Fédorine, que lloraba meneando lentamente la cabeza.

No sé cuánto tiempo estuve en la *Büxte*, con esas tres caras y esa pared. Seguramente mucho. Semanas, tal vez meses. Pero de todas formas allí, en el campo, los días, las semanas y los meses no significaban nada. El tiempo no contaba.

El tiempo había dejado de existir.

Sigo en el cobertizo. Me ha costado calmarme. Hace una media hora oí un ruido extraño junto a la puerta, una especie de frotamiento. Dejé de teclear y agucé el oído. Nada. El ruido había cesado. Contuve la respiración largo rato. Estaba seguro de haber oído algo. No lo había soñado: poco después, el ruido volvió a empezar, pero ya no venía de la puerta; avanzaba a lo largo de la pared, se acercaba lenta, muy lentamente, como si reptara. Apagué la vela, retiré la hoja de la máquina, que me metí debajo de la camisa, y me acurruqué en un rincón, junto a una banasta vieja llena de coles y nabos, detrás de las herramientas. El ruido no cesaba; seguía avanzando con lentitud a lo largo de las paredes del cobertizo.

Duró mucho. De vez en cuando paraba y luego volvía a empezar. Recorría el cobertizo con extraordinaria lentitud. Oyéndolo girar a mi alrededor, tenía la sensación de estar atrapado en un torno invisible que una mano también invisible iba cerrando poco a poco sobre mí.

El ruido dio una vuelta completa. Volvía a estar detrás de la puerta. Ví que la maneta se movía y bajaba en el mayor silencio. Recordé los cuentos que Fédorine conserva en la memoria, aquellos en que los objetos hablan, los castillos cruzan llanuras y montañas durante la noche, las reinas duermen mil años, los árboles se convierten en caballeros, o sacan las raíces de la tierra, las enroscan alrededor de un cuello y lo estrangulan, y las fuentes pueden curar las heridas más profundas y las penas más grandes.

La puerta se entreabrió, también sin ruido. Traté de encogerme aún más, de arrebujarme en la oscuridad. Seguía sin ver nada. Ya no oía latir mi corazón, como si se hubiera parado y también esperara que ocurriera algo. De pronto, una mano empujó la puerta. La luna asomaba la cara entre dos nubes. El cuerpo de Göbbler y su cabeza de gallo se recortaron en el umbral, como las siluetas que los pequeños vendedores ambulantes de la capital, cerca del gran mercado de la Albergeplatz, recortaban con tijeras en papel ennegrecido con humo, perfilando gnomos o monstruos.

La corriente que penetraba por la puerta traía olor a nieve. Inmóvil, Göbbler escrutaba la oscuridad. Yo no me había movido. Sabía que donde estaba no podía verme; yo a él tampoco, pero percibía su olor, un olor a gallina mojada y corral.

—¿Aún no te has acostado, Brodeck? ¿No contestas? Sé que estás ahí, he visto la luz por debajo de la puerta antes de que la apagaras y he oído la máquina... —En la oscuridad, su voz adoptaba extrañas resonancias—. Yo tampoco duermo, Brodeck... ¡Ten cuidado!

La puerta volvió a cerrarse y la silueta de Göbbler desapareció. Aún oí sus pasos unos segundos más. Imaginé sus gruesas botas de cuero engrasado con la suela embarrada, dejando

sucias manchas marrones en la fina capa nevada.

Seguí inmóvil en mi escondite un buen rato. Respiraba tan bajo como podía y le decía a mi corazón que se calmara. Le hablaba como se habla a un animal.

Fuera, el viento empezó a soplar con más fuerza. El cobertizo se estremecía. Sentí frío. De pronto, mi miedo cedió ante la cólera. ¿Qué quería aquel matagallinas? Además, ¿a él qué le importaba? ¿Acaso vigilaba o espiaba yo a la gorda de su mujer? ¿Con qué derecho entraba en mi casa sin llamar para amenazarme veladamente? Que hubiera cometido una atrocidad con los demás no lo convertía en juez. ¡De todos, el único inocente era yo! ¡Yo! ¡El único! El único...

El único.

Sí, yo era el único.

Mientras me lo repetía, comprendí hasta qué punto era peligroso, porque, en el fondo, ser inocente entre culpables es igual que ser culpable entre inocentes. También me pregunté por qué esa famosa noche, la noche del *Ereigniës*, todos los hombres del pueblo se encontraban en la fonda Schloss, todos menos yo. Hasta ahora no me había parado a pensarlo. No había caído en la cuenta porque precisamente me había creído, con enorme ingenuidad y sin darle más vueltas, muy afortunado por no estar allí. Pero era imposible que, por casualidad, todos hubiesen decidido ir a tomar una copa de vino o una jarra de cerveza a la fonda a la misma hora. Si no faltaba ninguno, era porque se habían citado. Y de esa cita me habían excluido. Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Volví a estremecerme. Seguía en la oscuridad, en la oscuridad del cobertizo y en la oscuridad de mi pregunta. Y de pronto, el recuerdo del primer día bailó en mi mente como una sierra en un tronco demasiado verde. El día de mi vuelta. Cuando había llegado del campo después de una larga marcha y entrado en las calles de nuestro pueblo.

Los rostros de toda la gente con que me había encontrado desfilaron ante mí: primero, en el portillo, las hermanas Glacker, la alta, que tiene cara de lirón, y la baja, con los ojos hundidos en la grasa; luego, en la calle de los lagares, Gott, el herrero, con los brazos cubiertos de pelambre rojiza; la tía Fülltach, delante de su bar, en la esquina con la calleja Unteral; Ketzenwir, tirando de una vaca enferma junto a la fuente Bieder; Otto Mielk, que charlaba con el forestal Prossa bajo la marquesina del mercado sujetándose la panza y, al ver mi fantasma, abrió tanto la boca que dejó caer su pequeño y torcido cigarro; después, todos los que salieron de sus cuatro paredes como si emergieran de la tumba y, haciendo corro a mi alrededor, me acompañaron en silencio hasta casa; y, por último y sobre todo, cuantos se metieron en sus casas y se apresuraron a cerrar la puerta, como si yo hubiese vuelto con un cargamento de desgracias, odios o deseos de venganza y fuera a desparramarlos en el aire como cenizas frías.

Si poseyera el talento, los colores y los pinceles del Anderer, podría pintar todas esas caras, en especial sus ojos, unos ojos donde entonces no leí más que sorpresa, pero en los que de hecho, ahora que creo conocerlos mejor, había un montón de cosas, como en esas charcas que el verano deja tras sí en las turberas desecadas del calvero del Trauerprintz, llenas de inmundicias animadas, de minúsculas fauces dispuestas a despedazar cuanto entorpezca su estrecho destino.

Acababa de escapar del centro de la tierra. Había tenido la suerte de salir del *Kazerskwir*, de trepar por sus paredes, y cada metro ganado me parecía una resurrección.

Pero mi cuerpo era el de un muerto. Y en los sitios por los que pasé durante mi larga caminata, los niños huían llorando como si hubieran visto al diablo, mientras que los hombres y las mujeres salían de las casas, se acercaban a mí, hacían amago de tocarme y giraban a mi alrededor.

A veces me daban pan, un trozo de queso o una patata asada bajo las brasas, pero algunos me lanzaban guijarros, escupitajos o insultos, como si se hubieran cruzado con un malhechor. Comparado con lo que dejaba atrás, eso no era nada. Sabía que venía de un sitio demasiado lejano para ellos, y no era una cuestión de kilómetros reales. Procedía de un país que no existía en su mente, un país que ningún mapa había recogido, un país que ningún relato había mencionado, un país surgido de la tierra en unos meses, pero cuyo recuerdo iba a tardar siglos en desmoronarse.

¿Cómo pude andar tanto, hilvanar todos esos senderos con los pies desnudos? Lo ignoro. Tal vez, simplemente porque sin saberlo ya estaba muerto. Sí, tal vez porque estaba muerto, como los demás, como todos los demás en el campo, pero no lo sabía, no quería saberlo, y como lo negaba había conseguido burlar la vigilancia de los que guardan los Infiernos, los de verdad, que al ver agolparse tanta gente a sus puertas en los últimos tiempos me dejaron regresar, diciéndose que al fin y al cabo tarde o temprano volvería para ocupar mi sitio en la gran cohorte.

Caminé, caminé, caminé... Caminé hacia Emélia. Iba hacia ella. Regresaba. No paraba de repetirme que volvía a su lado. En el horizonte estaba su cara, su dulzura, su risa, su piel, su voz aterciopelada y ronca, su acento extranjero, que daba a cada una de sus palabras una torpeza de niño que al tropezar en un guijarro está a punto de caer, pero recupera el equilibrio y se echa a reír. También estaba su olor a aire puro, musgo y sol. Le hablaba. Le decía que volvía. Emélia. Mi Emélia.

No obstante, he de reconocer que no toda la gente con que me crucé durante mi larga marcha me trató como a un perro vagabundo, como a un mendigo apestado. También había conocido al anciano.

Un atardecer, al otro lado de la frontera, en su país, en el país de los *Fratergekeime*, llegué a una aldea sorprendentemente intacta. Todas las casas seguían en pie, sin desconchones, sin boquetes, sin tejados arrancados, sin graneros quemados... La iglesia, erguida e indemne, velaba por el pequeño cementerio que se extendía a sus pies entre huertos bien cuidados y un paseo de tilos. Las tiendas no habían sido saqueadas. El ayuntamiento estaba impecable, y hermosas vacas de mirada apacible abrevaban en silencio en las pilas de las grandes fuentes, mientras el niño que las llevaba a ordeñar jugaba con una peonza roja.

El anciano estaba sentado en un poyo ante la fachada de una de las últimas casas del pueblo. Parecía dormir con las manos apoyadas en un bastón de acebo y la pipa apagada. Un sombrero de fieltro le ocultaba la mitad del rostro. Ya había pasado de largo cuando lo oí llamarme con una voz lenta, una voz que, por decirlo así, era como una mano amistosa que se te posa en el hombro.

—Acérquese... Vamos, acérquese... —Por un momento, creí soñar que me llamaba—. ¡Sí, le hablo a usted, joven!

Qué curioso que me llamara «joven». Me entraron ganas de sonreír. Pero ya no sabía. Los músculos de la boca, labios y ojos no sabían sonreír, y los dientes rotos me dolían.

Ya no era joven. En el campo había envejecido siglos. Había agotado la cuestión de envejecer. Pero, a medida que nos sometíamos a ese curioso aprendizaje, nuestros cuerpos se evaporaban. Yo, que había salido de casa redondo como una pelota, ahora estaba en los huesos. Todos acabábamos pareciéndonos. Nos habíamos convertido en sombras idénticas unas a otras. Podían confundirnos, eliminar a unos cuantos cada día, porque a continuación añadían otros tantos, y no se notaba. Las siluetas y las caras huesudas que poblaban el campo eran siempre las mismas. Ya no éramos nosotros mismos. No nos pertenecíamos. Ya no éramos individuos. Sólo una especie.

El anciano me había invitado a entrar en su casa, que olía a piedra fresca y heno. Señaló un hermoso arcón encerado y dijo que dejara allí mi hatillo, que en realidad no contenía gran cosa: dos o tres andrajos que una mañana había recogido entre las cenizas de un granero y un trozo de manta que aún olía a quemado.

En la primera habitación, de techo muy bajo y con las paredes forradas de pino, había una mesa redonda ya puesta, como si estuvieran esperándome. Ví dos cubiertos colocados uno frente al otro sobre un mantel de algodón y, en un jarrón de barro, un ramo de flores silvestres conmovedoramente frágiles que oscilaban al menor soplo de brisa y exhalaban un aroma que parecía el recuerdo de un perfume.

En ese momento me acordé de Kelmar, el estudiante, con una mezcla de tristeza y alegría; pero el anciano me puso la mano en el hombro y, con un leve movimiento de la barbilla, indicó que me sentara.

—Necesita una buena comida y una noche de descanso. Antes de irse, mi criada ha preparado un conejo a las hierbas y una tarta de membrillo. Estaban esperándolo.

Entró en la cocina y regresó con el conejo, que llevaba una guarnición de zanahorias, cebollas rojas y ramitas de tomillo en una bandeja de porcelana verde. No me atrevía a moverme ni abrir la boca. El anciano se acercó, me sirvió generosamente y me cortó una gran rebanada de pan blanco. Luego me llenó el vaso de un agua cristalina. Yo ya no sabía si estaba de verdad en aquella casa o en uno de los numerosos sueños agradables que me visitaban por la noche en el campo. Mi anfitrión se sentó frente a mí.

—Disculpe si no lo acompaño: a mi edad ya no se come mucho. Pero empiece, por favor.

Era la primera persona que me trataba como a un ser humano en mucho tiempo. Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos. Las primeras también en mucho tiempo. Me agarré con fuerza a la silla, como para no caer al vacío. Abrí la boca e intenté decir algo, pero no pude.

—No hable —murmuró el anciano—. No voy a hacerle preguntas. No sé con exactitud de dónde viene, pero creo adivinarlo.

Me sentía como un niño. Mis movimientos eran torpes, precipitados, inconexos. El anciano me miraba con bondad. Olvidé mis dientes rotos y me abalancé sobre el plato como hacía en el campo cuando los guardias me arrojaban un troncho de berza, una patata o un mendrugo. Me comí todo el conejo y todo el pan, lamí el plato y devoré la tarta. Seguía temiendo que me quitaran la comida si me entretenía. Sentía el estómago lleno como nunca en meses y meses, y me dolía. Tenía

la sensación de que iba a explotar y moriría en aquella hermosa casa bajo la benévola mirada del anciano, de que moriría por comer demasiado después de haber sobrevivido al hambre.

Cuando acabé de rebañar el plato y la fuente con la lengua, y de recoger hasta la última miga esparcida por el mantel con la punta de los dedos, el anciano me acompañó al dormitorio. Allí me esperaba una tina llena de agua caliente y jabonosa. Mi anfitrión me desnudó, me ayudó a meterme en ella y a sentarme, y luego me lavó. El agua resbalaba por mi descolorida piel, queapestaba a mugre y sufrimiento, mientras el anciano me restregaba el cuerpo sin repugnancia, con el cariño de un padre.

Al día siguiente desperté en una alta cama de caoba, entre sábanas bordadas, impolutas y almidonadas que olían a aire puro. De todas las paredes de la habitación colgaban grabados que representaban a hombres con bigote, gorguera y, en algunos casos, insignias militares. Me miraban sin verme. La blandura del lecho me había dejado el cuerpo dolorido. Me costó levantarme. Desde la ventana se veían los campos que rodeaban el pueblo, campos cuidados, unos ya sembrados y otros por labrar; en algunos, las caballerías tiraban de arados que arañaban y esponjaban la tierra, una tierra negra y ligera, al contrario que la nuestra, que es rojiza y pegajosa como la liga. El sol estaba muy cerca del horizonte, dentado por álamos y abedules. Pero lo que tomé por el alba era en realidad el crepúsculo vespertino. Había dormido una noche y todo un día profundamente, sin soñar, sin interrupciones, de un tirón. Me sentía pesado y al mismo tiempo liberado de un fardo cuyo contenido no habría sabido definir en ese momento.

En una silla me esperaban unas prendas de ropa limpia y unos zapatos de paseo de cuero resistente y flexible, unos zapatos indestructibles que todavía llevo mientras escribo estas líneas. Cuando acabé de vestirme, vi a un hombre que me miraba desde el espejo, un hombre al que me parecía haber conocido en otra vida.

Mi anfitrión estaba sentado en el poyo de la entrada, como el día anterior. Daba caladas a la pipa y exhalaba al aire del atardecer un humo que olía a miel y helechos. Me invitó a sentarme a su lado. En ese momento me di cuenta de que todavía no le había dicho una palabra.

—Me llamo Brodeck.

El anciano dio una chupada más fuerte a la pipa y su rostro desapareció un instante tras el aromático humo.

—Brodeck... Brodeck... —repitió con voz suave—. Me alegro mucho de que haya aceptado mi invitación. Imagino que todavía le queda un largo camino antes de llegar a casa... —No supe qué responder. Había perdido la costumbre de hablar y la costumbre de pensar—. No se lo tome a mal —prosiguió—, pero a veces es mejor no volver al sitio del que te has ido. Uno se acuerda de lo que dejó, pero nunca sabe lo que puede encontrarse, sobre todo cuando la locura se ha apoderado de los hombres durante mucho tiempo. Usted aún es joven. Piénselo...

Frotó una cerilla contra la piedra del poyo y volvió a encender la pipa. Ahora el sol se había ocultado del todo en el otro lado del mundo. En los confines de los campos no quedaban más que trazos rojizos, que se extendían como churretones de fuego y anegaban la tierra. Sobre nuestras cabezas, olas de tinta negra empezaban a inundar la palidez del cielo y tempranas estrellas lanzaban destellos entre los garabatos de los últimos vencejos y los primeros murciélagos.

—Están esperándome. —Fue lo único que acerté a decir.

El anciano meneó la cabeza lentamente. Conseguí repetir la misma frase, pero no expliqué quién me esperaba, no pronuncié el nombre de Emélie. Lo había guardado en mi interior con tanto

celo que no me atrevía a dejarlo salir, como si temiera que se perdiese.

Me quedé cuatro días en su casa. Durmiendo como un lirón y comiendo como un señor. El anciano me miraba con benevolencia y volvía a llenarme el plato, pero nunca me acompañaba. A veces callaba; a veces me daba conversación. Conversación a una sola voz: la suya. Pero el monólogo no parecía desagradarle, y yo también sentía un extraño placer dejándome envolver por sus palabras. Gracias a ellas tenía la sensación de regresar a la lengua, la lengua tras la que, postrada, débil, todavía enferma, había una humanidad que lo único que pedía era sanar.

Había recobrado parte de mis fuerzas, y decidí marcharme. Lo hice una mañana muy temprano, cuando amanecía y los olores a hierba fresca y rocío invadían la casa. El pelo, que me crecía a rodales, me hacía parecer un convaleciente al que ningún médico habría sabido precisar de qué enfermedad había escapado. Aún tenía la tez amarillenta y los ojos hundidos.

El anciano, a quien había comunicado la noche anterior que pensaba seguir mi camino, me esperaba en el umbral con un zurrón de tela gris provisto de correas de cuero. Contenía dos grandes hogazas de pan, un trozo de tocino, un salchichón y algunas prendas.

—Acéptelas —insistió—. Son de su talla exacta. Perteneían a mi hijo, pero no volverá. Puede que sea lo mejor.

De pronto, el zurrón que acababa de coger me pareció muy pesado. El anciano me tendió la mano.

—Buen viaje, Brodeck. —Por primera vez, la voz le temblaba. Le estreché la mano, una mano reseca y fría, con la piel cubierta de manchas, que se arrugó en la mía. También le temblaba—. Por favor —añadió—, perdónelo... perdónelos...

Y su voz se había ahogado en un murmullo.

Hacía unos cinco días que no retomaba esta historia. Así que cuando he cogido el fajo de hojas, que había dejado en un rincón del cobertizo, algunas ya estaban cubiertas de un polvo amarillo como el polen y un poco de tierra. Tendré que buscarles un escondite más adecuado.

Los otros no sospechan nada. Creen que estoy escribiendo el informe que me encargaron, totalmente entregado a la tarea. El hecho de que la otra noche Göbbler me sorprendiera en el cobertizo a una hora tan avanzada ha jugado a mi favor. A la mañana siguiente, cuando me encontré con Orschwir en la calle por casualidad, me puso la mano en el hombro y dijo:

—Parece que estás trabajando duro, Brodeck. Continúa así. —Y siguió su camino. A pesar de que era muy temprano, pensé que Orschwir ya se había enterado de que a medianoche yo había estado en el cobertizo aporreando las teclas de la máquina. Pero, de pronto, su voz volvió a alzarse en la gélida bruma del amanecer—: A propósito... ¿adónde vas con el zurrón, y con este tiempo?

Me detuve. Orschwir me observaba mientras tiraba de la gorra de nutria para calársela un poco más. Pateaba el suelo para calentarse los pies, y de su boca salían chorros de vaho que ascendían en el aire.

—¿Es que ahora tengo que contestar a todas las preguntas que me hagan?

Orschwir esbozó una débil sonrisa; pero en él las sonrisas son casi muecas. Luego meneó la cabeza lenta, muy lentamente, como cuando había ido a verlo al día siguiente del *Ereigniës*.

—Me preocupas, Brodeck. Era una pregunta amistosa. ¿Por qué estás a la defensiva?

Me quedé helado. No obstante, conseguí encogerme de hombros con naturalidad.

—Voy a intentar aclarar lo de los zorros. Tengo que escribir una nota sobre eso.

Orschwir sopesó mis palabras lanzando ojeadas a mi zurrón, como si intentara ver lo que ocultaba.

—¿Los zorros? Claro... los zorros... Bien, Brodeck, pues que tengas un buen día. De todas formas, no te alejes demasiado... ¡Y tenme al corriente!

Hace ya dos semanas que me lo advirtieron algunos cazadores y guardas forestales. Al azar de las primeras batidas, talas de árboles e idas y venidas, son muchos los que han visto zorros muertos, viejos y jóvenes, machos y hembras. Al principio, todos pensaron en la rabia, que reaparece en nuestras montañas de forma regular, causa unas cuantas muertes y vuelve a desaparecer. Pero ninguno de los animales encontrados presentaba los signos característicos de la enfermedad: lengua blanquecina, delgadez extrema, ojos en blanco, pelo sin lustre y pegajoso... Por el contrario, eran ejemplares magníficos, aparentemente sanos y bien alimentados. A petición

mía, Brochiert, el carnicero, había abierto tres: tenían el estómago lleno de bayas comestibles, hayucos, ratones, pájaros y gusanos rojos, y no parecían haber muerto de manera violenta, puesto que no presentaban la menor herida o signo de lucha. A todos los que habían encontrado animales muertos los había sorprendido su postura: estaban tumbados sobre un costado, casi sobre el lomo, con las patas delanteras levantadas, como si hubieran intentado agarrar algo. Tenían los ojos cerrados y parecían dormir tranquilamente.

En un primer momento fui a ver a Ernst-Peter Limmat, que fue mi maestro en la escuela local y el de dos generaciones de colegas del pueblo. Hoy tiene más de ochenta años y apenas sale de casa, pero el tiempo se desliza por su cerebro sin mellarlo ni desgastarlo. Se pasa los días sentado en una silla alta frente a la chimenea, en la que siempre arde un fuego que huele a pino y carpe. Contempla las llamas y relee los libros de su biblioteca, fuma y asa castañas, que pela con largos y elegantes dedos. Ese día me dio un buen puñado y, tras soplar sobre ellas, nos las comimos pedazo a pedazo, saboreando su aceitosa carne caliente, mientras mi chaqueta se secaba junto al hogar.

Además de haber enseñado a leer y escribir a centenares de niños, Ernst-Peter Limmat ha sido seguramente el mejor cazador de la comarca y el mayor conocedor de nuestros bosques. Podría dibujar con los ojos cerrados cada bosque, cada peñasco, cada cresta y cada arroyo, y situarlos sin vacilar en un mapa.

En otros tiempos se iba a caminar en cuanto acababan las clases, porque prefería con mucho la compañía de los grandes abetos, los pájaros y las fuentes a la de sus semejantes. En temporada de caza, cuando la escuela estaba cerrada, desaparecía durante días y luego lo veíamos volver con los ojos brillantes y el morral lleno de urogallos, faisanes y zorzales, o llevando sobre los hombros un corzo, cuando no era una gamuza a la que había perseguido hasta las escarpadas rocas de los Hörni, donde antaño más de un cazador se había partido la crisma.

Lo más curioso es que Limmat nunca se comía lo que cazaba. Repartía sus presas entre los más necesitados. Gracias a él, durante mi infancia Fédorine y yo comíamos carne de vez en cuando. Limmat sólo se alimentaba de verdura, caldos ligeros, huevos, truchas y setas, preferentemente trompetas de los muertos, que, según me explicó un día, eran las reinas de las setas y su fúnebre aspecto sólo alejaba a los tontos y desanimaba a los ignorantes. Siempre formaban parte de la decoración de su casa. Por todos lados se veían grandes ristras colgadas a secar, que colmaban las habitaciones de olor a regaliz y estiércol.

Limmat no se había casado. Compartía la casa con Mergrite, una criada que tenía casi su misma edad y de quien las malas lenguas decían que seguramente hacía algo más que lavarle la ropa y encerarle los muebles.

Le hablé del asunto de los zorros, del descubrimiento de numerosos cadáveres y de su aspecto apacible. Por más que rebuscó en su memoria no consiguió recordar ningún precedente, pero me prometió que investigaría en sus libros y me avisaría si lograba descubrir algún caso parecido en otras regiones u otros tiempos. Luego, nuestra conversación derivó hacia el invierno, que se acercaba a grandes pasos, y la nieve, que descendía hacia el pueblo día tras día, descolgándose poco a poco por las laderas de las montañas y el valle, y no tardaría en llegar a nuestras puertas.

Como el resto de los viejos, Limmat no se encontraba en la fonda Schloss la noche del *Ereigniës*. No obstante, me preguntaba si estaba al tanto de lo ocurrido. Ni siquiera sabía si tenía

conocimiento o había oído comentarios sobre la presencia del Anderer en el pueblo. Me habría gustado hablarle del asunto, desahogarme.

—Me alegro de que aún te acuerdes de tu viejo maestro, Brodeck; me emociona. ¿Recuerdas cuando llegaste a la escuela? Yo, perfectamente. Parecías un perro hambriento, con unos ojos demasiado grandes para tu cara. Hablabas un galimatías que sólo entendíais Fédorine y tú; pero aprendiste deprisa, Brodeck, muy deprisa. Nuestra lengua y todo lo demás. —Mergrite nos trajo dos vasos de vino caliente que olía a pimienta, naranja, clavo y anís estrellado, echó a la chimenea otros dos troncos, que lanzaron chispas doradas a la oscuridad, y desapareció—. No eras como los otros, Brodeck —aseguró mi viejo maestro—. Y no lo digo porque no fueras de aquí, porque hubieras venido de muy lejos. No eras como los otros porque siempre mirabas más allá de las cosas... Siempre querías ver lo que no existía. —Se interrumpió, se comió una castaña lentamente, bebió un sorbo de vino y arrojó al fuego la corteza del fruto—. Volviendo a lo de los zorros... El zorro es un animal curioso, ¿sabes? Se lo considera astuto, pero es mucho más que eso. El hombre siempre lo ha odiado, seguramente porque se le parece mucho. Caza para alimentarse, pero también es capaz de matar por diversión. —Limmat hizo una pausa y, con aire pensativo, añadió—: Han muerto tantos hombres en los últimos tiempos, durante esa guerra... Por desgracia, tú lo sabes mejor que nadie aquí. Quién sabe, puede que los zorros se limiten a imitarnos...

No me atreví a decirle que no podía escribir algo así en mi nota. Quienes me leen en la Administración —si es que aún me leen— no entenderían nada; tal vez creyeran que me había vuelto loco y decidieran prescindir de mí, y entonces el poco dinero que recibo, de higos a brevas, y que nos permite vivir, dejaría de llegar definitivamente.

Me quedé haciéndole compañía todavía un rato. Dejamos el tema de los zorros y hablamos del haya que los leñadores acababan de cortar en la otra ladera del Bösenthal, porque estaba enferma. Según ellos, debía de tener más de cuatro siglos. Limmat me recordó que en otras latitudes, en lejanos continentes, crecían árboles que podían vivir más de dos mil años. Ya me lo había explicado cuando era niño. Pensé que Dios, si todavía existe, es un personaje muy curioso que deja vivir con toda tranquilidad a unos árboles durante siglos, pero hace que la vida de los hombres sea tan breve como dura.

Mientras me acompañaba a la puerta, tras regalarme dos ristras de trompetas de los muertos, Ernst-Peter Limmat me preguntó por Fédorine y luego, en un tono más serio y más suave, por Emélia y Poupchette.

Fuera, la lluvia persistía, pero ahora se mezclaba con los primeros copos de nieve. Por el centro de la calle corría un pequeño torrente que volvía brillantes las losas de piedra. En el aire frío flotaba un agradable olor a humo, musgo y sotobosque. Me había metido las setas secas bajo la chaqueta y había vuelto a casa.

Le había formulado la misma pregunta sobre los zorros muertos a la tía Pitz. Su memoria no es tan buena como la del viejo maestro, y sin duda no sabe tanto como él sobre caza y alimañas; pero, como cuando llevaba los animales al veranero se recorría todos los caminos, rastrojales y senderos, tenía cierta esperanza de que pudiera ayudarme. Confrontando los testimonios de unos y otros, había contado veinticuatro zorros muertos, lo que bien mirado es una cifra considerable. Por desgracia, la anciana no recordaba haber oído hablar de un hecho similar, y me di cuenta de que en el fondo el asunto le importaba un bledo.

—¡Ojalá reventaran todos! El año pasado me mataron las tres gallinas con sus polluelos. Encima, ni siquiera se los comieron; los destrozaron y luego se fueron. Tus zorros son unos *Scheizznegetz 'zohns*, unos hijos de mala madre. No valen ni el filo del cuchillo que los degüelle.

Para atenderme, había interrumpido la charla con Frida Niegel, una gibosa con ojos de urraca y olor a cuadra con la que le gusta pasar revista a los viudos y viudas del pueblo y las aldeas cercanas, fantaseando sobre posibles casamientos. Escriben sus nombres en pequeñas tarjetas y, como quien juega a las cartas, se pasan las horas muertas juntándolos por parejas, montando bodas y zurciendo destinos, mientras toman vasitos de licor de mora, más metidas en situación a medida que pasa el tiempo. Había comprendido que estorbaba.

Al final, llegué a la conclusión de que el único que quizá podía iluminarme un poco era Marcus Stern, que vive a una hora de camino de casa, solo en medio del bosque. La mañana en que me había encontrado con Orschwir, era a él a quien iba a visitar.

El sendero que lleva a la cabaña de Stern asciende en acusada pendiente desde la salida del pueblo. Poco después, tras unos cuantos zigzagueos por un bosque caducifolio, domina los tejados. A medio camino, una roca a modo de plataforma invita a la pausa. La llaman la *Lingen*, nombre en dialecto que designa a las pequeñas hadas de los bosques, que según cuentan se reúnen allí por las noches para bailar y entonar sus cantos, parecidos a risas ahogadas. En algunos sitios, almohadillas de musgo de un verde lechoso atenúan la dureza de la piedra, y los brezos forman ramos de flores. Es el sitio ideal para los enamorados y los soñadores. Recuerdo que en una ocasión había encontrado allí al Anderer, un día de pleno verano, el 8 de julio hacia las tres de la tarde —lo apunto todo—, es decir, con toda la chicharrina, cuando el sol parece haber detenido su carrera para verter plomo fundido sobre el mundo. Yo iba a coger frambuesas, porque a mi pequeña Poupchette le encantan. Quería darle una sorpresa cuando se despertara de la siesta.

El bosque bullía con el afán de las abejas, el vuelo de las avispas y el frenesí de las moscas y los tábanos, que iban de aquí para allá como presas de súbita locura. Era una gran sinfonía que parecía surgir de la tierra y el aire. En el pueblo no había visto un alma.

La pequeña cuesta me había dejado sin aliento y con las piernas temblando. Tenía la camisa empapada y pegada a la piel. Inmóvil en medio del camino, intentaba recuperar la respiración, cuando advertí que a unos metros, sobre la roca, dándome la espalda y contemplando los tejados del pueblo, se encontraba el Anderer. Estaba sentado en la curiosa silla que tanto intrigara a todo el mundo la primera vez que lo habían visto sacarla, un asiento que se plegaba y desplegabá, lo bastante amplio para su rollizo trasero, aunque una vez recogido parecía un simple bastón.

Su traje negro, su eterna levita de paño impecablemente planchada, arrojaba una sombra incongruente sobre el paisaje, todo verdor y amarillo claro. Cuando estuve un poco más cerca, comprobé que también llevaba la camisa con chorreras, el chaleco de lana y polainas bajo los gruesos zapatos, tan bien lustrados que la luz les arrancaba destellos de espejo.

Unas ramas crujieron bajo mis pasos y el Anderer se volvió.

Seguramente, yo debía de parecer un ladrón; pero él no mostró la menor sorpresa y, sonriendo, alzó la mano derecha y se quitó un sombrero imaginario a modo de saludo. Tenía las mejillas rojas y el resto de la cara, la frente, la barbilla y la nariz, cubierto de una crema de albayalde. A ambos lados del despoblado cráneo, los rizos negros acababan de darle el aspecto de un viejo cómico. Gruesas gotas de sudor le resbalaban por el rostro, que se enjugaba con un pañuelo bordado con un monograma ilegible.

—Supongo que también viene a tomarle el pulso al mundo... —me dijo con su hermosa, suave y amenerada voz, acompañando sus palabras con un gesto de la mano que abarcó todo el paisaje.

En ese momento reparé en un cuaderno que descansaba sobre sus redondas y gruesas rodillas y un lápiz en su mano. En las páginas abiertas se veían trazos, líneas, zonas sombreadas... Cuando advirtió que lo miraba, lo cerró de inmediato.

Era la primera vez que estaba a solas con él desde que había llegado al pueblo, y también la primera que me dirigía la palabra.

—¿Podría hacerme un favor? —me preguntó; y, como yo no contestaba y seguramente mi expresión era de sorpresa, con la enigmática sonrisa que nunca lo abandonaba, añadió—: Tranquilícese; sólo me gustaría que me nombrara todas esas cimas que cierran el valle. No quisiera que mis mapas fueran imprecisos.

Y a continuación, con un amplio ademán me señaló las cumbres que se recortaban a lo lejos, temblando en la calorina de aquella tarde de verano y confundándose en algunos puntos con el cielo, que parecía querer disolverlas. Me acerqué, me arrodillé junto a él para estar a su altura y, comenzando desde el este, empecé a nombrarlas:

—Aquél es el Hunterpitz. Lo llaman así porque su perfil recuerda la cabeza de un perro. Luego vienen los tres Schnikelkopf; después, el Bronderpitz, la cresta de los Hörni, la punta del Hörni, que es la cima más alta, el paso del Doura, la cresta de los Floria y, por último, en el extremo oeste, la muela de Mausein, con su forma de hombre encorvado bajo un fardo.

El Anderer acabó de escribir los nombres en el cuaderno, que había vuelto a sacarse del bolsillo, pero que guardó de nuevo a toda prisa.

—Se lo agradezco infinito —dijo, y me estrechó la mano calurosamente con un destello de satisfacción en sus grandes ojos verdes, como si acabara de regalarle un tesoro. Me disponía a marcharme, pero añadió—: Tengo entendido que le interesan las flores y las plantas. Usted y yo nos parecemos. Soy un amante de los paisajes, las figuras y los retratos. Un vicio por completo inofensivo. He traído conmigo obras de arte bastante curiosas que quizá le interesen. Sería un placer enseñárselas si un día me concede el honor de visitarme.

Hice un leve ademán con la cabeza, pero no respondí. Nunca lo había oído hablar tanto. Lo dejé en la roca y me alejé.

—¿Y le has dicho todos los nombres? Wilhem Vurtenhau alzó los brazos al cielo fusilándome con la mirada. Acababa de entrar en la ferretería de Röppel, cuando estaba contándole a Gustav mi encuentro con el Anderer, unas horas después de que se produjera. Gustav Röppel era mi amigo. En la escuela nos sentábamos en el mismo pupitre y a veces le dejaba leer las respuestas a los problemas en mi libreta a cambio de clavos, algunos tornillos y unos metros de cordel, que él sisaba en la tienda, regentada en aquella época por su padre. Acabo de escribir que Gustav «era» mi amigo, porque ya no sé si lo es. La tarde del *Ereigniës* estaba con los demás. Cometió lo irreparable. Desde entonces no ha vuelto a dirigirme la palabra, aunque todos los domingos después de misa nos encontramos en el atrio de la iglesia, adonde el padre Peiper, rubicundo y vacilante, acompaña a sus ovejas para bendecirlas por última vez con gestos inacabados. Tampoco me he atrevido a poner los pies en la ferretería. Me da miedo que entre nosotros sólo quede un inmenso vacío.

En cuanto a Vurtenhau, creo haber dicho ya que es tan rico como tonto. Aquella tarde pegó un puñetazo en el mostrador que hizo rodar al suelo una caja de chinchetas.

—Pero ¿te das cuenta de lo que has hecho, Brodeck? ¡Le has dado los nombres de todas nuestras montañas! ¡Y dices que los ha apuntado! —Estaba fuera de sí. En sus enormes orejas, de un cárdeno subido, parecía haberse agolpado toda la sangre de su cuerpo. De nada sirvió recordarle que los nombres de las cimas no eran un secreto, que todo el mundo los sabía, los conocía, que figuraban en muchos documentos. No se calmó—. Ni siquiera te has parado a pensar en lo que puede estar tramando mientras husmea por todas partes y hace preguntas en apariencia inofensivas, con esa cara de pez y esos modales empalagosos... ¡Un fulano que no se sabe de dónde ha salido!

Para tranquilizarlo, repetí lo que me había dicho el Anderer sobre los paisajes y las figuras, pero sólo conseguí encolerizarlo más. Salió de la ferretería soltando una frase a la que entonces no di importancia, pero en la que ahora empiezo a adivinar todas las amenazas que implicaba:

—¡Si pasa algo, será culpa tuya, Brodeck! ¡No lo olvides!

Y pegó un portazo. Gustav y yo nos miramos, encogimos los hombros a la vez y reímos a carcajadas, como cuando éramos niños.

Me costó casi dos horas llegar a la cabaña de Stern, cuando normalmente se tarda una. Pero nadie había abierto camino y, cuando dejé atrás los caducifolios y me adentré en los grandes abetales, la nieve era tan espesa que me hundía hasta las rodillas. El bosque estaba en silencio. No veía ningún animal, ningún pájaro. Sólo oía el rumor del Staubi, que unos doscientos metros más abajo salta un pequeño desnivel y se estrella contra enormes rocas.

Al pasar junto a la Lingen, había desviado la mirada y no me había detenido; incluso había apretado el paso, sintiendo el aire helado anegar mis pulmones como si quisiera abrasarlos. Me daba demasiado miedo ver al fantasma del Anderer en la misma actitud que antaño, sentado ante el paisaje en su pequeña silla, o extendiendo los brazos hacia mí para suplicarme. Pero suplicarme ¿qué?

Aunque hubiera estado en la fonda la noche en que todos enloquecieron, ¿qué habría podido hacer yo solo? La menor palabra, el menor gesto habría sellado mi destino y habría corrido la misma suerte que él. Eso también me aterraba: saber que, de haberme encontrado allí, no habría movido un dedo para impedir lo ocurrido, me habría empequeñecido todo lo posible y habría asistido impotente a la terrible escena. Mi cobardía me asqueaba, aunque no hubiera tenido ocasión de manifestarse. En el fondo era como los demás, como cuantos me rodeaban y me habían encargado aquel informe con el que esperaban exculparse.

Stern vive fuera del mundo, de nuestro mundo, quiero decir. Todos los Stern han vivido siempre como él, en medio del bosque, manteniendo las distancias con el pueblo. Pero él es el último Stern. Está solo. No tiene mujer ni hijos. Después de él, todo habrá acabado.

Se gana la vida curtiendo pieles. Baja al pueblo dos veces en invierno y pocas más durante el buen tiempo. Vende las pieles, además de los objetos que talla en troncos y ramas de abeto. Con el dinero que reúne, compra harina, un saco de patatas, guisantes secos, tabaco, azúcar y sal. Y, si le sobra algo, se lo gasta en aguardiente y regresa borracho a su casa. Nunca se pierde. Sus pies conocen el camino.

Cuando llegué, lo encontré ante la entrada de la cabaña, atando ramas secas para hacer una escoba. Lo saludé. Me respondió moviendo la cabeza, sin soltar palabra. Luego, se metió en casa dejando la puerta abierta.

De las vigas colgaban montones de cadáveres animales y vegetales puestos a secar, cuyos acres y penetrantes efluvios se mezclaban en el aire y se te agarraban a la garganta. En el hogar, el fuego soltaba llamas esmirriadas y mucho humo. Stern hundió un cucharón en un caldero y llenó dos cuencos con la espesa sopa que hervía en él, seguramente desde la mañana, una sopa de

sémola y castañas. Luego, cortó dos gruesas rebanadas de pan duro y colmó dos vasos de un vino muy negro. Nos sentamos uno frente a otro y comimos en silencio, en medio de aquel hedor a carroña, que sin duda habría hecho huir a más de uno. Pero yo estoy acostumbrado a los hedores. No me molestan. Los había conocido peores.

En el campo, después de la *Büxte* y antes de convertirme en el Perro Brodeck, había sido durante muchos meses el *Scheizeman*, el hombre mierda. Mi trabajo consistía en vaciar las letrinas en que desaguaban los vientres de más de mil prisioneros varias veces al día. Eran grandes fosas de un metro de profundidad, dos de anchura y cuatro de longitud aproximadamente. Había cinco y debía mondarlas con esmero. Para ello, sólo contaba con una cacerola sujeta a un mango de madera y dos grandes cubos de hojalata. Llenaba los cubos con la cacerola y a continuación, vigilado por una escolta, hacía el trayecto de ida y vuelta hasta el río, donde los vaciaba. A veces, la cacerola, que sólo se hallaba atada al mango con unos cordeles viejos, se soltaba y caía a la fosa. Entonces tenía que bajar y buscarla con las manos, sumergiéndolas en aquella masa inmundada. Recuerdo que las primeras veces eché las tripas y lo poco que llevaba en ellas. Luego me acostumbré. Uno se acostumbra a todo. Hay cosas peores que el olor a mierda. Hay cosas que no huelen a nada, pero corrompen los sentidos, el corazón y el alma con mucha más facilidad que los excrementos.

Los dos guardias que me acompañaban se tapaban la nariz con un pañuelo empapado en aguardiente y se mantenían a unos metros de mí, contándose historias de mujeres repletas de detalles obscenos que los hacían reír hasta la congestión. Yo me metía en el río. Vaciaba los cubos. Y siempre me sorprendía el frenesí de los centenares de alevines que acudían en grisáceos torbellinos a retozar en las heces agitando sus delgados cuerpos plateados en todas direcciones, como enloquecidos por el fétido manjar. Pero la corriente no tardaba en diluir la inmundicia, hasta que sólo quedaba el agua clara, la ondulación de las algas y los reflejos del sol, que golpeaba la superficie como si quisiera sembrar en ella monedas y esquiras de espejo.

A veces los guardias, absortos en la conversación, dejaban que me lavara en la corriente. Cogía un guijarro redondo y, a modo de jabón, me restregaba la piel para arrancarle la mierda y la mugre. En ocasiones también conseguía atrapar alguno de los pececillos que se entretenían entre mis piernas, seguramente esperando otra ración. Les apretaba el vientre con dos dedos para sacarles las tripas y me los metía en la boca a toda prisa, antes de que me vieran los guardias. Teníamos prohibido, so pena de muerte, comer nada aparte de los dos litros de maloliente caldo que nos daban por la noche y el trozo de pan duro y agrio de la mañana. Masticaba los peces despacio, como si se tratara de una exquisitez.

En todo ese tiempo no me había librado del olor a mierda. Era mi única y verdadera ropa. Así que por la noche, en el barracón, disponía de más sitio para dormir, pues nadie quería acercarse. Por su naturaleza, el hombre prefiere creerse un puro espíritu, forjador de ideas, sueños, fantasías y genialidades. No le gusta que le recuerden que también es materia y que aquello que expulsan sus intestinos forma parte de él en la misma medida que aquello que bulle y germina en su cerebro.

Stern rebañó el cuenco con un trozo de pan. Luego soltó un breve silbido que hizo surgir de la nada a una criatura diminuta: un hurón que había amaestrado y que le hacía compañía se acercó a comer de su mano. De vez en cuando, sin dejar de zampar, el animal me lanzaba miradas curiosas con unos ojillos redondos y brillantes que parecían dos moras o dos perlas negras. Acababa de

contarle a Stern cuanto había averiguado sobre los zorros. También le había mencionado las visitas a Limmat y la tía Pitz.

Se levantó lentamente, desapareció en la penumbra del fondo de la habitación y volvió con unas hermosas pieles rojizas atadas con una cuerda de cáñamo, que dejó sobre la mesa.

—Puedes añadir estos zorros a los tuyos. Hay trece. Y no he tenido que matarlos. Los encontré muertos, todos en la posición que dices.

Stern cogió una pipa y la llenó de tabaco hecho con hojas de castaño, mientras yo acariciaba las pieles, tupidas y lustrosas. Le pregunté qué podía significar todo aquello. Se encogió de hombros, dio una calada a la pipa, que gorjeó, y lanzó en mi dirección una bocanada de humo acre que me hizo toser.

—Yo no sé nada, Brodeck. Nada. No estoy en la cabeza de los zorros. —Se interrumpió para acariciar al pequeño hurón, que empezó a enroscarse en el brazo lanzando débiles chillidos—. No sé nada sobre esos zorros —insistió—, pero me acuerdo de lo que contaba mi abuelo Stern sobre los lobos.

En su época aún había. Ahora, cuando veo alguno, es un animal perdido que viene de lejos, o puede que sea el fantasma de un lobo. Una vez oí hablar a mi abuelo de una manada, una buena manada de más de veinte animales, según aseguraba. Se entretenía espiándolos, siguiéndolos un poco para ponerlos nerviosos. Y un día, de repente, nada. No vuelve a verlos ni a oírlos. Pensó que se habían cansado del juego y se habían ido al otro lado de las montañas. Pasa el invierno. Un señor invierno con mucha nieve. Llega la primavera. Mi abuelo recorre los bosques, como para inspeccionarlos, y al pie de las grandes peñas del Maulenthal ¿qué encuentra? Pues los restos de toda la manada, acabando de pudrirse. Allí estaban todos, del primero al último, los viejos, los jóvenes, las hembras... con el cráneo o el espinazo partido. Un lobo no se cae de lo alto de un risco, o en todo caso puede caerse uno, porque se despista o porque resbala, o tal vez porque una cornisa se hunda bajo sus patas. Pero no una manada entera.

Stern se calló y me miró a los ojos.

—¿Quieres decir que fueron directos a la muerte?

—Sólo digo lo que oí de boca de mi abuelo, eso es todo.

—Pero ¿los zorros?

—Los lobos y los zorros es como si fueran primos. Puede que los únicos que pensemos demasiado seamos los hombres.

Stern volvió a encender la pipa, cogió al pequeño hurón, que ahora intentaba metérselo bajo la chaqueta, y llenó de nuevo los vasos.

Hubo un largo silencio. No sé en qué pensaría Stern, pero yo intentaba relacionar lo que acababa de contarme con lo que me había dicho el viejo Limmat, y no sacaba nada en limpio, nada que pudiera escribir en un informe y que un funcionario de S. fuera a aceptar sin arquear las cejas y arrojarlo a la estufa.

El fuego languidecía. Stern lo alimentó con unos haces de retama seca. Seguimos hablando durante casi una hora, de los campos y el invierno, de la caza y las talas de árboles, pero no volvimos a mencionar a los zorros. Luego, como el sol empezaba a ponerse y quería llegar a casa antes del anochecer, me despedí de Stern, que me acompañó fuera. Se había levantado viento, que agitaba las puntas de los grandes abetos haciendo caer montones de nieve que, convertida por las

ráfagas en fina cellisca, acababa cubriéndonos los hombros de frías cenizas blancas. Nos estrechamos la mano, y fue entonces cuando Stern me dijo:

—¿Y el Gewisshor? ¿Sigue en el pueblo?

Estuve a punto de preguntarle a quién se refería, pero me acordé de que así era como algunos llamaban al Anderer: *De Gewisshor*, el Sabio, tal vez porque tenía un aspecto que impresionaba. No respondí de inmediato. De repente me había entrado frío. Y me dije que si Stern me preguntaba aquello era porque no sabía nada, porque en la famosa noche del *Ereigniës* no estaba en la fonda. Así que éramos al menos dos quienes no teníamos las manos manchadas de sangre. No sabía qué contestarle.

—Se marchó...

—Entonces espera —me pidió Stern, y volvió a la cabaña. Regresó segundos después con un paquete que me tendió—. Me lo había encargado. Ya está pagado. Si no vuelve, puedes quedártelo.

Eran una gorra, unas manoplas y unas zapatillas. Todo hecho con una hermosa piel de marta y cosido con gran esmero. Dudé, pero acabé poniéndome el paquete debajo del brazo.

—¿Sabes, Brodeck? —me dijo de pronto mirándome a los ojos—. Creo que ya no hay zorros. Se han muerto todos. Ya no habrá más.

Y como yo no respondí, porque no sabía qué decir, volvió a estrecharme la mano sin añadir nada. En cuanto a mí, tras unos segundos de vacilación, emprendí el regreso siguiendo mi propio rastro.

Ya he dicho que el día de su llegada, cuando el Anderer había cruzado el portillo con sus bártulos, la noche se acercaba. Como un gato que acaba de ver un ratón y está seguro de que pronto lo tendrá entre las zarpas.

El crepúsculo es una hora curiosa. Las calles se vacían, y la penumbra las cubre de un gris frío y transforma las casas en extrañas siluetas vagamente amenazadoras. Es sorprendente el poder que tiene la noche para cambiar las cosas más corrientes y las caras más conocidas. Aunque a veces no las transforma sino que las revela, como si al cubrir de oscuridad paisajes y seres hiciera emerger su auténtica naturaleza. A esto que digo podría responderse con un encogimiento de hombros y pensar que describo miedos de otros tiempos, o que tejeo una novela. Pero antes de juzgar y condenar hay que imaginar la escena, imaginarse a aquel hombre surgido de la nada — porque es verdad que había salido de la nada, como dijo Vurtenhau, que entre sus retahílas de memeces a veces dice alguna verdad—, con aquella vestimenta de personaje de otro siglo, los curiosos animales y las enormes maletas, entrando en nuestro pueblo, donde hacía años que no entraba nadie, así, tan tranquilo, con toda naturalidad. De modo que, ¿quién no habría sentido un poco de miedo?

—Yo no tuve miedo.

Es el hijo de Dörfer, el mayor, quien responde a mis preguntas. Fue el primero que vio al Anderer el día de su llegada.

La conversación tiene lugar en el bar de Pipersheim. Ha sido el padre del chico quien ha preferido que habláramos aquí en vez de en su casa. Se habrá dicho que así podría tomarse unos vinos tranquilamente. Gustav Dörfer es un hombrecillo insignificante que siempre lleva la ropa sucia y huele a nabos cocidos. Trabaja en las granjas a jornal, y lo poco que gana se lo gasta en bebida. Su mujer pesa el doble que él, pero eso no le impide molerla a palos cuando está borracho, después de saquear la vivienda y destrozar la escasa vajilla. Le ha hecho cinco hijos, enclenques y tristes. El mayor se llama Hans.

—¿Y qué te dijo?

El chaval mira a su padre, como pidiéndole permiso para responder, pero a Dörfer le da igual. Sólo tiene ojos para su vaso, ya vacío, que contempla con dolorosa melancolía agarrándolo con ambas manos. Le hago una seña a Pipersheim, que nos observa tras la barra, para que se lo rellene, y Pipersheim se saca de la boca el palillo que chupa sin parar y que le deja las encías en carne viva y sangrando, además de un aliento insoportable, coge una botella y se acerca a llenar el vaso. La cara de Dörfer padre se ilumina un poco.

—Me preguntó cómo se iba a la fonda Schloss.

—¿Sabía el nombre o se lo dijiste tú?

—Lo sabía él.

—¿Y qué le respondiste?

—Le expliqué cómo se iba.

—¿Y él qué hizo?

—Apuntó lo que le dije en su cuaderno.

—¿Y después?

—Después me dio cuatro canicas muy bonitas que sacó de una bolsa, diciendo: «Muy reconocido».

—Muy reconocido...

—Sí, yo no lo entendí. Aquí no se dice.

—Y las canicas, ¿aún las tienes?

—Me las ganó Peter Lüllli. Es muy bueno, tiene una bolsa llena.

Gustav Dörfer no nos escuchaba. Tenía los ojos clavados en el nivel del vino, que descendía demasiado deprisa. El chico encogió el cuello entre los hombros. Tenía la frente cubierta de moretones, rasguños, costras y chichones, antiguos y recientes, y cuando conseguías cruzarte con su mirada y retenerla un instante, traslucía golpes y dolor, la cuota de heridas que cada día traía con implacable regularidad.

Volví a pensar en aquel cuaderno, que yo también había visto en manos del Anderer y donde lo apuntaba todo, por ejemplo el camino a la fonda, que sólo estaba a sesenta metros. A medida que se prolongaba su estancia entre nosotros, quien más quien menos empezó a darle vueltas al asunto del cuaderno, y lo que al principio había parecido una extraña manía —sacarlo a las primeras de cambio—, un tic absurdo que unas veces hacía sonreír y otras rezongar, no había tardado en convertirse en tema de agrias discusiones.

Recuerdo en especial una conversación que había sorprendido el 3 de agosto, un día de mercado, cuando éste terminaba y en el suelo no quedaba más que verdura estropeada, paja sucia, trozos de cuerda, astillas de banasta y restos de todo tipo que parecían arrojados allí por una marea invisible.

A Poupchette le encanta el mercado, y suelo llevarla todas las semanas. Los pequeños animales encerrados en jaulas, cabritos, conejos, pollos y anadones, la hacen palmotear y reír. Y los olores, a buñuelos, a fritura, a vino caliente, a castañas, a carne en los asadores, provocan temblores en sus delicadas aletas nasales. Y luego están los sonidos, las voces de todos y todas, que se mezclan como en una gran tina: los gritos, las llamadas, la labia de los charlatanes, las oraciones de los vendedores de imágenes religiosas, los fingidos enfados que rodean los regateos... Pero lo que más le gusta a Poupchette es cuando llega Viktor Heidekirch con su acordeón y lanza al aire las primeras notas, que tan pronto suenan a queja como a grito de alegría. Le dejan sitio, lo rodean y, de pronto, el runrún del mercado parece apagarse, como si todos hubieran estado esperando la llegada del organista y en ese instante la música se convirtiera en lo único importante.

Viktor no se pierde ninguna fiesta ni ninguna boda. Aquí sólo él sabe música, así como únicamente él tiene un instrumento en condiciones de sonar. Creo que hay un piano en la sala pequeña de la fonda Schloss, esa en la que se reúne la *Erweckens'Bruderschaft*, y puede que

también instrumentos de metal. Diodème me aseguró que los había visto un día en que la puerta estaba entornada; luego, cuando para tomarle el pelo le dije que estaba muy bien informado, que parecía conocer muy bien esa sala y que al final resultaría que formaba parte de la hermandad, se molestó y me pidió que me callara. El acordeón de Viktor y su voz son un poco como nuestra memoria. Ese día hizo llorar a las mujeres y humedeció los ojos de los hombres al entonar *El lamento de Johanni*. Es una canción de amor y muerte cuyo origen se pierde en el tiempo; habla del sufrimiento de una chica que amaba sin ser correspondida y, antes que ver al hombre que hacía latir su corazón en brazos de otra, prefirió sumergirse en el Staubi un día de invierno, a la hora del crepúsculo, y dormir para siempre en la fría corriente.

When de abend gekomm Johanni schlafft en de wasser Als besser sein en de todt dass alein immer verden De hertz is a schotke freige who nieman geker Und ubche madchen kann genug de kusse kaltenen.

A veces nos acompaña Emélia. La tomo del brazo. Ella se deja guiar, y sus ojos miran cosas que sólo ella puede ver. El día de la conversación que quiero contar, estaba sentada a mi izquierda y tarareaba la canción moviendo la cabeza de atrás adelante lentamente. A mi derecha, Poupchette mordisqueaba la salchicha que acababa de comprarle. Estábamos apoyados en el pilar más grueso del mercado. Frente a nosotros, a unos metros, la vieja Roswilda Klugenghal, que está medio loca y es medio vagabunda, hurgaba en la basura en busca de verdura y despojos. Encontró una zanahoria retorcida y, tras alzarla y examinarla, empezó a hablarle como si fuera una antigua conocida. Fue en ese momento cuando detrás del pilar se alzaron unas voces. Unas voces que reconocí de inmediato.

Eran cuatro hombres: Emil Dorcha, guarda forestal; Ludwig Pfmiling, mozo de cuadra; Bern Vogel, hojalatero, y Caspar Hausorn, empleado del ayuntamiento. Cuatro hombres que ya estaban bastante entonados con todo lo que habían bebido desde el amanecer y habían acabado de animarse con el mercado y su ambiente festivo. Daban voces, se trababan de vez en cuando y hablaban en tono categórico. Enseguida comprendí de qué.

—¿Lo habéis visto, curioseando por todas partes con esos ojos de garduña? —preguntó Dorcha.

—Ese fulano es *rein schlecht*, un mal bicho, os lo digo yo, malo y vicioso —aseguró Vogel.

—No se mete con nadie —objetó Pfmiling—. Se pasea y mira, y siempre está sonriendo.

—¡Sonrisa a toda hora, sonrisa traidora, como dice el refrán! ¡Y además, tú eres tan tonto y estás tan ciego que no verías nada malo ni en el mismísimo demonio! —Hausorn, que era quien acababa de hablar, había escupido las palabras como quien tira piedras—. A algo habrá venido, digo yo —añadió en tono más comedido—. A algo no muy claro, ni muy bueno para nosotros.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Vogel.

—Todavía en nada; le doy vueltas, pero no lo sé. A un sujeto así, algo tiene que rondarle por la cabeza.

—Lo apunta todo en el cuaderno —observó Dorcha—. ¿No lo habéis visto hace un momento delante de los corderos de Wuzten?

—¡No lo hemos de ver! ¡Si ha estado no sé cuántos minutos sin quitarles ojo, apunta que te apuntará!

—No apuntaba —corrigió Pfmiling—. Dibujaba. Lo he visto yo; aunque digas que no veo nada, eso lo he visto. Además, estaba tan a lo suyo que habría podido robarle hasta los pantalones y ni se habría enterado. Me acerqué a mirar por encima de su hombro y lo vi.

—¿Dibujar corderos? ¿Qué puede significar eso? —preguntó Dorcha mirando a Hausorn.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? ¿Crees que tengo respuesta para todo?

La conversación se interrumpió. Incluso creí que había terminado ya, pero me equivocaba. Volví a oír una de las voces, pero no pude identificarla, porque hablaba en tono muy bajo y serio.

—Corderos no es que haya muchos. Me refiero en el pueblo... Puede que todo lo que dibuja sean símbolos y cosas por el estilo, como en la Biblia de la iglesia, y que sea una manera de explicar lo que es cada uno y lo que hizo en otros tiempos, para poder informar en el sitio del que ha venido...

Un escalofrío me recorrió la espalda. No me gustaba aquella voz ni lo que acababa de insinuar, aunque el sentido no estaba del todo claro.

—Pero entonces, si ese cuaderno sirve para lo que dices, ¿no puede salir del pueblo!

Quien acababa de sacar aquella conclusión era Dorcha. A él sí lo reconocí.

—Puede que tengas razón —murmuró la otra voz, que seguía sin identificar—. Puede que el cuaderno no deba salir de aquí jamás, o tal vez quien no deba irse jamás sea su dueño...

Luego, nada. Esperé. No me atrevía a moverme. Al cabo de unos instantes, asomé apenas la cabeza por detrás del pilar. Nadie. Los cuatro hombres se habían ido sin que los oyera. Se habían disuelto en el aire como las capas de bruma que la brisa del sur arranca de las crestas de nuestras montañas las mañanas de abril. Incluso me pregunté si no habría soñado toda la conversación. Poupchette me tiró de la manga.

—¿A casa, papá, a casa? —Tenía los labios relucientes de grasa de salchicha, y una sonrisa preciosa le iluminaba los ojos. Depositó un sonoro beso en su frente y la senté sobre mis hombros. Se agarró a mi pelo y empezó a golpearme el pecho con las piernas—. ¡Arre, papá, arre!

Cogí a Emélia de la mano y la ayudé a levantarse. Ella se dejó hacer. La atraje hacia mí, acaricié su hermoso rostro, le di un beso en la mejilla y luego los tres nos habíamos vuelto a casa, mientras en mi mente seguían resonando las voces sin rostro de aquellos hombres y las amenazas que habían lanzado, como semillas que sólo esperan germinar.

Gustav Dörfer acabó durmiéndose sobre la mesa del bar, menos por la bebida que por el cansancio, cansancio corporal y cansancio vital. Hacía rato que su hijo y yo habíamos dejado de hablar del Anderer. El chico sentía pasión por los pájaros, lo que yo ignoraba, y me había preguntado por todas las especies que yo conocía y sobre las que tomaba notas durante mis recorridos. Así que hablamos de los tordos, de los que se conocen como zorzales y de los otros, los grises de marzo, que como su nombre indica no vuelven a nuestra región hasta la primavera; de los piquituertos, que abundan en los pinares; los abadejos, los paros, los mirlos, las perdices de las nieves, los urogallos, los faisanes de montaña y los soldados azules, que deben su curioso nombre tanto al color del plumaje de su pecho como a su afición a pelearse; las cornejas y los cuervos; los pardillos, las águilas y las lechuzas.

Bajo la frente cubierta de señales del chaval, que tenía doce años, se ocultaba un cerebro lleno de conocimientos, y su mirada se animaba en cuanto empezaba a hablar de pájaros. Por el contrario, cuando se volvía hacia su padre y advertía su presencia, que nuestra conversación le había hecho olvidar por unos momentos, sus ojos se apagaban y entristecían de nuevo al

contemplantlo, mientras él roncaba con la boca abierta, la cara aplastada contra la vieja madera, la gorra torcida y la baba cayéndole por la comisura de la boca.

—Cuando veo un pájaro muerto y lo cojo —me dijo—, los ojos se me llenan de lágrimas. No puedo evitarlo. Nada puede justificar la muerte de un pájaro. Pero si mi padre reventara ahora mismo, aquí, a mi lado, le juro que me pondría a bailar alrededor de la mesa y lo invitaría a usted a una copa. ¡Palabra!

Estoy en la cocina. Acabo de ponerme la gorra de piel de marta. También llevo las zapatillas y las manoplas.

Un extraño calor se apodera de mí y me produce un sopor agradable, parecido al que nos invade cuando, un atardecer de finales de otoño, tomamos un par de copas de vino caliente tras una larga caminata. Me siento a gusto y pienso. En el Anderer, por supuesto. No pretendo decir que haberme puesto estas prendas que eran para él, que él mismo había encargado —y por cierto, ¿cómo conoció a Stern, que, como ya he dicho, apenas viene al pueblo, y cómo supo que cosía pieles?—, me permita penetrar en los pensamientos y en el pequeño universo de su mente. Sin embargo, tengo la sensación de acercarme a él, de volver a estar junto al Anderer y de que, con un gesto o una mirada, quizá va a decirme algo más sobre sí mismo.

Debo confesar que me siento perdido. Me han encomendado una misión que supera en mucho la fuerza de mis hombros y la de mi inteligencia. No soy abogado. No soy policía. No soy escritor. Este relato, llegue o no a leerse, lo demuestra de sobra: avanzo, retrocedo, me salto el hilo temporal como quien salta una cerca, me voy por las ramas y, sin quererlo, quizá no explico lo esencial.

Cuando releo las páginas precedentes, me doy cuenta de que me muevo entre las palabras como un animal acosado que huye a toda velocidad, zigzaguea y trata de despistar a los perros y cazadores que van en su persecución. En este batiburrillo hay de todo. Me vació en él. Escribir me calma el corazón y el estómago.

El informe que me han encargado los otros es diferente. No uso ningún tono. Transcribo las conversaciones casi al pie de la letra. Me contengo. Además, hace unos días Orschwir me advirtió que, el próximo viernes a última hora, tenía que presentarme en el ayuntamiento.

—Ven a vernos el viernes, Brodeck. Nos leerás...

Vino a casa personalmente para decírmelo. Dejó caer su corpachón en la silla que le acercó Fédorine, a la que ni saludó ni dio las gracias, se quitó la gorra de piel de nutria y rechazó el vaso de vino que le ofrecí.

—Gracias, no tengo tiempo. Hay mucha faena. Treinta cerdos para matar esta mañana. Y si no estoy yo, son capaces de desgraciármelos...

Oímos pasos sobre nuestras cabezas. Era Poupchette, que trotaba allá arriba como una musaraña. Luego hubo otros pasos, más lentos, y también más pesados, y una voz lejana, la de Emélia canturreando. Orschwir alzó la cabeza un instante y luego me miró como si fuera a decir algo, pero cambió de opinión. Sacó la petaca y lió un cigarrillo. Un enorme silencio, duro como

una piedra, se instaló entre nosotros. Orschwir estaba entreteniéndose sin motivo, cuando acababa de decirme que lo esperaban en la granja. Dio un par de caladas al cigarrillo, y un olor a miel y aguardiente añejo inundó la cocina. Orschwir no fuma cualquier cosa. Gasta tabaco de rico, muy rubio y bien cortado, que le traen de lejos.

Miró otra vez al techo y de nuevo volvió su horroroso rostro hacia mí. Ya no se oía nada, ni los pasos ni la voz de Emélia. Desentendiéndose de nosotros, Fédorine había rallado unas patatas y preparaba tortitas —*kartfolknudle*— haciendo rodar la masa entre las manos; luego, las freiría en aceite hirviendo y tras espolvorearlas con semillas de adormidera nos las serviría.

Orschwir carraspeó.

—¿No te sientes un poco solo? —Negué con la cabeza. Él pareció reflexionar, dio una calada al cigarrillo y se atragantó, casi se ahogó. Se puso tan rojo como las cerezas silvestres que maduran en junio, y los ojos se le humedecieron. La tos acabó apagándose—. ¿Necesitas algo?

—Nada.

Orschwir se pasó la manaza por ambas mejillas, como si se afeitara con ellas. Yo me preguntaba adónde quería ir a parar.

—Bueno, entonces te dejo —dijo con tono vacilante.

Lo miré a los ojos para intentar descubrir lo que había en el fondo de los suyos, pero los bajó de inmediato.

De pronto, me oí responder con una frase sorprendente, una frase que no parecía mía, porque me sonaba a amenaza:

—Te viene bien hacer como si ninguna de las dos existiera, ¿eh? Te viene bien, ¿verdad?

La frase tuvo el efecto de enmudecer a Orschwir definitivamente. Vi que intentaba pensar en lo que acababa de decirle, que les daba vueltas y más vueltas a las palabras pronunciadas por mí para tratar de encajarlas; pero seguramente no lo consiguió, porque se levantó de un brinco, cogió la gorra, se la caló hasta las cejas y se marchó. Al cerrarse, la puerta había emitido su seco y débil maullido. Y de pronto, por obra y magia de ese ruido insignificante, había vuelto a verme al otro lado de aquella puerta dos años antes, el día de mi regreso.

Toda la gente con quien me había encontrado desde que había llegado al pueblo me había mirado con los ojos y la boca muy abiertos, pero sin decir una palabra. Algunos habían corrido a sus casas para llevar la noticia de mi regreso, y todos habían comprendido que había que dejarme solo, que no era el momento de hacerme preguntas, que lo único importante para mí era llegar ante la puerta de mi casa, accionar el picaporte, empujar la hoja, oír su débil chirrido, volver a entrar en mi hogar, reunirme con la mujer a quien amaba, con la mujer en la que no había dejado de pensar, rodearla con los brazos, estrecharla con fuerza hasta hacerle daño y unir al fin de nuevo mis labios a los suyos.

¡Oh, cuántas veces había hecho en sueños esos gestos, ese camino, esos pocos metros! Así que aquel día, cuando empujé la puerta, mi puerta, la puerta de mi casa, temblaba y el corazón me golpeaba el pecho como si quisiera salirse. Llegué a creer que me faltaría el aire y moriría allí mismo, en cuanto cruzara el umbral, que moriría de pura felicidad. Pero, de pronto, el rostro de la Zeilenesseniss surgió ante mí, y quedé helado en mi felicidad. Fue como si me hubieran metido un puñado de nieve entre la camisa y la piel. ¿Por qué en ese preciso momento salía del limbo el rostro de aquella mujer para bailar ante mis ojos?

Durante las últimas semanas de la guerra, el campo se había convertido en un sitio aún más extraño. Rumores incesantes y contradictorios lo barrían como vientos helados o abrasadores. Los recién llegados murmuraban que la guerra tocaba a su fin y que nosotros, que nos arrastrábamos y parecíamos cadáveres, nos encontrábamos en el bando de los vencedores. Entonces, en la mirada de los muertos vivientes en que nos habíamos convertido, se encendía una luz hacía mucho tiempo apagada y que volvía a mostrar su frágil brillo. Pero, acto seguido, la brutalidad de los guardias ahuyentaba la angustia que habían dejado traslucir por unos instantes y, como para reafirmar que eran nuestros amos, la emprendían a bastonazos, patadas, culatazos, con el primero de nosotros que pasaba cerca, y lo hundían en el barro como quien trata de hacer desaparecer una huella o un desperdicio. No obstante, su nerviosismo y sus expresiones siempre preocupadas nos daban a entender que en realidad pasaba algo.

El guardia al que yo pertenecía ya apenas se ocupaba de mí. Si durante semanas todos los días se había divertido poniéndome un grueso collar de cuero alrededor del cuello, sujetándolo a una correa trenzada y paseándome por el campo de esa guisa, yo a cuatro patas, delante, y él siguiéndome, erguido sobre las dos piernas y sobre sus certezas, ahora ya no lo veía más que a las horas de comer. Se acercaba furtivamente a la perrera que me servía de vivienda y echaba dos cucharones de sopa en la escudilla; pero me daba cuenta de que aquel juego ya no lo divertía. Había palidecido, y dos profundas arrugas que no recordaba haberle visto le surcaban la frente.

Sabía que antes de la guerra había sido contable, que tenía mujer y tres hijos, dos chicos y una chica, y gato en vez de perro. De aspecto inofensivo, carácter apocado y mirada huidiza, sus manos, que se lavaba escrupulosamente varias veces al día silbando música militar, eran pequeñas y cuidadas. A diferencia de otros muchos guardias, no bebía y nunca visitaba el barracón sin ventanas destinado a las prisioneras que estaban a disposición de los guardias, y a las que jamás vimos. Era un hombre corriente, pálido y reservado, que siempre hablaba en el mismo tono, sin levantar la voz, pero que en dos ocasiones, sin dudarle un instante, había matado a vergajazos a sendos prisioneros que se habían olvidado de saludarlo quitándose la gorra. Se llamaba Joss Scheidegger. He tratado de olvidar ese nombre con todas mis fuerzas, pero nadie manda en su memoria. Sólo puede adormecerla un poco, a veces.

Una mañana hubo en el campo un enorme alboroto, muchísimos ruidos, órdenes, preguntas vociferadas... Los guardias corrían en todas direcciones, recogían su impedimenta, cargaban en carretas montones de cosas... En el aire, como imponiéndose al hedor que despedían nuestros pobres cuerpos, flotaba otro olor, acre y apremiante: el miedo había cambiado de bando.

En su enorme agitación, los guardias se habían olvidado de nosotros. Antes existíamos para ellos como esclavos; esa mañana ni siquiera existíamos.

Yo estaba tumbado en la perrera, al calor de los cuerpos de los perros, contemplando el curioso espectáculo de la desbandada. Observaba los movimientos, escuchaba las llamadas, las órdenes, órdenes que no nos concernían. Al rato, cuando la mayoría de los guardias ya había desaparecido, vi a Scheidegger dirigiéndose a un barracón cercano a la perrera que albergaba las oficinas del padrón. Poco después volvió a salir con una bolsa de cuero que posiblemente contenía documentos. Al verlo, uno de los perros ladró. Scheidegger miró hacia la perrera, se detuvo y pareció dudar. Echó un vistazo alrededor y, al comprobar que nadie lo veía, se acercó a la perrera a toda prisa, se arrodilló junto a mí, buscó en un bolsillo, sacó una pequeña llave que

yo conocía muy bien y, con movimientos torpes, abrió la cerradura de mi collar. Luego, no sabiendo qué hacer con la llave, la tiró al suelo como si le quemara en la mano.

—A saber quién pagará por todo esto...

Scheidegger murmuró esas palabras —en definitiva, las miserables palabras de un contable, despreciables e indignas— mirándome por primera vez a los ojos y esperando quizá que le diera una respuesta. Tenía la cara cubierta de sudor y aún más pálida que de costumbre. ¿Qué pretendía con aquel gesto? ¿El perdón? ¿Mi perdón? Permaneció así durante unos segundos, mirándome fijamente, implorante, asustado. Entonces me puse a ladrar, solté un lúgubre, melancólico y largo ladrido, que los dos perros imitaron y prolongaron. Aterrorizado, Scheidegger se levantó de un salto y huyó a la carrera.

En apenas una hora no quedó un guardia en todo el campo. Sólo el silencio. No se oía nada ni se veía a nadie. Luego, poco a poco, tímidamente, las sombras empezaron a salir de los barracones, sin atreverse aún a mirar de verdad alrededor, sin decir nada. Las calles del campo se llenaron de aquel indeciso e incrédulo ejército de mejillas hundidas y macilentas y siluetas vacilantes. Pronto fue una muchedumbre compacta, frágil y todavía muda, que comprobó su nueva situación vagando sin rumbo de un sitio a otro, recorriendo el campo en extraña procesión, abrumada por una libertad que nadie se atrevía a nombrar.

Lo increíble tuvo lugar cuando ese gran río de carne y huesos sufrientes dobló la esquina del barracón de los guardias y sus jefes. De pronto, todo se detuvo. Los primeros habían levantado la mano y, sin una palabra, los demás se pararon. Sí, acababa de producirse lo increíble: ante los centenares de criaturas que poco a poco volvían a convertirse en hombres, estaba la Zeilenesseniss, sola. Totalmente sola. Inmensamente sola.

No creo en el destino. Ni tampoco en Dios. Ya no creo en nada. Pero estoy dispuesto a aceptar que en aquel encuentro entre una multitud indeciblemente lastimosa y quien había sido el símbolo de sus verdugos intervino algo más que la mano del azar.

Porque, ¿qué hacía ella allí, cuando ya no quedaba un solo guardia? Tal vez se había ido con los demás y luego había vuelto a toda prisa en busca de algo olvidado. Primero se oyó su voz. La misma de siempre, segura de sí, de su poder y su derecho, aquella voz de señora que unas veces ordenaba ahorcar a uno de nosotros y otras cantaba nanas a su hijo.

Yo estaba lejos y no oí lo que decía, pero me di cuenta de que hablaba como si no hubiera pasado nada. Seguramente no sabía que estaba sola en el campo. Abandonada. Tal vez creía que todavía había guardias dispuestos a ejecutar la menor de sus órdenes y matarnos a golpes si ella quería y así lo mandaba. Pero nadie le respondió. Nadie se acercó a servirla o ayudarla. Nadie hizo un gesto frente a ella. Siguió hablando, pero poco a poco su tono fue cambiando. El ritmo se aceleró al tiempo que bajaba la intensidad; y de pronto estalló, se convirtió en grito y volvió a apagarse.

Hoy, me imagino sus ojos. Me imagino los ojos de la *Zeilenesseniss* cuando empezó a comprender que era la última, que estaba sola y que quizá, sí, quizá, no volvería a salir de aquel campo, que aquel campo iba a convertirse en tumba también para ella.

Me contaron que empezó a golpear con los puños a los de la primera fila. Ninguno se lo impidió. Se limitaron a apartarse. Entonces, fue metiéndose poco a poco en el enorme río de los cadáveres andantes, sin saber que jamás volvería a salir, porque las aguas se cerraban a sus espaldas. No se oyó ningún grito, ninguna queja. Sus palabras se ahogaron con ella. El río se la

tragó, y la Zeilenesseniss tuvo un final sin odio, un final casi mecánico, a su medida, en definitiva. No puedo jurarlo, pero estoy convencido de que nadie le puso la mano encima. Murió sin que la golpearan, sin que le dirigieran la palabra, ni siquiera una de aquellas miradas que tanto había despreciado. La imagino tropezando y cayendo al suelo. La imagino extendiendo los brazos e intentado agarrarse a las sombras que pasaban junto a ella, sobre ella, sobre su cuerpo, sobre sus piernas, sobre sus blancos y delicados brazos, sobre su vientre y su empolvado rostro, unas sombras que no le prestaron la menor atención, que ni la miraron ni le brindaron la menor ayuda, que tampoco se ensañaron con ella, que simplemente pasaron, pasaron, pasaron, pisándola como se pisa el polvo, la tierra o la ceniza.

Al día siguiente, descubrí lo que quedaba de ella. Era un lamentable amasijo hinchado y lívido. Su belleza había desaparecido. Parecía un globo de carne o una *Strohespuppe*, una de esas muñecas de paja que pasean por las calles del pueblo el día de San Juan y arrojan a una gran hoguera al llegar la noche, mientras cantan y bailan para celebrar el verano, esas grandes muñecas que hacen los niños relleno de heno seco ropa vieja de mujer. Su cara ya no existía. Ya no tenía ojos ni boca ni nariz. Era una masa redonda y sanguinolenta, tensa como una pelota, unida a una larga melena rubia embarrada. Si la reconocí fue gracias a sus cabellos. Sus cabellos, que hasta entonces, mientras me arrastraba por el suelo haciendo el perro, me habían parecido cegadores y obscenos filamentos de sol.

Muerta, seguía teniendo ambos puños apretados con tanta fuerza que parecían dos piedras. De uno asomaba una cadenilla de oro finamente trabajada, con una medalla, una de esas medallitas grabadas que representan a un santo o una santa y se les ponen a los recién nacidos en el bautismo. Puede que hubiera vuelto sobre sus pasos precisamente por esa medalla, al no verla en el pequeño y delicado cuello de su hijo. Había regresado al campo con la intención de marcharse enseguida.

Seguramente no sabía que cuando se abandona el Infierno nunca hay que volver la vista atrás. Pero, en el fondo, morir por ignorancia o morir bajo miles de pisadas de hombres que han recuperado la libertad viene a ser lo mismo. Cierras los ojos y luego ya no hay nada. La muerte no es exigente. No pide ni héroes ni esclavos. Se come lo que le dan.

—La cerveza no mancha, y el aguardiente tampoco. Pero el vino...

El padre Peiper no paraba de gruñir. Estaba en calzoncillos y camiseta junto al fregadero de piedra, frotando la blanca casulla con un cepillo de grama y una pastilla de jabón.

—¡Y encima, justo sobre la cruz! Si no consigo quitarla, los gazmoños y las beatas dirán que es un símbolo... ¡Los símbolos son cosa de la Iglesia, estamos de símbolos hasta las cejas, no necesitamos más!

Yo lo miraba sin decir nada. Estaba sentado en un rincón, en una silla coja con la anea desgastada. En la cocina hacía un calor sofocante y olía a cacharros sucios, grasa coagulada y vinazo derramado. Centenares de botellas vacías se amontonaban por todas partes, y en decenas de golletes el cura había colocado velas, que estiraban sus frágiles llamas hacia el techo.

Peiper dejó de restregar la vestidura, la lanzó con rabia al fregadero y se volvió.

—Brodeck... —murmuró mirándome sorprendido, como si se hubiera olvidado de mí y acabara de descubrirme—. ¿Un vino? —Negué con la cabeza—. Aún no lo necesitas... Tienes suerte. —Para encontrar una botella en que quedara vino, hubo de remover otras muchas, que produjeron un estrepitoso tintineo. Cuando al fin dio con una, la agarró del gollete como si le fuera la vida en ello y se sirvió. Luego cogió el vaso con ambas manos, lo levantó a la altura de su cara y, con voz grave teñida de ironía, entonó—: Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre...

Y tras echárselo al colete, hizo resonar el culo del vaso contra la mesa y soltó una carcajada.

Había pasado a verlo después de ir al ayuntamiento para leer el informe, como me había pedido Orschwir.

Ese día, la noche había caído de golpe sobre el pueblo, como un hacha sobre un tajo. Durante la mañana se habían acumulado en el valle grandes nubes procedentes del oeste que, encajonadas, atrapadas en la trampa de las montañas, habían empezado a girar sobre sí mismas enloquecidamente, hasta que hacia las tres un fuerte viento frío llegado del norte las había partido en dos. Su vientre, abierto de par en par, había dejado escapar una densa nieve de testarudos y gruesos copos, pegados unos a otros como los aguerridos soldados de un ejército infinito. Cuajaban en todas partes: tejados, muros, calles, árboles... Era el 3 de diciembre. Las nevadas precedentes sólo habían sido un prelude. Todos lo sabíamos. Pero aquélla, la que caía ese día, iba en serio. Era la primera gran nevada. Habría más, y tendríamos que vivir con ellas hasta la primavera.

El *Zungfrost* —el Lengua Helada— había encendido sendos faroles a ambos lados de la puerta del ayuntamiento y despejaba el camino con una gran pala, amontonando la nieve a derecha e izquierda. Con la ropa cubierta de copos semejantes a plumas, parecía una gallina gigante.

—¡Hola, Zungfrost!

—¡Ho... ho... hola, Bro... Brodeck! ¿Has vis... visto la... la que es... está... ca... ca... cayendo? —Vengo a ver al alcalde.

—Ya lo... ya lo sé. Te es... te espe... te espera arri... arriba.

El *Zungfrost* es unos años más joven que yo. Siempre sonrío, pero no es un retrasado. Además, puede que su sonrisa sólo sea una mueca. Un día, hace mucho tiempo, la cara se le había quedado congelada; la cara, la sonrisa, la lengua, todo. Tenía siete u ocho años. Fue en mitad de otro largo invierno. Los niños del pueblo, mayores y pequeños, nos habíamos juntado en una curva del *Staubi*, ese año helado por completo. Nos deslizábamos por el hielo. Nos empujábamos. Reíamos. Al rato, alguien, nunca supimos quién, cogió la merienda del *Zungfrost* —una tajada de tocino y un mendrugo— y la lanzó a lo lejos, sobre el hielo. El *Zungfrost* miró su merienda, que se deslizaba y se deslizaba, hasta detenerse a uno o dos metros de la otra orilla, y empezaron a resbalarle gruesos y silenciosos lagrimones por las mejillas, tan redondos como bayas de muérdago. Los demás nos echamos a reír.

—¡Deja de llorar y ve a buscarlo de una vez! —le gritó de pronto un chico.

Hubo un silencio. Todos sabíamos que en aquel sitio la capa de hielo debía de ser muy fina, pero nadie dijo nada. Esperamos. El *Zungfrost* vaciló; luego, quizá por amor propio, para demostrar que no era un cobarde, o quizá simplemente porque tenía hambre, empezó a gatear por el hielo muy despacio. Los demás contuvimos la respiración. Nos sentamos en la orilla unos junto a otros y lo observamos. Avanzaba como un pequeño animal, con enorme cautela, y era evidente que procuraba hacerse tan liviano como podía, aunque tampoco debía de pesar mucho. A medida que se acercaba a su merienda, nuestro pequeño grupo fue saliendo de su estupor, y todos empezamos a animarlo a coro, a un ritmo cada vez más rápido. En el instante en que extendía la mano hacia el pan y el tocino, el hielo se partió y desapareció bajo su cuerpo como un mantel retirado de una mesa de un tirón, mientras el *Zungfrost* se hundía en el río sin un grito.

Fue el tío *Hobel*, un guarda forestal, que pasaba cerca de allí, quien, alertado por nuestros gritos, lo sacó minutos después con la ayuda de una larga pértiga. La cara del *Zungfrost* se veía blanca como el papel. Hasta los labios se le habían vuelto blancos. Tenía los ojos cerrados y sonreía. Todos creímos que estaba muerto. Horas más tarde, tras restregarle el cuerpo con alcohol y tapanlo con mantas, despertó. La vida afluyó por sus venas y la sangre por sus mejillas. Enseguida había pedido su merienda, pero lo había hecho trabándose en las sílabas, como si la boca se le hubiera congelado en la fría corriente y tuviera la lengua medio muerta, atrapada bajo un caparazón de hielo. Desde entonces, todos lo llamábamos por su apodo, el *Zungfrost*.

En el primer piso, oí voces procedentes de la sala del concejo. El corazón empezó a latirme un poco más deprisa. Respiré hondo, me descubrí y llamé a la puerta antes de entrar.

La sala es enorme. Incluso diría que demasiado grande para lo poco que hay que hacer en ella. Es de otra época, de un tiempo en que la prosperidad de un municipio se medía por el tamaño de sus edificios públicos. El techo se pierde en las alturas. De las paredes, simplemente encaladas, cuelgan mapas antiguos, pergaminos enmarcados donde letras floridas e inclinadas fijan derechos, servidumbres y arriendos que se remontan a la época en que la población dependía de los señores

de Molensheim, antes de que el emperador la eximiera de toda dependencia en una cédula de 1756. Todos los documentos ostentan sellos de cera, que cuelgan de acartonadas cintas.

Habitualmente, frente a la gran mesa tras la que se sienta el alcalde en medio de los concejales hay varias filas de bancos, reservados a los vecinos que quieran asistir a las sesiones. Ese día, la mesa se hallaba en su sitio, pero los bancos se amontonaban en un rincón de la sala, apilados unos sobre otros en un caos indescriptible. Y frente a la mesa sólo había una silla y un minúsculo escritorio.

—Acércate, Brodeck. No vamos a comerte...

Detrás de la gran mesa estaba Orschwir, que era quien acababa de hablar. Sus palabras provocaron las risas de los demás, risas ahogadas, seguras, que traslucían complicidad. ¿He dicho los demás? Sólo eran dos. A la izquierda del alcalde estaba el señor Knopf, que me miraba por encima de los sucios quevedos mientras atacaba la pipa. Y a la derecha, con una silla vacía en medio, Göbbler, que tenía la cabeza adelantada hacia mí y ligeramente vuelta, como si ahora intentara ver las cosas y a la gente con las orejas en vez de con los ojos, que cada día lo traicionaban más. Göbbler... El corazón me dio un vuelco cuando lo vi allí.

—¿Qué, vas a sentarte? —dijo Orschwir en un tono que pretendía ser afable—. Estás entre amigos, Brodeck. Siéntete como en casa. No tienes nada que temer.

Estuve a punto de preguntarle el motivo de la presencia de mi vecino, e incluso de Knopf, que pese a ser un notable no formaba parte del concejo. ¿Por qué ellos y no otros? ¿Por qué justo ellos? ¿En calidad de qué? ¿A título de qué? ¿Con qué derecho estaban tras aquella mesa?

Todas esas preguntas me bullían en la cabeza, cuando oí abrirse la puerta tras de mí. Una gran sonrisa iluminó el rostro de Orschwir.

—Acérquese, por favor —pidió respetuosamente al recién llegado, al que yo aún no veía—. No se ha perdido nada; ahora mismo íbamos a empezar.

En la sala, resonaron unos pasos lentos, acompañados por los golpes de un bastón. El recién llegado avanzaba hacia mí, que le daba la espalda. Estaba acercándose. Yo no quería volverme. Se detuvo a unos metros de mí y, de pronto, oí su voz, que dijo «Buenas tardes, Brodeck», su voz, que me saludó como había hecho cientos y cientos de veces en el pasado. Mi corazón dejó de latir, cerré los ojos y sentí que las manos se me humedecían y un sabor amargo colmaba mi boca hasta inundarla, como si quisiera ahogarme. Los pasos se reanudaron y, con ellos, su sonido, de una elegante lentitud. Poco después se oyó el chirrido de una silla, y luego nada. Abrí los ojos. Ernst-Peter Limmat, mi viejo maestro, acababa de sentarse a la derecha de Orschwir y me miraba con sus grandes ojos azules.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, Brodeck? ¡Vamos! Ya estamos todos. Puedes empezar a leer lo que has escrito.

Orschwir pronunció esas palabras frotándose las manos, como se las frotaba cuando acababa de hacer un buen negocio.

No era la lengua lo que se me habían comido. Lo que había perdido de repente no era eso, sino quizá un pedazo, uno más, de fe y esperanza.

Mi viejo y querido maestro... ¿Qué hacía usted allí, detrás de aquella mesa, tan parecida a la de un tribunal? Entonces, ¿usted también lo sabía?

Las caras. Sus caras. ¿Era otro de aquellos embrollados sueños que me arrojaban a un mundo sin puntos de referencia, parecido a los que me asaltaban durante las noches en el campo? ¿Dónde estoy? ¿Acabará todo esto algún día? ¿Es esto el Infierno? En tal caso, ¿qué pecado he cometido? Eméilia, dímelo... Te dejé sola. Sí, te dejé sola. No estaba. Perdóname, ángel mío, te lo suplico. Sabes que me llevaron y no pude hacer nada. Dime las cosas. Dime quién soy. Dime que me quieres. Deja de tararear, por favor, deja de canturrear esa canción que me rompe el corazón y la mente. Abre los labios y permite que salgan las palabras. Ahora puedo soportarlo todo. Puedo oírlo todo. Estoy tan cansado... Soy tan poca cosa... Sin ti, mi vida no tiene ningún brillo. No soy más que polvo. Soy tan nulo...

Esta noche he bebido un poco más de la cuenta. Fuera reina la oscuridad. Ya no me asusta nada. Hay que escribirlo todo. Pueden venir. Los espero. Sí, los espero.

En el salón del concejo, leí el puñado de hojas, a lo sumo diez, en que había recogido los testimonios y reconstruido los hechos. Mantenía la vista sobre las líneas, sin alzarla en ningún momento hacia quienes estaban frente a mí y me escuchaban. No paraba de resbalar en la silla, cuyo asiento se inclinaba hacia delante. En cuanto al escritorio, era tan pequeño que me había costado meter las piernas debajo. Estaba en una postura forzada, pero eso era lo que querían: que me encontrara incómodo en aquella inmensa sala, en aquel ambiente más propio de un juicio.

Leí con tono inexpresivo, ausente. Aún no me había recuperado de la sorpresa, de la amarga decepción de ver allí a mi viejo maestro. Mis ojos leían, pero mi mente estaba lejos. Me venían a la memoria muchos recuerdos ligados a él, recuerdos muy antiguos: el día que había cruzado la puerta de la escuela por primera vez y había reparado en que sus ojos, unos ojos grandes de un azul de glaciador, un azul de grieta profunda, se posaban en mí; también recordaba los momentos — ¡cuánto me gustaban! — en que me hacía quedarme después de clase y me ayudaba a avanzar, a ponerme al día, permaneciendo a mi lado con paciencia y bondad. En esas ocasiones su voz se hacía menos grave. Estábamos solos. Me hablaba con suavidad, me corregía sin enfadarse, me animaba... Recuerdo que en las noches de mi infancia, cuando trataba de recordar el rostro paterno, a menudo me sorprendía haciéndolo aparecer con los rasgos de mi maestro, y recuerdo también que esa idea me resultaba agradable y reconfortante.

Hace un rato, cuando he vuelto a casa, he descolgado las ristras de trompetas de los muertos que me dio el otro día, cuando fui a verlo por lo de los zorros, y las he arrojado al fuego.

—¿Te has vuelto loco? Pero ¿se puede saber qué te han hecho? —me ha preguntado Fédorine, que ha abierto un ojo y me ha visto.

—Ellas nada. Pero las manos que las han trenzado no están limpias.

Sobre las rodillas, tenía una madeja de gruesa lana y las agujas de tejer.

—Hablas en *tibershoi*, Brodeck.

El *tibershoi* es la lengua mágica del país de Tibipoï, donde transcurren tantas de las historias que cuenta Fédorine, una lengua propia de los duendes, los elfos y los gnomos, que los humanos no pueden entender.

No le he respondido. He cogido la botella de aguardiente y un vaso y me he ido al cobertizo. He tardado largo rato en retirar toda la nieve que se había acumulado en la puerta. Y seguía cayendo. Llenaba la oscuridad. Ya no soplaban el viento y los copos, abandonados a su capricho, descendían en imprevisibles y graciosas espirales.

En el salón del concejo, cuando acabé de leer lo que había escrito, se había producido un gran silencio. No se sabía quién iba a hablar primero. Por primera vez, levanté los ojos hacia ellos. El señor Knopf daba caladas a su pipa como si el destino del mundo dependiera de ello. Apenas le sacaba humo, lo que parecía contrariarlo. Daba la impresión de que Göbbler se hubiera dormido y Orschwir apuntaba algo en un trozo de papel. Sólo Limmat me miraba, sonriendo. El alcalde levantó la cabeza.

—Bien. Muy bien, Brodeck. Es muy interesante. Y está bien escrito. Sigue así.

Se volvió hacia los unos y los otros en busca de asentimiento o para autorizarlos a hacer algún comentario. El primero en lanzarse fue Göbbler.

—Esperaba más, Brodeck. Te oigo teclear tanto... El informe dista de estar acabado; sin embargo, por lo visto escribes mucho...

Procuré ocultar mi cólera. Procuré responder con calma, sin sorprenderme de nada, sin cuestionar el comentario ni a quien me lo hacía. Me habría gustado contestarle que haría mejor preocupándose de la hoguera que arde entre los rollizos muslos de su mujer y dejándome escribir tranquilo. Pero contesté que no estaba acostumbrado a escribir ese tipo de informes, que me costaba dar con el tono y las palabras, que era muy difícil hilvanar los testimonios, pintar un retrato fiel, atrapar la verdad de lo ocurrido en los últimos meses. Sí, trabajaba sin descanso ante la máquina, pero dudaba, corregía, tachaba, rompía y recomenzaba, lo que explicaba que no avanzara demasiado aprisa.

—No, si yo no quería molestarte, Brodeck; sólo era un comentario. Disculpa —murmuró Göbbler con fingido apuro.

Orschwir se mostró satisfecho con mis explicaciones y se volvió de nuevo hacia quienes lo acompañaban. Siegfried Knopf parecía encantado con su pipa, que tiraba de nuevo; la miraba con ojos benévolos y acariciaba la cazoleta con ambas manos, sin prestar la menor atención a quienes lo rodeaban.

—¿Alguna pregunta, señor Limmat? —dijo respetuosamente el alcalde volviéndose hacia el viejo maestro.

Noté que el sudor me perlaba la frente, como cuando me preguntaba en clase delante de mis compañeros. Limmat sonrió, dejó pasar unos instantes y se frotó las largas manos.

—No, ninguna, señor alcalde; más bien un comentario, un simple comentario... Conozco bien a Brodeck. Lo conozco muy bien. Desde hace muchos años. Sé qué cumplirá a conciencia la tarea que le hemos encomendado, pero... ¿Cómo lo diría? Es un soñador, y no lo digo en el mal sentido, porque creo que es una gran cualidad; pero, en este caso, debería evitar mezclarlo todo, confundir

los sueños con la realidad, lo que existe con lo que no ha ocurrido... Le recomiendo que esté atento, que siga por el camino iniciado, que no deje que su imaginación se adueñe de sus pensamientos y frases.

Durante las horas que siguieron, no paré de dar vueltas a las palabras de Limmat. ¿Cómo debía interpretarlas? No lo sé.

—No te entretenemos más, Brodeck. Supongo que estarás deseando volver a casa...

Orschwir se levantó, y me apresuré a imitarlo. Me despedí de todos con un leve movimiento de la cabeza y me dirigí a la puerta rápidamente. Fue el momento que eligió el señor Knopf para salir de su letargo. Su voz de cabra vieja me detuvo en seco:

—Llevas un gorro muy bonito, Brodeck. Y debe de abrigar. No había visto ninguno parecido... ¿De dónde lo has sacado? —Me volví. El notario venía hacia mí dando saltitos sobre las torcidas piernas. No le quitaba ojo al gorro del Anderer, que acababa de ponerme. Ahora estaba junto a mí y extendía los ganchudos dedos hacia mi cabeza. Los sentí deslizándose por la piel—. Muy original. Y qué buen trabajo... ¡Excelente! Qué bien se debe de estar ahí abajo, sobre todo ahora, que se avecina mal tiempo... Te envidio, Brodeck.

Knopf acariciaba el gorro temblando. Olía su aliento a tabaco y veía la delirante luz que danzaba en sus ojos. De pronto, me pregunté si se habría vuelto loco. Göbbler acababa de unirse a nosotros.

—El señor notario te ha preguntado quién te ha hecho la gorra y aún no has respondido, Brodeck.

Dudé. Dudé entre el silencio y unas palabras, unas palabras que le habría lanzado como afilados cuchillos. Göbbler aguardaba. Limmat se había acercado y estaba subiéndose las solapas de la chaqueta de terciopelo alrededor del delgado cuello.

—No me creerás, Göbbler —dije al fin adoptando un tono confidencial—, pero es la pura verdad; aunque, por favor, no se lo cuentes a nadie, es un secreto. Bueno, pues ahí donde la ves, esta gorra me la ha cosido la Virgen y me la ha traído el Espíritu Santo.

Limmat soltó una carcajada. Knopf también rió. El único que frunció el ceño fue Göbbler. Sus ojos casi muertos buscaron los míos, como para fulminarlos. Los dejé allí y me fui.

Fuera seguía nevando, y el camino que había despejado el Zungfrost hacía apenas una hora había desaparecido. En las calles del pueblo no se veía un alma. Los faroles agitaban sus halos en las fachadas. El viento, aunque suave, volvía a soplar y movía los copos en todas direcciones. De pronto noté una presencia a mi lado. Era *Ohnmeist*, intentando restregar el frío hocico contra mis pantalones. Me sorprendió tanta desenvoltura. Incluso me pregunté si no me habría confundido con otro, si no me tomaría por el Anderer, el único a quien había concedido su confianza.

El perro y yo seguimos andando uno junto al otro, envueltos en el olor a nieve y humo de madera de pino, que bajaba a rachas de las chimeneas. Ya no recuerdo con exactitud en qué pensaba durante ese extraño paseo. Pero sé que de pronto estaba muy lejos de aquellas calles, muy lejos del pueblo, muy lejos de aquellas caras conocidas y brutales. Caminaba al lado de Emélia. Íbamos cogidos del brazo. Ella llevaba un abrigo de paño azul ribeteado de piel de conejo gris en el cuello y los puños, y el pelo, su hermoso pelo, recogido dentro de un sombrero rojo. Hacía mucho frío. Teníamos mucho frío. Era la segunda tarde que pasábamos juntos. Devoraba con la mirada aquella cara, cada uno de sus gestos, las pequeñas manos, las risas y los ojos.

—Así que es usted estudiante...

Tenía un acento delicioso que se deslizaba sobre las palabras y les daba a todas, bonitas o feas, un dulce relieve. Era la tercera vez que dábamos la vuelta al lago, por el paseo Elsi. No estábamos solos. Había otras parejas parecidas a nosotros, que se observaban mucho y hablaban poco, se reían por nada y volvían a quedarse calladas. Le había pedido unas monedas a Ulli Rätte. Le compré una crepe muy caliente al vendedor que tenía el tenderete junto a la pista de patinaje. El hombre añadió una gran cucharada de miel diciendo:

—¡Para los enamorados!

Nosotros sonreímos, pero no nos atrevimos a mirarnos. Le tendí la crepe a Emélia. La cogió como si fuera un tesoro, la partió en dos y me dio la mitad. Caía la noche y, con ella, la helada, que volvía aún más sonrosadas las mejillas de Emélia y hacía brillar todavía más sus ojos color avellana. Nos comimos la crepe. Mirádonos. Era como si empezáramos a vivir.

Ohnmeist soltó un largo gemido que me devolvió a la realidad. Se frotó la cabeza contra mí por última vez y se alejó con pequeños pasos, agitando la cola a diestro y siniestro, como si se despidiera. Lo seguí con la mirada hasta que se metió detrás de la leñera que hay junto a la herrería de Gott. Sin duda, la había elegido como refugio para pasar el invierno.

No me había fijado en el camino que habíamos recorrido juntos. Habíamos llegado al final del pueblo, muy cerca de la iglesia y el cementerio. Seguía nevando con la misma intensidad. El bosque empezaba a menos de treinta metros y, sin embargo, no distinguía el lindero. La iglesia me hizo pensar en el padre Peiper, y, al ver luz en la cocina, decidí llamar a su puerta.

Peiper me había escuchado llenándose el vaso con regularidad y yo me había explayado. Lo había dicho casi todo. No había mencionado las páginas que escribo aparte del informe. Pero había hablado de mis dudas, de mis miedos. De esa extraña sensación de haber caído en una trampa, sin saber exactamente quién me la había tendido, por qué y, sobre todo, cómo conseguiría salir de ella. Cuando callé, Peiper dejó pasar unos instantes. Hablar me había sentado bien.

—¿Con quién te has sincerado, Brodeck, con el hombre o con lo que queda del sacerdote? — Dudé, porque sencillamente no sabía qué responder. Al verme apurado, Peiper añadió—: Te lo pregunto porque, aunque soy consciente de que ya no crees en Dios, no es lo mismo, ¿sabes? Voy a ayudarte un poco haciéndote una confidencia: yo ya tampoco creo demasiado en Dios. Le he hablado durante mucho tiempo, años y años. Me parecía que me escuchaba, incluso que me respondía, mediante signos, ideas que se me ocurrían, cosas que hacía, inspirado por él. Luego, todo eso acabó. Ahora sé que no existe, o que se ha ido para siempre, lo que viene a ser lo mismo: estamos solos. Eso es todo. No obstante, sigo con la función, está claro que mal, pero todavía tiene público. Eso no perjudica a nadie, y aquí viven unas cuantas almas viejas que estarían aún más solas y más abandonadas si cerrara el teatro. Cada representación les da un poco de fuerza, la suficiente para continuar, ¿comprendes? Sin embargo, hay un principio del que no he renegado, y es el del secreto, el secreto de confesión. Es mi cruz, y la llevo. La llevaré hasta el final. —De pronto me cogió la mano y la apretó con fuerza—. Lo sé todo, Brodeck. Todo. Y ni puedes imaginarte lo que ese «todo» significa. —Al ver el vaso vacío, se levantó temblando y lanzando miradas ansiosas a las botellas que atestaban la cocina. Movi6 cinco o seis, hasta dar con una en que quedaba un poco de vino. La estrechó contra el pecho como quien abraza a un ser querido en la alegría del reencuentro, volvió a sentarse y se sirvió—. Los hombres son extraños. Cometan las peores acciones sin formularse demasiadas preguntas, pero luego no pueden vivir con el recuerdo de lo hecho. Necesitan desahogarse. Así que vienen a verme, porque saben que soy el único que puede aliviarlos, y me lo cuentan todo. Soy su cloaca, Brodeck. No soy el sacerdote, soy el hombre-cloaca. El individuo en cuyo cerebro pueden verter todas las inmundicias, todo el pus, para aliviarse, para aligerarse. Y a continuación se marchan tan campantes. Como nuevos. Bien limpios. Listos para volver a empezar. Sabiendo que la cloaca se ha cerrado sobre lo que le han confiado. Que no se lo contará a nadie, jamás. Entonces pueden dormir tranquilos. Mientras tanto, Brodeck, yo reboso, me desbordo, no puedo más, pero aguanto, trato de aguantar. Moriré con ese poso de horror en mi interior. ¿Ves este vino? Pues es mi único amigo. Me atonta y me ayuda a olvidar por unos instantes esa inmunda masa con que cargo, el pútrido cargamento que me han

confiado entre todos. No te lo explico para que me compadezcas, sino para que lo comprendas. Tú te sientes solo en la tarea de contar lo peor; yo, en la de absolverlo. —Se interrumpió y, a la múltiple y vacilante luz de las velas, pude ver con claridad que sus ojos se humedecían—. No siempre he bebido, Brodeck, y tú lo sabes. Antes de la guerra sólo probaba el agua, y sabía que Dios estaba a mi lado. La guerra... Puede que los pueblos necesiten esas pesadillas. Destrozan lo que han tardado siglos en construir. Destruyen lo que ayer alababan. Autorizan lo que antes prohibían. Amparan lo que hasta entonces condenaban. La guerra es una mano inmensa que barre el mundo. Es la coyuntura en que el mediocre triunfa y el criminal recibe la aureola de santo, ante quien todos se arrodillan, a quien todos aclaman, a quien todos adulan. ¿Tan insoportablemente monótona es la vida para los hombres, que desean la matanza y la destrucción de ese modo? Yo los he visto correr hasta el abismo, caminar por el borde y mirar fascinados el horror del vacío, en el que se agitaban las pasiones más viles. ¡Destruir! ¡Manchar! ¡Violar! ¡Degollar! Si los hubieras visto... —El cura me cogió la muñeca con viveza y la apretó—. ¿Por qué crees que soportan mis incoherentes sermones y mis misas, trufadas de imprecaciones y delirios de borracho? ¿Por qué vienen todos? ¿Por qué nadie ha pedido mi destitución al obispo? Sencillamente, porque me temen, Brodeck, porque me temen y temen lo que sé sobre ellos. El miedo gobierna el mundo. Tiene a los hombres cogidos por los cojones. De vez en cuando, se los aprieta un poco, para recordarles que puede acabar con ellos cuando quiera. Contemplo sus rostros en mi iglesia, desde el púlpito. Los veo bajo su falsa placidez. Huelo su acre sudor. Lo huelo. Lo que les resbala por la raja del culo no es agua bendita, créeme. Deben odiarme por habérmelo confesado todo... ¿Te acuerdas de cuando eras monaguillo?

Yo era un niño muy pequeño y el padre Peiper me inspiraba mucho respeto. Tenía una voz profunda y aterciopelada, una voz que el vino aún no había enronquecido. Nunca reía. Yo llevaba un alba blanca y un cuello bermellón. Aspiraba el incienso, convencido de que de ese modo Dios penetraría en mí con mayor facilidad. La mía era una felicidad beatífica, sin tacha. No había razas. No había diferencias entre los hombres. Había olvidado quién era, de dónde venía. Nunca me había parado a pensar en el pequeño trozo de piel que faltaba en mis ingles, y nunca me lo habían reprochado. Todos éramos el pueblo de Dios. En nuestra pequeña iglesia, yo estaba junto al padre Peiper, al lado del altar. Él pasaba las páginas del Gran Libro. Alzaba la hostia y el cáliz. Yo agitaba la campanilla. Le presentaba el agua y el vino, y el paño blanco para que se secara los labios. Sabía que había un Cielo para los justos y un Infierno para los culpables. Todo me parecía sencillo.

—Una vez vino a verme... —Peiper tenía la cabeza baja y su voz se había apagado. Pensé que volvía a referirse a Dios—. Vino, pero creo que no supe escucharlo. Era tan... distinto. No supe... no supe escucharlo. —De pronto comprendí que se refería al Anderer—. Esto no podía acabar de otro modo, Brodeck. Ese hombre era como un espejo. Sí, no necesitaba abrir la boca. Devolvía su imagen a cada uno. O tal vez fuera el último enviado de Dios, antes de que echara el cierre y tirara la llave. Yo soy la cloaca, pero él era el espejo. Y los espejos, Brodeck, acaban rompiéndose.

Como para demostrarlo, cogió la botella y la estrelló contra la pared. Luego tomó otra, y otra... Y mientras se rompían y el suelo de la cocina se llenaba de añicos, reía, reía como loco, gritando:

—*Ziebe Jarh vo Missgesck! Ziebe Jarh vo Missgesck! Ziebe Jarh vo Missgesck!* ¡Siete años de mala suerte!...

De pronto, paró, se derrumbó sobre la mesa y, con la cara entre las manos, sollozó como un niño.

Me quedé a su lado sin atreverme a moverme ni hablar. Se sorbió la nariz dos veces, ruidosamente; luego, el silencio nos envolvió. Siguió así, con el torso sobre la mesa y la cabeza escondida entre los brazos, largo rato. Una tras otra, las velas acabaron de consumirse, y poco a poco la cocina se sumió en la penumbra. Del cuerpo de Peiper empezaron a brotar pacíficos ronquidos. La campana de la iglesia dio las diez. Salí de la cocina y cerré la puerta con suavidad.

Fuera me sorprendió la claridad. Había dejado de nevar y el cielo estaba despejado. Las últimas nubes seguían intentando agarrarse a los Schnickelkopf, pero el viento, que ahora soplabla del este, acababa de hacer limpieza desgarrándolas en delgados jirones. Las estrellas habían esparcido sus adornos de plata. Cuando alcé la cabeza para mirarlas, tuve la sensación de sumergirme en un mar a la vez oscuro y deslumbrante cuyo fondo, negro como la tinta, estaba sembrado de innumerables e inmaculadas perlas. Parecían muy cercanas. Hasta esbocé el estúpido ademán de extender la mano, como si mis dedos hubieran podido coger un puñado, para metérmelas bajo la chaqueta y regalárselas a Poupchette.

El humo ascendía de las chimeneas en vertical. El aire se había vuelto muy seco, y la helada caía sobre la nieve amontonada delante de las casas y formaba una dura y reluciente costra sobre su superficie. En el bolsillo notaba las hojas que había leído hacía unas horas. Unas pocas hojas, finas y livianas, que sin embargo pesaban terriblemente y me quemaban la piel. Iba pensando en lo que me había dicho Peiper sobre el Anderer, intentando en vano descubrir si eran desvaríos de borracho o las palabras de un hombre acostumbrado a manejar parábolas. Y, sobre todo, me preguntaba por qué habría acudido a verlo el Anderer, cuando todos nos percatamos enseguida de que rehuía la iglesia y nunca iba a misa. ¿Qué le habría contado?

Al acercarme a la fonda Schloss, vi que la sala grande todavía seguía iluminada y de pronto, sin saber por qué, me dieron ganas de entrar.

De pie tras la barra, Dieter Schloss charlaba con Caspar Hausorn. Estaban tan inclinados el uno hacia el otro que parecían a punto de besarse. Lancé al aire un saludo que los dejó petrificados, y fui a sentarme a la mesa del rincón, junto a la chimenea.

—¿Te queda vino caliente?

Schloss asintió. Hausorn se volvió hacia mí e hizo un débil movimiento con la cabeza que podía interpretarse como un «buenas noches». Luego se inclinó de nuevo hacia el oído de Schloss y, tras susurrarle algo con lo que el fondista parecía estar de acuerdo, cogió su gorra, apuró la cerveza de un trago y salió sin volver a mirarme.

Era la segunda vez que iba a la fonda después del *Ereigniës*. Y como en la anterior, me costaba creer que la escena de la ejecución se hubiera desarrollado en un sitio tan normal. El bar de Schloss se parecía al de cualquier otro pueblo: unas mesas, sillas, bancos, estantes atestados de botellas, espejos enmarcados tan llenos de mugre que no reflejaban nada desde hacía mucho, el mueble donde se guardaban los juegos de ajedrez y damas, el suelo cubierto de serrín... Las habitaciones estaban arriba. Cuatro, exactamente. Tres no se habían utilizado en mucho tiempo. La cuarta, la más grande y también la mejor, había alojado al Anderer.

Al día siguiente del *Ereigniës*, tras visitar a Orschwir, había pasado casi una hora en casa de la tía Pitz, recuperando la calma, tranquilizando mi mente y mi corazón, mientras frente a mí la anciana pasaba las hojas del herbario y me refería las flores que dormían en su interior. Luego, cuando poco a poco mis pensamientos fueron aclarándose, me despedí de ella dándole las gracias y fui directamente a la fonda. Pero encontré la puerta y los postigos cerrados. Era la primera vez que la veía así. Aporreé con insistencia y esperé. Nada. Volví a llamar, aún con más fuerza, y esta vez se abrió una ventana y apareció Schloss, escamado e inquieto.

—¿Qué quieres, Brodeck?

—Hablar contigo. Ábreme.

—Puede que no sea el mejor momento.

—Ábreme, Schloss. Ya sabes que tengo que redactar el informe.

Pronuncié «informe» sin darme cuenta. Era la primera vez que empleaba la palabra, y me produjo un efecto extraño, pero el que obró sobre Schloss fue inmediato. Volvió a cerrar la ventana y lo oí bajar a toda prisa. Segundos después, descorría los cerrojos y me abría la gruesa puerta.

—¡Entra, deprisa!

Volvió a cerrar a mis espaldas con tal rapidez que no pude evitar preguntarle si temía que se colara algún fantasma.

—No bromees con esas cosas, Brodeck... —murmuró, y se santiguó dos veces—. ¿Qué quieres?

—Que me enseñes la habitación.

—¿Qué habitación?

—No te hagas el tonto. La habitación. Schloss se quedó pensando, indeciso.

—¿Para qué quieres verla?

—Necesito verla ahora. Quiero ser preciso. No me gustaría dejarme nada. Tengo que contarle todo.

Schloss se pasó la mano por la frente, que le brillaba como si acabara de frotársela con manteca.

—No hay mucho que ver, pero si te empeñas... Sígueme.

Subimos. Schloss y su corpachón ocupaban toda la escalera y los peldaños crujían a su paso. El hombre resoplaba ruidosamente. Al llegar al rellano, sacó una llave de un bolsillo del delantal y me la tendió.

—Adelante, Brodeck.

Lo intenté tres veces antes de conseguir introducir la llave en la cerradura. No podía dominar el temblor de las manos. Schloss había retrocedido un poco y trataba de recuperar el aliento. Por fin, se oyó un débil clic. Empujé la hoja. Mi corazón parecía un pajarillo asustado. Me daba miedo volver a ver aquella habitación, tanto miedo como si esperara toparme con el muerto; pero lo que vi me dejó tan sorprendido que mi angustia se desvaneció al instante.

La habitación estaba totalmente vacía. Ya no había ni ropa ni maletas ni objetos ni muebles, a excepción del gran armario fijado a la pared. Abrí los dos batientes. También vacío. No quedaba nada. Era como si el Anderer nunca hubiera estado allí. Como si jamás hubiera existido.

—¿Adónde han ido a parar sus maletas?

—¿A qué te refieres, Brodeck?

—No te burles de mí, Schloss.

La habitación olía a madera húmeda y jabón. Habían baldeado y fregado el suelo. En el sitio que había ocupado la cama, se veía una gran mancha más oscura sobre el suelo de alerce.

—¿Has limpiado tú?

—Alguien tenía que hacerlo...

—Y esa mancha, ¿de qué es?

—¿Tú qué crees, Brodeck? —Me volví hacia él—. ¿Tú qué crees? —repitió con expresión de hastío.

Esta mañana he despertado muy tarde. Y en mi cabeza suenan martillazos. Creo que realmente anoche bebí demasiado. La botella de aguardiente casi está vacía. Tengo la boca seca como el esparto, y todavía no me explico cómo conseguí llegar a la cama. Estuve escribiendo hasta tarde; recuerdo que ya no sentía los dedos, entumecidos por el frío. También recuerdo que las teclas de la máquina se atascaban cada vez más. El hielo había posado sus filigranas de helecho en el cristal, y estaba tan borracho que creí que era el bosque, que avanzaba para envolver el cobertizo y tragárselo, y a mí con él.

Al levantarme, Fédorine no me ha hecho preguntas. Me ha preparado una infusión, en la que reconocí el aroma del serpol, la hierbabuena y la siempreviva.

—Tómame esto, es bueno para lo que tienes —se ha limitado a decir.

Le he obedecido, como cuando era pequeño. Luego, me ha puesto delante un cesto que había traído Alfred Wurtzwiller hacía un rato. Dentro había sopa de patata, un pan moreno, un trozo de jamón, manzanas y puerros; pero no dinero. No es lo habitual cuando llega algo de S., como muestra de que la Administración no me ha olvidado del todo: siempre se trata de un giro postal, acompañado por tres o cuatro documentos oficiales sellados varias veces, firmados y refrendados, que certifican el pago. Pero en el cesto sólo había comida. No he podido evitar relacionar la lectura de ayer ante el alcalde y los demás con aquellos alimentos. Es su forma de pagarme. De pagarme un poco. Por el informe. Por lo que he escrito y, sobre todo, sobre todo, por lo que no he escrito.

Fédorine estaba lavando a Poupchette en un barreño. Mi hija palmoteaba y chapoteaba en el agua caliente riendo a carcajadas.

—¡Un pececillo! ¡Un pececillo! —repetía.

La he tomado en brazos, empapada como estaba, la he estrechado contra mi pecho y he besado su piel desnuda, suave y caliente, lo que la ha hecho reír aún más fuerte. Detrás de nosotros, junto a la ventana, con la mirada perdida en la inmaculada inmensidad del valle, Emélia tarareaba su canción. Como Poupchette se debatía en mis brazos, la he dejado en el suelo. La pequeña ha cogido un poco de espuma, ha corrido hacia su madre y se la ha lanzado. Emélia se ha vuelto hacia ella sin dejar de canturrear. Ha posado sus ojos sin vida en la preciosa sonrisa de Poupchette y luego ha seguido mirando la blanca lejanía.

Me siento débil e inútil. Intento escribir cosas. Pero ¿quién las leerá? ¿Quién? Más me valdría coger de la mano a Emélia y Poupchette, echarme a la espalda a la vieja Fédorine, llenar un hato con comida, ropa y unos cuantos recuerdos bonitos, e irme lejos de aquí. Volver a empezar.

Empezar de cero. Según parece, en eso se reconoce al hombre. «El hombre es un animal que siempre vuelve a empezar», nos decía Nösel en otros tiempos. Con las manos apoyadas en su gran escritorio, pronunciaba sus sentencias con pausas de tribuno, que siempre acompañaba de un gran silencio, que cada uno de nosotros llenaba a su manera.

«El hombre es un animal que siempre vuelve a empezar». Pero vuelve a empezar, ¿a qué? ¿A cometer los mismos errores, o a levantar sus frágiles andamiajes, que a veces consiguen auparlo a dos dedos del cielo? Eso Nösel nunca lo dijo. Quizá porque sabía que la misma vida, la vida en que nosotros aún no habíamos entrado del todo, acabaría por hacérselo comprender tarde o temprano. O quizá porque sencillamente no lo sabía, porque nunca había dudado y porque sólo había mamado de la teta de los libros, olvidando el mundo real y a quienes viven en él.

Ayer tarde, después de haberme traído el vino caliente, Schloss se había sentado frente a mí sin que lo invitara. Saltaba a la vista que quería decirme algo, pero yo no tenía nada que hablar con él. Todavía estaba dándole vueltas a lo que me había contado el padre Peiper. Además, lo único que deseaba era tomarme el vino caliente y sentir que el fuego me entonaba el cuerpo. Sólo eso. No buscaba otra cosa. Preguntas sin respuesta y cientos de pequeñas piezas de un gran mecanismo, que aún debía inventar para juntarlas, bullían en mi mente.

—Sé que no me aprecias demasiado, Brodeck —dijo de pronto Schloss, cuya presencia casi había olvidado—. Sin embargo, no soy el peor, ¿sabes? —Parecía aún más gordo y sudoroso que de costumbre. Se estrujaba las manos y se mordía los grasientos y agrietados labios—. No soy más que un mandado. No quiero problemas, pero eso no me impide pensar... Soy un hombre sencillo; no tengo tu inteligencia, pero, creas lo que creas, no soy malo. No soy el peor. Es verdad que cuando los *Fratergekeime* ocuparon el pueblo les di de beber. Pero ¿qué querías que hiciera? Es mi trabajo. No iba a dejar que me mataran por negarles una jarra de cerveza... Te juro que siempre he lamentado lo que te pasó, Brodeck. Yo no tuve nada que ver, te lo aseguro... En cuanto a lo que le hicieron a tu mujer... Dios mío... —Cuando mencionó a Emélia, estuve a punto de escupirle a la cara, pero lo que dijo a continuación me dejó parado—. Yo también quería a mi mujer, ¿sabes? Puede que te resulte extraño, porque, como recordarás, no era muy guapa; pero desde que me falta tengo la sensación de vivir a medias. Ya no me importa nada. Si Gerthe hubiera estado aquí durante la guerra, puede que nunca les hubiera servido a los *Fratergekeime*. En su presencia me sentía fuerte... Puede que les hubiera escupido a la cara. Puede que hubiera cogido el cuchillo grande con el que pico la cebolla y les hubiera abierto las tripas. Y además, si ella hubiera estado aquí, puede... puede que el *Murmelnër* siguiera vivo, puede que me hubiera dejado matar antes que permitir que lo mataran a él bajo mi techo...

Tenía el estómago revuelto. Sentía náuseas. El vino no me pasaba. En vez de entonarme, me mordisqueaba las entrañas, como si de pronto en mi vientre hubiera un pequeño animal que intentara clavar los dientes por todas partes. Veía a Schloss como jamás lo había visto. Era como si una cortina de niebla se hubiera desgarrado, revelando poco a poco un paisaje insospechado cuyos relieves se ordenaban con extraña armonía. Pero al mismo tiempo me preguntaba si Schloss no estaría intentando engatusarme. Es muy fácil lamentar las cosas después de ocurridas. No cuesta nada, y permite lavarse las manos y la memoria a la vez con mucha agua, hasta dejarlas limpias como una patena. De todas formas, lo que me había dicho Peiper sobre la confesión y la cloaca no era ninguna tontería. Todos debían de haber pasado por la iglesia, y Schloss no habría sido el último. Sin embargo, recordaba perfectamente la expresión y la actitud del fondista la

tarde del *Ereigniës*: no me había dado la sensación de que se hubiera quedado atrás. No parecía desaprobar el crimen cometido bajo su techo, pese a lo que ahora decía. No era un hombre aterrado ni horrorizado por lo ocurrido.

No sabía a qué carta quedarme. Y sigo sin saberlo. Seguramente, ésa es la gran victoria del campo sobre los prisioneros: unos están muertos y los que como yo consiguieron sobrevivir siempre guardarán un poso de suciedad en lo más profundo de sí mismos. Nunca podrán volver a mirar a los demás sin preguntarse si en el fondo de las miradas que cruzan no brilla el deseo de acosar, de torturar, de matar. Nos hemos convertido en eternas presas, en seres que, hagan lo que hagan, siempre verán el día que comienza como una larga prueba que hay que superar y la noche que cae con una curiosa sensación de alivio. Llevamos en nuestro interior el fermento de la decepción y la intranquilidad. Creo que nos hemos convertido, para el resto de nuestra vida, en la memoria de la humanidad destruida. Somos heridas que nunca se cerrarán.

—Seguramente no sabes que tuvimos un hijo —prosiguió Schloss—. Supongo que, en su momento, Fédorine no te lo dijo en las cartas que te envió. Era la época en que estabas fuera, estudiando en la capital. Un hijo que no vivió más que cuatro días con sus noches. Un niño, que según la partera, la vieja Paula Beckenart, que en paz descansa, era un pequeño Schloss. Lo ayudó a salir del vientre de Gerthe un siete de abril. Fuera, los pájaros piaban y los brotes de los alerces eran tan gordos como ciruelas. Cuando me lo pusieron en los brazos, pensé que no sabría tenerlo. Me daba miedo apretarlo demasiado, ahogarlo con mis manazas, y también que se me cayera al suelo y se rompiera como el cristal. Gerthe se reía de mí, y el pequeño lloraba con todas sus fuerzas agitando los brazos y las piernas; pero, en cuanto encontraba el pecho de Gerthe, empezaba a sorber la leche y mamaba sin parar, como si quisiera vaciarla. Le había pedido a Hans Douda que le fabricase una cuna del tronco de un nogal, un hermoso nogal que se reservaba para hacerse un armario; pero le puse el dinero encima del banco y cerramos el trato. —Schloss tenía las uñas grandes y sucias. Mientras me hablaba de su hijo, intentaba limpiárselas, sin siquiera mirarlas, pero no conseguía quitarles la porquería incrustada en los bordes—. Ocupaba la cuna entera. Golpeaba el fondo con toda la fuerza de sus piececillos, haciendo un ruido curioso que recordaba los hachazos que se oyen a veces en lo profundo del bosque. Gerthe quería llamarlo Stephan, pero a mí me gustaba más Reichart. En realidad, nos había pillado desprevenidos: los dos estábamos seguros de que iba a ser niña. Y a esa niña que no llegó ya le habíamos puesto un nombre: Lisebeth; de Lise, mi madre, y Bethsie, la madre de Gerthe. Pero cuando apareció nuestro hombrecito y la partera lo alzó en vilo, no teníamos un nombre para él. Durante los cuatro días de su corta vida, Gerthe y yo no paramos de pelearnos entre risas. Yo decía «¡Reichart!» y ella replicaba «¡Stephan!». Se convirtió en un juego, un juego que siempre acababa en abrazos y caricias. Así que el niño murió sin nombre, y desde entonces no he dejado de reprochármelo, casi como si fuera eso lo que lo mató. —Se interrumpió y bajó la cabeza. Estaba completamente inmóvil. Parecía haber dejado de respirar. Yo tenía en la boca el regusto a canela y clavo, y seguía sintiendo la misma mordedura en el estómago—. A veces, por la noche, sueño con él. Tiende hacia mí sus manos, aquellas manitas tan pequeñas, y luego se va, se aleja, como arrastrado por una fuerza, y yo no puedo gritar ningún nombre, no hay ninguno que pueda pronunciar para intentar retenerlo. —Schloss había levantado la cabeza y pronunciado esas palabras posando sus abotagados ojos en los míos. Su mirada lo llenaba todo, rebosaba, casi me ahogaba. Seguramente esperaba que le hablara, que le dijera algo, pero ¿qué? Sólo sé que los fantasmas pueden tener una

vida tenaz y que a veces están más presentes que los vivos—. Una mañana me desperté y no oí ningún ruido. Gerthe no estaba en la cama. La encontré agachada junto a la cuna. Inmóvil, miraba al niño. La llamé. No respondió. Ni siquiera volvió la cabeza. Me acerqué a ella canturreando los nombres, Stephan, Reichart... Entonces Gerthe se levantó de un salto y se abalanzó sobre mí como una fiera salvaje, intentando golpearme, agarrarme la boca, arañarme las mejillas... Miré la cuna y vi la cara del niño. Tenía los ojos cerrados y la tez del color de la pizarra.

No sé cuánto rato me quedé con Schloss. Tampoco recuerdo si siguió hablándome de su hijo o permaneció callado frente a mí. En la chimenea, el fuego moría. Schloss no lo reavivó. Las llamas se apagaron y apenas quedaron ascuas. La sala se enfrió. Al cabo de un rato, me levanté y Schloss me acompañó a la puerta. Mantuvo mi mano apretada en la suya unos instantes y luego me dio las gracias. Dos veces. Gracias, ¿por qué?

En el camino de vuelta a casa, me zumbaba la cabeza y tenía la sensación de que mis sienes chocaban una contra otra como dos platillos. Me había sorprendido pronunciando el nombre de Poupchette en voz alta varias veces: «Poupchette, Poupchette, Poupchette...». Eran como guijarros sonoros que arrojaba al aire para que me hicieran llegar a mi hogar lo antes posible. No podía dejar de pensar en el hijo que había perdido Schloss, en cuanto me había contado sobre él, en las pocas horas que había pasado en este mundo... Qué extraña es la vida del hombre... Una vez metido en ella, a menudo te preguntas qué haces aquí. Puede que sea precisamente por eso que algunos, un poco más listos que los demás, se limitan a entreabrir la puerta, justo para echar un vistazo y, al ver lo que hay dentro, les entran ganas de cerrarla. Puede que tengan razón.

Vuelvo al primer día. O mejor dicho, a la primera tarde. La tarde en que llegó al pueblo el Anderer. He mencionado su encuentro con el hijo mayor de Dörfer, pero no su entrada en la fonda minutos después. Pedí que me la contaran tres veces, tres personas distintas: el propio Schloss, Menigie Wirfrau, el panadero, que estaba tomando un vaso de vino, y Doris Klattermeier, una chica muy sonrosada de pelo pajizo que pasaba por la calle en ese momento. Hubo más testigos, en la fonda y fuera, pero los tres con quienes hablé me relataron los hechos del mismo modo, detalle más, detalle menos, y me pareció que lo mejor era dejarlo así.

El Anderer había desmontado para hablar con Hans Dörfer y siguió a pie calle adelante tirando de su yegua por la brida, mientras el asno los seguía a unos pasos. Al llegar a la fonda, ató las riendas a la anilla y, en lugar de hacer como todo el mundo, es decir, empujar la puerta y entrar, llamó con los nudillos tres veces y aguardó. Era algo tan inusual que se quedó esperando un buen rato.

—Pensé que era un bromista, o un crío —me dijo Schloss.

En resumen, no sucede nada. Ni abre ni le abren. Algunos, entre ellos Doris, ya se han parado para contemplar el espectáculo: el burro, la yegua, el cargamento y aquel buen hombre extrañamente ataviado, inmóvil ante la puerta con una sonrisa en la redonda y empolvada cara. Pasados unos minutos, vuelve a dar tres golpes, más secos y más fuertes.

—Esa vez, me dije que aquello no era normal y fui a ver.

Así que Schloss abre la puerta y se encuentra con el Anderer.

—¡Casi me quedé mudo! ¿De dónde había salido aquel fulano? ¿De un circo o de un cuento de hadas?

Pero el Anderer no le da tiempo a recuperarse. Se quita el sombrero, dejando al descubierto un cráneo muy redondo y muy calvo, le dirige un gracioso y elegante saludo con su extraño sombrero, y le dice:

—Le deseo muy buenas tardes, caballero. Mis amigos —y señala a la yegua y el asno— y yo hemos hecho un largo viaje y estamos muy fatigados. ¿Sería usted tan amable de ofrecernos su hospitalidad? Por supuesto, tenemos con que pagarle.

Schloss está convencido de que el Anderer dijo: «Le deseo muy buenas tardes, señor Schloss». Pero tanto Doris como Wirfrau me aseguraron que no fue así. Puede que el fondista, estupefacto ante la extraña aparición y su no menos extraña demanda, quedara ofuscado por un momento.

—Al principio no supe qué decir. ¿Cuántos años hacía que no nos visitaba nadie, aparte de quienes ya sabes? Además, esas frases las había dicho en *Deeperschaft*, la lengua del interior, no en dialecto, y mi oído ya no estaba habituado.

Menigue Wirfrau me contó que Schloss estuvo unos instantes sin responder, mirando al recién llegado y rascándose la cabeza. Entretanto, por lo visto el Anderer permanecía inmóvil, sonriendo, como si todo aquello fuera tan normal y el tiempo, que parecía gotear lentamente de una estrecha manguera, no tuviera la menor importancia.

—El burro y la yegua tampoco se movían —comentó Doris Klattermeier—. Ambos animales miraban a Schloss con unos ojos que parecían entender.

Al decir eso, la chica se estremeció un poco y luego se santiguó dos veces. Aquí, si para la mayoría Dios es un ser lejano que vive en los libros y entre el incienso, el Diabolo es un vecino al que muchos creen haber visto un día u otro.

No obstante, Schloss acabó respondiéndole.

—Le preguntó cuántas noches pensaba quedarse. —A Wirfrau fui a verlo cuando estaba amasando. Tenía el torso desnudo y el pecho y las pestañas cubiertos de harina. Cogía a pulso el enorme anillo de masa, lo levantaba, le daba la vuelta, lo dejaba caer en la artesa y volvía a empezar. Hablaba sin mirarme. Yo me había sentado en un saco junto a la leñera. El horno llevaba rato ronroneando, y la pequeña habitación parecía cocer impregnada del olor a leña que ardía—. El otro se quedó pensando, sin dejar de sonreír, miró a la yegua y el asno como para pedirles opinión, y acabó respondiendo con su curiosa voz: «Creo que nos quedaremos bastante tiempo». Entonces Schloss, seguramente porque no sabía qué decir y no quería parecer idiota, asintió con la cabeza varias veces y lo invitó a entrar.

Dos horas después, el Anderer se encontraba ya en la habitación que Schloss había limpiado a toda prisa. Le habían subido las maletas y los bultos, y la yegua y el asno estaban tumbados en un buen lecho de paja en la cuadra del tío Solzner, un viejo simpático como un cardo borriquero, que está pegada a la fonda. El Anderer había pedido que les pusieran una tina con agua muy limpia y un cubo de avena. Luego, fue a asegurarse de que estaban bien, les cepilló los flancos con un puñado de heno y les susurró unas palabras que nadie oyó. Antes de irse deslizó tres monedas de oro —el equivalente a varios meses de manutención para las monturas— en la mano del tío Solzner. Y, al marcharse, se despidió de los animales y les dio las buenas noches.

Entretanto, la fonda se había llenado de gente que quería ver a aquel sujeto tan extravagante con sus propios ojos. Debo confesar que, pese a no ser excesivamente curioso, yo también fui a echar un vistazo. La noticia había corrido como la pólvora por las calles y las casas, así que en la fonda nos juntamos unas treinta personas, mientras fuera la cálida noche de primavera se posaba en los tejados. Pero nos llevamos un chasco, porque el Anderer, que había subido a su habitación, no volvió a bajar. Los comentarios se sucedían, y los vasos de vino también, así que Schloss no daba abasto para servir a todo el mundo. Es probable que estuviera diciéndose que, después de todo, la llegada de un forastero tenía cosas buenas. Llenaba la caja como un día de mercado o en un entierro. Menigue Wirfrau no paraba de describir la llegada del Anderer, su vestimenta, su yegua y su asno, y poco a poco, como todos lo invitaban a un trago para desatarle la lengua, empezó a adornar la historia trabándose de vez en cuando.

Pero, en ocasiones, se oían pisadas en el piso de arriba, y la sala guardaba silencio. Todos contenían la respiración y clavaban los ojos en el techo, como si quisieran atravesarlo. Trataban

de imaginarse al recién llegado. Le daban forma y carne. Intentaban penetrar en los meandros de su mente, cuando ni siquiera lo habían visto.

En determinado momento, Schloss subió a preguntarle si necesitaba algo. Intentamos oír la conversación, pero fue en vano. Los que se acercaron a la escalera y aguzaron el oído tampoco se enteraron de nada. Cuando bajó Schloss, todos lo rodearon.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—Pues que qué ha dicho.

—Que quiere un refrigerio.

—¿Un refrigerio? ¿Y eso qué es?

—Una cena ligera, me ha dicho.

—¿Y qué vas a hacerle?

—¡Pues lo que me ha pedido!

Todos se morían de curiosidad por ver qué aspecto tenía un refrigerio. La mayoría siguieron a Schloss a la cocina y lo observaron mientras disponía en una bandeja tres gruesas lonchas de tocino, una salchicha, unos pepinillos en vinagre, un tarro de crema, una libra de pan moreno, col en salsa agri dulce y queso de cabra, además de una copa de vino y otra de cerveza. En actitud solemne, Schloss se deslizó con la bandeja entre los parroquianos, que se apartaban en silencio como si pasara una imagen santa. Lo único que rompía el mutismo general era la voz de Wirfrau, que seguía contando la llegada del Anderer a la fonda. Ahora nadie lo escuchaba, pero en su estado no podía darse cuenta. No en vano, poco después, confundió la artesa con la cama y se durmió en la primera después de preparar la masa en la segunda. El día siguiente fue una jornada de resaca para él y sin pan para todos los demás.

Cuando llegué a casa, Fédorine estaba esperándome.

—¿Qué ha pasado, Brodeck?

Le conté lo que sabía. Ella me escuchó atentamente y luego meneó la cabeza.

—Eso no es bueno, nada bueno...

No eran más que palabras, pero consiguieron irritarme, y le pregunté secamente por qué decía eso.

—Cuando acaba de tranquilizarse el rebaño, hay que procurar que no vuelva a alborotarse —respondió.

Me encogí de hombros. Estaba de buen humor. Hasta hoy no me había dado cuenta, pero probablemente era el único en el pueblo que se alegraba de que hubiera llegado un forastero. Tenía la sensación de que señalaba un renacer, una vuelta a la vida. Para mí, era como si hubieran retirado la gruesa plancha de hierro que cerraba la entrada de una cueva, donde, de pronto, el aire puro y los rayos de sol hubieran penetrado. Pero no me paré a pensar que a veces el sol resulta molesto, que sus rayos, que iluminan el mundo y lo hacen resplandecer, no pueden evitar que se revele también lo que se intenta ocultar.

La vieja Fédorine me conoce como si fuera un bolsillo en el que ha metido la mano miles de veces. Se colocó frente a mí, me miró a los ojos y luego me pasó la mano por la mejilla, una mano que temblaba al acariciarme.

—Soy muy vieja, mi pequeño Brodeck, muy vieja... Pronto ya no estaré aquí. Ten cuidado, Brodeck, ya has vuelto una vez de donde no se vuelve. Nunca hay una segunda oportunidad, nunca.

Y ahora tienes cargas... Piensa en ellas, piensa en ellas dos...

No soy muy alto, pero hasta ese momento no me había percatado de lo pequeña que era Fédorine. Parecía una niña, una niña con cara de vieja, una criatura menuda, encorvada, apergaminada, frágil, con la piel ajada y surcada de arrugas, una criatura a la que un soplo de viento un poco fuerte habría podido barrer como al polvo. Bajo la telilla blanquecina, sus ojos brillaban, y sus labios se movían ligeramente. La rodeé con los brazos y la estreché contra mi pecho largo rato, mientras pensaba en los pájaros, en los pájaros, tan pequeños y perdidos, en los pájaros débiles, enfermos o heridos, que no pueden seguir a sus semejantes en las grandes migraciones y, al final del otoño, esperan con resignación en los aleros y las ramas bajas de los árboles, con las plumas despeinadas y el corazón desbocado, el frío que los matará. Besé a Fédorine muchas veces, primero en el pelo, luego en la frente y las mejillas, como cuando era niño, y recuperé su olor, un olor a cera, horno y ropa limpia, el olor que casi desde del comienzo de mi existencia bastaba para que una sonrisa apacible asomara a mis labios, incluso dormido. La tuve entre mis brazos mucho rato, mientras mi mente iba y venía entre los momentos de mi vida a la velocidad del rayo, pegando horas inconexas hasta formar un extraño mosaico, cuyo único efecto fue hacerme sentir un poco más el vacío del tiempo que había huido y de los instantes que nunca volverían.

Fédorine estaba allí, abrazada a mí, y podía hablarle. Aspiraba su olor y sentía sus latidos. En cierto modo, también era como si mi corazón latiera en su interior. Volví a pensar en el campo. La idea de la muerte era lo único que ocupaba nuestras mentes. Habíamos vivido con la permanente conciencia de nuestra muerte; seguramente, eso hacía que algunos enloquecieran. Aunque sepa que un día morirá, el hombre no puede vivir continuamente en un mundo que no le devuelve más que la conciencia de su propia muerte, un mundo saturado de muerte y que sólo ha sido ideado para eso.

«*Ich bin nichts*», rezaba el letrero que pendía del cuello del ahorcado. Sabíamos que no éramos nada. Demasiado bien lo sabíamos. Nada. Una nada destinada a la muerte. Sus esclavos. Sus juguetes. Que esperan resignados. Curiosamente, el hecho de ser una criatura de la nada, habitante de la nada y habitado por ella, no me daba miedo. Mi propia muerte ya no me asustaba, o si lo hacía era por una especie de reflejo condicionado, irracional y fugaz. En cambio, cuando asociaba la idea de morir con Emélia o Fédorine, me resultaba insoportable. Lo que nos roe y puede destruirnos es la muerte de los demás, de nuestros seres queridos, no la nuestra. Contra la que tuve que luchar fue contra ella, blandiendo rostros y figuras ante su negra luz.

Al principio, el pueblo acogió al Anderer como a una especie de personalidad. Por lo demás, en todo aquello había algo mágico. La gente de aquí no es de carácter abierto. Seguramente, en parte se debe a nuestro paisaje de valles y montañas, bosques y gargantas, y a nuestro clima de lluvias, nieblas, heladas, tormentas de nieve y grandes calores. Y la guerra, por supuesto, no arregló las cosas. Cerró las puertas y las almas todavía más y les echó un candado, poniendo lo que contenían a cubierto de la luz.

Pero en un primer momento, pasada la enorme sorpresa de su llegada a nuestro pueblo, el Anderer supo desplegar pese a todo un encanto que ablandó hasta a los más hostiles. La gente quería verlo, hombres y mujeres, niños y viejos, y él se prestaba al juego de buen grado, sonriendo a diestro y siniestro, quitándose el sombrero ante las señoras e inclinándose ante los hombres, aunque sin despegar los labios. Tanto era así que, si algunos no lo hubieran oído hablar la primera tarde, lo habríamos creído mudo.

No podía salir a la calle sin que lo siguiera un pequeño enjambre de ociosos y risueños chavales, a quienes hacía menudos regalos que a ellos les parecían tesoros: cintas, canicas, cordeles dorados, papeles de colores... Sacaba estas cosas de los bolsillos, como si siempre los llevara llenos, como si sus maletas estuvieran repletas de objetos por el estilo.

Cuando iba a la cuadra del tío Solzner a ver a sus animales, los chicos lo observaban desde la puerta, porque no se atrevían a entrar y tampoco él los animaba a hacerlo. Saludaba a la yegua y el asno llamándolos siempre por sus nombres y tratándolos de usted, los acariciaba y deslizaba entre sus grises belfos trocitos de azúcar moreno que extraía de un saquito de terciopelo granate. Los chavales asistían al espectáculo con la boca y los ojos muy abiertos, preguntándose qué lengua empleaba para cincelar las palabras que susurraba a los animales.

A decir verdad, hablaba más con la yegua y el asno que con nosotros. Schloss había recibido la consigna de llamar a su puerta a las seis en punto de la mañana y, en vez de entrar, dejar en el umbral la bandeja, donde siempre había lo mismo: un bollo —que el Anderer pagaba por adelantado a Wirfrau—, un huevo crudo, una jarra de agua caliente y un gran cuenco.

—¡No beberá agua caliente sin más! —exclamó un día Rudolf Scheuling, que desde los doce años no probaba más que el *schnick*.

Lo que tomaba el Anderer era té, un té fuerte que manchaba de marrón el borde de las tazas. Yo lo había probado la vez que me había invitado a su habitación para charlar y enseñarme algunos libros. Dejaba un regusto a cuero y humo, y también a salazón. Nunca había bebido nada parecido.

Para almorzar, bajaba a la gran sala. A esa hora, siempre había curiosos que habían ido a verlo y, sobre todo, a observar sus modales, unos modales muy finos, una forma muy elegante de sostener el cuchillo y el tenedor, de deslizarlos en la pechuga de un pollo o la carne de una patata.

Los primeros días, Schloss trató de hurgar en su memoria en busca de recetas dignas de su huésped, pero no tardó en desistir, a petición del interesado, que pese a su orondo corpachón y su buen color, apenas se alimentaba. Al final de una comida, su plato nunca estaba vacío. Siempre se dejaba la mitad. En cambio, no paraba de beber grandes vasos de agua, como si lo devorara una sed tan constante como insaciable, lo que había provocado que Marcus Graz, flaco como un silbido, comentara que por suerte no meaba en el Staubli, porque si no el río se habría desbordado.

Por la tarde, sólo cenaba una sopa, algo ligero, aunque en realidad, más bien caldos que sopas, y luego subía a su habitación, tras saludar a los presentes con un movimiento de la cabeza. Su ventana permanecía iluminada hasta tarde. Algunos incluso aseguraban que no se apagaba en toda la noche. En cualquier caso, la gente se preguntaba qué podía hacer.

Las primeras tardes que pasó entre nosotros, las dedicó a recorrer las calles metódicamente, como si estuviera haciendo una división en zonas o un listado. En verdad, nadie se dio cuenta, porque para eso habría habido que seguirlo a todas horas, lo que sólo hacían los niños.

Ataviado como para ocupar su puesto en un viejo cuento cubierto de polvo y salpicado de palabras en desuso, avanzaba con los pies un poco hacia fuera, la mano izquierda posada en un elegante bastón con pomo de marfil y la derecha sujetando el pequeño cuaderno negro, que se movía entre sus dedos como un extraño animal domesticado.

A veces sacaba una de sus monturas a pasear, o la yegua o el asno, nunca los dos juntos, y, acariciándole los flancos de vez en cuando, la llevaba de la brida hasta la orilla del Staubli, un poco más arriba del Baptisterbrücke, para pastar en la tupida y tierna hierba. Por su parte, plantaba las gruesas posaderas en la misma tierra y se quedaba allí sin moverse, contemplando la corriente y los blancos remolinos, como si esperara ver surgir un milagro entre la espuma. Los niños se mantenían a cierta distancia, un poco más arriba, en el ribazo. Respetaban su silencio y, en esas ocasiones, ninguno arrojaba piedras al agua.

El primer hecho importante se había producido a las dos semanas de su llegada. Creo que la idea fue del alcalde, aunque no puedo asegurarlo. Nunca se lo he preguntado, porque es lo de menos. Lo importante es lo que pasó esa tarde. La tarde del 10 de junio.

A esas alturas, ya habíamos comprendido que el Anderer no estaba de paso entre nosotros, que iba haciéndose al pueblo y seguramente se disponía a quedarse en él mucho tiempo. Ese 10 de junio se extendió el rumor de que el municipio, con su alcalde a la cabeza, iba a ofrecer un recibimiento en toda regla al recién llegado. Habría un discurso, música e incluso un *Schoppessenwass*, lo que en dialecto designa una especie de gran mesa llena de comida, bebidas y vasos que suele montarse con motivo de algún festejo popular.

Al amanecer, el Zungfrost se afanaba en construir una especie de pequeño estrado, que más bien recordaba a un cadalso, cerca del mercado. Los martillazos y chirridos de sierra empezaron a oírse incluso antes de que el sol royera la negrura del cielo, lo que había sacado de la cama a más de un curioso. A las ocho, todo el mundo conocía la noticia. A las diez, en la calle había más gente que un día de mercado. Esa tarde, mientras el Zungfrost acababa de pintar en una ancha pancarta de papel colgada sobre el estrado la frase de bienvenida con grueso y tembloroso trazo, «*Wi sund vroh wen neu kamme*», una extraña frase salida de Diodème, dos buhoneros avisados no se sabía

cómo ofrecían a quienes los rodeaban medallas bendecidas y polvos contra las ratas, cuchillos e hilo, almanaques y semillas, estampas y sombreros de fieltro. Yo los conocía, porque me los encontraba a menudo en los senderos de las montañas o los bosques. Eran padre e hijo, a cual más sucio y con el pelo negro como ala de cuervo. Nadie sabía sus nombres. Los llamaban *De Runhgäre*, los Andarines, porque eran capaces de recorrer considerables distancias en muy pocas horas. El padre me saludó.

—¿Quién os ha dicho que había una fiesta?

—El viento.

—¿El viento?

—A quien sabe escucharlo, le cuenta muchas cosas. —Me miró con expresión irónica mientras se liaba un cigarrillo.

—¿Habéis vuelto por S.?

—No se puede, la carretera sigue cerrada.

—Entonces ¿quién te surte? ¿El viento?

—No, el viento, no, la noche. La noche, cuando la conoces bien, es como el manto de un hada. ¡Basta con ponértelo, y te lleva a donde quieras!

Soltó una carcajada que dejó al descubierto sus cuatro últimos dientes, plantados en la boca como tocones de árbol en una colina pelada. No muy lejos de donde estábamos, Diodème vigilaba al Zungfrost, que estaba acabando de pintar las letras. Me saludó con un gesto de la mano, pero fue más tarde, cuando estábamos juntos y la fiesta iba a empezar, cuando le hice la pregunta que me quemaba en los labios:

—¿Ha sido idea tuya?

—¿El qué?

—Lo de la frase.

—Me lo dijo Orschwir.

—¿El qué?

—Que pensara alguna cosa, unas palabras...

—Es una frase un poco rara. ¿Por qué no la has escrito en *Deeperschaft*?

—Porque Orschwir no ha querido.

—¿Por qué?

—No lo sé.

En ese momento, yo también lo ignoraba. Caí en la cuenta más tarde. El Anderer era un misterio. No sabíamos quién era. No sabíamos de dónde venía ni a qué. Y tampoco si nos entendía cuando le hablábamos en dialecto. Puede que la frase de la pancarta fuera un intento de despejar esa última incógnita. Un intento muy ingenuo, la verdad, y que además no cumplió su objetivo, porque aquella tarde, cuando el Anderer llegó ante el estrado y vio la pancarta, se detuvo, paseó la mirada por la frase y luego siguió andando hacia los peldaños. ¿La había entendido? No se sabe. No hizo el menor comentario.

La frase que se le había ocurrido a Diodème era curiosa, aunque quizá no lo pretendiera. Quiere decir, o más bien puede decir, diferentes cosas, porque el dialecto es como una tela elástica: puedes estirla en todas direcciones.

«*Wi sund vroh wen neu kamme*» puede significar «nos alegramos de que venga alguien nuevo». Pero también puede interpretarse como «nos alegramos de que pase algo nuevo», que no

es exactamente lo mismo. Lo más curioso es que *vroh* posee dos significados distintos según el contexto en que se emplee, «contento, feliz» pero también «atento, vigilante». De modo que, si se opta por el segundo, nos encontramos ante una frase extraña e inquietante, en la que en su momento nadie reparó, pero que luego no ha dejado de resonar en mi mente como una especie de advertencia que lleva ya en su seno un atisbo de amenaza, como un puño que se alza o una hoja de cuchillo que al moverse reluce al sol.

Esa tarde, me llevé a Emélia y Poupchette conmigo. Subimos hasta la choza del Lutz. Es un viejo refugio de pastor que dejó de utilizarse hace décadas. Poco a poco, el prado que lo rodea ha ido llenándose de juncos y ranúnculos. La hierba ha retrocedido ante el avance del musgo y han aparecido aguazales, que al principio sólo eran charcos pero han acabado transformando el lugar en una especie de fantasma, el fantasma de un prado que todavía no ha acabado de reencarnarse en ciénaga. Ya he escrito tres informes sobre dicha transformación para intentar comprenderla y explicarla, y cada año vuelvo en la misma época para calibrar la extensión y naturaleza de los cambios. La choza se encuentra a dos horas de marcha del pueblo en dirección oeste. El sendero que conduce allí ha perdido el claro trazado de la época en que, año tras año, cientos de cascos le daban forma y profundidad. Los senderos son como las personas: también mueren. Poco a poco se llenan de piedras, se nivelan, se fragmentan, se dejan devorar por la hierba y acaban desapareciendo. Bastan unos años para que no se distinga más que un lomo de tierra, y la mayoría de los seres acaban olvidándolos.

Poupchette, a horcajadas sobre mis hombros, dirigía su parloteo a las nubes. Les hablaba como si pudieran entenderla. Les decía que se empujaran, que apartaran sus gruesas barrigas, que dejaran solo en el gran cielo al sol. El aire que bajaba de las montañas daba a sus mejillas un rosa muy vivo.

Emélia iba cogida de mi mano. Caminaba a buen paso. Unas veces dirigía la mirada al suelo, y otras muy lejos, hacia la nevadura del horizonte, escotado por los picos de los Prinzhorni. Pero, en ambos casos, me percataba de que sus ojos no se posaban en el paisaje próximo o lejano. Parecían mariposas, inquietas maravillas que revoloteaban sin un motivo profundo, como arrastradas por la brisa, por el aire transparente, pero sin pensar en nada de lo que hacían ni veían. Avanzaba en silencio. Seguramente, el ritmo rápido de su respiración le impedía canturrear la eterna canción. Tenía los labios entreabiertos. Yo le apretaba la mano. Sentía su calor, pero ella no notaba nada, y quizá ya ni siquiera sabía cuánto la amaba quien la llevaba de ese modo.

Al llegar a la choza, la hice sentarse en el poyo que hay junto a la puerta. Dejé a Poupchette a su lado diciéndole que se portara bien mientras yo tomaba notas, que no tardaría mucho y que luego nos comeríamos el *Pressfrütekof* y la tarta de manzanas y nueces que la vieja Fédorine nos había puesto en un mantel blanco anudado.

Empecé a realizar las mediciones. Encontré los puntos de referencia en que me basaba todos los años, grandes pedruscos que antaño delimitaban cercados y medianerías. En cambio, me costó dar con el comedero de piedra que señalaba casi con exactitud el centro del prado. Tallado en un

solo bloque, la primera vez que lo vi, siendo un niño, me había hecho pensar en una especie de barca varada en medio de la tierra, en un navío hecho para los dioses que ahora estorbaba a los hombres, ni lo bastante hábiles para utilizarlo ni lo bastante fuertes para retirarlo.

En cualquier caso, acabé hallándolo en medio de una gran charca, que curiosamente había triplicado su superficie solamente en un año. El bloque de piedra había desaparecido bajo el agua. Tras el transparente prisma, ya no recordaba a una embarcación sino a una tumba, un pesado sarcófago primitivo que había perdido a su ocupante, o quizá —y la sola idea me produjo un escalofrío— esperaba a aquél o aquella que debería yacer para siempre en su interior.

Desvié la mirada de inmediato y busqué a lo lejos las siluetas de Emélia y Poupchette, pero sólo podía distinguir las paredes medio derrumbadas del refugio. Ellas estaban al otro lado, invisibles, ilocalizables. Dejé los instrumentos de medición a la orilla de la charca y eché a correr como un loco hacia la choza gritando sus nombres, presa de un terror irracional, violento y profundo. El refugio no estaba muy lejos, pero tenía la sensación de que jamás llegaría. El suelo se deslizaba bajo mis pies. Las piernas se me hundían en agujeros, en hoyos encharcados, y el cieno parecía querer absorberme emitiendo ruidos semejantes a estertores agónicos. Cuando al fin llegué a la choza, estaba sin aliento, exhausto. Tenía las manos, los pantalones y los zapatos claveteados cubiertos de negro lodo que apestaba a turba, a limo y hierba en descomposición. Ya ni siquiera conseguía gritar los nombres de aquellas por quienes tanto había corrido. Y de pronto la vi. Vi una manita que asomaba detrás del muro, se extendía hacia un ranúnculo, rompía el tallo y lo cogía. A continuación, la mano se encaminó hacia otra flor. Mi miedo se esfumó tan deprisa como había surgido. La cara de Poupchette apareció detrás del muro. Me miró. Leí el asombro en sus ojillos.

—¡Papá, sucio! ¡Mi papá, muy sucio!

Y rió. Yo también. Reí muy fuerte, muy, muy fuerte, para que todos y todo oyeran mi risa, todos los que en el mundo habían querido reducirme al silencio de las cenizas, y todo cuanto en el mismo mundo conspiraba para engullirme.

Poupchette sostenía orgullosa el ramo con ranúnculos, velloritas y raspillas de agua que había juntado para su madre. Las flores conservaban un temblor de vida, como si no pudieran darse cuenta de que acababan de cruzar las puertas de la muerte.

Emélia se había alejado del refugio. Había caminado hasta el borde del prado y se había detenido en una especie de promontorio, que en la otra vertiente se corta y fragmenta en rocas sueltas. Miraba hacia el inmenso paisaje de las llanuras extranjeras, que dormitaban, indistintas, bajo jirones de niebla. Tenía los brazos separados del cuerpo, como si se dispusiera a alzar el vuelo, y su silueta, tan leve, se recortaba contra la azulada palidez de la lejanía con una gracia casi inhumana. Poupchette echó a correr hacia ella y se agarró a sus muslos, que intentó en vano rodear con los bracitos.

Emélia no se había movido. El viento le había soltado los cabellos, que ondeaban como oscuras y frías llamas. Me acerqué a ella con sigilo. El aire me traía su olor y retazos de la canción, que ya volvía a canturrear. Saltando, Poupchette consiguió agarrarle un brazo. Le cogió la mano y le puso el ramo en ella. Las flores salieron volando una tras otra entre sus dedos entreabiertos, sin que hiciera nada para retenerlas. Poupchette corría a derecha e izquierda para atraparlas, mientras yo seguía avanzando lentamente hacia Emélia, cuyo cuerpo se perfilaba contra el cielo y parecía como suspendido en el vacío.

*Schöner Prinz so lieb
Zu weit fortgegangen,
schöner Prinz so lieb.
Nacht und Nacht ohn' Eure Lippen
schöner Prinz so lieb
Tag um Tag ohn' Euch zu erblicken,
schöner Prinz so lieb.
Träumt Ihr was ich träume,
schöner Prinz so lieb
ihr mit mir immerdar zusammen*

*Hermoso príncipe amado,
qué lejos te has marchado.
Hermoso príncipe amado,
cuántas noches sin tus labios.
Hermoso príncipe amado,
cuántos días sin verte.
Hermoso príncipe amado,
¿sueñas lo mismo que yo,
hermoso príncipe amado,
que no estamos separados?*

Emélia bailaba entre mis brazos. Bajo los desnudos árboles de enero, a la dorada y brumosa luz de las farolas del parque, decenas de parejas, ebrias de juventud, nos deslizábamos al ritmo de la música de la orquestina resguardada en el quiosco, cuyos miembros, arrebuados en pieles, parecían extraños animales. Era el instante que precede al primer beso. Los vertiginosos minutos que conducen a él. Eran otros tiempos. Era antes del caos. Sonaba aquella canción, la canción del primer beso, la canción en la vieja lengua, que había atravesado los siglos como un viajero las fronteras. Una canción de amor vertida en palabras ásperas, la canción de leyenda, la canción de una tarde y de una vida... «*Schon ofza prinzer, Gehtes so muchte lan*» convertido en el terrible estribillo donde Emélia se había encerrado como en una prisión, y en el que vivía sin existir realmente.

La abracé. Le besé el pelo y la nuca. Le dije al oído que la amaba y siempre la amaría, que estaba allí, para ella, pegado a ella. Tomé su cara entre mis manos y la volví hacia mí. Entonces, vi en sus ojos algo así como la sonrisa de una gran ausente, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Cuando regresé al pueblo, me encontré con la animación de ese peculiar 10 de junio. Hombres y mujeres empezaban a reunirse, a abarrotar la plaza, a convertirse en muchedumbre.

Hace mucho tiempo que evito las multitudes. Las rehúyo. Sé que todo, o casi todo, fue culpa suya. Me refiero a lo malo, a la guerra y a todos los *Kazerskwirs*, los cráteres que la guerra horadó en el cerebro de mucha gente. He visto a los hombres en acción cuando saben que no están solos, que pueden diluirse, disimularse en una masa que los engloba y supera, una masa formada por miles de rostros como los suyos. Se alegrará que la responsabilidad es de quien los arrastra, los azuza, los hace bailar como a una serpiente alrededor de un bastón, y que las muchedumbres no son conscientes de sus actos, su dirección ni su futuro. Es mentira. Lo cierto es que la muchedumbre en sí es un monstruo, un enorme cuerpo que se engendra a sí mismo, compuesto de miles de otros cuerpos pensantes. Y también sé que no hay muchedumbre feliz. Detrás de las sonrisas, las risas, las músicas y los eslóganes hay sangre que se calienta, sangre que se agita, sangre que gira y enloquece al verse revuelta y removida en su propio torbellino.

Los primeros signos aparecieron hace mucho tiempo, cuando estaba en la capital, adonde me habían mandado a estudiar. La idea había sido de Limmat. Se la comentó al alcalde de la época, Sibelius Craspach, y luego también al padre Peiper. Los tres llegaron a la conclusión de que el pueblo necesitaba que al menos uno de sus jóvenes continuara formándose hasta un nivel superior al del resto, que viera un poco de mundo antes de volver aquí para convertirse en maestro de escuela, médico o tal vez en el sucesor del notario Knopf, que ya empezaba a decaer y sorprendía a más de un cliente con sus actas y opiniones. Y me eligieron a mí.

En cierta forma, puede decirse que quien me mandó a la capital fue el pueblo. Si la idea había sido de las tres personas que he mencionado, todos los demás me llevaron allí y mantuvieron. A fin de mes, el Zungfrost iba de puerta en puerta y hacía la colecta, agitando una campanilla y repitiendo la misma frase: «*Fu Brodeck's Erfosch! Fu Brodeck's Erfosch!*». Para los estudios de Brodeck... Cada cual daba según sus medios y su voluntad. A veces unas monedas, pero también un paletó de lana, un gorro, un pañuelo, un tarro de mermelada, un saquito de lentejas o alimentos para Fédorine, porque mientras estuve en la capital no pude ayudarla trabajando. Así que yo recibía pequeños giros y curiosos paquetes que mi portera, fra Haiternitz, agotada tras subir los seis pisos, me tendía mirándome con desconfianza sin dejar de mascar tabaco negro, que le teñía los labios y le dejaba un aliento infernal.

Al principio, la capital me aturullaba. Nunca había oído tantos ruidos. Las calles me parecían ríos embravecidos, y la gente y los vehículos que acarreaaban formaban una barahúnda que me

producía vértigo y a veces me obligaba a meterme bajo los pórticos para evitar que su ininterrumpida ola me arrollara. Vivía en una habitación con una ventana atascada que sólo podía abrir unos centímetros. No había sitio más que para el jergón, que plegaba durante el día y sobre el que colocaba un tablero que hacía las veces de mesa. Salvo algunos días luminosos de verano y durante los grandes fríos de invierno, la ciudad estaba permanentemente aprisionada en la neblina de los humos de carbón que salían indolentes de las chimeneas y se enredaban unos con otros, para luego dormitar días y días en el cielo, manteniendo al sol muy lejos de nosotros. Al principio, esa vida se me hizo insoportable. No dejaba de pensar en el pueblo y el valle lleno de abetales, donde parecía acurrucarse como en un regazo. Recuerdo que alguna noche incluso lloré.

La universidad ocupaba un enorme edificio barroco que tres siglos atrás había sido el palacio de un príncipe magiar, antes de ser asaltado y saqueado durante el período revolucionario y luego vendido a un importante comerciante en grano, que lo había convertido en almacén. En 1831, cuando la gran epidemia de cólera recorrió todo el país como un perro en persecución de una presa exhausta, fue requisado y transformado en hospital público, donde alguno se curó y la mayoría murieron. Pasó mucho tiempo antes de que el edificio se convirtiera en universidad, por decisión del emperador. Se limpiaron las salas comunes y se habilitó con bancos y estrados. El depósito de cadáveres se mudó en biblioteca y la sala de disección, en una especie de saloncito donde los profesores y algunos alumnos de familias influyentes podían fumarse una pipa, charlar y leer el periódico sentados en grandes sillones de cuero pardusco.

La mayoría de los estudiantes pertenecían a la burguesía. Tenían las mejillas sonrosadas, las manos finas y las uñas limpias. Habían comido hasta hartarse y llevado buena ropa desde la infancia. Los que no teníamos un chavo éramos muy pocos. Resultaba fácil identificarnos por las caras, curtidas al aire libre, la ropa, nuestras maneras torpes, nuestro visible temor a estar fuera de lugar, a habernos equivocado de sitio. Veníamos de muy lejos. No éramos de la ciudad ni de su comarca. Dormíamos en frías buhardillas. Nunca íbamos a casa, o muy pocas veces. Los que tenían familia y dinero apenas nos miraban. Sin embargo, no creo que nos despreciaran. Simplemente, no podían imaginar quiénes éramos, de dónde procedíamos, en qué grandiosos y solitarios parajes habíamos crecido ni cómo era nuestra vida diaria en la gran ciudad. En ocasiones, pasaban por nuestro lado y ni siquiera nos veían.

Al cabo de unas semanas, la ciudad dejó de asustarme. Hacía caso omiso de su monstruoso aspecto y hostilidad, pero era consciente de su fealdad. Una fealdad que, no obstante, conseguía olvidar durante horas, porque me zambullía en el estudio y los libros con auténtica pasión. A decir verdad, casi no salía de la biblioteca más que para acudir a las aulas donde los profesores impartían las clases. Había encontrado un camarada en la persona de Ulli Rätte, que tenía mi misma edad, era tan pobre como yo y en cierto modo también lo había enviado allí su pueblo, con la esperanza de que regresara con unos estudios que resultaran útiles a la mayoría de sus convecinos. Rätte venía de los confines del país, de la región de las colinas de Galinek, y hablaba una lengua áspera, repleta de expresiones que yo desconocía y que, a ojos de muchos de nuestros condiscípulos, lo convertían en un paleta o un bicho raro. Cuando no estábamos en nuestros alojamientos o en la biblioteca de la universidad, dábamos largos paseos por las calles, soñando y haciendo proyectos para nuestras futuras vidas.

A Ulli le apasionaban los cafés, pero no tenía dinero para frecuentarlos. Solía arrastrarme a ellos para admirarlos, y la simple contemplación de aquellos sitios, iluminados por azuladas luces

de gas y velas de cera donde las risas de las mujeres ascendían hacia techos tapizados por el humo de pipas y cigarros, los hombres vestían ropa elegante, pieles durante el invierno y pañuelos de seda en el buen tiempo, y los camareros, enfundados en impecables delantales blancos, parecían soldados de un ejército inofensivo, bastaba para que mi amigo rebosara de una alegría infantil.

—Perdemos el tiempo con los libros, Brodeck. ¡La vida es esto!

A diferencia de mí, Rätte se sentía en la ciudad como pez en el agua. Conocía todas las calles y todos los trucos. Le gustaba aquel ruido, la suciedad, la pestilencia, la agitación, la inmensidad. Para Ulli, todo tenía su gracia.

—No creo que vuelva al pueblo —me decía a menudo.

Yo le recordaba que si estaba allí era gracias a su pueblo, que contaba con él; pero Ulli rechazaba mis argumentos con una frase o un ademán.

—Un montón de borrachos y zopencos, eso es lo que hay en mi pueblo. ¿Crees que me mandaron aquí por generosidad? Los mueve el interés, nada más. Esperan que vuelva repleto de conocimientos, como un animal cebado, para sacarme rendimiento el resto de mi vida. No olvides que lo que siempre triunfa es la ignorancia, Brodeck, no el saber.

Aunque soñara más con los cafés que con los bancos de la universidad, Ulli Rätte distaba de ser un idiota. A veces pronunciaba sentencias dignas de recogerse en un libro, pero las decía como si tal cosa, burlándose de ellas y de sí mismo a continuación, para acabar soltando una carcajada, una risotada que, mitad bramido mitad ejercicio de vocalización, siempre hacía que la gente se volviera para mirarlo.

Ese asunto del saber y la ignorancia, del individuo y la multitud, me llevó a abandonar la ciudad sin haber acabado los estudios. De pronto, aquel gran cuerpo tentacular se vio agitado por habladurías, rumores sin fundamento, dos o tres conversaciones, un artículo anónimo de unas cuantas líneas, la labia de un charlatán en un mercado y una canción surgida de la nada cuyo feroz estribillo hicieron suyo en un abrir y cerrar de ojos todos los cantantes callejeros.

Cada vez se veían más corros. Unos cuantos hombres se detenían junto a una farola y hablaban entre sí. Enseguida otros los imitaban, y otros... En unos minutos había una cuarentena de individuos muy juntos y ligeramente encorvados que de cuando en cuando se movían un poco, o aprobaban con una palabra las frases de quien hablaba, que nunca se sabía quién era. Al rato, de repente todos aquellos cuerpos se dispersaban como barridos por un vendaval, y la acera desierta reanudaba su monótona espera.

De la frontera oriental llegaban noticias insólitas y contradictorias. Se aseguraba que al otro lado guarniciones enteras se desplazaban durante la noche con el mayor sigilo, que estaban produciéndose movimientos de tropas de inusitada magnitud. También, que se oían máquinas en funcionamiento, excavando fosos, galerías, trincheras y misteriosos subterráneos. Por último, se decía que acababan de inventarse armas de una potencia y un alcance diabólicos y no tardarían en ser utilizadas, y que la capital estaba infestada de espías dispuestos a prenderle fuego cuando llegara la hora. El hambre atenazaba los estómagos y gobernaba las mentes. Los dos veranos anteriores, de un calor asfixiante, habían agostado la casi totalidad de los cultivos de las llanuras que rodeaban la ciudad. A diario se veían llegar enjambres de campesinos arruinados y consumidos, que posaban la mirada perdida en todo como si fueran a robarlo. Los niños se agarraban a las faldas de sus madres. Eran criaturas tristes y demacradas que apenas se sostenían sobre las piernas y, a menudo, se quedaban dormidas de pie, apoyadas contra una pared o en las rodillas de sus madres, que, muertas de cansancio, se dejaban caer en el suelo.

Mientras esto ocurría, el profesor Nösel nos hablaba de los grandes poetas patrios, que en tiempos oscuros, hacía siglos y más siglos, cuando la capital sólo era un poblacho, nuestros bosques estaban llenos de osos y manadas de lobos, uros y bisontes, y hordas llegadas de las remotas estepas sembraban la muerte y la destrucción, habían cincelado en incontables versos vibrantes epopeyas fundacionales. Nösel descifraba el griego antiguo, el latín, el cimbrío, el árabe, el arameo, el mutchik, el kazajo y el ruso, pero era incapaz de mirar por la ventana o despejar la nariz del libro mientras caminaba por la ciudad de vuelta a su piso de la calle Jeckenweiss. Sabio en los libros y ciego para el mundo.

Un día hubo una manifestación. Un centenar de individuos, o poco más, en su mayoría campesinos arruinados y obreros en paro que solían congregarse en el mercado de la Albergeplatz en busca de trabajo para la jornada, al no encontrarlo, se dirigieron a buen paso y dando gritos al Parlamento. Al llegar, los soldados que montaban guardia ante la verja los dispersaron sin necesidad de recurrir a la violencia. Ulli y yo los vimos cuando nos dirigíamos a la universidad. Sólo parecían un gentío un poco ruidoso, como los que a veces formaban los estudiantes para celebrar la licenciatura; pero estaba claro que aquellas caras tensas y macilentas y aquellos ojos brillantes de sordo resentimiento no eran de universitarios.

—¡Ya se les pasará! —exclamó Rätte desdeñoso, cogiéndome del brazo y arrastrándome hacia un café nuevo que había descubierto el día anterior y quería enseñarme.

Mientras nos alejábamos me volví un par de veces a fin de mirar a aquellos hombres que desaparecían por las calles como la cola de una gran serpiente, cuyas invisibles fauces agrandaba aún más mi imaginación.

El día siguiente y durante los seis posteriores, se reprodujo el mismo fenómeno, con la diferencia de que las concentraciones eran cada vez más numerosas y los gritos, cada vez más fuertes. Entre los obreros y los campesinos había algunas mujeres, seguramente sus esposas, y también unos individuos a quienes nunca habíamos visto y que parecían salidos de la nada, y que recordaban a pastores, pero, para conducir al rebaño, en lugar de bastones y picas utilizaban palabras y gritos. A partir de entonces, todos los días se producían enfrentamientos violentos, cuando los soldados que custodiaban el Parlamento golpeaban unas cuantas cabezas con el canto del sable. Ahora los movimientos de masas habían saltado a los titulares de prensa, mientras que, curiosamente, el poder permanecía mudo. La tarde del viernes, un adoquín alcanzó a un soldado, que resultó herido de gravedad. Horas después, las fachadas y los muros de la ciudad exhibían un aviso que prohibía toda reunión hasta nueva orden y advertía que cualquier manifestación sería reprimida con la mayor dureza.

Lo que prendió la mecha fue que al amanecer del día siguiente, cerca de la iglesia de los Ysertinguës, apareciera el cuerpo tumefacto de Wighert Ruppach, un tipógrafo en paro conocido por sus ideas revolucionarias que, según los rumores, había sido uno de los inspiradores de las primeras protestas. Y era verdad que muchos habían podido ver su ancho rostro semioculto por la barba a la cabeza de las manifestaciones y oír su voz de barítono exigiendo pan y trabajo a gritos. La policía no tardó en determinar que había sido asesinado a golpes de porra y visto por última vez saliendo de una de las numerosas tabernas del barrio de los mataderos que servían vino barato y licores de contrabando, medio borracho y caminando con dificultad. Al encontrarlo despojado de la documentación y el reloj y sin un céntimo en el bolsillo, se dedujo que había sido víctima de un compañero de borrachera, o que se había cruzado en el camino de un facineroso. Pero a la explicación policial, la ciudad, que empezaba a ser presa de la fiebre, respondió mascullando gruñidos y amenazas. En unas horas, Ruppach se convirtió en un mártir, víctima de un poder senil incapaz de alimentar a sus ciudadanos y protegerlos contra la amenaza extranjera, que se armaba al otro lado de la frontera con total impunidad. En la muerte de Ruppach se vio la mano del foráneo, la mano del traidor a su pueblo. A esas alturas, la verdad importaba poco. La mayoría no estaba dispuesta a oírla. Durante los días precedentes, se había llenado el cráneo de pólvora y trezado una buena mecha; ahora se tenía con qué encenderla.

La situación explotó el lunes, tras un domingo durante el que la ciudad se había vaciado. Parecía desierta, abandonada, asolada por una extraña y súbita epidemia. El día anterior Emélia y yo habíamos dado un paseo, fingiendo no ver cuanto a nuestro alrededor anunciaba la inminencia del desastre.

Hacía cinco semanas que nos conocíamos. Yo estaba entrando en otro mundo. De pronto, me daba cuenta de que la tierra y mi vida podían girar a un ritmo distinto, de que el suave y acompasado golpeteo que escapa del pecho del ser amado es el sonido más hermoso que pueda oírse. Siempre paseábamos por los mismos sitios, por las mismas calles. En cierto modo, y sin hablarlo, habíamos fijado un itinerario, el de los primeros días de nuestro amor. Pasábamos por delante del teatro Stüpispiel y luego tomábamos la avenida Under-de-Bogel hasta el paseo Elsi, el quiosco de música y la pista de patinaje. Emélia me pedía que le hablara de mis estudios, de los libros que leía, de la tierra de la que venía.

—Me gustaría mucho conocerla —me había dicho.

Ella había llegado a la ciudad un año antes, sin más capital que sus dos manos, capaces de hacer finos bordados, complejas labores, encajes frágiles como hilos de escarcha.

—Detrás de mí no había más que negrura, sólo negrura.

Esas palabras, que pronunció el día en que le pregunté por su familia y el lugar del que procedía, me recordaron mi propio pasado, mi lejana infancia de muerte, casas destruidas, muros derrumbados y ruinas humeantes, como lo recordaba y sobre todo como Fédorine me lo había descrito. Entonces, empecé a querer a Emélia también igual que a una hermana, alguien surgido de las mismas profundidades que yo, alguien que, como yo, no tenía otra opción que mirar adelante.

El lunes por la mañana estábamos escuchando a Nösel en la Sala de las Medallas. Nunca he sabido por qué llamaban así a aquella sala de techo bajo sin la menor decoración, cuyas paredes, forradas de madera encerada, nos devolvían nuestra imagen desdibujándola ligeramente. La clase versaba sobre la estructura rítmica de la primera parte del *Kant'z Theus*, el gran poema nacional transmitido de boca en boca desde hacía casi mil años. Nösel hablaba sin mirarnos. Creo que en realidad hablaba sobre todo para sí mismo, la mayoría de las veces, manteniendo esa extraña conversación a una sola voz sin preocuparse de nuestra presencia y menos aún de nuestra opinión. Mientras disertaba con apasionamiento sobre los pentasílabos y los hexámetros, se engominaba el pelo y el bigote, llenaba la pipa, rascaba concienzudamente las manchas de comida que salpicaban las solapas de su chaqueta o se limpiaba las uñas con un pequeño cortaplumas. Quienes le prestábamos atención apenas llegábamos a la decena; la mayoría dormitaban o contemplaban las grietas del techo. En determinado momento, Nösel se levantó para escribir en la pizarra un par de versos que aún conservo en la memoria, porque la vieja lengua del poema se parecía a nuestro dialecto en muchos aspectos:

*Stu pekart in dei mümerie gesachetet
Komm de Nebe un de Osterne vohin*

*Llegarán como un murmullo
y luego desaparecerán en la niebla y la tierra.*

De pronto, la puerta se abrió bruscamente y golpeó contra la pared, mientras un sordo rumor se extendía por la sala. Nos volvimos como si fuéramos un solo hombre y descubrimos caras con ojos desorbitados, brazos gesticulantes y bocas que nos gritaron:

—¡Todos fuera! ¡Todos fuera! ¡Venganza para Ruppach! ¡Los traidores lo pagarán!

En el umbral sólo se veían cuatro o cinco individuos, sin duda estudiantes, cuyos rasgos me resultaban vagamente familiares; pero tras ellos se oían los sordos rugidos de una muchedumbre considerable que los empujaba y los mantenía en la primera línea. De pronto se fueron por donde habían venido, dejando la puerta abierta; y por esa puerta, como por el desagüe de un fregadero de piedra, desaparecieron casi todos los que momentos antes estaban a mi alrededor, arrastrados por una fuerza irresistible, casi material. Se organizó un tremendo estrépito de sillas y bancos derribados, de gritos, insultos y amenazas. Y luego, nada. La ola se había alejado, llevándose la barbarie para propagarla y extenderla por la ciudad.

En la Sala de las Medallas no quedaban más que cuatro estudiantes: Fritz Schoeffel, un chico obeso con los brazos muy cortos que no podía subir tres peldaños sin quedar sin resuello; Julius Kakenegg, que nunca hablaba con nadie y siempre respiraba a través de un pañuelo empapado en perfume; Bartheleo Mietza, que estaba sordo como una tapia, y yo. Y por supuesto Nösel, que había asistido a aquella escena sin soltar la tiza, se había encogido de hombros y había seguido con la clase como si nada.

Pasé ese extraño día entre los muros de la universidad. Allí me sentía protegido. No quería salir. Fuera, se oían ruidos atemorizadores seguidos de grandes silencios, que se alargaban, que no tenían fin, que me intranquilizaban tanto como el alboroto. No abandoné la biblioteca en toda la tarde. Sabía que Emélia estaba a salvo, en casa, en el piso amueblado que compartía con otra bordadora, una chica coloradota con el pelo como la lana que se llamaba Gudrun Osterik. La tarde anterior les había hecho prometer que no saldrían durante esa jornada.

Recuerdo perfectamente el libro que intenté leer durante aquellas horas de incertidumbre en la biblioteca. Se trataba de una obra de un médico, el doctor Klaus Reinhold Maria Messner, sobre la propagación de la peste a través de los siglos. Incluía cuadros, gráficas y cifras, además de sobrecogedoras ilustraciones que contrastaban con la frialdad científica del estudio, sobre el que arrojaban una especie de estudiado y macabro romanticismo. En una, que me impresionó especialmente, aparecía una angosta y miserable calleja de una ciudad. El pavimento de la calzada era de adoquines desiguales y las puertas de todas las casas estaban abiertas de par en par. Por ellas se veían salir docenas de gruesas y negras ratas con el pelaje hirsuto y las fauces abiertas, mientras tres hombres vestidos con amplias capas que les llegaban a los pies y cubiertos con puntiagudas capuchas amontonaban rígidos cadáveres en la plataforma de un carretón de mano. A lo lejos, penachos de humo estriaban el horizonte, mientras que en el primer plano, como si quisiera salirse de la imagen, se veía a un niño harapiento sentado en el suelo con el rostro entre las manos. Curiosamente, ninguno de los tres hombres le prestaba la menor atención, como si ya lo dieran por muerto, o al menos por condenado. Sólo lo miraba una rata. Erguida sobre las patas traseras, parecía buscar con maliciosa ironía el rostro del pequeño. Estuve observando el grabado largo rato, mientras me preguntaba cuál habría sido el auténtico objetivo del autor y el del médico que había decidido incluirlo en su libro.

Hacia las cuatro, la luz se atenuó de golpe. El cielo se había llenado de nubes cargadas de nieve, que empezó a caer sobre la ciudad. Abrí una ventana de la biblioteca. Los gruesos copos que me resbalaban por la cara se fundían de inmediato. Veía siluetas que iban y venían por la calle a un paso normal. La ciudad parecía haber recuperado su rostro habitual. Cogí la chaqueta y salí de la universidad. En ese momento, aún no sabía que jamás volvería a pisarla.

Para llegar a casa tenía que pasar por la plaza Salzwach y la avenida Sibelius-Vo-Rech, atravesar el viejo barrio del Kolesh, el casco antiguo de la ciudad, un dédalo de estrechas callejuelas a las que daban los escaparates de innumerables tiendas, y por último pasar junto al parque Wilhem y los lúgubres edificios de las Termas. Caminaba deprisa, sin apenas levantar la

cabeza. Me cruzaba con numerosas sombras que hacían otro tanto, pero también con grupos de individuos que alzaban la voz, parecían achispados y reían.

En la plaza Salzwach y la avenida Sibelius-Vo-Rech, la nieve ya había cuajado en el suelo, y los escasos viandantes dejaban en ella las negras marcas de su marcha insectil. Al ver aquella zona podía pensarse que no había pasado nada, que la ciudad había vivido un lunes como cualquier otro y que el temprano adormecimiento de las calles sólo se debía al mal tiempo y al frío, así como a aquella oscuridad un poco prematura.

Pero bastaba entrar en el laberinto del barrio del Kolesh para comprender que no era así. Me lo advirtió un ruido. Un ruido de cristales, los cristales rotos sobre los que caminaba. El pavimento de la calleja que había tomado estaba cubierto de esquirlas, que brillaban entre la nieve caída hasta donde alcanzaba la vista. Era como si hubieran sembrado puñados de piedras preciosas, que conferían a la calleja un aspecto rutilante, insólito, mágico, y la asemejaban a un escenario de cuento. Ahora sólo faltaban la trama y la princesa. Pero esa primera impresión se desvanecía en cuanto la mirada descubría los escaparates, semejantes a fauces de animales muertos; el interior de las tiendas saqueadas; los toneles destrozados, cuyos arenques y carne en salazón, encurtidos y vino se derramaba alrededor; los estantes manchados; las mercancías desparramadas... El sonido de los pasos sobre la alfombra de cristales se mezclaba con lamentos y llantos. No se sabía quién se quejaba de ese modo, porque no se veía un alma. Pero, delante de una sastrería, yacían tres cadáveres con las cabezas monstruosamente hinchadas y lívidas debido a los golpes recibidos. En la puerta, sujeta al quicial por un solo gozne, alguien había garrapateado con pintura roja las palabras *Schmutzig Fremdër*, sucio extranjero, aunque el término *Fremdër* es ambiguo y también puede significar traidor, e incluso, en lenguaje coloquial, basura, inmundicia. Las letras se habían escurrido, como si hubieran sangrado. Alguien había amontonado rollos de tela y había intentado hacer una fogata. Las astillas de cristal que seguían sujetas a los montantes del escaparate formaban una estrella de brazos increíblemente finos y frágiles.

Esa misma pintada —*Schmutzig Fremdër*— aparecía en muchos otros sitios, acompañada por otra, *Rache für Ruppach*, venganza para Ruppach. Los ojos se me desviaban sin cesar hacia los tres cadáveres. Me sentía presa del vértigo, porque la vista de aquellos cuerpos volvía a traerme a la memoria confusos recuerdos de otros muertos, de otros cadáveres tendidos en el suelo como peleles, en cuyas facciones tampoco quedaba ningún rastro de humanidad. Volvía a ser el niño de cuatro años que vagaba entre las ruinas, abandonado en medio de los escombros y los fuegos que ardían por doquier; un niño que ya no sabía si era el juguete de una pesadilla de la que no conseguía despertar o de una época que había decidido divertirse con él como un gato con un ratón. Al tiempo que afloraban aquellos viejos jirones de mi vida, también volvía a ver con todo detalle el grabado que había contemplado en el libro del doctor Messner, el humo, el enjambre de ratas, el niño, los hombres de negro, el montón de cadáveres... Y era como si, de pronto, lo que tenía ante los ojos —el espantoso espectáculo de la calleja—, los recuerdos de mi lejana infancia y los detalles del grabado se hubieran superpuesto para sumar sus respectivos horrores. Tropecé, y estuve a punto de caer; entonces oí que me llamaban, que me llamaba una voz, una voz débil, cascada, una voz que era el trasunto de aquellos miles de cristales rotos.

Había un anciano acurrucado en el quicio de una puerta, no muy lejos de mí. Estaba extraordinariamente delgado y la larga y blanca barba le alargaba el rostro y se lo adelgazaba aún

más. Temblaba y extendía los brazos hacia mí. Me acerqué a toda prisa e intenté ayudarlo a levantarse, mientras él repetía en la antigua lengua de Fédorine:

—Locos, locos, se han vuelto locos.

—¿Dónde vive? ¿En esta calle?

Posó sus ojos en los míos durante unos instantes, pero no parecía entender mis preguntas, y siguió con su cantinela. Tenía la ropa desgarrada y la mano derecha cubierta de sangre y como muerta. Le rodeé la cintura para incorporarlo; pero, cuando apenas había conseguido apoyarlo contra el muro, unos gritos resonaron a nuestras espaldas:

—¡Y aún se mueven! ¡Se burlan de nosotros! ¡Siguen en pie, mientras que nuestro Ruppach está muerto!

Se acercaban tres individuos. Los tres llevaban un bastón y, alrededor del brazo izquierdo, una especie de brazaletes negro en el que podían leerse dos iniciales entrelazadas: «W. R.» Vociferaban y reían. Aunque apenas la distinguía, porque la visera arrojaba una sombra sobre sus facciones, la cara de uno de ellos me resultaba familiar; pero me sentía atenazado por el miedo y no podía pensar con claridad. Parecían borrachos, pero no olían a alcohol. Para ofuscar las mentes, bastan la ira y el odio. No hay aguardiente más fuerte. Por desgracia, más adelante pude constatarlo en el campo muchas veces.

El anciano seguía salmodiando. Creo que ni siquiera había advertido la presencia de aquellos tres. Uno de ellos le plantó la punta del bastón en el pecho.

—Vas a repetir conmigo: «¡Soy un *Fremdër* de mierda!». ¡Vamos, repítelo!

Mas el anciano no lo oía ni veía.

—Creo que no te entiende, está herido...

Las palabras apenas habían escapado de mis labios, pero ya las lamentaba. El bastón saltó a mi pecho.

—¿Eres tú quien ha hablado? ¿Eres tú quien se ha atrevido a hablar? ¿Quién eres tú, con esa cara de tiñoso? ¡Tú también apestas a *Fremdër*!

Y me propinó un bastonazo en las costillas que me cortó la respiración.

—No; lo conozco —dijo de pronto uno de sus compinches, el que me recordaba a alguien—. Se llama Brodeck.

Pegó su cara a la mía y en ese momento lo reconocí. Era un estudiante de tercero que frecuentaba la biblioteca, como yo. No sabía su nombre. Sólo recordaba haberlo visto a menudo consultando tratados de astronomía y estudiando mapas celestes.

—Brodeck, Brodeck... —murmuró el que parecía llevar la voz cantante—. ¡Un auténtico apellido de *Fremdër*! ¡Y mirad la nariz de esta basura! ¡La nariz, eso los delata! ¡Y los ojos enormes, esos ojos que se les salen de la cara, para verlo todo, para enterarse de todo!

Seguía clavándome el bastón entre las costillas, como a un animal rebelde.

—Déjalo, Félix. Ocupémonos del viejo. Él sí que es uno de esos ladrones, su tienda es aquélla, la conozco. ¡Una auténtica rata que engorda con la usura!

—¡Dejádmelo a mí! —terció el que todavía no había hablado—. ¡Me toca! ¡Vosotros ya habéis zurrado cada uno a dos!

Hasta ese momento había permanecido en la sombra, pero de pronto se acercó y reparé en que era un niño, un niño con la tez tersa y delicada que no pasaría de los trece años. En la oscuridad, los dientes le brillaban bajo una sonrisa de demente.

—¡Vaya, el pequeño Ullrich quiere participar en la fiesta! Estás un poco verde, chiquitín... ¡Si aún te gotea la leche de los labios!

El anciano parecía haberse dormido. Tenía los ojos cerrados y había dejado de balbucear. El chaval empujó a su hermano con rabia, me apartó con la punta del bastón y se plantó ante la débil masa encogida en el suelo. Se hizo un largo silencio. La oscuridad se había vuelto densa como el barro. Una ráfaga de viento recorrió la calleja e hizo revolotear los copos de nieve. Nadie se movía. Yo me decía que estaba soñando, o en el escenario del pequeño teatro Stülpenspiel, que a menudo ofrecía espectáculos grotescos, sin pies ni cabeza, a veces atroces, y que siempre terminaban en farsa; pero de pronto Ullrich volvió a animarse. Levantó el bastón muy por encima de su cabeza y, profiriendo un aullido, lo descargó sobre el anciano, que no se quejó, pero abrió los ojos, los desorbitó y empezó a temblar como si lo hubieran arrojado a un río helado. El crío le propinó el segundo bastonazo en la frente, el tercero en un hombro y después el cuarto, el quinto... No podía parar, y se reía. Sus compinches lo jaleaban aplaudiendo y repitiendo, para marcarle el ritmo:

—¡Oi! ¡Oi! ¡Oi! ¡Oi!

El cráneo del anciano reventó con un crujido seco de avellana partida entre dos piedras. El crío lo golpeaba enloquecido, cada vez con más fuerza y sin dejar de gritar; pero, poco a poco, incluso antes de que parara, mientras miraba lo que quedaba de su víctima riendo y sus camaradas seguían dando palmadas, su rostro salpicado de sangre cambió. El horror por lo que acababa de perpetrar pareció penetrar en sus venas, ascender por cada uno de sus miembros, de sus músculos, de sus nervios, invadir su cerebro y lavar todas las inmundicias que contenía. Sus golpes se espaciaron y, por fin, cesaron. Miró horrorizado el bastón cubierto de sangre y esquirlas de hueso y, a continuación, sus manos, como si no le pertenecieran. Luego, sus ojos volvieron a posarse en el anciano, cuyo rostro se había vuelto irreconocible por completo: ahora, sus párpados cerrados y que presentaban una hinchazón atroz eran del tamaño de manzanas.

De pronto, Ullrich dejó caer el bastón a sus pies, como si le quemara las manos. Sacudido por un violento espasmo, vomitó un líquido amarillento, dos veces; luego, salió corriendo y se perdió en la noche, mientras sus dos compañeros se retorcían de risa.

—¡Buen trabajo, Ullrich! —le soltó su jefe y hermano—. ¡El viejo ha tenido lo que se merecía! ¡Ahora ya eres un hombre!

Con la punta del pie, empujó el cuerpo del anciano, que se derrumbó en la nieve, y se alejó tranquilamente del brazo de su camarada, silbando una pequeña romanza de moda.

Yo no me había movido. Era la primera vez que presenciaba el asesinato de una persona. Me sentía vacío. Vacío de cualquier pensamiento. Tenía la boca llena de amarga bilis. No podía apartar los ojos del cadáver del anciano. La sangre se mezclaba con la nieve. En cuanto se posaban en el suelo, los copos se teñían de rojo y dibujaban los dentados pétalos de una flor desconocida. Volví a oír ruidos de pasos, y me estremecí. Alguien se acercaba de nuevo a mí. Creí que volvían para matarme también.

—¡Lárgate, Brodeck! —Era la voz del estudiante, el que se pasaba las horas muertas con la mirada perdida en las constelaciones y las galaxias reproducidas en grandes atlas de páginas inmensas. Alcé la cabeza hacia él. No había odio en su mirada sino una especie de desprecio. Hablaba con calma—. ¡Lárgate! La próxima vez, no estaré para salvarte.

Y tras escupir al suelo, dio media vuelta y se fue.

Al día siguiente, los rumores aseguraban que se habían recogido sesenta y siete cadáveres en las calles. Se decía que la policía no había impedido los asesinatos, pudiendo hacerlo. Esa tarde, había convocada otra manifestación. La ciudad estaba al borde del estallido.

Me había levantado al amanecer, tras una noche en blanco obsesionado por la imagen del niño asesino y el anciano víctima de su ira, y por los gritos del uno y la cantinela del otro, por el golpe sordo de los bastonazos y los secos crujidos de los huesos al partirse. Había tomado una decisión. Hice un hatillo con mis pertenencias y devolví la llave de la habitación a la portera, fra Haiternitz, que las cogió sin decir palabra ni responder a mi escueta despedida más que con una especie de sonrisa avinagrada y despectiva. Estaba friendo tocino y cebolla en una sartén. En su tabuco flotaba un humo grasiento que irritaba los ojos. Fra Haiternitz colgó la llave en un clavo e hizo como si yo ya no existiera.

Caminaba a buen paso. En las calles, apenas había nadie. En algunos sitios, aún se veían los destrozos del día anterior. Hombres con el miedo pintado en el rostro hablaban entre sí, volviéndose sobresaltados al menor ruido. Las puertas de algunos edificios tenían pintarrajeada la expresión «*Smutzg Fremdër*», y volví a encontrar muchas calles cubiertas de cristales rotos, que crujían bajo mis pies y me hacían estremecer.

Había escrito una carta de despedida para Ulli Rätte, pensando que no lo hallaría en su habitación. Me equivocaba. Estaba, pero tan borracho que se había quedado dormido sobre la cama con la ropa puesta. Todavía tenía una botella medio vacía en la mano y apestaba a aguardiente barato, tabaco y sudor. La manga derecha de la chaqueta estaba desgarrada y cubierta por una gran mancha alargada. Sangre. Temí que mi amigo estuviera herido, pero al descubrirle el brazo vi que no tenía nada. De pronto, sentí mucho frío. No quería pensar. Me obligué a no pensar en nada. Ulli dormía con la boca abierta. Roncaba. Fuerte. Tras meterle la carta de despedida en el bolsillo de la camisa, abandoné la habitación.

No he vuelto a verlo.

¿Por qué he escrito esto, si no es del todo cierto? Volví a ver a Ulli Rätte, o más bien creí verlo en una ocasión. Fue en el campo. En el otro lado. Me refiero a que estaba en el lado de quienes nos vigilaban, no en el nuestro, en el de quienes no éramos más que sufrimiento y sumisión.

Era una mañana gélida. Yo era el Perro Brodeck. Scheidegger, mi amo, me había sacado a pasear. Llevaba el collar y, sujeta a él, la correa. Tenía que andar a cuatro patas. Y husmear como un perro, comer como un perro, mear como un perro. Scheidegger caminaba a mi lado con aquel

aire de inofensivo oficinista. Ese día, me había llevado hasta el barracón de la enfermería y, antes de entrar, había atado cuidadosamente mi correa a una anilla de hierro fijada a la pared. Me ovillé en el polvo con la cabeza sobre las manos, tratando de no pensar en el frío penetrante.

Fue entonces cuando creí ver a Ulli Rätte. Cuando lo vi. Cuando oí su risa, su inconfundible risa, que sonaba a cascabeles y alegres matracas. Me daba la espalda. Se hallaba con otros dos guardias, a unos metros de mí. Los tres intentaban entrar en calor dando palmadas, y Ulli, o el fantasma de Ulli, estaba diciendo:

—¡Sí, creedme, un verdadero rincón del paraíso! Y sin embargo está en la tierra, a una legua de ésta, de este sitio de mierda... Una buena estufa que ronronea y silba, cerveza fría con blanca espuma y una moza frescotona que te la sirve y por unas perras deja de mostrarse arisca... ¡Te pasarías allí las horas, fumando en pipa, soñando y olvidándote de todos estos piojosos que te amargan la vida!

Culminó la frase con una gran risotada, a la que se unieron los otros, y luego hizo ademán de volverse. Yo escondí la cara entre las manos. Y no por miedo a que me reconociera, no. Era yo quien no quería verlo. No quería ver sus ojos. Sobre todo, deseaba conservar en lo más profundo de mi mente la ilusión de que aquel hombre alto y grueso, feliz de ser un verdugo, que estaba tan cerca de mí y al mismo tiempo en un mundo muy distinto del mío, en el mundo de los vivos, podía no ser Ulli Rätte, mi Ulli, con quien antaño había pasado tantos buenos momentos, con quien había compartido mendrugos de pan, platos de patatas, horas felices, sueños, interminables paseos cogido de su brazo... Prefería la duda a la verdad, por mínima, por frágil que fuera. Sí, lo prefería, porque creo que la verdad habría podido matarme.

Qué extraña es la vida... Quiero decir, las corrientes de la vida, que nos arrastran, más que nos llevan, y tras un curioso recorrido nos dejan en una orilla, la de la derecha o la de la izquierda. Ignoro cómo se convirtió el estudiante Ulli Rätte en uno de los guardias del campo, es decir, en una de las piezas obedientes y perfectamente engrasadas de la gran maquina de muerte en que nos horneaban. No sé qué tropiezos o qué resbalones lo llevaron allí. ¿Cómo se transmutó el Ulli que yo había conocido, incapaz de matar una mosca, en el servidor de un sistema que aniquilaba a los hombres, reduciéndolos a un estado que hacía envidiable el de las cucarachas?

La única ventaja del campo es que era inmenso. Nunca volví a ver a quien podría haber sido Ulli Rätte ni a oír su risa. Puede que la escena de aquella gélida mañana fuera otra de las muchas pesadillas que sufría por entonces. Sin embargo, aquélla parecía tan real... Tanto, que el día en que estuve vagando por el campo, abierto de par en par, recorrí todas las calles, donde se amontonaban numerosos cadáveres, de prisioneros, pero también de algunos guardias. Les di la vuelta uno a uno, pensando tal vez que encontraría el de Ulli. Pero no fue así. Sólo había hallado los despojos de la Zeilenesseniss, que había contemplado largo rato, como se contempla el fondo de un abismo o el recuerdo de un sufrimiento infinito.

Al día siguiente de lo que más tarde se conoció como la *Pürische Nacht*, después de haber metido la carta en el bolsillo de Ulli Rätte, corrí a casa de Emélia. La encontré bordando tranquilamente junto a la ventana de su habitación. Su compañera, Gudrun Osterik, hacía lo mismo. Me miraron sorprendidas. Llevaban dos días sin salir a la calle, como les había pedido, trabajando sin descanso para terminar a tiempo un encargo importante, un gran mantel para el ajuar de una novia. En el blanco lino, Emélia y su amiga habían alternado pequeños lirios y grandes estrellas, y, cuando vi esas estrellas, el corazón me dio un vuelco. Por supuesto, habían

oído el alboroto, los gritos y los chillidos, pero su barrio estaba lejos del Kolesh, donde se había producido la mayoría de los saqueos y asesinatos. No sabían nada.

Abracé a Emélia y la apreté contra mi pecho. Le dije que me iba, que me iba para no volver, y sobre todo le dije que había ido a buscarla, que quería llevarla conmigo, a mi tierra, a mi pueblo, que allí había montañas, que era otro mundo, donde estaríamos a salvo de todo y que, en aquel escenario de cimas, prados y bosques, que formarían para nosotros la muralla más segura del mundo, quería que se convirtiera en mi mujer.

Sentí que se estremecía entre mis brazos. Y fue como si sintiera el temblor de un pájaro y ese temblor penetrara en lo más profundo de mi cuerpo, para darle aún más vida. Emélia volvió hacia mí su hermoso rostro, sonrió y me dio un largo beso.

Una hora después, abandonábamos la ciudad. Caminábamos rápidamente, cogidos de la mano. No éramos los únicos. Hombres, mujeres, familias enteras, niños y ancianos huían como nosotros cargados con maletas que, llenas a reventar y mal cerradas, dejaban ver la ropa y los enseres amontonados, empujando carretones atestados de fardos o llevando hatos mal anudados. Sus semblantes traslucían preocupación, y el miedo volvía sus miradas indecisas. Nadie hablaba. Apretaban el paso como si lo urgente fuera dejar muy lejos lo que ahora estaba a nuestras espaldas.

¿Quién nos expulsaba, en realidad? ¿Otras personas, o el curso de los acontecimientos? Aunque aún estoy en la flor de la edad, aunque aún soy joven, cuando pienso en mi vida, me parece una botella en la que han querido meter más de lo que cabía. ¿Es el sino de todo hombre, o acaso he nacido en una época que niega todo límite y baraja las vidas como si fueran las cartas de un gran juego de azar?

Yo no pedía gran cosa. Me habría gustado no salir nunca de aquí. Las montañas, los bosques, los ríos me habrían bastado. Me habría gustado vivir lejos del ruido del mundo; pero a mi alrededor los pueblos empezaron a matarse unos a otros. Muchos países dejaron de existir y ya no son más que un nombre en los libros de Historia. Unos devoraron a los otros, los destrozaron, violaron, ensuciaron. Y lo justo no siempre triunfó sobre lo inicuo.

¿Por qué, como miles de otros seres humanos, tuve que cargar con una cruz que no había elegido, recorrer un calvario que no estaba hecho para mis pies y que no me concernía? ¿Quién decidió hurgar en mi oscura existencia, hacer añicos mi frágil tranquilidad, arrancarme de mi gris anonimato, para lanzarme como a una bola enloquecida en un inmenso juego de petanca? ¿Dios? Entonces, si existe, si existe de verdad, que se esconda. Que se eche las manos a la cabeza y que la agache. Puede que, como antaño nos enseñaba Peiper, muchos hombres no sean dignos de Él; pero ahora también sé que Él no es digno de la mayoría de nosotros, y que si las criaturas han podido engendrar el horror es únicamente porque el Creador les ha soplado la receta.

Acabo de releer mi historia desde el principio. No me refiero al informe oficial, sino a esta confesión. Le falta orden. No ceso de divagar. Pero no tengo por qué justificarme. Las palabras acuden a mi cabeza como las limaduras de hierro a un imán, y las vierto en la hoja sin preocuparme de nada. Si esta historia se parece a un cuerpo monstruoso, se debe a que es la imagen de mi vida, que va a la deriva, que no he podido encauzar.

El 10 de junio, día de la *Schoppessenwass* en honor del Anderer, el pueblo entero y los habitantes de sus pedanías se habían reunido cerca del mercado y esperaban ante el pequeño estrado construido por el Zungfrost. Como ya he dicho, hacía mucho tiempo que no había tanta gente en un sitio tan reducido. Aunque sólo se veían caras alegres, risueñas, pacíficas, no pude evitar acordarme de las muchedumbres de aquellos días en que la capital había sido presa de la locura, justo antes de la *Pürische Nacht*, y miraba esos rostros tranquilos como si fueran máscaras que ocultaban caras ensangrentadas con ojos de demente y bocas permanentemente abiertas.

El acordeón de Viktor Heidekirch interpretaba todas las melodías que conocíamos, y en el aire de esa cálida y suave tarde de junio flotaba el olor a fritura, salchichas asadas, buñuelos, gofres y *Wärmspeck*, mezclado con el aroma más delicado del heno que acababa de secarse en los prados que rodeaban el pueblo. Poupchette los olisqueaba con placer y acompañaba con palmadas cada una de las canciones que salían de los fuelles de Heidekirch. Emélia se había quedado en casa con Fédorine. El sol no tenía prisa en ocultarse tras las cimas de los Hörni. Parecía tomarse su tiempo, querer alargar el día, deseoso de participar en la fiesta.

De pronto, se hizo evidente que la ceremonia iba a empezar. Una especie de onda recorrió a la multitud, que se movió con tanta suavidad como las hojas de los fresnos al soplo de la brisa. Viktor Heidekirch, al que quizá habían hecho una señal, dejó de tocar. Aún se oyeron algunas voces, algunas risas y algún grito, que no obstante fueron atenuándose, hasta morir en un silencio expectante. En ese momento, percibí un olor a gallinero. Me volví. Göbbler estaba a dos pasos de mí. Levantó su extraño gorro de paja trenzada y me saludó:

—¿Disfrutando del espectáculo, vecino?

—¿Qué espectáculo? —repuse.

Göbbler esbozó un ademán que abarcaba cuanto nos rodeaba y rió por lo bajo. No le respondí. Poupchette me tiró del pelo.

—¡Papá rizos negros! ¡Papá rizos negros!

De pronto, a unos diez metros a mi derecha, hubo movimientos, rumor de pies que se arrastraban y de cuerpos al apartarse. El corpachón de Orschwir se abrió paso entre ellos y, tras

él, lo seguía un sombrero, el mismo sombrero que nos habíamos acostumbrado a ver desde hacía dos semanas, una especie de lustroso hongo negro fuera del tiempo, el espacio y la gravedad, porque parecía flotar en el aire, como si debajo no hubiera nadie. El alcalde llegó al estrado, subió sin un instante de vacilación y, una vez arriba, con un gesto ceremonioso invitó a reunirse con él al portador del sombrero.

Con mucha precaución y haciendo crujir la madera verde, el Anderer empezó a trepar hacia Orschwir. El estrado sólo se elevaba unos metros, apenas tres, sobre el suelo de la plaza, y la escalera que había construido el Zungfrost no contaba más que seis peldaños; pero tal como la subía el Anderer, lenta y penosamente, cualquiera habría dicho que estaba escalando la cima más alta de los Hörni. Cuando al fin llegó junto al alcalde, la gente dejó escapar un murmullo de sorpresa, porque hay que decir que era la primera vez que muchos de los presentes veían en carne y hueso, y vestido a su estilo, a aquel individuo del que tanto habían oído hablar. La plataforma del estrado no era ni muy ancha ni muy profunda. El Zungfrost había calculado las medidas a ojo de buen cubero, tomándose como referencia a sí mismo, que está flaco como un listón. Pero Orschwir es una especie de gigante alto y ancho, y el Anderer estaba gordo como un tonel.

El alcalde lucía el traje de gala, que se pone tres veces al año, para las grandes ocasiones: las fiestas del pueblo, la feria de San Mateo y el día de Todos los Santos. Sólo se diferencia del que viste a diario en la chaqueta, verde, con pasamanería y cerrada con una hilera de diez alamares. Aquí, para sobrevivir, lo mejor es no hacerse notar, no destacar en nada, ser tan normal y tan tosco como un bloque de granito que se alza sobre un rastrojal. Eso Orschwir siempre lo ha sabido. Y nunca ha sucumbido a la pompa.

El Anderer, por supuesto, era harina de otro costal. Venía de la luna, o de más lejos. Ignoraba nuestras costumbres y cómo funcionaban nuestras mentes. Tal vez con un poco menos de perifollos, perfume y pomada nos hubiera resultado menos chocante. Tal vez vestido con paño grueso, terciopelo y un viejo gabán de lana hubiera acabado mimetizándose con las paredes del pueblo, y entonces, si no aceptarlo, porque para eso hacen falta al menos cinco generaciones, lo habrían tolerado, como toleran a los gatos o los perros salidos de la nada, sin duda de las entrañas del bosque, que animan nuestras calles con sus silenciosos vagabundeos y sus mesuradas quejas.

Pero el Anderer, y especialmente ese día, era todo lo contrario: chorrera blanca espumando entre solapas de terciopelo negro; cadenillas para el reloj, las llaves y no sé qué más cubriéndole la barriga de dorada quincalla; puños immaculados con vistosos gemelos; levita azul marino; cinturón trenzado con una hebilla relumbrante; pantalón con trencillas; polainas granates y zapatos relucientes, sin olvidar el colorete en las gruesas mejillas, redondas como manzanas maduras, el lustroso bigote, las rizadas patillas y los labios rosa.

Apretujados sobre el angosto estrado, el alcalde y el Anderer formaban una curiosa pareja que habría sorprendido menos bajo la carpa de un circo que en la plaza de un pueblo. El Anderer sonreía. Se había quitado el sombrero y lo sujetaba con ambas manos. Sonreía a la nada, sin mirar a nadie. Alrededor, volvían a oírse cuchicheos.

—*Teufläsgot!* ¡Vaya un fulano!

—¿Es un hombre o una bola de sebo?

—¡No, un mono gigante!

—¡Puede que sea la moda de su tierra!

—¡Es un *Dumkof!* ¡Sí, un chalado!

—¡Chsss, que va a hablar el alcalde!

—¡Pues que hable! ¡A ver si no vamos a poder ni mirar!

Con mucha dificultad, Orschwir se había sacado de un bolsillo dos hojas plegadas varias veces y las había alisado con parsimonia para ganar tiempo, porque era evidente que estaba un poco nervioso y, por qué no decirlo, un tanto incómodo. El discurso que leyó tenía miga. Voy a reproducirlo íntegro. No es que lo recuerde de memoria; sencillamente, hace unos días se lo pedí, porque sé que el alcalde archiva todo lo relacionado con el ejercicio de su cargo.

—¿Para qué lo quieres?

—Para el informe.

—¿Por qué te remontas tan atrás? No te pedimos tanto.

Me hizo ese comentario mirándome con desconfianza, como si sospechara que le tendía una trampa.

—He pensado que serviría para mostrar lo bien que lo recibió el pueblo.

Orschwir apartó el libro de cuentas que tenía delante, cogió la jarra y los dos vasos que le tendía la Keinauge, sirvió la cerveza y empujó uno de los vasos hacia mí. Saltaba a la vista que mi petición lo incomodaba, que dudaba.

—Si crees que es bueno para nosotros, entonces adelante —acabó diciendo. Cogió un trozo de papel, escribió unas palabras lentamente y me lo tendió—. Ve al ayuntamiento y dale esto a Hausorn. Él te entregará el discurso.

—El discurso, ¿lo escribiste tú?

Orschwir dejó el vaso de cerveza en la mesa y me miró con expresión a un tiempo irritada y comprensiva. Luego, se volvió hacia la Keinauge y, con una suavidad que me sorprendió, le dijo:

—Déjanos solos, Lise, ¿quieres? —La joven ciega esbozó una inclinación de la cabeza y salió. Su primo esperó a que cerrara la puerta, antes de decirme—: ¿Ves a esa chica, Brodeck? Bueno, pues tiene los ojos muertos. Nació con los ojos muertos. No ve nada de cuanto tú puedes contemplar alrededor: ese arcón, ese reloj de péndulo, ese mueble, que hizo mi bisabuelo con sus propias manos, y ese rincón del bosque de Tannäringen que se ve por la ventana. Seguramente, sabe que están ahí, porque los toca, los huele, los oye y los siente. Pero no puede verlos. Y, por mucho que pidiera verlos, no podría. Así que no lo pide. No pierde el tiempo pidiéndolo, porque sabe que nadie puede satisfacer esa petición. —Orschwir se interrumpió para tomar un largo trago de cerveza—. Deberías tratar de parecerte un poco a ella, Brodeck. Deberías conformarte con pedir lo que puedes obtener, y lo que puede serte útil, porque lo otro no sirve para nada. Salvo para desorientarte, para meterte en la cabeza no sé qué ideas y hacerlas cocer, hervir en tu cerebro, y ya está. Voy a decirte algo. La noche en que aceptaste escribir el informe, recalcaste que escribirías «yo», pero que ese «yo» significaría todos nosotros. Lo recuerdas, ¿no? Bueno, pues hazte cuenta de que ese discurso lo pensamos y escribimos entre todos. Puede que lo leyera yo, pero se nos ocurrió a todos juntos. Confórmate con eso. ¿Otro vaso, Brodeck?

En el ayuntamiento, cuando le tendí el papel, Caspar Hausorn esbozó una mueca. Fue a decir algo, pero en el último momento se abstuvo. Me dio la espalda y abrió dos grandes cajones. Levantó varios libros de registro y acabó sacando una carpeta negra que contenía docenas de hojas de distintos tamaños. Tras examinarlas rápidamente, dio con las páginas del discurso, que me tendió sin soltar palabra. Las cogí; pero, cuando me disponía a guardármelas en el bolsillo, me espetó:

—La nota del alcalde dice que puedes leerlas y copiarlas, pero no que puedas llevártelas.

Con un gesto de la cabeza, Hausorn me señaló un extremo de la mesa y una silla. Luego se ajustó las gafas, se alejó y siguió trabajando en su escritorio. Yo me puse cómodo y empecé a copiar el discurso procurando no dejarme una sola palabra. De vez en cuando, Hausorn alzaba la vista y me observaba. Sus gafas eran tan gruesas que los ojos adquirirían un tamaño desmesurado, semejante al de un huevo de paloma, y él, cuyo rostro sin embargo es de facciones finas y delicadamente cinceladas, y siempre ha gustado a las mujeres, el aspecto de un enorme insecto, una especie de mosca gorda que hubiera robado el cuerpo de un decapitado y se hubiera colocado encima.

—«Estimados convecinos del pueblo y sus pedanías, y estimado señor: es para mí un gran placer recibirlo entre nosotros».

Antes de seguir reproduciendo lo leído por Orschwir en el estrado aquel cálido atardecer de junio, que estaba a años luz del frío y la sensación de terror de la noche del *Ereigniës*, conviene dejar constancia de la confusión que se apoderó del alcalde cuando, apenas iniciado el discurso, tras decir «estimado señor», dejó en suspenso la frase, miró al Anderer y esperó a que éste la completara dando su nombre, aquel nombre que nadie sabía. Pero el Anderer permaneció mudo, sonriendo, aunque sin despegar los labios, de tal modo que Orschwir, tras repetir varias veces «Señor... señor...» en un leve tono interrogativo, no tuvo más remedio que continuar sin haber conseguido su objetivo.

—«Es usted la primera persona, y por ahora la única, que nos ha visitado desde que la guerra trazara su atroz surco en estas tierras, durante muchos y dolorosos meses. Antaño, y durante siglos, nuestra región fue recorrida por viajeros que, procedentes de las grandes llanuras del sur, alcanzaban por la ruta de las montañas las lejanas costas del septentrión y sus ciudades portuarias. Aquí siempre encontraron el lugar propicio para hacer un alto agradable, y las antiguas crónicas hablan de nuestro pueblo designándolo con el viejo nombre de Wolhwollend Trast, “la parada grata”. Ignoramos si su objetivo es ése. Sea como fuere, nos honra con su presencia en el seno de nuestra pequeña comunidad. Es usted algo así como la primavera de la humanidad, que ha regresado tras un largo invierno, y confiamos en que después de usted vengan a visitarnos otros viajeros y, de ese modo, volvamos a estar unidos a la comunidad de los hombres. Le ruego, señor... —una vez más, Orschwir se interrumpió, miró al Anderer, dándole tiempo para que pronunciara su nombre, que no sonó, y tras carraspear de nuevo volvió a posar los ojos en el papel— que no nos juzgue demasiado mal ni demasiado pronto. Hemos tenido que superar numerosas pruebas y sin duda nuestro aislamiento nos ha convertido en individuos al margen de la civilización. No obstante, para quien nos conoce a fondo, valemos más de lo que aparentamos. Hemos padecido el sufrimiento y la muerte, y tenemos que aprender otra vez a vivir. También hemos de aprender a no olvidar el pasado, sino a vencerlo, ahuyentándolo lejos de nosotros para siempre y haciendo lo posible a fin de evitar que siga rebosando sobre nuestro presente, y más aún sobre nuestro futuro. En nombre de todos y todas, en nombre de nuestro hermoso pueblo, que tengo el honor de regir, le doy la bienvenida, estimado señor —repitió el alcalde, pero esta vez no hizo pausa—, y le cedo la palabra».

Orschwir miró al auditorio, volvió a plegar las hojas y tendió la mano al Anderer, mientras los aplausos ascendían hacia el cielo azul y rosa, donde las golondrinas, que parecían ebrias, rivalizaban en zigzagueantes carreras de velocidad. La ovación fue languideciendo poco a poco, y

volvió a instalarse un pesado silencio. El Anderer sonreía, pero no se sabía a quién dirigía su sonrisa, si a los campesinos apretujados en primera fila, que no habían entendido la mayor parte del discurso y sólo esperaban el momento de beber vino y cerveza, a Orschwir, cuyo nerviosismo aumentaba visiblemente a medida que el silencio se prolongaba, al cielo o quizá a las golondrinas. Todavía no había abierto la boca, cuando, de pronto, una fuerte ráfaga de viento, un golpe de viento cálido, casi bochornoso, de ésos que ponen nerviosos a los animales en el establo, irritándolos a tal punto que empiezan a cocear sin motivo contra puertas y paredes, agitó la pancarta, la rasgó por la mitad y siguió jugando con ella, haciendo ondear los jirones, enredándolos, hasta arrancar la mayoría, que salieron volando a gran velocidad hacia los pájaros, las nubes y el crepúsculo. Luego, se alejó como había venido, como un ladrón. Los restos de la pancarta quedaron colgando. Sólo se habían salvado dos palabras: «*Wi sund*», nos alegramos. El resto de la frase había desaparecido, se había evaporado, se había volatilizado en el aire, se había borrado. Volví a percibir un olor a gallinero. Era Göbbler; lo tenía pegado a la oreja.

—¡«Nos alegramos»! Pero ¿de qué, Brodeck? Eso es lo que me pregunto...

No respondí. Sobre mis hombros, Poupchette canturreaba. Durante la ovación, había palmoteado con todas sus fuerzas. El accidente de la pancarta había distraído a la gente unos segundos, pero ahora volvía a estar atenta y expectante. Orschwir también esperaba, y quien lo conocía un poco sabía que no le gustaba esperar. Por lo demás, puede que el Anderer se percatara, porque se movió un poco, se pasó las manos por las mejillas, como si se las estirara, y luego las adelantó, las juntó en ademán de rezo, movió la cabeza de izquierda a derecha sin dejar de sonreír y dijo:

—Gracias.

Simplemente «gracias». Luego se inclinó ceremonioso tres veces, como si estuviera en un proscenio al final de una representación. La gente se miraba. Algunos abrieron una boca en la que cabía un pan. Otros se propinaban codazos y se interrogaban con los ojos. Y el resto se rascaba la cabeza o se encogía de hombros. De pronto, a alguien le dio por aplaudir. Era una forma como cualquier otra de salir del paso. La gente lo imitó. Poupchette volvía a estar encantada.

—¡Fiesta, papá, fiesta!

En cuanto al Anderer, se puso de nuevo el sombrero, bajó del estrado tan despacio como había subido y se perdió entre la multitud, bajo la mirada del alcalde, que estaba estupefacto e inmóvil, con los brazos inertes a lo largo del cuerpo, mientras el trozo de pancarta que había sobrevivido le rozaba el gorro y, a sus pies, la gente se dispersaba y corría hacia la mesa, las copas, los vasos, las jarras, las salchichas y los panecillos.

¡Han entrado en el cobertizo! ¡Han entrado en el cobertizo! ¡Seguro que ha sido Göbbler! ¡Pondría la mano en el fuego! ¡No ha podido tratarse de ningún otro! Además, están las huellas, huellas de pisadas en la nieve, grandes huellas manchadas de barro, que se dirigen hacia su casa. ¡Ni siquiera disimula! Se sienten tan fuertes que ni se molestan en ocultar que todos me espían, que soy el centro de sus miradas a cualquier hora.

Ha bastado que me ausentara apenas una hora, para ir a comprar lana a Fédorine, tres madejas en la mercería de Frida Pertzter, que tiene un poco de todo, cintas, agujas, hilo, botones, tela por metros y también chismes, para que decidiera entrar en el cobertizo y revolverlo todo. ¡Está patas arriba! ¡Lo ha movido, lo ha abierto, lo ha volcado todo! Ni siquiera se ha molestado en recoger lo que ha tirado. Y ha forzado el cajón del escritorio, el escritorio de Diodème, lo ha roto y dejado en el suelo. ¿Qué buscaba? Lo que escribo, por supuesto. Me oye teclear muy a menudo. Sospecha que redacto algo aparte del informe. ¡Pero no lo ha encontrado! Es imposible. Mi escondite es muy seguro.

Cuando lo descubrí, hace un rato, me enfurecí. No reflexioné. Vi las pisadas, salí disparado hacia casa de Göbbler y aporreé la puerta con la palma de la mano. Ya era de noche, y el pueblo dormía, pero en aquella casa se veía luz, y yo estaba seguro de que no dormía. Salió a abrir su mujer. Estaba en camisón y, cuando vio que era yo, sonrió. Al trasluz, se distinguía el contorno de sus anchas caderas y sus opulentos pechos. Llevaba el pelo suelto.

—Buenas noches, Brodeck —dijo pasándose la lengua por los labios.

—¡Quiero ver a tu marido!

—¿Te pasa algo? ¿Te encuentras mal?

Grité su apellido hasta quedar ronco. No paré de gritarlo. Luego oí pasos en el piso de arriba y, al cabo de unos instantes, Göbbler hizo su aparición con una vela en la mano y el gorro de dormir en la cabeza.

—Pero ¿se puede saber qué ocurre, Brodeck?

—¡Eso dímelo tú! ¿Por qué has registrado mi cobertizo? ¿Por qué has roto el cajón del escritorio?

—Te juro que yo...

—¡No me tomes por idiota! ¡Sé que has sido tú! ¡Siempre estás espiándome! ¿Te han dicho los otros que lo hicieras? ¡Las pisadas conducen a tu casa!

—¿Las pisadas? ¿Qué pisadas? Brodeck, ¿quieres entrar a tomarte una tila? Creo que...

—Si se te ocurre volver a hacerlo, Göbbler, te juro que...

—¿Qué?

Se acercó a mí. Tenía la cara pegada a la mía. Trataba de verme a través del velo blanquecino que cada día se extiende un poco más por sus ojos.

—Sé razonable, es de noche, te aconsejo que vayas a acostarte... Te lo aconsejo...

De pronto, los ojos de Göbbler me dieron miedo. Ya no tenían nada humano. Parecían de hielo, ojos helados, como los que había visto una vez a los once años cuando un grupo de hombres del pueblo había ido a rescatar a dos guardas forestales de la aldea de Froxkeim, arrollados por un alud de nieve al pie de los Schnickelkopf. Bajaron los cuerpos en grandes sábanas atadas a varas, y yo, que había ido a buscar agua, los vi pasar no lejos de nuestra cabaña. El brazo de uno de los fallecidos colgaba fuera de la sábana y se balanceaba al ritmo de los pasos. También entreví la cabeza del otro, por un desgarrón en la tela. Vi sus ojos, fijos y blancos, de una blancura mate e inmaculada, como si toda la nieve que le había caído encima se hubiera metido en ellos. Recuerdo que había gritado y dejado caer el cántaro, y había vuelto corriendo a la cabaña para abrazarme a Fédorine.

—No vuelvas a decirme lo que tengo que hacer, Göbbler. Jamás.

Y me fui sin darle tiempo a responder.

Me he pasado una hora volviendo a poner orden en el cobertizo. Por supuesto, no se han llevado nada, porque no hay nada que llevarse. Lo que escribo aquí está muy bien escondido; nadie podrá encontrarlo nunca. Tengo las hojas en las manos. Todavía están tibias y, cuando me las acerco a la cara, percibo el olor del papel, el de la tinta y también otro, el olor de una piel. No. Jamás descubrirán mi escondite.

Diodème también tenía el suyo, que acabo de sorprender por pura casualidad, mientras intentaba volver a colocar el cajón. He cogido el escritorio, lo he apoyado boca arriba en el suelo y, en ese momento, he visto una especie de sobre grande pegado bajo el tablero, en el sitio exacto del cajón, que debía ocultarlo. El cajón estaba vacío, pero sobre él, pegado, invisible, se hallaba el sobre.

Su contenido es bastante heterogéneo, la verdad. Acabo de revisarlo. Para empezar, hay una larga lista distribuida en dos columnas, la de la izquierda, con el epígrafe «Novelas escritas», y la de la derecha, con el de «Novelas por escribir». La primera consta de cinco títulos: *La joven de la orilla del río*, *El capitán enamorado*, *El invierno florido*, *Los ramos de Mirna* y *Los corazones transidos*. Conocía no sólo esos títulos, sino también todas esas novelas, porque Diodème me las leía en su modesto alojamiento atestado de libros, archivos y hojas siempre a punto de prender en las velas, mientras yo luchaba contra el sueño. Pero él sentía tal pasión por sus historias y sus palabras que ni siquiera se percataba de que yo estaba dando cabezadas.

Al leer la lista, he sonreído, porque esos títulos me han recordado todos los momentos que pasé en compañía de Diodème, y he vuelto a ver su hermoso rostro de efigie animado por la lectura. En cambio, revisando la otra lista, la de las novelas pendientes, no he podido evitar reír, pensando que me había librado de una buena. ¡Diodème había apuntado unos sesenta títulos! La mayoría se parecían: sonaban a novela sentimental. Pero un par rompía con esa norma, y Diodème los había subrayado con varios trazos de lápiz: *La traición de los justos* y *El remordimiento*. Además, este último estaba escrito cuatro veces, con letras cada vez más grandes, como si el lápiz de Diodème hubiera tartamudeado.

En otra hoja, había trazado una especie de árbol genealógico de su familia. Figuraban los nombres de sus padres, abuelos y bisabuelos, con las fechas y lugares de nacimiento. Aparecían igualmente sus tíos, tías, primos y algunos antepasados lejanos. Pero también había grandes vacíos, agujeros, líneas que acababan de forma abrupta en el blanco de la hoja o con un signo de interrogación. Así que el árbol tenía ramas frondosas, superpobladas, que casi se combaban bajo los nombres, y otras desnudas, reducidas a un simple trazo que moría sin adornos. De pronto, me ha dado por imaginar los extraños bosques de símbolos y vidas extintas que podrían formar todos nuestros árboles si los pusieramos unos junto a otros. El mío desaparecería bajo los exuberantes ramajes de muchas familias que conservan su memoria desde hace siglos como su más preciada herencia. Además, en mi caso no sería un árbol, sino más bien un tronco esquelético. Sobre mi nombre sólo habría dos ramas, prematuramente cortadas, desnudas, peladas, obstinadamente mudas. No obstante, puede que consiguiera encontrar un sitio para Fédorine, del mismo modo que a veces se puede injertar una rama más fuerte a una planta endeble, para que le dé su vigor y su savia.

En el sobre también había dos cartas, leídas y releídas, porque el papel estaba desgastado y los pliegues amenazaban con romperse en varios sitios. Iban firmadas por una tal Magdalena, que se las había enviado a Diodème hacía mucho tiempo, mucho antes de que se instalara en el pueblo. Eran dos cartas de amor, pero la segunda comunicaba el final de ese amor. Lo comunicaba con palabras sencillas, sin frases ampulosas, sin adornos ni giros lacrimógenos. Lo comunicaba como una verdad de la vida, un hecho contra el que no puede lucharse y que nos obliga a agachar la cabeza y aceptar nuestra suerte.

No quiero transcribir aquí esas cartas, ni siquiera de manera parcial. No me pertenecen. No forman parte de mi historia. Leyéndolas, me he dicho que quizá fueran la causa de que Diodème viniera a nuestro pueblo, de que pusiera tanta distancia entre su antigua vida y la cotidianidad que poco a poco se construyó aquí. Ignoro si consiguió cerrar esa herida. Tampoco sé si realmente lo deseaba. A veces, nos gustan nuestras cicatrices.

Tenía en las manos pedazos de la vida de Diodème, trozos pequeños pero esenciales que, juntos, explicaban una mente que ya no existía. Y de pronto, pensando en su vida, en la mía, en la de Emélia, en la de Fédorine, y también en la del Anderer, de la que a decir verdad apenas sé nada y que sólo puedo imaginar, el pueblo se me apareció bajo una nueva luz; de pronto lo vi como el último lugar, al que acuden quienes han dejado atrás la noche y el vacío; no como un sitio donde se puede empezar de nuevo, sino simplemente como el lugar donde quizá todo acaba, o donde todo debe acabar.

Pero en el gran sobre marrón aún había otra cosa. Una tercera carta.

Una carta dirigida a mí, que abrí con bastante curiosidad, pues resulta raro que un muerto te hable. La carta de Diodème empezaba con estas palabras: «Perdóname, Brodeck, perdóname, por favor...». Y con ellas mismas terminaba.

Acabo de leer esa larga carta. Sí, acabo de leerla.

No sé si sabré dar una idea de lo que he sentido mientras la leía. Por otra parte, no estoy del todo seguro de haber sentido algo. En todo caso, no ha sido dolor, puedo jurarlo: no he sufrido con la lectura de la carta de Diodème, que en realidad es una larga confesión, porque carezco de los órganos necesarios para sentir dolor. Ya no los tengo. Me los extirparon en el campo, uno tras otro. Y por desgracia no volvieron a crecerme.

Estoy seguro de que Diodème pensaba que después de leer su carta lo odiaría profundamente. Diodème todavía me atribuía pasiones humanas, pero se equivocaba.

Anoche, después de ordenar el cobertizo, encontrar por casualidad el escondite del sobre marrón y examinar su contenido, me fui a la cama. Era tarde. Emélia dormía. Me pegué a ella. Envuelto en su calor y arrimado a su cuerpo, me dormí enseguida. Ni siquiera pensé en lo que acababa de leer. Sentía el alma curiosamente ligera y el cuerpo pesado, rebosante de cansancio y lazos rotos. Me sumergí en el sueño con la felicidad de las noches de mi infancia. Y soñé, pero no con lo que habitualmente me tortura, con el pozo negro del *Kazerskwir*, a cuyo alrededor giro y giro sin cesar. No; fueron sueños tranquilos.

Volví a ver al estudiante Kelmar. Seguía vivo y vestía su elegante camisa de lino con adornos bordados. De un blanco inmaculado, hacía resaltar el moreno de su tez y la esbeltez de su cuello. No íbamos camino del campo. Tampoco estábamos en el vagón donde pasamos días y noches, hacinados con los demás. Nos encontrábamos en un sitio que no pude reconocer; ni siquiera sabría decir si se trataba del interior de una casa o fuera. Kelmar estaba distinto. No tenía marcas de golpes. Iba afeitado y tenía buen color. Su ropa olía bien. Sonreía. Me hablaba. Estuvo hablando un buen rato, y yo lo escuché sin interrumpirlo. Luego se levantó y, sin necesidad de que dijera nada, comprendí que debía marcharse. Me miró y sonrió. Conservo un recuerdo muy nítido de las últimas palabras que intercambiamos:

—Después de lo que habíamos hecho en el vagón, Kelmar, debí detenerme como tú, no seguir corriendo, detenerme en el camino.

—Hiciste lo que considerabas tu deber, Brodeck.

—No; tenías razón. Era lo que nos merecíamos. Fui un cobarde.

—No sé si tenía razón. La muerte de un hombre nunca compensa el sacrificio de otro, Brodeck. Sería demasiado fácil. Además, tú no eres quién para juzgarte. Ni yo tampoco. A los hombres no les corresponde juzgarse unos a otros. No están hechos para eso.

—¿Crees que ha llegado el momento de reunirme contigo, Kelmar?

—Quédate en el otro lado, Brodeck. Tu sitio sigue estando ahí.

Son las últimas palabras de Kelmar que tengo presentes. Luego, quise acercarme, rodearlo con los brazos y estrecharlo contra mí, pero sólo abracé el aire.

No creo que los sueños anuncien nada, como aseguran algunos. Pero pienso que llegan en el momento justo y, en el secreto de la noche, nos dicen lo que quizá no nos atrevemos a confesarnos a la luz del día.

No voy a reproducir la carta de Diodème entera. Además, ya no la tengo. Imagino cuánto le costaría escribirla.

No fui al campo voluntariamente. Me detuvieron y me llevaron. Los *Fratergekeime* habían llegado al pueblo hacía apenas una semana. La guerra había empezado tres meses antes. Estábamos aislados del mundo y apenas nos llegaban noticias. A veces, las montañas nos protegen del barullo, pero al mismo tiempo nos alejan de la vida.

Una mañana, habíamos visto llegar una larga y polvorienta columna que avanzaba con rapidez por la carretera de la frontera. Nadie intentó obstaculizar su marcha, y, de todas formas, habría sido inútil; además, creo que todos tenían en mente la muerte de los dos hijos de Orschwir, y eso era lo que querían evitar, que hubiera más muertes.

Por otra parte, lo más importante, y lo que permite entender muchas cosas, era que quienes llegaban a nuestro pueblo, armados, protegidos con cascos y enardecidos por sus aplastantes victorias sobre todos los ejércitos que se habían cruzado en su camino, eran mucho más parecidos a los habitantes de nuestra región que la mayoría de la población de nuestro propio país. Para la gente de aquí, el país apenas contaba. Era algo así como una mujer que de vez en cuando les recordaba que existía, con una palabra tierna o una petición, pero a la que en realidad nunca le habían visto la cara. Aquellos soldados que llegaban como vencedores compartían las costumbres de aquí, hablaban una lengua tan parecida a la nuestra que bastaba un pequeño esfuerzo para entenderla y emplearla. La historia secular de nuestra tierra se confundía con la de su país. Teníamos en común leyendas, canciones, poetas, refranes, formas de aderezar la carne y preparar las sopas, una misma tendencia a la melancolía y una similar propensión a la ebriedad. En el fondo, las fronteras no son más que trazos de lápiz sobre el mapa. Dividen mundos, pero no los separan. A veces, se olvidan con la misma rapidez con que se trazaron.

El escuadrón que entró en el pueblo estaba formado por un centenar de hombres al mando de un capitán llamado Adolf Buller. Apenas lo conocí. Lo recuerdo como un hombre de poca estatura y muy delgado, con un tic que le llevaba a volver la barbilla a la izquierda bruscamente cada veinte segundos, más o menos. Montaba un caballo con el pelaje grasiento y cubierto de barro, y nunca se separaba de la fusta, una fusta corta con la punta trenzada. Orschwir y el padre Peiper se apostaron a la entrada del pueblo para dar la bienvenida a los vencedores y suplicarles que respetaran a los habitantes y las casas, mientras en todo el pueblo las puertas y los postigos se cerraban a cal y canto y la gente contenía la respiración.

El capitán Buller escuchó los tartamudeos de Orschwir sin bajar del caballo. A su lado estaba el portaestandarte, que sujetaba una lanza de la que pendía una bandera roja y negra. Al día siguiente sustituyó a la que ondeaba en la fachada del ayuntamiento. En la bandera, podía leerse el nombre del regimiento al que pertenecía el escuadrón, *Der unverwundbar Anlauf*, «el impulso invulnerable», y su divisa, *Hinter uns, niemand*: «tras nosotros, nadie».

Buller no respondió a Orschwir; movió la barbilla varias veces, apartó al alcalde con la fusta suavemente y siguió avanzando a la cabeza de sus hombres.

Cabía esperar que nos exigiera alojar a sus tropas tras los gruesos muros de nuestras casas, para que durmieran en camas calientes. Pues no. Los soldados se instalaron en la plaza del mercado, descargaron las grandes tiendas y las montaron en un santiamén. Luego, fueron de puerta en puerta para confiscar todas las armas, en su mayoría, escopetas de caza. Lo hicieron sin usar la violencia, con una educación exquisita. Sin embargo, cuando Aloïs Cathor, un cacharrero que se

las daba de listo, les aseguró que no tenía ningún arma en casa, lo encañonaron, registraron de cabo a rabo la conejera donde vivía y acabaron descubriendo una escopeta vieja. Se la pusieron delante y acto seguido se los llevaron, a él y la escopeta, ante el capitán Buller, que estaba tomando una copita de aguardiente delante de su tienda, escoltado por su ordenanza, que esperaba de pie con la botella, listo para volver a llenársela. Los soldados le explicaron lo ocurrido. Cathor mantenía una actitud desafiante. Buller lo miró de pies a cabeza, apuró la copita de un trago, agitó la barbilla, ordenó que volvieran a servirle, llamó a un teniente de tez grosella y pelo pajizo apuntándolo con la fusta y le susurró unas palabras al oído. El oficial asintió, dio un taconazo, saludó y se alejó, seguido por los dos soldados y el detenido.

Unas horas después, un tambor recorrió las calles repitiendo un pregón: a las siete en punto, todos los habitantes sin excepción debían presentarse delante de la iglesia para asistir a un acontecimiento de suma importancia. Era obligatoria la presencia, so pena de sanción.

Poco antes de dicha hora, la gente salió de casa. En silencio. Nuestras calles presenciaron el paso de aquella extraña procesión, en la que nadie abría la boca ni se atrevía a levantar la cabeza, mirar alrededor o cruzar la mirada con los demás. Emélia y yo caminábamos agarrándonos con fuerza las manos. Teníamos miedo. Todo el pueblo lo tenía. El capitán Buller nos esperaba fusta en mano en el atrio de la iglesia, flanqueado por sus dos tenientes, el que ya he mencionado y otro, rechoncho y moreno. Cuando la placita de la iglesia estuvo llena, la gente inmóvil y no se oía el menor ruido, Buller nos dijo:

—Vecinos de este pueblo: no hemos venido aquí ni a destruir ni a pisotear. Nadie destruye ni pisotea lo que le pertenece, lo que es suyo, salvo si está loco. Y nosotros no lo estamos. Ahora, vuestro pueblo tiene la enorme suerte de formar parte del Gran Territorio. Estáis en vuestra casa, y esa casa es la nuestra. Nos une ya un futuro milenario. Nuestra raza es la raza primigenia, inmemorial e inmaculada, y también será la vuestra si aceptáis deshaceros de los elementos impuros que aún viven entre vosotros. Así pues, tenemos que convivir en perfecta armonía y con total sinceridad. No es bueno tratar de mentirnos. No es bueno tratar de burlarse de nosotros. Hoy, un hombre lo ha intentado. Confiamos en que nadie seguirá su ejemplo.

Buller tenía una voz suave, casi femenina, y lo más curioso es que al hablar no hacía ese gesto involuntario del mentón, que lo asemejaba a un autómatas estropeado. Apenas había acabado su discurso, siguiendo un ceremonial irreprochable, como si aquello se hubiera repetido muchas veces, los dos soldados que custodiaban a Aloïs Cathor lo trajeron a la plaza, ante el capitán Buller. Detrás de ellos, a un metro, otro soldado portaba un objeto pesado que no logré distinguir. Cuando lo dejó en el suelo, vimos que se trataba de un bloque de madera, una sección de tronco de abeto de aproximadamente un metro de altura. A partir de ese momento, todo ocurrió muy deprisa: los soldados agarraron a Cathor, lo obligaron a arrodillarse y apoyar la cabeza en el tronco y retrocedieron. Llegó un cuarto soldado, al que todavía no habíamos visto. Un gran delantal de cuero negro le ceñía el pecho y las piernas. Sujetaba una enorme hacha. Se detuvo muy cerca de Cathor, alzó el hacha en el aire y, antes de que nadie tuviera tiempo de soltar un «¡oh!», la descargó sobre el cuello del cacharrero. La cabeza, seccionada limpiamente, rodó a los pies del tajo. Un gran chorro de sangre brotó del cuerpo, que tras agitarse espasmódicamente unos segundos, como el de una oca degollada, se inmovilizó, inerte. Desde el suelo, la cabeza de Cathor nos miraba. Tenía la boca y los ojos muy abiertos, como si acabara de hacernos una pregunta a la que no habíamos respondido.

Todo había sido muy rápido. La espantosa escena nos había dejado petrificados. La voz del capitán nos sacó de ese estupor para sumirnos en otro todavía mayor:

—Esto es lo que les ocurre a quienes tienen ganas de jugar. Pensad en ello, vecinos de este pueblo, ¡pensad en ello! Y para que podáis pensarlo con calma, el cuerpo y la cabeza de este *Fremdër* se quedarán aquí. ¡Prohibido enterrarlos, so pena de correr su misma suerte! Una última recomendación: purificad vuestro pueblo. No esperéis a que lo hagamos nosotros. Purificadlo mientras estáis a tiempo. Y ahora, ¡dispersaos y volved a vuestras casas! Os deseo muy buenas noches.

Buller volvió la barbilla hacia la izquierda, como para espantar una mosca, hizo restallar la fusta contra la costura de su pantalón, dio media vuelta y se marchó, seguido por los dos tenientes. Emélia temblaba y sollozaba agarrada a mí, que la abrazaba tan fuerte como podía.

—Es una pesadilla, Brodeck, es una pesadilla, ¿verdad? —repetía sin cesar.

No apartaba los ojos del cuerpo de Cathor, derrumbado sobre el tajo.

—Vamos —le dije tapándoselos con la mano.

Más tarde, cuando ya estábamos acostados, llamaron a la puerta. A mi lado, Emélia se estremeció. Sabía que estaba despierta. La besé en la nuca y bajé. Fédorine ya había hecho pasar a la visita. Era Diodème. La anciana le tenía mucho aprecio. En su vieja lengua, lo llamaba el *Klübeigge*, el sabio. Me senté a la mesa con él. Fédorine trajo dos tazas y nos sirvió una infusión que acababa de preparar con serpol, menta, melisa y brotes de abeto.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó Diodème.

—¿Cómo que qué pienso hacer?

—En fin, tú estabas allí igual que yo... Ya has visto lo que le han hecho a Cathor.

—Claro que lo he visto.

—Y ya has oído lo que ha dicho el capitán...

—¿Que está prohibido tocar el cuerpo? Me ha recordado una historia griega que nos contaba Nösel en la universidad, sobre una princesa que...

—¡Déjate de princesas griegas! No he venido a hablar de eso —me atajó Diodème, sin dejar de retorcerse las manos—. Cuando ha dicho que había que «purificar el pueblo», ¿qué has entendido?

—Esa gente está loca. Cuando vivía en la capital, pude verlos en acción. ¿Por qué crees que me volví al pueblo?

—Puede que estén locos, pero el caso es que ahora quienes mandan son ellos, después de haber echado a su emperador y violado nuestras fronteras.

—Se irán, Diodème. Acabarán yéndose. Ya me dirás para qué iban a quedarse... Aquí no hay nada. Estamos apartados del mundo. Querían demostrarnos que ahora son los amos, y ya lo han hecho. Querían aterrorizarnos, y ya lo han conseguido. Se quedarán unos días y después se marcharán a otra parte, lejos de aquí.

—Pero el capitán nos ha amenazado... Ha dicho que teníamos que «purificar el pueblo».

—Bueno, ¿y qué propones que hagamos? ¿Que limpiemos las calles con un cubo de agua y una fregona?

—¡No bromees, Brodeck! ¿Crees que ellos bromean? Esa frase no era inocente; ha elegido cada palabra, no las ha pronunciado al tuntún. Es como usar *Fremdër* para referirse a Cathor...

—Es la palabra que utilizan para hablar de todos los que no les gustan, los *Fremdër*, los «piojosos»... Durante la *Pürische Nacht*, la vi escrita en muchas puertas.

—¿Sabes perfectamente que también significa extranjero!

—Cathor no era extranjero; su familia es más antigua que el pueblo.

Diodème se aflojó el cuello de la camisa, que al parecer le apretaba. Luego se pasó el dorso de la mano por la frente, cubierta de sudor, me lanzó una mirada asustada, posó los ojos en la taza, tomó un sorbo, volvió a mirarme furtivamente, bajó de nuevo los ojos y, al fin, con un hilo de voz, replicó:

—Pero ¿y tú, Brodeck? ¿Y tú?

Sé que el miedo puede transformar a un hombre.

Antes no lo sabía, pero lo aprendí. En el campo. Vi a hombres aullar, darse cabezazos contra una pared, arrojarse contra alambres tan cortantes como navajas... Los vi hacérselo encima, vaciarse por completo, vomitar, echar fuera todos los líquidos, los humores, los gases que tenían dentro. Vi rezar a unos y renegar de Dios, cubrirlo de injurias y bilis a otros. Incluso vi morir de miedo a uno. Lo vi la mañana en que los guardias acababan de elegirlo con su juegucito para ser el siguiente en subir a la horca. Cuando el guardia se detuvo frente a él y le dijo riendo «*Du!*», el hombre se quedó inmóvil. Su rostro no dejó traslucir ninguna emoción, ninguna angustia, ningún pensamiento. Pero cuando el guardia empezaba a perder la paciencia y levantar el bastón, el hombre cayó fulminado al suelo, muerto antes de que el otro lo tocara.

El campo me enseñó esta paradoja: por muy grande que sea un hombre, nunca está a la altura de sí mismo. Es una imposibilidad inherente a nuestra naturaleza. Sin embargo, al emprender ese viaje vertiginoso, al bajar uno tras otro los peldaños de la sórdida escalera que me llevaba a las profundidades del *Kazerskwir*, no sólo iba hacia la negación de mi propia persona, sino también hacia la plena conciencia de las motivaciones de mis verdugos y de quienes me habían entregado a ellos. Y en consecuencia, en cierto modo, hacia el comienzo de un perdón.

Mucho más que el odio, o cualquier otro sentimiento, lo que me había transformado en víctima era el miedo que sentían otros. Precisamente porque el miedo los tenía agarrados del cuello, me habían entregado a los verdugos, y a esos mismos verdugos, a esos hombres que en otros tiempos fueran como yo, también los había convertido en monstruos el miedo, haciendo fructificar las semillas del mal que llevaban dentro, como las llevamos todos.

Sin duda calculé mal las consecuencias de la ejecución de Aloïs Cathor. Sentí el horror, la odiosa crueldad, pero no podía imaginar hasta qué punto iba a calar en las mentes de todos, ni que las palabras del capitán Buller, pasadas por el cedazo por docenas y docenas de cerebros, los conmocionarían y conducirían a tomar una decisión cuya víctima sería yo. Y, por supuesto, estaban los restos de Cathor, su cabeza, en el suelo, a unos metros del cuerpo, y sobre ellos el sol y los efímeros insectos que ese comienzo de otoño nacían por la mañana y morían por la noche, pero durante su breve existencia se pasaban horas zumbando alrededor del cadáver, invitándose al festín, revoloteando, zigzagueando, bordoneando, enloquecidos por aquella masa de carne que el calor pudría.

El pueblo entero exhalaba aquel repugnante hedor. Era como si el viento se hubiera compinchado con Buller. Llegaba a la plaza de la iglesia, impregnaba sus ráfagas con los miasmas

del cadáver y luego recorría las calles en remolinos, que bailaban su zarabanda, se colaban por debajo de las puertas, por las ventanas mal cerradas y entre las tejas movidas, para traernos el fétido recordatorio de la muerte de Cathor.

Entretanto, los soldados se comportaban con una corrección irreprochable, como si no hubiera pasado nada. Nada de robos ni actos de pillaje ni abusos ni exigencias. En las tiendas, pagaban lo que compraban. Cuando se cruzaban con una mujer o una chica, se descubrían. Cortaban leña para las viudas ancianas. Gastaban bromas a los niños, pero sólo conseguían que salieran corriendo, asustados. Saludaban al alcalde, al cura y a Diodème.

Todas las mañanas y todas las tardes, el capitán Buller, acompañado invariablemente por los dos tenientes y su tic, se paseaba por las calles sobre sus cortas y esmirriadas piernas. Caminaba deprisa, como si lo esperaran en algún sitio, sin prestar atención a quien se encontraba por el camino. De vez en cuando, azotaba el aire con la fusta o espantaba las abejas.

La gente estaba como atontada. Apenas hablaba. Iba al grano. Agachaba la cabeza. No salía de su estupor.

No había visto a Diodème desde la noche de la ejecución. Así que cuanto voy a escribir a continuación lo he sabido por la larga carta que me dejó.

Una noche, cuando los *Fratergekeime* llevaban tres días en el pueblo, Buller llamó a Orschwir y Diodème. Lo de Orschwir se comprende, pues era el alcalde; lo del maestro sorprende más. Buller se adelantó a una pregunta que, de todas formas, Diodème jamás se habría atrevido a formular, al explicarle que lo había llamado porque debía de ser menos idiota que el resto, dado que era el maestro, y por lo tanto sería capaz de entenderlo.

Recibió a ambos en su tienda. En ella había una cama de campaña, una mesa, una silla, un baúl y un ropero de tela en forma de funda en cuyo interior se veían algunas prendas. Sobre la mesa, papel con el membrete del regimiento, tinta, plumas, papel secante y una fotografía enmarcada de una mujer metida en carnes rodeada por seis niños, el más pequeño de los cuales podía tener dos años y el mayor, unos quince.

Buller estaba sentado, escribiendo una carta. Les daba la espalda. Se tomó su tiempo para terminarla, releerla, meterla en un sobre, cerrarlo, dejarlo sobre la mesa y, por fin, volverse hacia ellos, que por supuesto estaban de pie y no se habían movido ni un centímetro. Buller los miró en silencio largo rato, sin duda tratando de adivinar de qué pie cojeaban. Diodème sentía que el corazón quería escapársele del pecho y las palmas de las manos sudorosas. Se preguntaba qué pintaba allí y cuánto iba a durar aquel suplicio. El tic agitaba la barbilla de Buller a intervalos regulares. El capitán cogió la fusta, que tenía al alcance de la mano, sobre la cama, y la acarició muy lenta y suavemente, como si fuera un animal de compañía.

—¿Entonces? —dijo al fin. Orschwir abrió la boca de par en par y, sin saber qué decir, miró a Diodème, que ya ni siquiera podía tragar saliva—. ¿Entonces? —repitió Buller sin mostrar impaciencia.

Armándose de valor, Orschwir consiguió preguntarle con voz ahogada:

—Entonces... ¿qué, capitán?

Buller esbozó una sonrisa.

—¡La purificación, señor alcalde! ¿De qué otra cosa iba a hablarle? ¿Cómo va esa purificación?

Una vez más, Orschwir miró a Diodème, que trató de evitar sus ojos bajando la cabeza. Luego, nuestro alcalde, siempre tan seguro, nuestro alcalde, que suele hacer restallar las palabras como latigazos, que no se deja impresionar fácilmente, que tiene el carácter del hombre rico y poderoso, empezó a balbucear, a perder el aplomo delante de aquel individuo de uniforme que no era ni la mitad de alto que él, de aquel pigmeo adornado con un tic grotesco, que acariciaba la fusta con ademanes de mujer.

—Es que... Verá, capitán... No... no lo entendimos... muy bien. No. No entendimos... lo que usted... lo que usted quería decir.

Orschwir se interrumpió y relajó los hombros como después de un enorme esfuerzo. Buller soltó una risita, se levantó, empezó a recorrer de un lado a otro la tienda, como si reflexionara, y por fin se plantó ante ellos.

—¿Ha observado usted a las mariposas alguna vez, señor alcalde? ¿Y usted, señor maestro? Sí, mariposas, cualquier tipo de mariposas... ¿No? ¿Nunca? Lástima... Una verdadera lástima. Yo, en cambio, he consagrado mi vida a las mariposas. Hay quien se interesa por la química, la medicina, la mineralogía, la filosofía, la historia... Yo me he dedicado a las mariposas. Lo merecen de sobra, pero poca gente es capaz de darse cuenta. Es muy triste, porque si nos interesáramos más por esas frágiles y hermosas criaturas, aprenderíamos lecciones extraordinariamente útiles para la especie humana. Figúrense, por ejemplo, que, en una variedad de esos lepidópteros conocida con el nombre de *Rex flammae* ha podido observarse un comportamiento que, a primera vista, parecía carecer de lógica, pero tras muchas comprobaciones ha demostrado estar pleno de sentido y, si la palabra pudiera aplicarse a las mariposas, de notable inteligencia. Las *Rex flammae* viven en grupos de una veintena de individuos. Se cree que entre ellas existe una especie de solidaridad que las impulsa a reunirse cuando una encuentra alimento en cantidad suficiente para que todas puedan beneficiarse. Con bastante frecuencia, admiten a mariposas de otras especies dentro de su grupo, pero, en cuanto aparece un depredador, por lo visto las *Rex flammae* se avisan unas a otras, mediante algún lenguaje que desconocemos, y se ponen a salvo. Las mariposas que momentos antes podían considerarse integradas en el grupo no parecen tener la información, y son devoradas por el pájaro. Entregando una presa al depredador, las *Rex flammae* garantizan su supervivencia. Cuando todo les va bien, la presencia de uno o varios individuos que no pertenecen a su grupo no les molesta; probablemente, incluso de alguna forma las beneficia. Pero en cuanto surge un peligro y la integridad y la supervivencia del grupo está en juego, no dudan en sacrificar a quienes no son de los suyos. —Buller se interrumpió y volvió a pasearse sin dejar de mirar a Orschwir y Diodème, que sudaban la gota gorda—. Posiblemente, ciertas mentes estrechas considerarían que el comportamiento de esas mariposas carece de moral. Pero ¿qué es la moral? ¿Para qué sirve? La única moral que prevalece es la vida. Sólo los muertos se equivocan.

El capitán se sentó de nuevo a la mesa y no volvió a prestar atención ni al alcalde ni al maestro, que abandonaron la tienda en silencio.

Unas horas después, mi suerte estaba echada.

La *Erweckens'Bruderschaft*, la Hermandad del Despertar de la que ya he hablado, se reunió en su pequeña sala reservada de la parte posterior de la fonda. Diodème también estaba. En su carta, me jura que no formaba parte del grupo, que era la primera vez que lo invitaban. ¿Y eso qué importa? ¿Qué más da si era la primera vez o la última? Diodème no cita los nombres de los

miembros. Sólo el número. Eran seis, además de él. Aunque no lo dice, deduzco que, lógicamente, Orschwir era uno de ellos y fue quien refirió a los demás el monólogo de Adolf Buller sobre las mariposas. Los presentes sopesaron las palabras del capitán. Comprendieron lo que había que comprender, o más bien, lo que les convenía comprender. Se convencieron de que eran esas *Rex flammae*, esos dichosos lepidópteros que había mencionado el capitán, y de que para sobrevivir debían apartar de su comunidad a quienes no pertenecían a su especie. Cada uno cogió un trocito de papel y escribió en él los nombres de las mariposas ajenas al grupo. Supongo que fue el alcalde quien recogió los papeles y los leyó.

En todos los papelitos aparecían dos nombres, el de Simon Frippman y el mío. Diodème me jura que él no escribió mi nombre, pero no me lo creo. E incluso si fuera cierto, a continuación los demás debieron de convencerlo sin mucha dificultad de la necesidad de incluirlo.

Frippman y yo teníamos en común no haber nacido en el pueblo, no parecemos a la gente de aquí, ni en los ojos ni en el pelo ni en la piel, demasiado oscuros, haber venido de lejos, de un pasado borroso y una historia trágica, errante y secular. Ya he contado cómo llegué al pueblo, en la carreta de Fédorine, después de haber vagado entre ruinas y cadáveres, huérfano de padres y de memoria. En cuanto a Frippman, había llegado hacía diez años, chapurreando algunas palabras del dialecto mezcladas con la vieja lengua que me enseñara Fédorine. Como muchos no lo entendían, me pidieron que hiciera de intérprete. Era como si Frippman se hubiera dado un porrazo en la cabeza, porque repetía sin cesar su nombre y apellido, pero aparte de eso apenas sabía nada sobre sí mismo. Como parecía buena persona, la gente no lo rechazó. Le prepararon una cama en un granero de la granja de Vurtenhau. Era muy dispuesto. Durante el día iba a ayudar a éste o aquél a segar heno, arar, ordeñar o talar árboles, y nunca parecía cansado. Le pagaban con comida. Jamás se quejaba. Siempre estaba silbando canciones que no conocíamos. Lo adoptamos. Él se dejó domesticar sin oponer resistencia.

Así pues, Simon Frippman y yo éramos *Fremdër*, extranjeros, basura, mariposas a las que se tolera durante un tiempo, cuando todo va bien, y se ofrece como chivos expiatorios cuando las cosas se tuercen. Lo extraño es que quienes decidieron entregarnos a Buller —es decir, enviarnos a la muerte: eso no podían ignorarlo— se pusieron de acuerdo para salvar a Fédorine y Emélia, que sin embargo también eran mariposas de las otras. No sé si ese olvido, ese deseo de que se salvaran, hay que interpretarlo como un acto de valentía. Creo que más bien tiene algo que ver con la redención. Quienes nos denunciaron necesitaban preservar una zona pura, incontaminada, en su conciencia, una parcela virgen de todo mal que les permitiera olvidar lo hecho, o al menos vivir con ello, pese a todo.

Los soldados echaron abajo la puerta de casa al filo de la medianoche. Poco antes, los miembros de la hermandad habían visitado al capitán Buller y le habían dado los dos nombres. Diodème también estaba. Llorando, explicaba en su carta. Llorando, pero estaba.

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que pasaba, los soldados entraron en nuestra habitación. Agarrándome de los brazos, me arrastraron fuera, mientras Emélia chillaba, se aferraba a mí, trataba de golpearles con sus débiles puños. No le prestaron atención. Las lágrimas resbalaban por las arrugadas mejillas de Fédorine. Me sentí como si volviera a ser el niño abandonado de antaño, y sé que Fédorine pensó lo mismo. Ya estábamos en la calle. Vi a Simon Frippman con las manos atadas a la espalda, esperando entre dos soldados. Me sonrió, me dio las

buenas noches como si tal cosa y comentó que no hacía demasiado calor. Emélia intentó abrazarme. Le dieron un empujón y la tiraron al suelo.

—¡Volverás, Brodeck! ¡Volverás! —gritó.

Y los soldados rieron a carcajadas.

No siento odio hacia Diodème. No le guardo rencor. Leyendo su carta, más que acordarme de mi sufrimiento, me he imaginado el suyo. Y también he comprendido. He comprendido por qué durante mi ausencia se ocupó de Fédorine y Emélia con tanto celo, visitándolas a diario, ayudándolas constantemente, sobre todo a partir del día que Emélia se sumió en su inmenso silencio. Y también he comprendido por qué cuando al regresar del campo volvió a verme, pasado el primer momento de estupor, dio rienda suelta a su alegría, se abrazó a mí y, riendo, me hizo bailar y girar, girar una y otra vez, hasta que me desmayé. Yo había vuelto al pueblo, pero él volvía a vivir.

Toda mi vida he intentado ser un hombre, Brodeck, pero no siempre lo he conseguido. El perdón que necesito no es el de Dios, sino el tuyo. Encontrarás esta carta. Sé que si dejas este mundo, te quedarás mi escritorio, en el que pienso esconderla. Lo sé por lo mucho que me hablas de él, de ese escritorio, dices, donde debe de dar gusto escribir, puesto que yo no paro de hacerlo. Así que tarde o temprano hallarás la carta. Y lo sabrás todo. Todo. También lo de Emélia, Brodeck. Lo he descubierto todo. Te lo debía. Ahora sé quién lo hizo. No sólo había soldados, también había Dörfermesch, hombres del pueblo. Sus nombres están al dorso. No hay error posible. Haz lo que consideres oportuno, Brodeck. Y perdóname, Brodeck, perdóname, por favor...

Leí el final de la carta varias veces, tropezando en las últimas palabras, incapaz de seguir la indicación de Diodème, darle la vuelta a la hoja y leer los nombres. Nombres de individuos a los que forzosamente conozco, porque nuestro pueblo es muy pequeño. A unas decenas de metros de mí, Emélia y Poupchette dormían. Mi Emélia y mi adorada Poupchette.

Ahora pienso en el Anderer. A él le conté la historia.

Fue a las dos semanas de habérmelo encontrado sentado en la roca de la Lingen, contemplando el paisaje y dibujando un mapa. Ese día, regresaba de una larga caminata durante la que había comprobado el estado de los caminos que unen los prados de la montaña. Había salido al alba y andado mucho. Me alegraba de haber llegado al pueblo, porque tenía hambre y sed. Me lo crucé cuando acababa de salir del establo de Solzner. Había ido a ver a su yegua y su asno. Nos saludamos. Yo seguía mi camino, cuando lo oí decir:

—¿Aceptaría ahora mi invitación de hace unos días?

Iba a responderle que estaba agotado y quería volver a casa, con mi mujer y mi hija; pero bastó que lo viera esperando con una amplia sonrisa en la redonda cara para que respondiera lo

contrario. Él se mostró encantado y me invitó a acompañarlo.

Cuando entramos en la fonda, Schloss estaba fregando el suelo. No había ningún cliente. El fondista iba a preguntarme qué quería, pero se dio cuenta de que seguía al Anderer en dirección a la escalera. Apoyó las manos en la fregona, me miró con expresión extraña y, cogiendo el asa del cubo como si estuviera furioso, arrojó con rabia el agua que quedaba al suelo de madera.

En la habitación del Anderer flotaba un asfixiante olor a incienso y agua de rosas. Los baúles estaban abiertos en un rincón, dejando ver gran cantidad de libros con dorados en las tapas, mezclados con los tisúes, sedas, terciopelos, brocados y gasas que no había extendido sobre las paredes, ocultando la sucia y agrietada cal y confiriendo a la estancia un aspecto oriental de campamento nómada. Justo al lado, dos grandes carpetas de dibujo debían de contener un número impresionante de hojas, porque abultaban mucho, aunque sus cintas, cuidadosamente anudadas con varios lazos, impedían ver nada. La pequeña mesa que le servía de escritorio se hallaba cubierta de coloridos mapas antiguos, mapas que nada tenían que ver con nuestra región y presentaban relieves y trazados de ríos desconocidos para mí. Junto a ellos, también se veía una gran brújula de cobre, un catalejo, un compás y otro instrumento de medición parecido a un teodolito, pero de un tamaño minúsculo, además de su pequeño cuaderno negro, cerrado.

Me invitó a sentarme en el único sillón de la habitación, después de retirar tres tomos de lo que parecía una enciclopedia. Abrió un estuche de ébano, cogió dos tazas sumamente finas, decoradas con motivos de guerreros armados con arcos y flechas y princesas arrodilladas, que debían de ser chinas o indias, y las puso sobre dos platillos a juego. Junto a la cabecera de la cama había un gran samovar plateado cuyo cuello recordaba el de un cisne. El Anderer lo cogió, vertió agua hirviendo en las tazas y a continuación añadió unas hojas secas, apergaminadas, de un marrón casi negro, que se desplegaron en forma de estrella, flotaron unos instantes en la superficie del agua y descendieron poco a poco al fondo de las tazas. Me di cuenta de que había observado el fenómeno como si fuera un truco de magia, y también de que mi anfitrión me contemplaba con expresión divertida.

—Mucha apariencia y poca sustancia... Con mucho menos, se puede embaucar a pueblos enteros —dijo tendiéndome una taza.

Luego se sentó frente a mí en la silla del escritorio, tan pequeña que sus gruesas nalgas sobresalían por ambos lados, se llevó la taza a los labios, sopló para enfriar el té y bebió a pequeños sorbos, con evidente satisfacción. A continuación, dejó la taza, se levantó, buscó en el baúl mayor, el que contenía los libros más voluminosos, y volvió con un infolio cuyas gastadas tapas daban fe de su frecuente uso. Por lo demás, de cuantos despedían brillos dorados desde aquel baúl, era el menos vistoso. El Anderer me lo tendió.

—Échele un vistazo. Estoy seguro de que le interesará.

Lo abrí, y no pude dar crédito a mis ojos. Era el *Liber florae montanarum* del hermano Abigaël Sturens, impreso en 1702 en Müns e ilustrado con centenares de grabados coloreados reunidos al final del volumen. Yo había buscado en vano aquel libro en todas las bibliotecas de la capital. Se decía que sólo existían cuatro ejemplares. Su precio alcanzaba cifras astronómicas; muchos ricos aficionados habrían pagado una fortuna por poseerlo. En cuanto a su valor científico, era incalculable, porque catalogaba exhaustivamente la flora de montaña, hasta las especies más raras y curiosas, ya extinguidas.

Sin duda, el Anderer advirtió mi emoción, que de todas formas no intenté disimular.

—Consúltelo, se lo ruego. Vamos, vamos...

Así que, como un niño al que acaban de ponerle delante un juguete maravilloso, me apoderé del libro y empecé a pasar las hojas.

Tenía la sensación de haber hallado un tesoro. El inventario elaborado por el hermano Sturen era en extremo preciso, y las notas que acompañaban cada flor, cada planta, además de recapitular todo el saber anterior, añadían numerosos detalles que no había leído en ningún otro sitio.

Pero lo más extraordinario de aquella obra, y lo que justificaba su fama, eran el primor y la belleza de las láminas que ilustraban los comentarios. Los herbarios de la tía Pitz constituían para mí una inestimable fuente de información, que a menudo me ayudaba a completar mis notas, a corregir algún error cometido o, a veces, incluso a orientar mis informes. Sin embargo, lo que encontraba en ellos había perdido toda su vida, todo su color, toda su gracia. Había que recurrir a la memoria y la imaginación para que ese mundo dormido y seco volviera a ser lo que había sido, recuperara la savia, la flexibilidad, los colores. En cambio, ante el *Liber florae* tenía la sensación de que una inteligencia excepcional, unida a un talento diabólico, había conseguido capturar la verdad de las flores. La turbadora precisión de los trazos y los tonos lograba que parecieran recién colocadas en el papel por una mano que acabara de cogerlas frescas. Nevadilla, zapatito de Venus, genciana cruciata, matalobos, uña de caballo, lirio ambarino, campánula iridiscente, eufobia del pastor, artemisa de montaña, pie de león, corona imperial, sieteenrama, dríada, vermicularia, eléboro negro, gregoria, soldanela plateada... La lista, interminable, hacía que la cabeza me diera vueltas.

Me había olvidado del Anderer y de dónde estaba. Pero el mareo se me pasó de golpe. Acababa de pasar una página, y en ese momento apareció ante mis ojos, frágil como los hilos de la Virgen y tan minúscula que casi no parecía real, con los pétalos azules ribeteados de rosa pálido y rodeando la corona de estambres de oro a modo de solícitas manitas, para atenderlos y protegerlos: la violeta de los barrancos.

Seguramente solté un grito. Tenía ante mí, en el antiguo y lujoso libro que descansaba sobre mis rodillas, la imagen de aquella flor, para dar fe de su existencia; y también estaba allí, asomándose por encima de mi hombro, el rostro del estudiante Kelmar, que tanto me había hablado de ella y que me había hecho prometer que la encontraría.

—Interesante, ¿verdad?

La voz del Anderer me sacó de mi ensoñación.

—Hace tanto tiempo que busco esta flor... —me oí responder en un tono que no reconocí como propio.

El Anderer me miraba con su tenue sonrisa, una sonrisa que asomaba a sus labios a menudo y que no parecía de este mundo. Apuré la taza de té, la dejó en el platillo y, luego, con un tono casi ligero, me respondió:

—Lo que aparece en los libros no siempre existe. A veces mienten, ¿no cree?

—Ya casi no leo libros.

Se hizo un silencio que ninguno de los dos trató de romper. Yo había cerrado el *Liber florae*, pero seguía abrazado a él. Pensé en Kelmar. Nos vi saliendo del vagón. Oía los gritos, los de nuestros compañeros en la desgracia, los de los guardias y los ladridos de sus perros. Y luego apareció el rostro de Emélia, su hermoso y mudo rostro, sus labios canturreando la eterna canción. Sentía la benévola mirada del Anderer posada en mí. De pronto, ocurrió. Empecé a hablarle de

Emélia. ¿Por qué lo hice? ¿Por qué le conté a un hombre al que no conocía en absoluto cosas que no había confiado a nadie? Seguramente, necesitaba aligerar el corazón del peso que llevaba en él, más de lo que me confesaba a mí mismo. Si el padre Peiper hubiera sido el mismo de antaño, si después de la guerra no se hubiera convertido en un espantajo empapado en alcohol, puede que me hubiera confiado a él. Aunque no estoy tan seguro.

He dicho que la sonrisa del Anderer no parecía de este mundo. Pero es que, en el fondo, él tampoco pertenecía a nuestro mundo. Ni a nuestra historia. No estaba en la Historia. Había surgido de la nada y, ahora que no queda rastro de él, es como si nunca hubiera existido. Así que, ¿a quién mejor que a él podía contárselo? No estaba de ningún lado.

Le hablé de cuando me habían llevado aquellos dos soldados, mientras a mis espaldas Emélia lloraba y gritaba en el suelo. También del buen humor de Frippman, de su inconsciencia, de su incapacidad para comprender lo que nos estaba sucediendo y lo que irremisiblemente iba a pasarnos.

Nos habían sacado del pueblo esa misma noche, atados uno a otro por las manos mediante un ronzal, bajo la vigilancia de dos soldados a caballo. El viaje duró cuatro días, durante los cuales nuestros guardias no nos dieron más que agua y las sobras de su comida. Frippman no estaba desesperado en absoluto. Mientras caminábamos, no dejaba de hablarme de las mismas cosas, las semillas, la forma de la luna y los gatos, que, según decía, solían seguirlo por la calle. Explicaba todo eso en su jerigonza, salpicando la vieja lengua con dialecto. Fue durante esos cuatro días que pasamos juntos cuando me di cuenta de que era un alma bendita, y no sólo un poco fantasioso. Todo lo dejaba maravillado, los movimientos de los caballos de los soldados, los botones de sus uniformes, que relucían al sol, el paisaje, el canto de los pájaros... Los soldados no nos maltrataron. Nos arrastraban como a dos fardos y no nos dirigieron la palabra ni una sola vez, pero jamás nos golpearon.

Cuando llegamos a S., que estaba sumida en el caos, medio destrozada, con las calles cubiertas de cascotes y ruinas calcinadas, nos tuvieron en la estación una semana. Allí había de todo, hombres, mujeres y familias enteras; muchas eran humildes, mientras que otras seguían llevando los signos de su pasada riqueza y miraban a las primeras de arriba abajo. Éramos centenares. Todos *Fremdër*. En realidad, esa palabra se había convertido en nuestro nombre. Los soldados nos llamaban así sin excepciones. Poco a poco, íbamos dejando de existir como individuos. Llevábamos el mismo nombre y debíamos responder a él, que no era tal. Ignorábamos lo que nos esperaba. Frippman seguía a mi lado. No se separaba de mí. A veces, me agarraba el brazo con ambas manos y así permanecía durante minutos, como un niño asustado. Yo no se lo impedía. Siempre es mejor ser dos frente a lo desconocido. Una mañana, hicieron una selección. A Frippman le tocó el grupo de la izquierda y a mí, el de la derecha.

—*Schussa, Brodeck! Au baldiegei en Dörfer!*

«¡Hasta pronto, Brodeck! ¡Nos veremos en el pueblo!», me gritó Frippman con expresión radiante cuando su columna se puso en movimiento. No pude responderle. Me limité a esbozar un gesto con la mano, un leve gesto para que no sospechara nada, la gran nada que yo presentía y hacia la que, primero a él y después a mí, nos conducían a palos. Frippman miró al frente y apretó el paso, silbando.

No volví a verlo. No regresó al pueblo. Baerensbourg, el pedrero, grabó su nombre en el monumento. A diferencia del mío, no ha tenido que borrarlo.

Emélia y Fédorine se quedaron solas en casa. El pueblo las evitaba. Como si de pronto hubieran contraído una especie de peste. El único que se ocupó de ellas fue Diodème, por amistad y por vergüenza, como ya he dicho. El caso es que se ocupó.

A Emélia ya casi no le encargaban canastillas, manteles, cortinas ni pañuelos. Aunque no tenía labores que hacer, no se quedó mano sobre mano. Había que comer, que calentarse... Yo la había aleccionado sobre todo cuanto los bosques y la montaña ofrecen a los hombres: ramas, tocones, bayas, setas, hierbas, lechuga silvestre... Fédorine le enseñó a atrapar pájaros con liga y con cordel, a cazar conejos con lazo, a atraer a las ardillas hasta el pie de los grandes abetos y matarlas de una pedrada. No morían de hambre.

Todos los días, Emélia apuntaba en una libreta que he encontrado algunas frases dirigidas a mí. Siempre frases sencillas y tiernas que hablaban de mí, de ella, de nosotros, como si fuera a volver de un momento a otro. Me contaba lo que había hecho durante la jornada, empezando siempre con las mismas palabras: «Mi pequeño Brodeck...». No había en ellas rastro de la menor amargura. No mencionaba a los *Fratergekeime*. Estoy seguro de que lo hacía a propósito. Era una buena manera de negar su existencia. Por supuesto, conservo esa libreta. A menudo releo pasajes. Es un largo y conmovedor repaso a los días de la ausencia. Es nuestra historia, la de Emélia y la mía. Son palabras luminosas que sirven de contrapunto a todas mis zonas de sombra. Y quiero guardármelas para mí, para mí solo, como la última huella de la voz de Emélia antes de su entrada en la noche.

Orschwir no fue a visitarlas. Un día mandó que les llevaran medio cerdo, que se encontraron una mañana delante de la puerta. Peiper fue a verlas un par de veces, pero Fédorine no lo soportaba, porque se pasaba horas al lado de la estufa, vaciando la botella de aguardiente de ciruela que le había sacado y cada vez diciendo más incoherencias. Una noche acabó echándolo a escobazos.

Adolf Buller y su escuadra seguían ocupando el pueblo. Una semana después de nuestra detención, dio al fin su permiso para enterrar a Cathor. El cacharrero no tenía más familia que su hermana, la mujer de Beckenfür. El trabajito le tocó a él.

—Una asquerosidad, Brodeck... Nada agradable, pero que nada... Tenía la cabeza dos veces más grande, como un globo tumefacto y sanguinolento. Y el resto... ¡Dios! Mejor no hablar.

Aparte de esa ejecución y nuestro arresto, los *Fratergekeime* se comportaban con gran educación, así que los dos hechos se olvidaron rápidamente, o más bien la gente se esforzó cuanto pudo para olvidarlos. Fue en esa época cuando Göbbler regresó al pueblo con su rolliza mujer, Boulla. Volvió a instalarse en su casa, que había dejado quince años antes, y fue recibido con los brazos abiertos por la población y, en especial por Orschwir, que era de su quinta.

Poco a poco, el pueblo empezó a cambiar, juraría que siguiendo los consejos de Göbbler, que hizo notar a los habitantes las ventajas de estar ocupados por las tropas, que no eran nada hostiles; más bien al contrario: garantizaban la paz y la seguridad, y habían convertido el pueblo y sus alrededores en una zona a salvo de las matanzas. Por lo demás, no le resultó difícil convencerlos de que el interés de todos era que Buller y sus hombres se quedaran allí cuanto más tiempo mejor. Un centenar de hombres que comen, que beben, que fuman, que necesitan que les laven y les zurzan la ropa, reporta, en definitiva, un dinero nada despreciable.

Göbbler se convirtió en una especie de teniente de alcalde, con la aprobación de toda la población y el beneplácito de Orschwir. A menudo se lo veía en la tienda de Buller, que al

principio lo observaba con suspicacia, pero, comprendiendo el provecho que podía obtener de aquel individuo apático y del acercamiento que favorecía, empezó a tratarlo casi como a un camarada. En cuanto a Boulla, distribuyó equitativamente sus favores entre las tropas, abriendo de par en par sus muslos a oficiales y soldados rasos.

—¿Qué esperabas? Fuimos acostumbrándonos —me dijo Schloss el día que vino llorando como una Magdalena a sentarse a mi mesa y hablar conmigo—. Se volvió como natural que estuvieran aquí. Después de todo, eran hombres igual que nosotros, cortados por el mismo patrón. Hablábamos de las mismas cosas en la misma lengua, o casi. Al cabo de un tiempo, los conocíamos a la mayoría por el nombre de pila. Muchos ayudaban a los viejos, otros jugaban con los niños... Todas las mañanas, diez de ellos limpiaban las calles. Otros se encargaban de los caminos, cortaban leña, quitaban las boñigas... ¡El pueblo nunca ha estado tan limpio! ¿Qué quieres que te diga? Cuando venían aquí, les llenaba los vasos. ¡No iba a escupirles en la cara! Además, ¿crees que muchos tenían ganas de acabar como Cathor, o de desaparecer como Frippman y tú?

Los *Fratergekeime* se quedaron cerca de diez meses. No se produjo ningún incidente reseñable. Pero, durante las últimas semanas, el ambiente se enrareció. Más tarde se supo por qué. La guerra tenía otro escenario y otro espíritu. Como una hoguera primaveral cuyo acre humo, agitado por el viento, enloquece y cambia de dirección violentamente, las victorias mudaron de bando. Al pueblo no llegaban noticias. A los vecinos, quiero decir. Mientras permanecieran en la ignorancia, no eran peligrosos. Pero Buller lo sabía todo. Y me gusta imaginarme su cara torturada por el tic cada vez con mayor frecuencia, a medida que los despachos le comunicaban las derrotas, el desastre, el hundimiento de ese Gran Territorio que debía extender su imperio sobre el mundo y durar miles de años.

La tropa, como un perro, percibió la angustia de su amo y empezó a inquietarse. Las máscaras volvieron a caer. Los viejos reflejos regresaron. Brochiert, el panadero, fue vapuleado ante los ojos de Diodème porque había bromeado con un cabo sobre su afición a los callos. A Limmat, que se olvidó de saludar a dos soldados con quienes se cruzó, lo tiraron al suelo, y se salvó de que lo molieran a palos gracias a la intervención de Göbbler, que pasaba en ese momento. Una docena de incidentes por ese estilo hizo comprender al pueblo que los monstruos nunca se habían ido, que simplemente se habían quedado dormidos por un instante y que su sueño había acabado. Entonces, el miedo volvió. Y con él, el deseo de conjurarlo.

Una tarde, de hecho la del día anterior a la partida de las tropas, unos *Dörfermesch*, unos hombres del pueblo, que habían ido al bosque del Borensfall a bajar maderos con trineo, descubrieron cerca del claro del Lichmal, bajo una especie de choza hecha con ramas de abeto, a tres chicas aterradas, que se abrazaron unas a otras al verlos llegar. Sus vestidos no eran como los que usan las campesinas. Sus zapatos tampoco se parecían en nada a unos zuecos o unos borceguíes. Llevaban una maletita. Venían de lejos, de muy lejos. Sin duda, después de semanas de huida habían llegado, Dios sabe cómo, a aquel bosque en medio de aquel extraño universo, donde se sentían totalmente perdidas.

Los *Dörfermesch* les dieron de comer y beber. Ellas se abalanzaron sobre la comida como si no hubieran probado bocado en varios días. Luego, los acompañaron al pueblo, confiadas. Diodème cree que, durante el trayecto, aquellos hombres todavía no habían decidido qué hacer con ellas. Me gustaría creerlo. La cuestión es que se dieron cuenta de que eran *Fremdër* y de que

cada paso, cada metro que avanzaban por el sendero en dirección al pueblo, sellaba su suerte. Como ya he dicho, Göbbler se había convertido en un hombre importante y era el único vecino que realmente había sido aceptado por el capitán Buller. Los hombres condujeron a las chicas hasta la casa de Göbbler. Él fue quien los había convencido de que las entregaran a los *Frafergekeime*, para ganarse su favor, para calmarlos, para ablandarlos, mientras ellas esperaban delante de la casa, bajo la tupida lluvia que de pronto había empezado a caer.

El cielo juega con nosotros. A menudo me he repetido que, de no ser por esa lluvia que comenzó a azotar con fuerza los tejados, puede que Emélia nunca hubiera mirado por la ventana. De no hacerlo, tampoco habría visto a las tres chicas, escuálidas, empapadas, temblorosas, asustadas. No habría salido para invitarlas a sentarse junto al fuego. Y en consecuencia no habría estado con ellas cuando los dos soldados advertidos por uno de los hombres del pueblo fueron a apresarlas. Y tampoco habría protestado. No le habría gritado a Göbbler, como hizo, que aquello era inhumano, ni lo habría abofeteado, estoy seguro. Los soldados no se habrían apoderado de ella. No se la habrían llevado junto con las tres chicas. Emélia no habría dado el primer paso hacia el abismo.

Lluvia. Una simple lluvia. Azotando las tejas y los cristales.

El Anderer me escuchaba. De vez en cuando echaba agua caliente en las tazas y añadía unas hojas de té. Mientras le hablaba, me abrazaba al viejo *Liber florae montanarum*, como a una persona. El benévolo silencio del Anderer y su sonrisa me animaban a continuar. Me calmaba contárselo por primera vez, explicárselo a aquel desconocido, con su extraña cara, su extraña vestimenta, en aquel sitio tan poco parecido a una habitación.

El resto se lo había referido en pocas palabras. No había mucho más que decir. Buller y sus hombres estaban levantando el campo. En la plaza del mercado, reinaba un caos de rebaño bajo la tormenta. Ordenes, gritos, botellas apuradas de un trago y estrelladas contra el suelo, decenas de hombres borrachos que reían, se tambaleaban y se insultaban, todo ante la mirada de Buller, tieso como una estaca a la entrada de su tienda, con la cabeza agitada por el tic, cuya frecuencia no dejaba de aumentar. En ese paradójico instante, los *Fratergekeime* seguían siendo los amos, pese a saber que habían perdido. Eran dioses caídos, grandes señores presintiendo que no tardarían en despojarlos de sus armas y corazas. Con la cabeza todavía en las nubes, pero sabiéndose colgados boca abajo.

Ésa fue la escena que presencié la pequeña comitiva de las tres chicas y Emélia, escoltada por los *Dörfermesch* y los dos soldados. En un abrir y cerrar de ojos, como presas acorraladas, las cuatro mujeres se vieron rodeadas, empujadas, palpadas, manoseadas. Desaparecieron entre risotadas en el centro de un grupo que volvió a cerrarse a su alrededor, un círculo de hombres borrachos y violentos, que entre palabras y bromas soeces las empujaron hasta el granero de Otto Mischenbaum, un viejo granjero a punto de cumplir cien años, sin descendencia —«*Hab nie Zeit gehab, nieman Zeit gehab*», «No tenía tiempo, nunca tuve tiempo»—, y que ahora vivía enclaustrado en su cocina.

Y desaparecieron.

Se las tragó el granero.

Y luego, nada.

Al día siguiente, la plaza estaba vacía, aunque cubierta de cristales rotos. Los *Fratergekeime* se habían ido. No habían dejado más que un acre olor a vino, aguardiente vomitado y espesa

cerveza acumulada en charcos. Las puertas de todas las casas seguían cerradas tras aquella noche de náusea, durante la que los soldados y algunos «hombres del pueblo», con la muda bendición de Buller, habían destrozado almas y cuerpos. Nadie se atrevía a salir. Y Fédorine se acercaba a todas esas puertas y llamaba, llamaba, llamaba... Hasta que llegó al granero.

—Entré, Brodeck.

Es la vieja Fédorine quien me lo cuenta todo dándome de comer con una cuchara. Mis manos están cubiertas de llagas. Me duelen los labios. Los dientes rotos me hacen tanto daño como si las astillas siguieran clavándose en mis encías. Acabo de llegar, después de casi dos años fuera del mundo. Salí del campo. Recorrí carreteras y caminos. Estoy aquí otra vez. Pero aún estoy medio muerto. Estoy muy débil. Hace unos días que empujé la puerta de mi casa. Al verme, a Fédorine se le cayó la bandeja de porcelana con motivos florales rojos que estaba secando, cuyos pedazos se esparcieron por toda la cocina. Encontré a Emélia, aún más hermosa, sí, más hermosa que en mis recuerdos, y no es decir poco; a Emélia, que, sentada junto al fuego, pese al estrépito de la bandeja, pese a mi voz, que la llamaba, pese a mi mano en su hombro, no levantó los ojos hacia mí y siguió canturreando una canción que me partió el corazón, «*Schöner Prinz so lieb, Zu weit fortgegangen*», la canción de nuestro naciente amor. Y mientras pronunciaba su nombre, mientras lo repetía con la inmensa alegría del reencuentro, mientras mi mano se posaba en su hombro y le acariciaba la mejilla y el pelo, vi que sus ojos no me veían, comprendí que no me oía, comprendí que tenía delante el cuerpo y el maravilloso rostro de Emélia, pero que su alma vagaba lejos, ignoraba dónde, en un lugar desconocido más al que me juré ir para rescatarla, y fue en ese preciso instante, en el instante en que me hacía esa promesa, cuando oí por primera vez una vocecilla que no conocía, una vocecilla infantil proveniente de nuestra habitación y que frotaba unas sílabas con otras, como se frota el sílex para prender fuego, emitiendo una melodía de cascada alegre, libre, desmandada, una cháchara jubilosa que —ahora lo sé— debe de ser lo más parecido a la lengua de los ángeles.

—Entré en el granero, Brodeck. Entré. Había un gran silencio. Estaba oscuro. Entreví unas formas tumbadas, unas formas menudas pegadas entre sí, inmóviles. Me arrodillé junto a ellas. Conozco demasiado bien la muerte como para no reconocerla. Eran las tres chicas, tan jóvenes... No tendrían veinte años, y estaban con los ojos muy abiertos. Les cerré los párpados. Y también estaba Emélia. Era la única que aún respiraba, débilmente. La habían dado por muerta, pero no había querido morirse, Brodeck, no había querido porque sabía que un día volverías, lo sabía, Brodeck... Cuando llegué junto a ella y puse su cabeza en mi regazo, empezó a canturrear la canción que no ha dejado de cantar desde entonces... La mecí y la mecí, la mecí mucho rato...

En el samovar ya no quedaba agua. Dejé el *Liber florae* a mi lado, con delicadeza. Fuera casi había anochecido. El Anderer acababa de entreabrir la ventana. Un olor a resina caliente y humus muy seco penetró en la habitación. Había estado hablando mucho rato, sin duda horas, pero el Anderer no me había interrumpido. Iba a disculparme por haber desnudado mi corazón ante él de aquel modo, sin pudor ni permiso, cuando, justo detrás de mí, sonó un carillón. Me volví bruscamente, como si hubiera oído un disparo. Era un carillón curioso, del tamaño de un reloj de bolsillo grande, como los que antaño se colgaban en el interior de la carrozas. No me había fijado en él hasta entonces. Sus finas agujas de oro marcaban las ocho. La caja era de ébano y oro, y las cifras de las horas, de esmalte azul sobre fondo de marfil. Debajo del eje de las agujas, el relojero, cuyo nombre, Benedik Fürstenfelder, se hallaba grabado al pie del marco, había escrito

un lema con hermosas letras inclinadas enlazadas unas con otras: «*Alle verwunden, eine tötet*». Todas hieren, la última mata.

Mientras me levantaba, pronuncié la frase en voz alta. El Anderer también se había puesto en pie. Yo había hablado mucho. Quizá demasiado. Ya era hora de volver a casa. Estaba confuso, no quería que él creyera que... Me interrumpió levantando con viveza la mano, pequeña y regordeta como la de una mujer metida en carnes, y con una voz tan imperceptible como un suspiro, dijo:

—No se disculpe. Sé que contar es un remedio infalible.

No sé si el Anderer estaba en lo cierto.

No sé si de algunas cosas puedes curarte. En el fondo, tal vez contar no sea un remedio tan infalible. Tal vez, por el contrario, no sirva más que para mantener vivas las heridas, como se mantienen las brasas de un fuego para poder avivarlo de nuevo a nuestro capricho, cuando nos apetezca.

Quemé la carta de Diodème. Por supuesto que la quemé. A él, escribir no lo curó de nada. Y a mí, saber los nombres de los *Dörfermesch*, que apuntó al dorso de la última hoja, tampoco me habría servido para nada. Absolutamente para nada. No tengo ánimo de venganza. Una parte de mí sigue siendo el Perro Brodeck, un ser que prefiere el polvo al mordisco, y tal vez sea mejor así.

Aquella tarde no volví directamente a casa. Di un largo rodeo. Hacía buena noche. En el cielo, las estrellas abrillantaban sus clavos de plata en el paño de la oscuridad. Hay horas en que todo es de una belleza insoportable, una belleza que parece tan inabarcable y tan dulce sólo para subrayar la fealdad de nuestra condición. Fui a pasear por la orilla del Staubi, más arriba del Baptisterbrücke, hasta un bosquecillo de sauces desmochados, que Baerensbourg tortura cada enero cortándoles todas las ramas. Allí están enterradas las tres chicas. Lo sé. Me lo dijo Diodème, señalándome el sitio exacto. No hay ninguna sepultura. Ni cruz. Nada. Pero sé que debajo de la hierba se encuentran las tres chicas, Marisa, Therne y Judith. Sus nombres son importantes. Son suyos. Se los he dado yo. Porque, además de matarlas, los *Dörfermesch* hicieron desaparecer todo lo relacionado con ellas, así que nadie sabe cómo se llamaban, de dónde venían ni quiénes eran en realidad.

Esa parte del Staubi es muy bonita. El río desliza sus claras aguas sobre un lecho de grises guijarros. Murmura y borbotea. Su voz suena casi humana. Es una música delicada que regala a cualquiera que se siente un momento en la hierba y aguce el oído.

El Anderer iba a este sitio a menudo, a sentarse también sobre la hierba, tomar notas en su pequeño cuaderno y dibujar. Creo que algunos que lo vieron allí, justo allí, debieron de decirse que no había elegido un lugar tan cercano a las mudas tumbas de las tres chicas por casualidad. Y seguramente debido a esas visitas, el Anderer, sin saberlo, empezó a condenarse, y poco a poco los *Dörfermesch* decidieron su muerte. Nunca hay que exhumar el horror, aunque no se haga a propósito, aunque no se haga por voluntad, porque de lo contrario vuelve a la vida y se propaga. Taladra las cabezas, se agranda, vuelve a engendrarse a sí mismo.

Diodème también encontró la muerte cerca de aquí. Pensándolo bien, «encontrar la muerte» es una expresión curiosa; pero, en su caso, creo que acertada. Para encontrar algo hay que buscarlo.

Y estoy convencido de que Diodème buscaba la muerte.

Ya no creo, como creía al principio, y menos aún después de leer la carta, que lo mataran los otros, como mataron al Anderer. No. Creo que la verdad no va por ahí.

Sé que Diodème salió de casa. Sé que salió del pueblo. Sé que caminó por la orilla del Staubi y que, mientras remontaba la corriente, remontó también el curso de su vida. Pensó en nuestros largos paseos, pensó en las conversaciones que habíamos mantenido, pensó en nuestra amistad. Acababa de escribir la carta, y caminó a lo largo de la orilla pensando en eso. Pasó junto a los sauces, pensó en las chicas, siguió caminando, caminó y trató de ahuyentar a los fantasmas, trató de hablarme por última vez, estoy convencido, sí, estoy seguro de que pronunció mi nombre, subió a las peñas de los Tizenthal, y la corta ascensión le sentó bien, porque cuanto más subía más ligero se sentía. Al alcanzar la cima, contempló los tejados del pueblo, contempló la luna reflejada en las ondas del río y contempló por última vez su vida, sintiendo que el aire de la noche le acariciaba la barba y el pelo. Cerró los ojos y se dejó caer. Fue una larga caída. Por lo demás, tal vez donde ahora esté todavía no haya dejado de caer.

La tarde del *Ereigniës*, Diodème no se encontraba en la fonda. Había salido del pueblo en compañía de Alfred Wurtzwiller, el cartero, y su labio leporino para ir a S., adonde lo había mandado Orschwir con unos documentos importantes. Creo que el alcalde lo alejó con toda intención. Cuando volvió, tres días después, quise contarle lo ocurrido, pero me interrumpió enseguida:

—No quiero saber nada, Brodeck, guárdatelo para ti. Además, no estás seguro de nada. Puede que se marchara sin decírselo a nadie, puede que se quitara el sombrero, hiciera una reverencia y se fuera como llegó. No viste nada; tú mismo lo has dicho. Pero ese Anderer, ¿ha existido siquiera?

Me quedé helado.

—Hombre, Diodème, no puedes...

—¡Calla, Brodeck! No me digas lo que puedo o no puedo hacer. ¡Déjame en paz! ¡Bastantes desgracias ha habido en este pueblo!

Y se marchó a toda prisa, dejándome solo en la esquina de la calleja Silke. Seguramente, había empezado a escribir la carta ese día. La muerte del Anderer removía demasiadas cosas, más de las que Diodème podía soportar.

He arreglado el cajón y el escritorio. Creo que he hecho un buen trabajo. Luego, le he dado cera de abeja. Huele muy bien. Brilla a la luz de la vela. Y vuelvo a escribir sentado ante él. En el cobertizo hace frío, pero las hojas aún conservan el calor del vientre de Emélia. Todos los días, soy yo quien lava y viste a Emélia al levantarse y la desnuda por la noche. Cada mañana, después de haber pasado casi toda la noche escribiendo, meto las hojas en una bolsa de lino suave y se la ato alrededor de la cintura, debajo de la camisa. Y por la noche, cuando la acuesto, vuelvo a coger la bolsa, que está caliente y huele a ella.

Me digo que Poupchette se formó en el vientre de Emélia y que, en cierto modo, la historia que escribo crece en ese mismo vientre. Es un paralelismo que me gusta y anima.

Casi he terminado el informe que esperan Orschwir y los demás. En realidad, apenas me queda nada por referir. Pero no quiero entregárselo antes de haber acabado mi historia. Todavía tengo que recorrer ciertos senderos. Todavía tengo que juntar algunas piezas. Todavía tengo que abrir algunas puertas. Pero no ahora, aún no.

Porque antes debo retomar el encadenamiento de los hechos que llevaron al *Ereigniës*. Imaginemos la cuerda de un arco tensándose cada hora un poco más. Imaginémoslo para hacernos una idea de las semanas que precedieron al *Ereigniës*, pues durante ellas fue como si el pueblo entero se tensara igual que un arco, sin saber qué flecha dispararía ni cuál era su verdadero blanco.

Aquel verano hizo un calor abrasador. Los viejos aseguraban que no recordaban otro igual. Ni siquiera la espesura del bosque, entre las rocas de las que por lo general, incluso en pleno agosto, se siente ascender de las profundidades el hálito helado de los glaciares sepultados, exhalaba más que brisas tórridas. Los insectos giraban como locos sobre el musgo seco frotándose los élitros, y sus desafinados y persistentes violines taladraban las cabezas de los hombres que se afanaban en talar árboles y les crispaban. Las fuentes se secaban. Los pozos estaban en su nivel más bajo. Hasta el Staubi parecía un arroyo esmirriado donde las truchas, los salmones de fontana y las farras morían por decenas. Las vacas jadeaban. Sus ajadas ubres no daban más que leche agria, clara y poco abundante. Estaban encerradas en los establos y no salían hasta la caída de la noche. Tumbadas sobre un costado, entornaban los gruesos párpados sobre los brillantes ojos, enseñando la lengua, blanca como la cal. Para hallar un poco de fresco había que subir a los pastizales; por supuesto, los más afortunados eran los rebaños de ovejas y cabras, y sus pastores y cabreros, que respiraban el aire de las alturas a pleno pulmón. Abajo, en las calles y casas, todas las conversaciones giraban en torno al enorme y desesperante sol que cada mañana veíamos alzarse y encaramarse enseguida a lo alto de un cielo completamente azul y raso que no variaba en todo el día. Nos movíamos poco. Rumiábamos. El vaso de vino más pequeño se te subía a la cabeza enseguida, y te irritabas por nada. La sequía no conoce culpables. No se le puede reprochar a nadie. Así que hay que pagarla con lo que sea, o con quien sea.

Que no se me malinterprete. No estoy diciendo que el *Ereigniës* se produjera porque durante las semanas precedentes hizo un calor infernal y los ánimos bulleron como el agua de una olla puesta a todo fuego. Creo que habría pasado lo mismo al final de un largo verano de lluvias. Seguramente habría hecho falta más tiempo. Sin duda, no habría habido ese apresuramiento, ese arco que se tensa, como acabo de escribir. Habría ocurrido de otra manera, pero habría ocurrido.

Se teme a quien calla. A quien no dice nada. A quien mira y no habla. ¿Cómo saber qué piensa quien permanece mudo? El hecho de que el Anderer no respondiera más que con una palabra, una sola, al discurso del alcalde no había gustado en absoluto. Al día siguiente, pasada la alegría de la fiesta, el vino gratis y el baile, volvió a hablarse de su actitud, de su sonrisa, de su pinta, del colorete de sus mejillas, del asno y la yegua, de cómo los llamaba, de por qué estaba aquí y de por qué se quedaba.

Y no puede decirse que el Anderer se enmendara durante las siguientes jornadas. Estoy casi seguro de que soy la persona con la que más habló —aparte del padre Peiper, aunque al respecto no he conseguido averiguar nada, ni quién habló más de los dos, ni de qué—; y que juzgue cada cual: cuanto me dijo el Anderer ya lo he recogido en estas páginas. Cabe en un par de líneas, o poco más. Si se cruzaba con alguien, no le hacía un feo. Se quitaba el sombrero, inclinaba la cabezota, en la que sólo quedaban algunos pelos muy largos y rizados, y sonreía; pero no abría la boca.

Y, por supuesto, estaba aquel cuaderno negro y las notas que le veían tomar, los croquis, los dibujos... La conversación que oí un día al acabar el mercado entre Dorcha, Pfimling, Vogel y

Hausorn, no la soñé. Y esos cuatro no eran los únicos a quienes ponía nerviosos. ¿Para qué garrapateaba todo aquello? ¿Con qué fin? ¿De qué le servía?

Acabamos sabiéndolo.

El 24 de agosto.

Y, realmente, ése fue el principio de su fin.

Esa mañana, los habitantes del pueblo encontraron bajo la puerta de casa una tarjeta que olía a agua de rosas. Llevaba escrita, con tinta violeta y letra muy elegante, la siguiente frase:

*Esta tarde a las siete,
en la fonda Schloss,
retratos y paisajes.*

Más de uno examinó la tarjeta con lupa, la volvió, la olió, leyó y releyó esas pocas palabras. A las siete de la mañana, la fonda ya estaba abarrotada. De hombres. Sólo hombres, claro, aunque a algunos los habían mandado sus mujeres, para que se enteraran. Con tanto brazo extendido y tanto vaso vacío, Schloss no daba abasto.

—Bueno, Schloss, ¿qué es esta carnavalada?

Codo con codo, le daban al vino, la cerveza, el *schorick*... Fuera, el sol ya empezaba a picar. Todos aguzaban el oído, apretujados.

—¿Se ha vuelto majareta tu huésped?

—¿Qué se trae entre manos?

—¿Es un *Scheitekliche* o qué?

—¡Venga, Schloss, cuenta! ¡Di algo!

—¿Se va a quedar mucho tiempo ese adefesio?

—¿Dónde cree que está, con su apestosa tarjeta?

—¿Nos toma por lechuginos?

—¿Qué son los lechuginos?

—¡Y a mí qué me cuentas! ¿Acaso lo he dicho yo?

—Pero, por Dios santo, ¡responde, Schloss! ¡Dinos algo!

Lo ametrallaban a preguntas. Pero Schloss las recibía como balas inofensivas. Sólo conseguían que aflorara una sonrisilla maliciosa en su gruesa cara. No soltaba prenda. Dejaba que subiera la tensión. Era bueno para el negocio. Hablar da sed.

—¡No vas a dejarnos in albis hasta la tarde, puñeta!

—¿Está allá arriba?

—¡No empujéis!

—¡Venga, Schloss!

—¡Ya está, ya está! ¡Cerrad el pico, que va a hablar Schloss!

Todo el mundo contuvo la respiración. Los dos o tres que no se habían dado cuenta y seguían con sus apartes enseguida fueron llamados al orden. Las miradas, algunas ya bastante turbias, convergieron en el fondista, que se tomaba su tiempo y hacía un poco de teatro.

—Ya que insistís, os diré... —Un gran murmullo de alegría y alivio recibió esas palabras—. Os diré cuanto sé. —Los cuellos se estiraron todo lo que pudieron hacia él. Schloss dejó el trapo, apoyó las manos en el mostrador; luego se quedó mirando al techo en el silencio más absoluto. Los demás lo imitaron; si en ese momento hubiera entrado alguien, sin duda se habría preguntado qué hacía aquella cuarentena de hombres callados y con la cabeza alzada hacia aquel techo de vigas negras, grasientas y ahumadas, clavándoles una mirada ansiosa, como para formularles una pregunta trascendental—. Lo que sé —dijo al fin Schloss en voz muy baja y tono confidencial, mientras sus oyentes se bebían sus palabras como el mejor aguardiente— es que no sé mucho, la verdad. —De nuevo, un gran rumor, pero esta vez provocado por la decepción y también un poco por la cólera, acompañado por puñetazos en la barra y palabras gruesas. Schloss levantó las manos para intentar calmar los ánimos, pero tuvo que alzar la voz para que lo oyeran—: Sencillamente, me ha pedido permiso para disponer de la sala a partir de las seis y poder prepararlo. —¿Preparar, qué?

—¡Y yo qué sé! En todo caso, lo que puedo decir es que invita a beber a todo el mundo...

Volvieron a oírse risas. La perspectiva de remojar el gaznate de gorra bastó para acabar con todas las preguntas. Poco a poco, la fonda fue vaciándose, y yo también iba a salir, cuando sentí una mano en el hombro. Era Schloss.

—Tú no has dicho nada, Brodeck.

—He preferido dejar hablar a los demás.

—¿No tenías ninguna pregunta? Si no tenías preguntas, a lo mejor es porque tienes las respuestas, porque estás en el ajo...

—¿Y por qué iba a estarlo?

—El otro día te vi subir a su habitación. Estuviste horas. Algo os contaríais para matar el tiempo...

La cara de Schloss estaba muy cerca de la mía. A esa hora, el calor hacía que su piel rezumara por todos los poros como un pedazo de tocino en una sartén caliente.

—Déjame en paz, Schloss, tengo cosas que hacer.

—No deberías hablarme así, Brodeck, no deberías.

En su momento, me había tomado la frase como una amenaza. Pero desde el otro día, cuando se sentó frente a mí y me habló llorando de su hijo muerto, ya no sé qué pensar. Los hombres son tan torpes que a veces los tomamos por lo contrario de lo que realmente son.

Yendo a la fonda no había sacado en claro nada, salvo que, gracias a sus perfumadas tarjetas, el Anderer había conseguido ser aún más el centro de atención. Sólo eran las siete, y ya no corría un soplo de aire. En el cielo, las golondrinas parecían agotadas, y su vuelo se volvía lento. Una nube muy pequeña y casi transparente con forma de hoja de acebo vagaba solitaria y en lo alto. Ni siquiera se oían los animales. Los gallos no habían cantado. Las gallinas permanecían mudas e inmóviles, buscando un poco de fresco, acurrucadas en polvorientos agujeros excavados en la tierra de los corrales. Los gatos dormitaban en la sombra de las puertas cocheras, tumbados de lado con las patas estiradas y la punta de la lengua asomando por las fauces entreabiertas.

Cuando pasé cerca de la herrería, oí ruidos en su interior. Un estrépito de mil demonios. Gott estaba poniendo un poco de orden. Me vio, me hizo un gesto para que me detuviera y vino hacia mí. La forja estaba parada. No ardía ningún fuego, y Gott se había lavado, afeitado y peinado. No llevaba su eterno delantal de cuero con los hombros al aire, sino una camisa limpia, un pantalón alto y unos tirantes.

—¿Qué piensas de todo esto, Brodeck?

Opté por encogerme de hombros, porque en realidad no sabía a qué se refería, si al calor, al Anderer, a la tarjeta perfumada o a ninguna de esas cosas.

—¡Pues yo digo que explotará de golpe! ¡Y será violento, créeme! —Gott habló apretando los puños y los dientes. El labio partido se le movía como un músculo y su barba pelirroja parecía una zarza en llamas. Como me sacaba tres cabezas, tuvo que inclinarse para hablarme al oído—: ¡Esto no puede continuar, y no soy el único que lo piensa! Tú, que fuiste a estudiar y sabes más que nosotros, ¿cómo va a acabar esto?

—No lo sé, Gott. Habrá que esperar a esta tarde para verlo.

—¿Por qué a esta tarde?

—Habrás recibido la tarjeta, como todo el mundo... A las siete saldremos de dudas.

Gott retrocedió y me miró de hito en hito, como si creyera que me había vuelto loco.

—¿Por qué me sales con la tarjeta, cuando te estoy hablando de este maldito sol? ¡Lleva tres semanas asándonos la sesera! No puedo ni trabajar, porque me asfixio, y tú me vienes con esa mandanga de la tarjeta...

Un quejido procedente del fondo de la herrería nos hizo volver la cabeza. Era *Ohnmeister*, más flaco que un palo, que se desperezaba y bostezaba.

—Ése sí que es feliz —le dije a Gott.

—Feliz, no sé, ¡pero zángano, desde luego!

Y, como para darle la razón al herrero, cuya casa había elegido a modo de domicilio provisional, el chucho apoyó la cabeza en las patas delanteras y volvió a dormirse tan plácidamente.

Fue un día más en aquel verano que nos asaba a fuego lento. Pero un día especial que parecía como vaciado desde el interior, casi como si su centro y sus horas no tuvieran ninguna importancia y sólo la tarde se mereciera que pensarán en ella, que la esperaran, que se acercaran a ella. Recuerdo que esa mañana, cuando regresé de la fonda, no volví a salir de casa. Estuve trabajando, ordenando las notas que había tomado en los últimos meses sobre la explotación de nuestros bosques, la cubicación de nuestras parcelas, las talas efectuadas y pendientes, las replantaciones, las siembras, los montes altos que convenía limpiar al año siguiente, el usufructo de las plantaciones forestales... Me había instalado en la bodega para escapar del calor, pero ni allí, en aquel sitio donde normalmente las paredes rezuman un sudor frío, hallé más que un aire pesado y pegajoso, apenas un poco más fresco que en el resto de la casa. De vez en cuando, oía sobre mi cabeza las carcajadas de mi hija, a la que Fédorine había metido en una tina llena de agua fría. Poupchette se pasó horas jugando al pececillo sin cansarse, mientras no muy lejos, sentada junto a la ventana con las manos en las rodillas, mirando afuera sin ver, Emélie salmodiaba su melancólica cantinela.

Cuando subí de la bodega, Poupchette, seca, limpia y sonrosada, se comía un gran plato de sopa clara, un caldo de zanahorias y perifollo.

—¿Te vas, papá, te vas? —me preguntó al ver que me disponía a salir; y, dejándose caer de la silla, corrió para lanzarse a mis brazos.

—Vengo enseguida —le dije—. Te daré un beso en la cama. ¡Sé buena!

—¡Buena! ¡Buena! ¡Buena! —repitió mi hija riendo y girando sobre sí misma, como si bailara un vals.

Mi pequeña Poupchette... Algunos te dirán que eres la hija de nadie, que eres la hija de la vergüenza, que eres la hija del odio y el horror. Algunos te dirán que eres la hija abominable nacida de lo abominable, que eres la hija de la deshonra, deshonrada ya mucho antes de nacer. No los escuches, por favor, pequeña mía, no los escuches. Yo te digo que eres mi hija y que te quiero. Te digo que a veces del horror nacen la belleza, la pureza y la gracia. Te digo que soy tu padre y siempre lo seré. Te digo que a veces las rosas más bellas brotan de una tierra inmunda. Te digo que eres el alba, el mañana, todos los mañanas, y que lo único que cuenta es que eres una promesa. Te digo que eres mi suerte y mi perdón. Te digo, mi Poupchette, que eres toda mi vida.

Cerré la puerta al mismo tiempo que Göbbler cerraba la suya. Y los dos nos quedamos tan sorprendidos que miramos al cielo a la vez. Nuestras dos casas son oscuras de por sí. Están pensadas para el invierno e, incluso cuando hace mucho sol, a menudo hay que encender una o dos velas para ver. Al salir de la oscuridad de mi casa, esperaba encontrar, en cuanto cruzara el umbral, el enorme sol que formaba parte de nuestra inmutable rutina desde hacía semanas. Pero era como si alguien hubiera extendido sobre el cielo una inmensa y opaca manta gris ocre surcada de regueros negruzcos. En el horizonte, al este, las cimas de los Hörni desaparecían en aquel espeso magma metálico, salpicado de grumos algodonosos, que producía la asfixiante sensación de ir descendiendo poco a poco, y de que tarde o temprano acabaría aplastando los bosques y los tejados de las casas. Aquí y allí, vivos jaspeados estriaban la pastosa masa y la iluminaban fugazmente con una falsa luz amarillenta; pero esos relámpagos abortados o retenidos no producían ningún fragor. El calor se había vuelto pegajoso y se agarraba a la garganta, como la mano de un asesino para apretarla con inexorable seguridad.

Pasado el primer momento de estupor, Göbbler y yo nos pusimos en marcha, una vez más al unísono. Como autómatas, al mismo paso, nos encontramos uno al lado del otro, caminando juntos sobre la polvorienta calzada, que, con aquella extraña luz, parecía cubierta de cenizas de abedul. Alrededor flotaba el olor a excrementos y plumas de gallina, repugnante y persistente como el de los tallos podridos de unas flores olvidadas durante días en un jarrón.

No tenía ningunas ganas de hablar con Göbbler, y ese silencio no me incomodaba. Suponía que él iniciaría la conversación en cualquier momento, pero no abrió la boca. Así que seguimos callados, avanzando por las calles casi como cuando se va a la iglesia para asistir a un funeral, sabiendo que ante la muerte toda palabra es inútil.

A medida que nos acercábamos a la fonda, de las calles, callejas, callejuelas y porches emergían siluetas que se unían a nosotros y caminaban a nuestro lado, igual de mudas. Por otra parte, puede que ese enorme silencio no se debiera a la incertidumbre sobre lo que nos encontraríamos, sino al súbito cambio del tiempo, a aquel magma de metal pastoso posado en el cielo, que había arrojado una oscuridad invernal sobre el atardecer. En aquel río de cuerpos, que se hacía más caudaloso por momentos, no había una sola mujer. Sólo íbamos hombres, hombres solos. Sin embargo, en el pueblo hay mujeres, como en todas partes, jóvenes, viejas, feas y bonitas, que saben y que piensan. Mujeres que nos han traído al mundo y nos ven destruirlo, que

nos dan la vida para que después les proporcionemos tantas ocasiones de lamentarlo. En esos momentos, mientras avanzaba sin hablar entre todos aquellos hombres, que también caminaban sin decir nada, me dio por pensar en eso y, sobre todo, en mi madre. Que no existe, mientras que yo existo. Que no tiene rostro, mientras que yo lo tengo.

A veces, me miro en el pequeño espejo que hay sobre el fregadero de casa. Observo mi nariz, la forma y el color de mis ojos, el tono de mi pelo, el dibujo de mis labios, el de mis orejas, el color de mi piel. Con ello, intento componer el retrato de la ausente, la que un día vio salir mi cuerpecillo entre sus muslos, se lo puso sobre el pecho, lo acarició, le dio su calor y su leche, le habló, le puso un nombre y seguramente sonrió, sonrió feliz. Sé que lo que hago es inútil. Nunca conseguiré esbozar sus facciones, sacarlas de la oscuridad donde entraron hace tanto tiempo.

En el interior de la fonda, todo estaba cambiado. Parecía otro sitio. Era como si hubiera mudado de piel. Entramos de puntillas, casi con miedo. Hasta los que suelen dar voces mantenían la boca cerrada. Muchos se volvían hacia Orschwir, pensando seguramente que el alcalde era distinto y que les mostraría lo que debían hacer, cómo comportarse, qué decir o no decir. Pero Orschwir era como los demás. Ni más listo ni más sabio.

Las mesas estaban arrimadas contra la pared y cubiertas con manteles limpios, sobre los que se alineaban decenas de vasos y botellas, como soldados antes de la batalla. También había grandes bandejas con suficientes salchichas troceadas, queso, jamón, tocino, pan y bollos para dar de comer a un regimiento. Desde el primer momento, todos los ojos habían convergido sobre aquel despliegue de comida y bebida, que aquí sólo se ve en las celebraciones de algunas bodas, cuando los campesinos ricos unen a sus hijos y quieren darse importancia. De modo que sólo después advertimos en las paredes una veintena de retazos de tela colocados sobre lo que debían de ser cuadros. Unos y otros se los señalaron con un movimiento de barbilla, pero no dio tiempo a hacer ni decir nada más, porque los peldaños de la escalera empezaron a crujir y apareció el Anderer.

No llevaba su estrambótico atavío, camisa con chorreras, levita y pantalón de tubo, a los que al final habíamos acabado acostumbrándonos. Simplemente vestía una especie de gran túnica blanca y amplia, que le llegaba casi a los pies, y le dejaba el pescuezo al aire, como si un verdugo hubiera cortado ya el cuello de la prenda con unas tijeras.

El Anderer bajó unos peldaños, lo que produjo una sensación extraña, porque la túnica era tan larga que no se le veían los pies y parecía deslizarse a unos centímetros del suelo, como un fantasma. Al verlo, nadie dijo nada, y además él se adelantó a cualquier reacción tomando la palabra con su discreta voz, un poco aflautada:

—Llevaba tiempo pensando cómo podía agradecerles el recibimiento y la hospitalidad dispensada. Y llegué a la conclusión de que debía hacer lo que sé hacer: mirar, escuchar, captar el alma de los objetos y los seres. He viajado mucho por el mundo. Puede que ése sea el motivo de que mis ojos vean más y mis oídos oigan mejor. Sin presunción, creo haber comprendido gran parte de sus caracteres y de los paisajes que los rodean. Acepten mis pequeños trabajos como un homenaje. No vean en ellos otra cosa. ¡Por favor, señor Schloss!

El fondista, que estaba en posición de firmes, no esperaba más que aquella señal para pasar a la acción. En un santiamén, recorrió el perímetro de la sala de su fonda retirando los retales de tela que ocultaban los cuadros; y, como si la escena no fuera aún lo bastante extraña, en ese

preciso instante sonó un trueno seco y cortante, como un latigazo restallando en la grupa de un jamelgo.

La tarjeta perfumada no mentía: había «retratos» y también «paisajes». No eran pinturas propiamente dichas, sino dibujos a tinta, a veces realizados con grandes pinceladas y otras, con trazos extremadamente finos que se juntaban, se recubrían, se cruzaban. Como en procesión, o en extraño vía crucis, pasamos ante todos ellos, para observarlos más de cerca. Algunos, como Göbbler y el señor Knopf, que no veían tres en un burro, casi los rozaban con la nariz, mientras que otros retrocedían hasta encontrar la distancia ideal. Las primeras exclamaciones de sorpresa y las primeras risas se oyeron cuando algunos se reconocieron o reconocieron a otros en los retratos. El Anderer había escogido a sus modelos. ¿Cómo? Misterio. Allí estábamos Orschwir, Hausorn, el cura, Göbbler, Dorcha, Vurtenhau, Röppel, el sacristán Ulrich Yackob, Schloss y yo. En cuanto a los paisajes: la plaza de la iglesia y su contorno de casitas bajas, la Lingen, la granja de Orschwir, las peñas de los Tizenthal, el Baptisterbrücke, con el bosquecillo de sauces al fondo, el claro del Lichmal, la sala grande de la fonda de Schloss...

Lo más curioso era que, aunque tanto las caras como los sitios resultaban reconocibles, no podía decirse que el parecido fuera perfecto. En cierto modo, los* dibujos se limitaban a evocar ecos familiares, impresiones, resonancias que acudían a la mente para completar el retrato apenas sugerido que teníamos delante.

Cuando todos finalizaron la pequeña ronda, se abordó el asunto serio. Dieron la espalda a los dibujos como si nunca hubieran existido. Se produjo un avance general hacia las mesas repletas de comida. Cualquiera habría dicho que llevaban años sin comer ni beber. Parecían salvajes. En un visto y no visto, cuanto habían preparado desapareció; pero Schloss debía de tener instrucciones al respecto, a fin de que siempre hubiera platos y botellas llenos, porque el bufet no parecía vaciarse. Las caras enrojecieron, las frentes empezaron a sudar, las voces subieron de tono y los primeros juramentos rebotaron en las paredes. La mayoría ya había olvidado el motivo de su presencia allí, y nadie contemplaba los cuadros. Sólo les importaba lo que podían echarse al colete. En cuanto al Anderer, había desaparecido. El primero en advertirlo fue Diodème.

—Ha soltado su discursito y se ha vuelto a su habitación. ¿Qué opinas? —¿De qué?

—Pues de todo esto. —Diodème abarcó con un gesto la exposición colgada de las paredes. Creo que me limité a encogerme de hombros—. Es curioso, tu retrato. No se te parece y sin embargo eres tú. No sé cómo decirlo... Ven a verlo.

Como no quería mostrarme antipático con Diodème, lo seguí. Nos abrimos paso entre aquellos cuerpos, entre sus aspavientos, olores, sudores, alientos, saturados de vino y cerveza. Las voces se calentaban y los ánimos también. Orschwir se había quitado el gorro de piel de nutria. El señor Knopf silbaba por lo bajo. El Zungfrost, que habitualmente sólo bebía agua, animado por los tres vinos que le habían obligado a tomar, empezaba a bailar. Tres hombres sujetaban entre risas a Lulla Carpak, un ferroviario de pelo amarillo y tez rubicunda que, en cuanto se emborrachaba, quería partirla la cara a alguien a toda costa.

—Fíjate —me señaló Diodème.

Habíamos conseguido llegar junto al retrato. Le hice caso y me fijé. Con calma. Al principio, sin prestar demasiada atención a las líneas que había entremezclado el Anderer, hasta que, poco a poco, sin saber cómo ni por qué, fui entrando en el dibujo cada vez más.

Al mirarlo por primera vez, hacía unos minutos, no había notado nada. Debajo estaba mi nombre, y seguramente me había dado apuro verme dibujado, así que había apartado la vista enseguida y pasado al siguiente de inmediato. Pero ahora, al verlo de nuevo, al plantarme delante y observarlo con detenimiento, fue casi como si me absorbiera, como si se animara, y lo que vi ya no fueron trazos, curvas, puntos y pequeñas manchas, sino fragmentos enteros de mi vida. Por decirlo así, el retrato que había hecho el Anderer estaba vivo. Era mi vida. Me ponía frente a mí mismo, ante mis sufrimientos, vértigos, miedos, deseos. En él, veía mi lejana infancia y los largos meses pasados en el campo. Veía mi regreso. Veía a Emélie, muda. Lo veía todo. Era un espejo opaco que me arrojaba al rostro cuanto había sido, cuanto era. Una vez más, fue Diodème quien me devolvió a la realidad.

—¿Y bien?

—Es curioso —murmuré.

—Y si te fijas, si los miras bien, los demás son igual: no demasiado fieles, pero clavados.

Seguramente, era su afición a las novelas lo que hacía que Diodème mirara siempre el forro de las palabras y que su imaginación corriera diez veces más deprisa que él. Pero su comentario de aquel día no era ninguna estupidez. Lentamente, volví a pasar ante todos los dibujos que el Anderer había colgado de las paredes de la fonda. Los paisajes, que me habían parecido mediocres, empezaron a animarse y las caras, a contar los secretos y las angustias, los vicios, las faltas, las preocupaciones, las bajezas... No había probado el vino ni la cerveza, pero la cabeza me daba vueltas y casi me tambaleaba. En el retrato de Göbblers, por ejemplo, la ejecución era tan astuta que, mirándolo desde el ángulo izquierdo, se veía la cara de un individuo sonriente, con la mirada perdida y el semblante sereno, mientras que, al contemplarlo desde la derecha, las mismas líneas fijaban la expresión de la boca, los ojos y la frente en un rictus bilioso, una especie de horrible mueca, altanera y cruel. El de Orschwir dejaba traslucir cobardía, contemporización, apatía, indignidad. El de Dorcha, violencia, acciones sangrientas, gestos irreparables. El de Vurtenhau emanaba ruindad, estupidez, envidia, rabia. El de Peiper sugería desistimiento, vergüenza, debilidad. Y con los demás ocurría otro tanto. Los retratos del Anderer resultaban sorprendentes revelaciones que sacaban a la luz las verdades más profundas de la gente. Componían una galería de desollados vivos.

¡Y los paisajes...! Un paisaje parece algo inofensivo. No dice nada. Como mucho, sólo nos remite a nosotros mismos. Pero, plasmados por el Anderer, los paisajes hablaban. Contaban su propia historia. Mostraban las huellas de lo que habían presenciado. Daban fe de las escenas desarrolladas en ellos. En la plaza de la iglesia, en el suelo, una mancha de tinta, en el lugar exacto de la ejecución, recordaba la sangre que había manado del cuerpo de Aloïs Cathor al ser decapitado; y, en ese mismo dibujo, si uno se fijaba veía que las casas que rodeaban la plaza tenían todas las puertas cerradas. Todas menos una, abierta con toda claridad: la del granero de Otto Mischenbaum... Juro que no me invento nada. En el dibujo que representaba el Baptisterbrücke, por ejemplo, si inclinabas un poco la cabeza para mirarlo de lado, veías que las raíces de los sauces esbozaban la forma de tres caras, las de tres chicas. En el correspondiente al claro del Lichmal, entornando los párpados, también se adivinaban las mismas caras en las ramas de los robles. Y, si en ese momento no pude descubrir lo que no era del todo evidente en otros dibujos del Anderer, fue sólo porque los acontecimientos que sugerían todavía no habían ocurrido. Como en el caso de las peñas de los Tizenthal, que entonces no eran más que simples rocas, ni

bonitas ni feas, sin historia ni leyenda; sin embargo, fue precisamente delante de ese dibujo donde volví a juntarme con Diodème. Estaba clavado ante él como una estaca. Petrificado. Tuve que pronunciar su nombre tres veces para que se volviera un poco y me mirara.

—¿Qué ves en éste? —le pregunté.

—Cosas... —me respondió pensativo.

No añadió más. Después, tras su muerte, he tenido tiempo para reflexionar, evidentemente. Y me he acordado del dibujo.

Alguien puede pensar que se me han reblandecido los sesos, que estoy mal de la azotea. Que esta historia de los dibujos es absurda. Que hay que tener la mente y los sentidos muy trastornados para ver en unos simples garabatos cuanto vi. Y que es fácil hablar así cuando no queda ninguna prueba, cuando los dibujos ya no existen, porque todos fueron destruidos. Y, además, esa misma tarde. Si eso no es una prueba, que venga Dios y lo vea. Los rompieron en mil pedazos y los desparramaron o redujeron a cenizas, porque, a su manera, contaban cosas que no convenía contar, porque revelaban verdades que se habían enterrado.

Yo ya había tenido bastante.

Salí de la fonda, donde bebían cada vez más y bramaban como animales; pero todavía eran animales alegres, de buen beber. Diodème, en cambio, se quedó hasta el final; y él me contó lo sucedido. Schloss siguió sacando vasos y botellas durante cerca de una hora y luego, de pronto, se acabó lo que se daba. Supongo que habían llegado a la cantidad acordada por el Anderer y el fondista. Fue el comienzo de la acritud. Primero, palabras, seguidas de algún gesto, pero nada grave; algún pequeño destrozo, pero aún sin importancia. Y, de pronto, los refunfuños cambiaron de tono, como cuando se desteta a un ternero, que al principio gruñe, pero enseguida cambia de parecer y busca otro entretenimiento alrededor, una leve razón para existir. De repente, todos recordaron por qué estaban allí. Se volvieron hacia los dibujos y los observaron otra vez. O con ojos nuevos. O con los ojos más abiertos. Como se quiera. Y vieron. Se vieron. Vieron lo que eran y lo que habían hecho. Vieron en los dibujos del Anderer lo mismo que Diodème y yo. Y, por supuesto, no lo soportaron. ¿Quién lo habría soportado?

—¡Menudo saqueo! No me di cuenta de quién empezó, y de todas formas eso no tiene la menor importancia, porque todos participaron y nadie intentó detener a nadie. El cura estaba borracho como una cuba y hacía rato que dormía debajo de una mesa chupándose un trozo de la sotana, como un crío el pulgar. Los más viejos se habían marchado a casa poco después de irte tú. En cuanto a Orschwir, asistía al espectáculo sin tomar parte, pero con una pizca de satisfacción; y, cuando Kipoft hijo arrojó su retrato al fuego, parecía la mar de contento, créeme. Luego, todo sucedió muy deprisa, ¿sabes? En un santiamén, no quedaba un dibujo en las paredes. El único que parecía un poco apurado era Schloss.

Cuando Diodème me lo contó, habían pasado dos días y, desde esa famosa tarde, no había dejado de llover. Como si el cielo necesitara hacer limpieza general, lavar los trapos sucios de los hombres, ya que ellos no eran capaces. Los muros de nuestras casas parecían llorar y, en las calles, arroyos ennegrecidos por la tierra y el estiércol de los establos brincaban sobre el empedrado, arrastrando guijarros, briznas de paja, peladuras y desperdicios. Era una lluvia extraña, un continuo diluvio que caía de un cielo que ya ni siquiera veíamos, porque la espesa, sucia y húmeda barba de las nubes lo mantenía permanentemente oculto. Llevábamos esperándola semanas. Semanas durante las cuales el pueblo se había achicharrado al sol, y con él los cuerpos,

los nervios, los músculos, los deseos, las fuerzas; y, de pronto, se había producido el estallido de la tormenta, que respondía desmesuradamente al estallido de los hombres, al desencadenamiento de la ira entre las paredes de la fonda de Schloss, a la ridícula hecatombe de los dibujos, porque mientras se representaba aquella especie de ensayo del *Ereigniës*, mientras se quemaban las efigies antes de matar al hombre, el cielo, demasiado pesado, se abrió en dos de este a oeste, en toda su longitud, y, en vez de vísceras y tripas, descargó trombas de agua gris, tan densas y pesadas como lavaduras.

Schloss puso a todo el mundo en la puerta, incluido el alcalde, y aquella purria empezó a chapotear bajo el aguacero y los relámpagos, algunos cayéndose al suelo cuan largos eran, simulando nadar en los charcos, vociferando como colegiales desmandados, lanzando puñados de barro a la cara de los demás, como si fueran bolas de nieve.

Me gustaría creer que, tras su ventana, el Anderer contempló el espectáculo. Imagino su débil sonrisa. El cielo le hacía justicia, y cuanto veía a sus pies, aquellos mamarrachos calados hasta los huesos, que vomitaban, se insultaban y mezclaban sus risas, sus voces estropajosas y sus chorros de orina, no hacía más que dar la razón a los retratos destruidos. En cierto modo, era una victoria para él. El triunfo del director de orquesta.

Pero en este mundo es mejor no tener la razón. De lo contrario, enseguida te lo hacen pagar caro.

El día siguiente fue día de resaca. Un estado en que a la cabeza le da por tocar el bombo y ya no sabes si lo que recuerdas fue sueño o realidad. Supongo que la mayoría de quienes habían perdido los estribos debían de sentirse muy idiotas, quizá aliviados, pero también un poco estúpidos. No porque se avergonzaran respecto al Anderer —no, por ese lado tenían las cosas claras y siempre las tendrían—, sino porque haberla emprendido de aquel modo con unos simples trozos de papel no era precisamente una hombrada.

La lluvia les vino bien. No tuvieron que salir de casa, encontrarse, hablarse, ver su hazaña en la mirada de los demás. El único que desafió los chaparrones, que se sucedían como en pleno abril, fue el alcalde. Salió por la tarde y se dirigió directamente a la fonda. Llegó calado hasta las cejas, y Schloss se quedó de piedra al verlo en la puerta, que había permanecido cerrada todo el día. Tampoco es que tuviera muchas ganas de abrir. Se había pasado horas arreglando el desaguisado, limpiándolo todo y manteniendo vivo un gran fuego para secar las baldosas y consumir el aire viciado. Acababa de conseguirlo. Todo volvía a estar igual que siempre: la sala, las mesas y las paredes. Como si la tarde anterior no hubiera pasado nada. Y en ese momento aparece Orschwir. Schloss lo mira como si fuera un monstruo, hecho una sopa, pero monstruo al fin y al cabo. El alcalde se quita la gran capa de pastor que se había echado por los hombros, la cuelga de un clavo junto a la chimenea, saca un enorme pañuelo arrugado y más bien sucio, se seca la cara, se suena en él y, por fin, se vuelve hacia Schloss, que espera con el codo apoyado en la escoba.

—Tengo que hablar con él. Ve a buscarlo.

Evidentemente, era una orden. Schloss no necesitaba ninguna precisión. En la fonda sólo estaban el Anderer y él. Como cada mañana, le había dejado la bandeja —con un bollo, un huevo crudo y una jarra de agua caliente— ante la puerta de su habitación. Y como cada mañana, poco después había oído pasos en la escalera y el ruido de la puerta de atrás, que se abría y volvía a cerrarse. Por ella su huésped solía salir para visitar a su yegua y su asno a la cuadra del tío Solzner, contigua a la fonda. Al rato, había vuelto a abrirse la puerta, la escalera había crujido de nuevo, y ya no se había oído nada más.

En un pueblo como el nuestro, el alcalde es todo un personaje. No será el dueño de la fonda quien se ponga a contradecirlo. Así que Schloss subió. Llamó a la puerta de la habitación. Se dio de bruces con la sonrisa del Anderer y le comunicó el recado. El Anderer sonrió aún más y volvió a cerrar la puerta sin responder. Schloss bajó de nuevo.

—Creo que ahora viene.

Eso le dice al alcalde. A lo que éste responde:

—Está bien, Schloss. Ahora, seguro que tienes mucho trabajo en la cocina, ¿verdad?

El fondista, que no es tonto, balbucea un sí. El alcalde se saca del bolsillo una pequeña llave de plata labrada, y la introduce en la cerradura de la puerta de la sala pequeña, la de la *Erweckens'Bruderschaft*.

—¿Tú no tienes llave? —le he preguntado a Schloss cuando me lo ha contado.

—¡Claro que no! ¡No he pisado esa sala en mi vida! No sé ni el aspecto que tiene, ni cuántas llaves hay, ni quién las guarda, aparte del alcalde y Knopf, y creo que Göbbler, aunque no estoy seguro.

Schloss ha venido a casa hace un rato. Ha arañado la puerta como un animal. Ha esperado a que la oscuridad fuera densa como la pez. Supongo que se ha deslizado pegado a los muros de las casas, sin hacer ruido, no fueran a verlo. Es la primera vez que pisa mi casa. Cuando lo he visto, me he preguntado qué podría querer. Fédorine lo ha mirado como si fuera una mierda de gato. No lo traga. Para ella, es un ladrón que vende a precio de oro las cuatro cosas que compra tiradas. Lo llama *Schlocheikei*, lo que es un juego de palabras intraducible entre el apellido del fondista y el adjetivo que en su antiquísima lengua equivale a «aprovechado». Le ha faltado tiempo para dejarnos solos con la excusa de que debía acostar a Poupchette. Al oír el nombre de mi hija, he visto en los ojos del fondista un destello triste, y he pensado en su hijito muerto; pero ese destello se ha apagado enseguida.

—Quería hablar contigo, Brodeck. Necesito hablar contigo para volver a demostrarte que no tengo nada contra ti, que no soy una mala persona. Me parece que la otra vez no acabaste de creerme. Te contaré una cosa. Utilízala como quieras, pero, te lo advierto, no digas que la has sabido por mí, porque lo negaré todo. Aseguraré que mientes. Que nunca te lo he dicho. Diré que jamás vine a verte. ¿Entendido?

No le he respondido. Yo no le había pedido nada. El que había venido era él. Él era quien tenía que hablar, pero sin esperar nada de mí.

El Anderer había acabado bajando de la habitación, y el alcalde lo hizo pasar a la sala de la hermandad. Luego cerró la puerta a sus espaldas.

—Yo me quedé en la cocina, como me había pedido Orschwir. Pero debes saber que el armario donde guardo los cubos y las escobas está empotrado en la pared, y que el fondo sólo es de tablas de madera, bastante mal ajustadas, que con los años han ido estropeándose, y ahora tienen agujeros del tamaño de ojos. Y ese armario da a la sala pequeña. Gerthe lo sabía. Y yo sé que algunas veces escuchaba lo que decían y lo que hacían, aunque nunca me lo confesó, porque creía, y con razón, que me enfadaría.

De modo que esa tarde, Schloss se comportó como nunca se había permitido. ¿Por qué? La gente hace cosas muy extrañas, tan extrañas que a veces, por mucho que te devanes los sesos, es imposible encontrarles explicación. Puede que Schloss quisiera demostrarse que era un hombre, desafiando una prohibición y superando una prueba, cambiando definitivamente de bando, haciendo lo que consideraba justo, o simplemente satisfacer una curiosidad reprimida durante largo tiempo. El caso es que se metió como pudo entre las escobas, los cubos, los recogedores y los trapos para el polvo y pegó la oreja a las tablas.

—Era una conversación muy extraña, Brodeck, extrañísima... Al principio, parecía que se entendían perfectamente, que no necesitaban muchas palabras, que hablaban el mismo idioma. El

alcalde empezó diciendo que no estaba allí para disculparse, que lo que había pasado la tarde anterior era desagradable, pero en el fondo un poco normal. El Anderer no rehusó.

«Aquí la gente es un poco bruta, ¿comprende? —prosiguió el alcalde—. Si tienen una pequeña llaga y les echan pimienta encima, empezarán a pegar patadas. Y sus dibujos eran puñados de pimienta, ¿no le parece?». «Los dibujos no tienen ninguna importancia, no piense más en ellos, señor alcalde —respondió el Anderer—. Si no los hubieran roto ellos, lo habría hecho yo».

Llegado a ese punto de su relato, que recitaba como si se lo hubiera aprendido de memoria, Schloss hizo una pausa.

—Lo que debes saber, Brodeck, es que cada una de sus frases iba seguida de grandes silencios. La respuesta a una pregunta no llegaba enseguida, y viceversa. Aquellos dos se estaban tanteando, estoy seguro. Su juegucito me recordaba lo que hacen los jugadores de ajedrez, aparte de estudiar y ejecutar las jugadas. No sé si me explico... —Hice un gesto ambiguo. Schloss se miró las manos entrelazadas y continuó.

Orschwir entró en materia: «¿Puedo preguntarle por qué motivo ha venido precisamente a nuestro pueblo?». «Me pareció digno de interés». «Pero está lejos de todo...». «Puede que viniera justo por eso. Quería ver cómo es la gente que vive lejos de todo». «La guerra hizo estragos, aquí como en todas partes». «La guerra destruye y destapa». «¿Qué quiere decir?». «Nada, señor alcalde. Es la traducción de un verso de un poema muy antiguo». «La guerra no tiene nada de poética». «No, desde luego que no». «Creo que sería mejor que se fuera. Usted despierta, seguramente sin querer, cosas dormidas. Eso no conducirá a nada bueno. Váyase, por favor».

Schloss no recordaba el resto palabra por palabra, porque Orschwir había renunciado a las frases cortas y se había perdido en los interminables circunloquios de una confusa perorata. Pero yo sé que es lo bastante astuto como para no avanzar a ciegas y sopesar sus ideas y palabras una a una, mientras fingía dudar y sentirse incómodo.

—Fue muy hábil —me confirmó Schloss—. Porque a fin de cuentas eran amenazas, sin serlo del todo. Podía interpretarse una cosa y la contraria. Y si al Anderer se le hubiera ocurrido reprocharle algo, siempre podía contestarle que lo había malinterpretado. Su juegucito duró un rato más, pero yo me estaba quedando entumecido en el armario y me faltaba el aire. Me zumbaban los oídos. Como si estuviera rodeado de abejas. Tengo demasiada sangre en la cabeza y a veces me aporrea las sienes. El caso es que, en un momento dado, los oí levantarse y dirigirse a la puerta. Pero antes de abrirla el alcalde aún dijo algo y, luego, hizo la última pregunta, la que más me sorprendió, porque le había cambiado la voz, y aunque no es hombre que se impresione con facilidad, creí percibir un deje de miedo en su tono. «Ni siquiera sabemos cómo se llama...». «¿Qué importa eso ahora? Un nombre no es nada. Podría no ser nadie, o ser todo el mundo», respondió el Anderer. «Quería preguntarle una cosa más —dijo Orschwir muchos segundos después—. Una cosa a la que llevo mucho tiempo dándole vueltas...». «Usted dirá, señor alcalde». «¿Lo ha enviado alguien?». El Anderer rió, con esa risilla suya, ya sabes, esa risilla casi de mujer. Al cabo de unos instantes que se hicieron muy, muy largos, acabó respondiendo: «Todo depende de sus creencias, señor alcalde, todo depende de sus creencias. Lo dejo a su discernimiento...». Y volvió a reírse. Y te lo juro, Brodeck, su risa me produjo un escalofrío.

Schloss había desembuchado. Parecía agotado y al mismo tiempo profundamente aliviado por la confidencia. Fui a por dos vasos y una botella de aguardiente.

—¿Me crees, Brodeck? —me preguntó un tanto angustiado mientras le llenaba el vaso.

—¿Y por qué no iba a creerte, Schloss?

El fondista bajó rápidamente la cabeza y apuró la bebida.

Me contara Schloss la verdad o no, tuviera o no lugar la conversación que me refirió, en los términos exactos que transcribo o en otros, más o menos parecidos, el hecho indudable es que el Anderer no se marchó del pueblo. Y lo que también es innegable es que, cinco días después, cuando la lluvia cesó y el sol volvió a asomar en el cielo, cuando unos y otros empezaron a salir de las casas, todas las conversaciones se referían a la última parte de la charla entre el alcalde y el Anderer. Aquello era peor que la yesca seca: estaba pidiendo arder. Si hubiéramos tenido un párroco con la cabeza en su sitio, unas cuantas palabras bien elegidas y un poco de sentido común lo habríamos apagado todo con cubos de agua bendita. Por el contrario, los delirios étlicos del padre Peiper echaron aún más leña al fuego al domingo siguiente, mientras farfullaba no sé qué memeces sobre el Anticristo y el Juicio Final encaramado al púlpito. Ignoro quién pronunció la palabra «Diablo», si fue él o algún otro, pero Peiper la echó y los demás la firmaron. Como el Anderer no había querido dar su nombre, el pueblo le puso uno. A medida. Un nombre que lleva siglos usándose, pero que no se estropea, siempre flamante. Eficaz. Definitivo.

La estupidez es una enfermedad que casa bien con el miedo. Una y otro se alimentan mutuamente, creando una gangrena que sólo pide propagarse. ¡Menuda mezcla la prédica de Peiper y las palabras pronunciadas por el Anderer!

El interesado seguía sin sospechar nada. Continuó con sus cortos paseos hasta el martes 3 de septiembre, sin sorprenderse de que ahora nadie le devolviera el saludo ni de que muchos se santiguaran en cuanto lo dejaban atrás. Los niños ya no lo seguían. Convenientemente sermoneados, ponían pies en polvorosa en cuanto lo veían a cien metros. Los más valientes, un día, incluso le arrojaron piedras.

Por las mañanas iba a la cuadra, como siempre, a visitar a su yegua y su asno. Pero, pese a la fianza y las cantidades que pagaba por adelantado al tío Solzner, comprobó que sus animales estaban desatendidos. El bebedero se hallaba vacío. Lo mismo que el comedero. No se quejó, sino que se ocupó él de lo necesario: los cepilló, los almohazó, les habló al oído, los tranquilizó... La *Señorita Julia* le enseñó los amarillentos dientes y el *Señor Sócrates* meneó la cabeza de arriba abajo y agitó la corta cola. Eso fue el lunes por la tarde. Presenció la escena cuando volvía a casa tras haber pasado la jornada en los bosques. El Anderer no me vio. Me daba la espalda. Estuve a punto de entrar en la cuadra, carraspear y hablar con él, pero me arrepentí. Me quedé en el umbral. Los animales me vieron. Posaron sus grandes y dulces ojos en mí. Aguarde un instante. Esperaba que uno de los dos indicara mi presencia, coceara levemente, soltara un gruñido, pero no. Nada de nada. El Anderer seguía acariciándolos y dándome la espalda. Seguí mi camino.

Al día siguiente, Diodème vino a buscarme. Jadeando, con la camisa fuera, los pantalones torcidos y el pelo revuelto.

—¡Ven! ¡Ven enseguida! —Yo estaba tallándole unos zuecos a Poupchette en dos trozos de abeto negro. Eran las once de la mañana—. ¡Vamos, ven! ¡Te digo que vengas! ¡Ven a ver lo que han hecho!

Su expresión era de un pánico tal que preferí no discutir. Dejé la gubia, me quité de un manotazo las virutas que me habían caído encima, como quien se sacude después de desplumar a una oca, y lo seguí.

Diodème no habló en todo el camino. Corría como si le fuera la vida en ello, y a mí me costaba seguirlo en sus zancadas. Veía que nos dirigíamos a la curva del Staubi, que bordea los huertos de Sebastian Uränheim, el mayor productor de berzas, nabos y puerros de todo el valle, pero no entendía por qué. En cuanto superamos la esquina de la última casa, lo vi. Una muchedumbre se congregaba en la orilla del río. Había allí mucha gente, hombres, mujeres y niños, cerca de un centenar, más o menos, que nos daban la espalda y miraban al río. De pronto, el corazón se me desbocó, e, idiota de mí, pensé en Poupchette y en Emélia. Me llamo idiota porque sabía que estaban en casa. Estaban hacía un momento, cuando Diodème había ido a buscarme. Así que la desgracia que acababa de ocurrir no podía afectarlas. Me tranquilicé y seguí avanzando.

La gente no decía nada, permanecía muda, y los rostros que iba dejando atrás mientras me acercaba a la orilla eran inexpresivos. Realmente, resultaba muy extraño avanzar entre aquellas facciones que no traslucían ninguna emoción, aquellos ojos que sólo miraban, que ni siquiera parpadeaban, aquellas bocas cerradas, aquellos cuerpos que empujaba, que me dejaban pasar, que casi atravesaba, como si carecieran de la menor consistencia, y que a continuación recuperaban su solidez y posición, como tentetiesos.

No estaría a más de tres o cuatro metros de la orilla, cuando oí el lamento. Era como un cántico sin palabras, triste y monocorde, que se te metía en los oídos y te helaba la sangre, aunque a fe que esa mañana hacía calor, porque después de la gran limpieza y el festival de trombas y truenos, el sol había vuelto por sus fueros. Casi había dejado atrás el gentío. Ante mí, sólo estaban ya el hijo mayor de Dörfer y su hermano pequeño, Schmutti, que es un poco retrasado y tiene los hombros descompensados y una cabeza desmesurada, grande como una calabaza y hueca como el tronco de un árbol muerto. Los aparté con suavidad y miré.

Todas aquellas personas se habían juntado donde el Staubi tiene más profundidad. Cerca de tres metros, aunque cuesta creerlo, porque el agua es tan clara y pura que se ve el fondo como si

podieras tocarlo con los dedos.

En mi vida he visto llorar a muchos hombres. He visto rodar muchas lágrimas. He visto a numerosos seres humanos machacados como nueces cascadas con una piedra, convertidos luego en desechos. En el campo, era el pan nuestro de cada día. Pero, pese al dolor y la desgracia de que he sido testigo, si tuviera que elegir entre la infinita galería de rostros crispados por el sufrimiento, de seres que de pronto comprenden que lo han perdido todo, que se lo han arrebatado todo, que no les queda nada, sería la cara del Anderer esa mañana de septiembre, a la orilla del Staubi, la que se impondría.

No lloraba. Tampoco hacía grandes aspavientos. Parecía partido por la mitad. Por un lado, estaba su voz, su lamento, ininterrumpido, que parecía una especie de canto fúnebre, algo que está más allá de las palabras, más allá de cualquier lenguaje, que viene del fondo del cuerpo y del alma, que es la voz del dolor. Y, por otro, sus temblores, sus estremecimientos, aquella cara redonda, que iba de la gente al río y del río a la gente, su cuerpo, enfundado en un lujoso batín de brocado tan fuera de lugar en aquel paisaje, y cuyos faldones, que había arrastrado por el barro y el agua, chorreaban y le azotaban las cortas piernas.

No comprendí de inmediato por qué se encontraba en aquel estado, por qué parecía un autómatas atrapado en una perpetua pantomima de la locura. Lo miraba con tanta atención, intentando hallar algún indicio en su rostro, en su boca entreabierta, en su batín de ministro plenipotenciario, que tardé en fijarme en lo que tenía en la mano derecha, algo parecido a una larga y espesa melena de un rubio un poco descolorido.

Eran las crines de la cola de su yegua, unas largas crines que se hundían en el agua, a modo de amarras todavía sujetas al muelle de un barco que se hubiera ido a pique con el cargamento y la tripulación. Bajo la superficie del río se veían dos grandes masas inmóviles, enormes, que la corriente mecía con mucha suavidad. Era una imagen irreal, casi apacible, de la gran yegua y el asno ahogados, con los ojos abiertos, flotando ingravidos entre dos aguas. Debido a no sé qué fenómeno inexplicable, el pelaje del asno estaba adornado con miles de minúsculas burbujas, redondas y relucientes como perlas, y las largas y ondulantes crines de la yegua se mezclaban con las algas, que en aquel sitio crecían en forma de tupidas chalinas, de tal modo que daba la sensación de contemplar a dos animales mitológicos ejecutando un ballet irreal. Un remolino les imprimía un movimiento circular de vals lento sin más música que el inesperado e irrespetuoso canto de un mirlo que hurgaba la tierra blanda del ribazo con el amarillo pico para extraer grandes lombrices rojas. Al principio pensé que, en el último momento, el instinto había impulsado al asno y a la yegua a encorvarse ligeramente y acercar las cuatro patas, como quien se acurruca, como quien se ovilla para no ofrecer más que la curva de la espalda al frío o al peligro. Pero luego advertí que, en realidad, les habían trabado las patas y se las habían atado entre sí con fuerza mediante cuerdas.

No sabía qué decir ni qué hacer. Y, si hubiera hablado, creo que el Anderer, sumido en su lamentación, ni siquiera me habría oído. Trataba de sacar del agua a la yegua, por supuesto sin éxito, porque el peso del animal era desmesurado para sus fuerzas. Nadie lo ayudó. Nadie tuvo un gesto hacia él. El único movimiento de la muchedumbre congregada a su espalda fue el de reflujos. Ya había visto bastante, y empezó a desfilar. Pronto no quedó nadie, aparte del alcalde, que llegó en el último momento acompañado por el Zungfrost, que guiaba un tiro de bueyes. Orschwir

contempló el espectáculo sin mostrar la menor sorpresa, ya fuera porque lo había visto antes, porque lo habían puesto al corriente o porque estaba en el ajo. Yo no me había movido.

—¿Qué crees que haces ahí, Brodeck? —me espetó mirándome con suspicacia. No entendí por qué me hacía esa pregunta ni supe qué responderle. Se dirigía a mí sin siquiera tener en cuenta la presencia del Anderer. «Una yegua y un asno no se atan las patas solos», estuve por contestar. Pero preferí callar—. Harías mejor yéndote a casa, como los demás —opinó. En el fondo tenía razón. Hice lo que me decía; pero, cuando ya me había alejado unos metros, me gritó—: ¡Brodeck! ¡Acompáñalo a la fonda, por favor!

No sé cómo, el Zungfrost había conseguido que el Anderer soltara su presa. Estaba inmóvil en la orilla, con los brazos caídos, observando al tartamudo, que ataba la cola de la *Señorita Julia* a una gran correa de cuero sujeta al yugo de los bueyes. Le puse la mano en el hombro, pero no reaccionó. Así que lo cogí del brazo y eché a andar. Se dejó llevar como un niño. Ahora estaba callado.

Un solo hombre no puede arreglarles las cuentas a dos animales de ese modo. Ni un par de hombres. Aquello era obra de varios. ¡De una expedición entera! Entrar en la cuadra, sin duda por la noche, no era tan difícil. Sacar a los animales, tampoco, porque eran cualquier cosa menos ariscos; más bien lo contrario: tranquilos y dóciles. Pero conseguir, una vez junto al río, porque debieron de hacerlo allí, que se tumbaran sobre el costado, o derribarlos, cogerles las patas, juntárselas, atárselas con fuerza y, por último, transportarlos o arrastrarlos y arrojarlos al agua... Ahí es nada. Tras darle muchas vueltas, creo que al menos tuvieron que ser cinco o seis, fornidos y que además no temieran llevarse una coz o un mordisco.

La crueldad de aquellas muertes no escandalizó a nadie. Algunos se dijeron que animales como aquéllos sólo podían ser criaturas del demonio. Hubo incluso quien aseguró haberlos oído hablar. Pero la mayoría pensó que quizá era la única forma de librarse del Anderer, de que cogiera el portante y se largara lejos, al sitio del que había venido, es decir, a un sitio que nadie quería ni conocer. Por lo demás, aquella salvajada estúpida era bastante paradójica, porque matar a sus monturas para darle a entender que debía marcharse era privarlo del único medio rápido de abandonar el pueblo. Pero los asesinos, de animales o de personas, rara vez reflexionan sobre sus actos.

No he matado a ninguna yegua ni a ningún asno.

He hecho cosas peores. Sí, mucho peores.

Por la noche, no paro de pasearme al borde del *Kazerskwir*.

También sueño con el vagón. Con los seis días en el vagón.

Y con sus noches, en una pesadilla que nunca pierde intensidad; sobre todo, con la quinta de esas noches.

Nos habían hecho subir al tren en la estación de S., tras dividirnos en dos grupos, como ya he dicho. Todos éramos *Fremdër*. Unos ricos y otros pobres. Unos procedentes del campo y otros, de la ciudad. Las diferencias desaparecieron enseguida. Nos metieron a empellones en grandes vagones sin ventanas. En el suelo de madera, había un poco de paja, pero ya estaba sucia. En condiciones normales, habrían podido ir sentadas unas treinta personas, aunque apretadas. Los guardias obligaron a entrar a más del doble. Hubo gritos, lamentos, protestas, sollozos. Un anciano se cayó. Algunos de los que estaban junto a él intentaron levantarlo, pero los guardias seguían haciendo entrar prisioneros, lo que provocaba movimientos bruscos, imprevisibles, de gran violencia, de modo que el anciano fue pisoteado por los mismos que intentaban salvarlo.

Fue el primer muerto del vagón.

Minutos después, con el cargamento completo a bordo, los guardias corrieron la gran puerta de hierro y echaron el cierre. La oscuridad nos envolvió. La luz del día ya sólo se filtraba por pequeñas rendijas. De pronto, el tren arrancó. Hubo una gran sacudida, que acabó de apretarnos los unos a los otros. Empezaba el viaje.

Ésas son las circunstancias en que conocí al estudiante Kelmar. La casualidad nos juntó. Kelmar estaba a mi derecha, mientras que a mi izquierda había una chica, una chica muy joven con un niño de meses, al que mantenía estrechado contra el pecho, siempre. Percibíamos a los demás, su calor y sus olores, el de sus cuerpos, pelo, sudor, ropa. No podíamos movernos sin obligar a moverse a los otros. No podíamos levantarnos ni desplazarnos. Las sacudidas del vagón nos apiñaban un poco más. Al principio, la gente hablaba en voz baja; luego, dejó de hablar. Se oyeron sollozos, pero muy pocos. A veces, un niño tarareaba una canción, pero la mayor parte del tiempo sólo reinaba el silencio, nada más que el silencio, el ruido de los ejes y el chirrido de las ruedas sobre los raíles. A veces, el tren avanzaba durante horas. Otras, permanecía parado, no sabíamos por qué. En seis días, la gran puerta no se abrió más que una vez, la mañana del quinto, no para dejarnos salir, sino para que unas manos sin rostro nos arrojaran encima cubos de agua templada.

A diferencia de los más previsores, Kelmar y yo no teníamos nada para comer ni beber. Pero curiosamente, al menos los primeros días, no lo notamos demasiado. Hablábamos en voz baja. Evocábamos recuerdos de la capital. Conversábamos sobre nuestras lecturas, compañeros que habíamos tenido en la universidad o sobre los cafés ante los que pasaba con Ulli Rätte y en los que Kelmar, que procedía de una familia acomodada, se reunía con amigos para tomar aguardiente flambeado, cerveza y grandes tazas de cremoso chocolate. Kelmar me hablaba de los suyos, de su padre, que era comerciante en pieles, de su madre, que se pasaba la vida tocando el piano en su gran casa de la margen del río, y de sus hermanas, que eran seis y tenían entre diez y dieciocho años. Me dijo sus nombres, pero no los recuerdo. Yo le hablaba de Emélia y Fédorine, de nuestro pueblo, de sus paisajes, de las fuentes, de los bosques, las flores y los animales.

Así que, durante tres días, nos alimentamos a base de palabras en la oscuridad y el fétido calor del vagón. A veces, conseguíamos dormir un poco por la noche, pero si no reanudábamos la conversación. El bebé que la chica estrechaba en los brazos no hacía el menor ruido. Cogía el pecho cuando su madre se lo daba, mas nunca lo reclamaba. Si tenía el pezón en la boca, lo veías ahuecar las delgadas mejillas e intentaba succionar un poco de leche; pero el flácido pecho parecía vacío, y la criatura no tardaba en cansarse de sorber en vano. Entonces, su madre le echaba un poco de agua en la boca, un agua que sacaba de una garrafa de cristal forrada de mimbre. En el vagón, había más gente que tenía tesoros parecidos: un poco de pan, un trozo de queso, galletas, embutido, agua... Los guardaban celosamente entre la ropa y la piel.

Al principio estaba sediento. Me ardía la boca. Era como si mi lengua, seca como madera vieja, se estuviera haciendo enorme y fuera a llenarme la boca hasta explotar. No me quedaba saliva. Mis dientes parecían brasas que clavaban sus pequeños puñales rojos en las encías. Tenía la sensación de que sangraban, pero al tocármelas comprendí que eran imaginaciones. Extrañamente, la sed fue desapareciendo poco a poco. Cada vez me sentía más débil, pero ya no tenía sed. Y apenas hambre. Kelmar y yo seguíamos hablando.

La chica no nos prestaba atención. No obstante, tenía que oírnos y sentirnos, como yo sentía su cadera, su hombro y a veces su cabeza, que chocaba con la mía o se apoyaba en ella durante el sueño. Nunca nos dirigió la palabra. Abrazaba a su hijo. Y, con el mismo cariño, sujetaba la garrafa de agua, que racionaba previsoramente para ellos dos.

Todos habíamos perdido la noción del tiempo y el espacio. No me refero al espacio concreto, que era el vagón, sino al espacio por el que aquél discurría. ¿Adónde se dirigía con su desesperante lentitud? ¿Cuál era su destino? ¿Qué regiones atravesábamos? ¿Figuraban en los mapas?

Hoy sé que no aparecían en ningún mapa, que nacían a medida que el vagón avanzaba hacia ellas. El vagón, y el resto de los vagones, todos idénticos, donde, como en el nuestro, se asfixiaban docenas de hombres, mujeres y niños, devorados por la sed, el hambre y la fiebre, y apretados unos contra otros, en algunos casos muertos contra vivos; nuestro vagón y los demás vagones inventaban minuto a minuto un país, el de la inhumanidad, el de la negación de toda humanidad, en cuyo centro se hallaba el campo. Ése era el viaje que estábamos haciendo, un viaje que ningún ser humano había hecho antes que nosotros, quiero decir, con tanto método, con tanto rigor, con tanta eficacia, sin dar margen a la improvisación.

Habíamos dejado de contar las horas, las noches, la aparición del sol entre las tablas. Al principio, el cómputo nos había ayudado, como también intentar orientarnos, decirnos que íbamos

hacia el este, o más bien hacia el sur, o puede que hacia el norte. Luego, renunciábamos a lo que sólo era fuente de sufrimiento. Ya no sabíamos nada. Creo que ni siquiera esperábamos llegar a ningún sitio. Ese deseo nos había abandonado.

Mucho más tarde, al volver a pensarlo, tratando de recordar, tratando de revivir el terrible viaje, llegué a la conclusión de que habían sido seis días con sus noches. Y, desde entonces, me he dicho a menudo que ese lapso de tiempo no era casual. Nuestros verdugos creían en Dios. Sabían de sobra que, según las Escrituras, Él había tardado seis días en crear el mundo. Seguramente, estaban persuadidos de que necesitaban otros seis para empezar a destruirlo. A destruirlo en nosotros. Y si para Él el séptimo día había sido el del descanso, para nosotros, cuando los verdugos abrieron las puertas de los vagones y nos hicieron salir a bastonazos, fue el del fin.

Pero para Kelmar y para mí, también hubo un quinto día. Por la mañana, las puertas se entreabrieron y nos arrojaron cubos de agua, agua templada, turbia, que cayó sobre nuestros cuerpos, sucios y apelotonados, en algunos casos inertes, y que en lugar de refrescarlos, de aliviarlos, los dejó marcados como una gran quemadura. Era como si aquella agua sucia, en vez de apaciguarnos, nos hubiera recordado el agua pura, clara, límpida que habíamos bebido con avidez en nuestra vida.

Volvió la sed. Pero en esta ocasión, seguramente porque nuestros cuerpos estaban al borde de la inanición y nuestras mentes, demasiado débiles, eran presa fácil del delirio, la sed se volvió como loca y nos enloqueció. Que no se me malinterprete; no estoy buscando excusas para lo que hicimos.

La chica que estaba pegada a mí seguía viva, y el niño también. Al menos, respiraban, débilmente, pero respiraban. Lo que los había mantenido con vida era la garrafa, garrafa que a Kelmar y a mí nos parecía inagotable y en la que aún quedaba agua. La oíamos chocar contra las paredes de cristal cada vez que el vagón daba una sacudida. Era una música deliciosa e insoportable, que recordaba el murmullo de un arroyuelo, el borboteo de un manantial, la melodía de una fuente. Exhausta, la chica cerraba los ojos cada vez más a menudo, abandonándose a una especie de pesada modorra, de la que despertaba bruscamente, sobresaltada, al cabo de unos instantes. En unos días, su cara había envejecido diez años, lo mismo que la de su pequeño, que iba adoptando las curiosas facciones de un viejecillo del tamaño de un recién nacido.

Kelmar y yo habíamos dejado de hablar hacía tiempo. Cada cual se las apañaba con los bandazos de su cerebro y zurría su pasado y su presente como Dios le daba a entender. El vagón apestaba a carne en descomposición, excrementos y vómitos, y, cuando reducía la marcha, un enjambre de moscas lo tomaban al asalto, abandonando los apacibles campos, la hierba verde y la tierra inmóvil para colarse entre las tablas y amenizar nuestra agonía con sus zumbidos.

Lo que vimos, creo que lo vimos a la vez. Y volvimos la cabeza el uno hacia el otro al mismo tiempo. Ese intercambio de miradas lo decía todo. La chica se había dormido de nuevo;

pero, por primera vez, sus débiles brazos habían soltado al pequeño y la garrafa de agua. El niño, que apenas abultaba, seguía pegado al cuerpo de su madre, mas la garrafa había rodado por su propio peso hasta detenerse a unos centímetros de mi pierna izquierda. Kelmar y yo nos entendimos sin decir palabra. No sé si nos paramos a pensar. No sé si había nada que pensar y, sobre todo, si aún estábamos en condiciones de hacerlo. En el fondo, tampoco sé qué parte de nosotros tomó la decisión. Nuestras manos se posaron en la garrafa al mismo tiempo. No hubo vacilación. Sólo un último intercambio de miradas entre ambos, que nos bebimos, por turnos,

aquella agua caliente contenida entre las paredes de cristal, apuramos hasta la última gota, cerrando los ojos, con avidez, como nunca habíamos bebido, con la certeza de que lo que descendía por nuestras gargantas era la vida, sí, la vida, y aquella vida tenía un sabor delicioso y repugnante, maravilloso y terrible, reconfortante y desgarrador, un gusto del que creo que me acordaré con horror hasta el final de mis días.

La chica murió hacia el atardecer, después de gritar largo rato. Su hijo, aquel arrugado y pálido cuerpecillo de frente inquieta y párpados hinchados, le sobrevivió unas horas. Su madre había muerto después de golpear con los puños a cuantos estábamos alrededor. Tras haberlos llamado ladrones y asesinos. Tenía los puños tan débiles y esqueléticos que, cuando me golpeaba, parecía que me acariciaba. Yo fingía dormir. Y Kelmar también. La poca agua que habíamos bebido nos había repuesto algunas fuerzas, y también algo de lucidez. La suficiente para lamentar nuestra conducta, para que nos pareciera abominable, para no atrevernos a abrir los ojos, a mirarla, a mirarnos. Seguramente, la chica y su bebé habrían muerto de todas formas; pero esa idea, por razonable que fuera, no bastaba para borrar la indignidad de lo cometido. Nuestro acto suponía el gran triunfo de nuestros verdugos. Lo sabíamos. En esos momentos, puede que Kelmar fuera aún más consciente que yo, porque poco después decidió no seguir avanzando. Decidió morir pronto. Decidió castigarse.

Yo decidí vivir, y mi castigo es la vida. Así es como veo las cosas. Mi castigo son todos los sufrimientos que he padecido desde entonces. Es el Perro Brodeck. Es el silencio de Emélia, que a veces interpreto como el mayor reproche. Son las pesadillas de cada noche. Y es, sobretodo, esta permanente sensación de habitar un cuerpo que robé un día gracias a unas cuantas gotas de agua.

Anoche salí del cobertizo empapado en sudor, pese a que el frío, la niebla y el *Graufrozt* —esa fina escarcha, gris en vez de blanca, que sólo se ve aquí— lo envolvían todo. Sólo tenía que recorrer diez metros para encontrar a Fédorine en la cocina, Poupchette en su cuna y Emélia en nuestra cama, pero me parecieron interminables. En casa de Göbbler había luz. ¿Estaría vigilándome? ¿Se habría acercado al cobertizo para escuchar el irregular tecleo de la máquina? Me traía sin cuidado. Yo había seguido mi camino. Había vuelto al vagón. Lo había dicho todo.

Al llegar a nuestra habitación, antes de meterme en la cama caliente, guardé las hojas en la bolsa de lino, como cada noche, y esta mañana, como cada mañana, he atado la bolsa con mi confesión alrededor de la cintura de Emélia. Llevo haciéndolo semanas. Emélia deja que la toque sin prestarme atención, pero esta mañana, cuando iba a retirar la mano de su vientre, he sentido que me la apretaba un poco. No ha sido más que un momento. Y apenas he visto nada, porque la habitación todavía estaba a oscuras. Pero no lo he soñado. Estoy seguro. Tal vez fuera un gesto involuntario, pero parecía una caricia, el esbozo o el recuerdo de una caricia.

Son algo más de las doce de un día sin colores. La noche no ha acabado de irse. Un sol perezoso deja huir su luz, y la escarcha sigue cubriendo los tejados y los árboles. Poupchette tira de la piel del rostro de Fédorine en todas direcciones, y la anciana se lo consiente sonriendo. En su sitio, Emélia canturrea mirando por la ventana.

Acabo de terminar el informe. Dentro de unas horas, iré a llevárselo a Orschwir, y todo habrá acabado. Al menos, eso espero. No me he metido en honduras. He intentado contar sin acusar. Pero no he maquillado nada. No he arreglado nada. Me he limitado a seguir la pista. Sólo he tenido que llenar las lagunas del último día del Anderer, el que precedió al *Ereigniës*. Una jornada de la que nadie ha querido hablarme. Nadie ha querido decirme nada.

Así pues, la famosa mañana del descubrimiento de los cadáveres del asno y la yegua, acompañé al Anderer a la fonda. Schloss nos abrió la puerta. Nos miramos sin hablar. El Anderer subió a su habitación. No volvió a salir en todo el día. Dejó intacta la bandeja que le subió Schloss.

El pueblo reanudó su actividad habitual. La temperatura, más llevadera, animó a los hombres a volver al campo y a los bosques. Los animales también levantaron cabeza. El *Señor Socrates* y la *Señorita Julia* ardieron en una pira alzada cerca del río. Los niños se pasaron el día contemplando el espectáculo y arrojando ramas a la hoguera, y por la tarde volvieron a casa con el pelo y la ropa oliendo a carne quemada y madera carbonizada. Y llegó la noche.

Los primeros gritos se oyeron una hora después de la puesta del sol. Una voz ligeramente aguda, clara y cargada de pena chillaba ante todas las puertas: «¡Asesinos! ¡Asesinos!». Era la voz del Anderer, que como un extraño sereno iba recordando a los habitantes del pueblo lo que habían hecho, o no habían impedido. Nadie lo vio, pero todos lo oyeron. No abrieron la puerta. No abrieron los postigos. Se taparon los oídos. Se arrebujaron en las sábanas.

Al día siguiente, en las tiendas, en los bares, en las esquinas de las calles y en los campos, se comentó un poco. Un poco. Y se pasó a otro tema. El Anderer seguía invisible. Encerrado en su habitación. Era como si hubiera desaparecido, como si hubiera volado. Pero a la noche siguiente, dos horas después de ocultarse el sol, volvió a oírse la misma cantinela lúgubre en todas las calles, ante todas las puertas: «¡Asesinos! ¡Asesinos!».

Yo rezaba para que callara. Sabía cómo iba a terminar aquello. La yegua y el asno sólo serían el prólogo. Bastarían para enfriar la sangre de los exaltados durante algún tiempo, pero, si volvían a crispales los nervios, se les ocurrirían otras ideas, ideas drásticas. Traté de avisarlo. Fui a la fonda. Llamé a la puerta de su habitación. No obtuve respuesta. Pegué la oreja a la madera. No oí nada. Probé a abrir. Estaba cerrada con llave. En ese momento, me vio Schloss.

—¿Se puede saber qué andas haciendo, Brodeck? ¡Ni siquiera te he visto entrar!

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¡El Anderer!

—Déjalo, Brodeck, déjalo, por favor...

Fue lo único que dijo Schloss ese día. Luego, dio media vuelta y se marchó.

Esa noche, a la misma hora que los demás días, la ronda se repitió, y con ella los gritos. Pero esta vez, se abrieron postigos y volaron piedras e insultos. Lo que no impidió al Anderer seguir su camino y continuar gritando en la oscuridad: «¡Asesinos! ¡Asesinos!». Me costó dormirme. En noches como éstas, he aprendido que los muertos nunca abandonan a los vivos. Se encuentran sin haberse conocido. Se juntan. Vienen a sentarse al borde de nuestra cama, al borde de nuestra noche. Nos miran y penetran en nuestros sueños. A veces, nos acarician la frente y, a veces también, deslizan sus descarnadas manos por nuestra mejilla. Intentan abrirnos los párpados, pero, cuando lo consiguen, no siempre los vemos.

El día siguiente me lo pasé cavilando, sin moverme. Pensaba en la Historia, con mayúsculas, y en mi historia, en la nuestra. ¿Los que escriben la una conocen la otra? ¿Cómo retiene la memoria de algunos lo que otros han olvidado o jamás han visto? ¿Quién tiene razón, el que no se decide a arrojar a la oscuridad los momentos pasados, o quien arroja a la nada lo que no le interesa? Puede que vivir, seguir viviendo, sea saber que lo real no lo es totalmente, puede que sea elegir otra realidad cuando la que hemos conocido adquiere un peso insoportable. Después de todo, ¿no es eso lo que yo hice en el campo? ¿No elegí vivir en el recuerdo y el presente de Emélie, proyectando mi vida real a la irrealidad de la pesadilla? ¿Será la Historia una verdad superior compuesta de millones de mentiras individuales cosidas unas a otras, como las viejas colchas que cuando era pequeño hacía Fédorine para sobrevivir? Parecían nuevas, flamantes, con su arco iris de colores, pero estaban hechas de retales disparejos, de lanas de dudosa calidad y procedencia desconocida.

Cuando el sol se ocultó, seguía sentado en la silla. A oscuras. Fédorine no había encendido ninguna vela. Estábamos los cuatro a oscuras y en silencio. Esperando. Esperando que los gritos

del Anderer, su tétrica recriminación, volvieran a resonar en la noche. Pero no se oía nada. Fuera, reinaba la oscuridad. Y el silencio. Y, de pronto, tuve miedo. Sentí que el miedo crecía en mi interior, en mi vientre, bajo mi piel, en todo mi ser, como no lo había experimentado en mucho tiempo. Poupchette canturreaba. Tenía un poco de fiebre. Los jarabes y las infusiones de Fédorine no conseguían quitársela. Para entretenerla, la anciana le contaba historias. Acababa de empezar la del pobre sastre Bilissi, cuando me pidió que fuera por un poco de mantequilla a la fonda de Schloss, para hacerle mantecados a Poupchette y así por la mañana pudiera mojarlos en la leche. Tardé unos segundos en reaccionar. No quería salir de casa, pero Fédorine insistió. Acabé accediendo. Cogí la chaqueta y me dirigí a la puerta mientras oía la voz de la anciana, que pronunciaba las primeras frases de la historia, y a mi Poupchette, que, colorada y con los ojos brillantes de fiebre, tendía hacia mí sus manitas diciendo:

—¡Papá! ¡Vuelve, papá, vuelve!

La historia de Bilissi es una historia curiosa. Y, seguramente, la que más me intrigaba cuando Fédorine me la contaba de niño, porque al escucharla tenía la sensación de que el suelo desaparecía bajo mis pies, de que ya no podía agarrarme a nada y de que cuanto tenía ante los ojos podía no existir realmente.

Bilissi es un sastrecillo muy pobre, que vive con su madre, su mujer y su hijita en un destartado caserón situado en la ciudad imaginaria de Pitopoï. Un día, lo visitan tres caballeros. El primero se acerca a él y le encarga un traje de terciopelo rojo para su señor el rey. Bilissi se pone a coser y hace el traje más hermoso que se haya confeccionado jamás. El caballero vuelve para recogerlo y le dice a Bilissi:

—El rey estará contento. Dentro de dos días, recibirás tu recompensa.

Dos días después, Bilissi ve morir a su madre ante sus ojos. «¿Y ésta es mi recompensa?», se dice sumido en la tristeza.

A la semana siguiente, el segundo caballero llama a la puerta de Bilissi. Le encarga un traje de seda azul para su señor el rey. Bilissi empieza a coser y acaba el vestido más hermoso que se haya visto jamás, aún más hermoso que el traje de terciopelo rojo. El caballero vuelve por él y le dice a Bilissi:

—El rey estará contento. Dentro de dos días, recibirás tu recompensa.

Dos días después, Bilissi ve morir a su mujer ante sus ojos. «¿Y ésta es mi recompensa?», piensa con amargura.

A la semana siguiente, el tercer caballero llama a la puerta de Bilissi. Le encarga un traje de brocado verde para su señor el rey. Bilissi duda, intenta negarse, asegura que tiene demasiado trabajo... Pero el caballero echa mano a la espada. Bilissi acaba aceptando el encargo. Se pone a trabajar y confecciona el traje más hermoso que se haya cosido jamás, aún más hermoso que el traje de seda azul, y mucho más que el traje de terciopelo rojo. El caballero vuelve para recogerlo y le dice a Bilissi:

—El rey estará muy contento: Dentro de una semana, recibirás tu recompensa.

Pero Bilissi responde:

—Que se quede el traje y se guarde la recompensa. No quiero nada. Soy muy feliz con lo que tengo.

—Haces mal, Bilissi —le advierte el caballero—. El rey tiene el poder de la vida y la muerte. Quería hacerte padre dándote la hija que siempre has deseado.

—Pero si yo ya tengo una hija... —responde Bilissi—. Y es toda mi alegría.

—Mi pobre Bilissi... —replica el caballero mirando al sastrecillo—. El rey te ha privado de cuanto tenías, madre y esposa, y tú no te has entristecido demasiado; pero ahora quería darte lo que no tienes: una hija, porque la hija que crees tener no es más que una ilusión, y estás completamente solo. ¿De verdad piensas que los sueños son más valiosos que la vida?

El caballero no esperó la respuesta de Bilissi, que por otra parte no sabía qué contestar. Se dijo que el caballero se burlaba de él. Entró en casa, tomó en brazos a su hija, le cantó una canción, le dio de comer y, al acabar, la besó, sin darse cuenta de que sus labios sólo besaban el aire y que jamás de los jamases había tenido hijos.

No voy a repetir lo que ya he contado al principio de esta larga historia: mi llegada a la fonda, el silencioso pleno de los hombres del pueblo, sus caras, mi miedo, el terror que experimenté cuando comprendí lo que habían hecho y, luego, el círculo de sus cuerpos cerrándose en torno a mí, su petición y mi promesa de escribir el informe con mi vieja máquina.

Como ya he dicho, el informe está acabado. Ya he hecho lo que querían. Sólo resta llevárselo al alcalde. Lo que haga luego con él no es asunto mío.

Ayer —pero ¿fue realmente ayer?— le llevé el informe a Orschwir. Me presenté en su casa con las hojas bajo el brazo, sin avisarlo. Atravesé el pueblo. Era muy temprano. No me encontré con nadie, aparte del Zungfrost.

—¡No... no ha... no hace calor, Brodeck!

Le di los buenos días y seguí mi camino.

Entré en la granja de Orschwir. Me crucé con los criados y me crucé con los cerdos. Nadie me prestó atención, ni los hombres ni los animales. Ni me miraron.

Encontré a Orschwir sentado ante la gran mesa, como cuando había ido a verlo a la mañana siguiente al *Ereigniës*. Pero ayer no estaba comiendo. Simplemente, tenía las manos entrelazadas sobre la mesa y parecía meditar. Cuando me oyó entrar, alzó la cabeza y esbozó una sonrisa.

—¡Hombre, Brodeck! ¿Qué tal? Estaba esperándote. Sabía que vendrías esta mañana.

En otras circunstancias, puede que le hubiera preguntado cómo lo sabía, pero, para mi sorpresa, aquella mañana solamente sentía indiferencia, o más bien desinterés, desinterés respecto a muchas preguntas y sus respuestas. Orschwir y los demás ya habían jugado bastante con mi persona. El ratón había aprendido a no hacer ni caso a los gatos; y, si los gatos se aburrían, sólo tenían que arañarse entre sí. Que no contaran más conmigo. Me habían encargado un trabajo. Ya estaba hecho. Ya estaba dicho.

Dejé las hojas en las que había recogido los hechos delante del alcalde.

—Aquí está el informe que me pedisteis.

Orschwir las cogió con un gesto mecánico. Nunca lo había visto tan distraído, tan pensativo. Hasta sus rasgos habían perdido su habitual brutalidad. Una especie de tristeza atenuaba un tanto su fealdad.

—El informe... —murmuró pasando las hojas.

—Quiero que lo leas ahora, delante de mí, y que me digas algo. Tengo tiempo. Esperaré.

Orschwir me sonrió.

—Como quieras, Brodeck, como quieras... Yo también tengo tiempo —se limitó a decir.

Y empezó a leer desde el principio, desde la primera frase. La silla era cómoda. Me recosté en el respaldo e intenté averiguar lo que sentía por su expresión, pero Orschwir leía sin traslucir ninguna emoción. Sin embargo, de vez en cuando se pasaba la gruesa mano por la frente, se frotaba los párpados, como si no hubiera dormido, o se mordía el labio con fuerza, sin ni siquiera percatarse.

Fuera, la enorme granja se despertaba. Ruidos de pasos, gritos, gruñidos, cubos de agua arrojada al suelo, voces, chirridos de ejes... Todo un mundo que renacía un día como cualquier otro, en el fondo, durante el que, en todas partes, unos hombres nacerían y otros morirían, en un movimiento perpetuo.

La lectura duró horas. No sabría decir cuántas. Mientras, mi mente parecía tranquilizarse. La había dejado libre, como después de un gran esfuerzo, para que corriera a sus anchas y tomara un poco el aire, para que fuera a donde le apeteciera.

Sonó el reloj. Orschwir había acabado de leer. Carraspeó tres veces, recogió las hojas, hizo un fajo con ellas, procurando que ninguna sobresaliera, y posó en mí sus grandes y abotagados ojos.

—¿Y bien?

Esperé un poco antes de responder. Se levantó y empezó a deambular lentamente alrededor de la gran mesa, enrollando el fajo de hojas, como para hacerse una especie de cetro.

—Soy el alcalde, Brodeck, eso ya lo sabes. Lo que no creo que sepas es lo que eso significa para mí. Escribes bien, Brodeck; no nos equivocamos eligiéndote. Y te gustan las metáforas, quizá demasiado, pero en fin... Voy a hablarte con metáforas. Has visto a nuestros pastores en los prados muchas veces, y los conoces. Ignoro si quieren o no quieren a los animales que les confían. Además, que los quieran o los dejen de querer no es asunto mío, ni suyo, creo yo. La gente les confía sus animales. El pastor tiene que encontrarles hierba en abundancia, agua pura, apriscos resguardados del viento... Tiene que protegerlos de cualquier peligro, alejarlos de pendientes demasiado abruptas, de rocas de las que podrían despeñarse, de determinadas plantas que pueden provocarles hinchazón y la muerte, de ciertas alimañas o rapaces que podrían atacar a los más débiles y, por supuesto, de los lobos, cuando vienen a merodear alrededor del rebaño. Un buen pastor sabe y hace todo eso, quiera o no a sus animales. Y los animales, me dirás tú, ¿quieren al pastor? Eso te pregunto. —En realidad, Orschwir no estaba preguntándome nada. Ni siquiera me miraba. Seguía dando vueltas alrededor de la gran mesa sin dejar de hablar, con la cabeza baja y golpeándose la palma de la mano izquierda con el informe—. Para empezar, ¿saben los animales que tienen un pastor que hace todo eso por ellos? ¿Lo saben? No lo creo. Me parece que sólo les interesa lo que ven entre las patas y justo delante del hocico: la hierba, el agua, la paja en la que duermen... Nada más. Un pueblo es pequeño, y también frágil. Tú lo sabes. Lo sabes bien. El nuestro sobrevivió de milagro. La guerra le pasó por encima como una enorme rueda de molino, no para convertirlo en grano, sino para aplastarlo y aniquilarlo. Sin embargo, conseguimos desviar un poco la rueda. No lo aplastó todo. No todo. Con lo que quedó, el pueblo tuvo que volver a levantarse. —Se había parado ante la gran estufa de porcelana azul y verde que ocupa un ángulo. Se inclinó y cogió un tronco del pequeño montón cuidadosamente arrimado al muro. Abrió la portezuela de la estufa y lo arrojó dentro. Las llamas, pequeñas y vivarachas, danzaron a su alrededor. El alcalde no cerró la portezuela. Se quedó mirando las llamas. Su alegre chisporroteo parecía la música que el viento arranca a veces a las ramas de algunos robles, llenas de hojas secas a mitad de otoño—. El pastor siempre ha de pensar en el mañana. Todo lo que pertenece al ayer pertenece a la muerte; lo que importa es vivir, y tú, Brodeck, que volviste de donde no se vuelve, lo sabes mejor que nadie. Yo, por mi parte, tengo que conseguir que los demás también puedan vivir y vean el día siguiente...

En ese momento lo comprendí.

—No puedes hacer eso —le dije.

—¿Y por qué no, Brodeck? Soy el pastor. El rebaño cuenta conmigo para que aleje todos los peligros, y el recuerdo es uno de los más terribles. No hace falta que te lo explique a ti, que lo recuerdas todo, que recuerdas demasiado. —Me dio dos golpecitos en el pecho con el informe, para mantenerme a distancia o para meterme una idea en la cabeza, como quien hunde un clavo en una tabla—. Es el momento de olvidar, Brodeck. Los hombres necesitan olvidar.

Acto seguido, Orschwir metió el informe en la estufa muy lentamente. En un segundo, las hojas, apretadas unas a otras, se abrieron como los pétalos de una extraña flor, enorme y atormentada, y a continuación se retorcieron, se tornaron rojas, negras y, por fin, grises, y se deshicieron una a una, mezclando sus fragmentos en un polvo incandescente que las llamas aspiraron de inmediato.

—Mira —me susurró al oído—. Ya no queda nada, nada de nada. ¿Eres menos feliz?

—¿Has quemado unos papeles, no lo que tengo en la cabeza!

—Es verdad, sólo eran papeles, pero esos papeles contenían cuanto el pueblo quiere olvidar, y olvidará. Todo el mundo no es como tú, Brodeck.

Cuando llegué a casa, se lo conté a Fédorine. La anciana tenía en brazos a Poupchette, que estaba durmiendo la siesta. Las mejillas de mi hija son tan delicadas como las flores de los melocotoneros, las primeras que vienen a alegrar nuestros huertos con su rosa pálido a comienzos de la primavera. Aquí las llamamos *Blumparadz*, las flores del paraíso. Pensándolo bien, es un nombre curioso. Como si el paraíso pudiera hallarse en la tierra, como si, de hecho, pudiera existir en algún sitio... Emélie estaba sentada junto a la ventana.

—¿Tú qué opinas, Fédorine? —acabé preguntándole.

La anciana sólo murmuró palabras entrecortadas y carentes de sentido. No obstante, pasados unos minutos, respondió:

—La decisión es tuya, Brodeck, sólo tuya. Nosotras haremos lo que decidas.

Las miré a las tres, a la niña pequeña, la mujer joven y la vieja abuela. Una dormía como si todavía no hubiera nacido. La otra cantaba como si no estuviera allí. Y la tercera me hablaba como si ya se hubiera ido.

Al cabo de unos instantes, con una voz extraña, que no parecía la mía, respondí:

—Nos iremos mañana.

Volví a sacar la vieja carreta, la carreta con la que Fédorine y yo habíamos llegado al pueblo hace ya tantos años. No esperaba volver a utilizarla un día. No esperaba que hubiera otra partida. Pero puede que para los que son como nosotros, para quienes se parecen a nosotros, no haya más que partidas, eternas partidas.

Ahora estoy lejos.

Lejos de todo.

Lejos de los otros.

Me he ido del pueblo.

Por lo demás, puede que ya no esté en ningún sitio. Puede que ya no esté en la historia. Puede que ya no sea más que el viajero de la fábula, si es que ha llegado la hora de la fábula.

He dejado la máquina en la casa. Ya no la necesito. Ahora escribo en mi cabeza. No existe libro más íntimo. Ése no podrá leerlo nadie. No tendré que esconderlo. Es imposible de encontrar.

Esta madrugada, al despertar, he notado que Emélia estaba pegada a mí y he visto que Poupchette seguía durmiendo en la cuna, con el pulgar en la boca. Las he cogido en brazos a las dos. En la cocina, Fédorine ya estaba lista. Nos esperaba. Los hatos estaban preparados. Hemos salido sin hacer ruido. También he cogido en brazos a Fédorine; es tan vieja y tan poca cosa que no pesa nada. La vida la ha desgastado. Como una sábana lavada miles de veces. He echado a andar, llevando a mis tres tesoros y tirando de la carreta. Creo que antaño hubo un viajero que se marchó de una ciudad en llamas del mismo modo, con su anciano padre y su hijo pequeño sobre los hombros. Habré leído la historia en algún sitio. Sí, la habré leído. He leído tantos libros... O tal vez nos la contara Nösel. Aunque también pude oírsele a Kelmar o Diodème.

Las calles estaban tranquilas y las casas dormían. Igual que sus moradores. Nuestro pueblo era el mismo de siempre, un rebaño, como había dicho Orschwir, sí, un rebaño de casas apretadas unas a otras, tranquilas bajo el cielo todavía negro pero sin estrellas, vacío, inerte, como las piedras de sus muros. He pasado ante la fonda de Schloss. En la cocina, brillaba una lucecita. He pasado ante el café de la tía Pitz, ante la herrería de Gott, ante la panadería de Wirfrau, al que he oído amasando pan... He pasado ante el mercado, ante la iglesia, ante la ferretería de Röppel, ante la carnicería de Brochiert. He pasado por delante de cada una de las fuentes y en todas he bebido un sorbo, a modo de despedida. Todos esos sitios estaban intactos, vivos... Me he detenido un instante ante el monumento a los caídos en la guerra y he vuelto a leer la inscripción: los nombres de los dos hijos de Orschwir, el de Jenkins, nuestro policía, los de Cathor y Frippman, y el mío, medio borrado. No me he entretenido mucho, porque notaba la mano de

Emélia en mi cuello; sin duda intentaba decirme que nos fuéramos, pues nunca le gustó que, cuando pasábamos cerca del monumento, me parara y leyera los nombres en voz alta.

Era una hermosa noche, fría y clara, una noche que, además, no parecía querer acabar, que se arrebuja en su negrura, dando vueltas y más vueltas, como quien holgazanea en la cama por la mañana, al calor de las sábanas. He rodeado la granja del alcalde. Oía a los cerdos en sus corrales. También he visto a Lise, la Keinauge, cruzando el patio con un cubo que parecía lleno de leche y rebosaba a medida que avanzaba, dejando tras ella un fino reguero blanco.

He seguido andando. He cruzado el Staubi por el viejo puente de piedra. Me he detenido un instante para oír su murmullo por última vez. Un río cuenta muchas cosas, a poco que sepas escuchar. Pero la gente nunca escucha lo que cuentan los ríos, lo que cuentan los bosques, los animales, los árboles, el cielo, las rocas de las montañas, los demás hombres... Sin embargo, hay un tiempo para hablar y otro para escuchar.

Poupchette todavía no ha despertado y Fédorine dormita. Emélia, en cambio, tiene los ojos muy abiertos. Las he llevado a las tres sin esfuerzo. No he sentido ningún cansancio. Poco después del puente, he visto a *Ohnmeist* a unos cincuenta metros. Parecía estar esperándome para enseñarme el camino. Se ha puesto en marcha con paso cansino y me ha precedido durante más de una hora. Hemos subido por el sendero que conduce a la meseta del Haneck. Hemos atravesado los grandes bosques de coníferas, que huelen a musgo y espino. La nieve formaba blancas corolas al pie de los grandes abetos y el viento balanceaba sus copas y arrancaba tenues crujidos a sus troncos. Cuando hemos llegado al extremo superior del bosque y hemos empezado a caminar por los prados del Bourenkopf, *Ohnmeist* ha echado a correr hasta una roca y ha trepado a ella. En ese momento, el alba ha empezado a arrojar sus primeras luces, y me he dado cuenta de que no se trataba del perro sin amo, de aquel *Ohnmeist* que se paseaba por nuestras calles y casas como si fueran su reino, sino de un zorro, un zorro muy bonito y muy viejo, por lo que he podido apreciar, que se ha quedado quieto, ha vuelto la cabeza hacia mí, me ha mirado largo rato y luego, con un rápido y grácil salto, ha desaparecido entre las retamas.

Camino sin cansarme. Soy feliz. Sí, soy feliz.

Las cimas que me rodean son mis cómplices. Van a ocultarnos. Hace unos instantes, junto al calvario del hermoso y extraño Cristo, me he vuelto para lanzar una última mirada a nuestro pueblo. Desde aquí, la vista es espléndida. El pueblo se ve muy pequeño. Las casas parecen de juguete. Tienes la sensación de que, si extendieras la mano, casi te cabrían en la palma. Pero esta mañana no he visto eso. Por más que he mirado, no he visto nada. Sin embargo, no había niebla, ni nubes ni bruma. Pero allí abajo no se veía ningún pueblo. No había ningún pueblo. El pueblo, mi pueblo, había desaparecido por completo. Y, con él, todo lo demás, las figuras, el río, los seres vivos, los dolores, las fuentes, los senderos que acababa de recorrer, los bosques, las rocas... Era como si el paisaje y cuanto había formado parte de él se hubieran borrado a mi paso. Como si, a medida que avanzaba, alguien hubiera ido desmontando el decorado, plegando los bastidores, apagando las luces. Pero de eso no tengo la culpa yo, Brodeck. No soy responsable de esa desaparición. No la he provocado. No la he deseado. Lo juro.

Me llamo Brodeck y no tuve nada que ver.

Mi nombre es Brodeck.

Brodeck.

Recuérdenlo, por favor. Brodeck.

Nota del autor

El lector encontrará, repartidas por estas páginas, frases que he tomado prestadas de forma consciente a algunos autores, aunque sin pedirles su opinión. Quiero expresarles mis disculpas y mi agradecimiento.

«*Alle verwunden, eine tödtet*» («Todas hieren, la última mata») es un lema grabado en un reloj de carroza alemán del siglo XVII, fabricado por Benedik Fürstenfelder, relojero de Fridberg, que se puso a la venta en una sala de subastas francesa hace unos años.

«Contar es un remedio infalible» es una frase de Primo Levi, extraída de su relato «*La sfida della molecola*».

«¿No ha llegado la hora de las fábulas?» es una pregunta de André Dhôtel en *La Chronique fabuleuse*.

«He aprendido que los muertos nunca abandonan a lo vivos» es una cita casi literal de Fady Stephan, sacada de su hermoso libro *Le Berceau du monde*.

«Escribo en mi cabeza» es, si la memoria no me engaña, un comentario de Jean-Jacques Rousseau en *Las confesiones*.

Agradecimientos

Deseo dar las gracias afectuosamente a Marie-Charlotte d’Espouy, Laurence Tardieu e Yves Léon, que, con su intervención conjunta, consiguieron salvar a *Brodeck* de la noche informática.

Permítaseme también asociar este libro a varias personas que fueron importantes para mí en diversos momentos de mi vida y, desaparecidas durante los dos años de elaboración de la novela, acompañaron mi pensamiento y su andadura: Marie-Claude de Brunhoff, Laurent Bonelli, Marc Vilrouge, René Laubiès, Jean-Christophe Lafaille, Patrick Berhault y Jacques Villeret.

Gracias, por último, a todo el equipo de Stock, que, dirigido por Jean-Marc Roberts, me muestra confianza y amistad, y a Michaela Heinz, lectora fiel de allende el Rin e inestimable consejera.



PHILIPPE CLAUDEL, (Nancy, 1962). Es un escritor francés. Durante su época de maestro dio clases en liceos y en la Universidad de Nancy II, donde fue profesor de Antropología Cultural y Literatura. En su tiempo libre también impartió clases a niños discapacitados y a presos. Trabaja como guionista y director de cine, llevando a la pantalla algunas de sus obras.

Cultiva el género de la novela, siendo sus obras de planteamientos poco frecuentes profundizando en los problemas humanos. Sus descripciones son sencillas con tramas minimalistas, teniendo frecuentemente como fondo, el horror de la guerra. Ha obtenido varios premios y ha sido abundantemente traducido.

En el año 2003 obtuvo el premio Renaudot por *Almas grises* y en 2007 el Goncourt des Lycéens por *El informe de Brodeck*.